LOLA P. NIEVA

Esclavo de tus deseos

esencia

Índice

Portada
Prólogo
1. Perseguida
2. Atrapado
3. Otra vez no
4. Otra vez sí
5. Descubrimientos
6. Revelaciones
7. Prioridades
8. Tentaciones
9. Atenciones
10. Presiones
11. Distracciones
12. Precauciones
13. Confesiones
14. Decisiones
15. Aceptaciones
16. Contenciones
17. Debilidades
18. Despedidas
19. Tras el agua
20. Los guardianes
21. Tortura
22. Lascivia
23. Rendición
24. Vanut
25. Sentimientos
26. La logia
27. Presagios
28. Locura
29. Contratiempos

30. Angustia
31. Jerusalén
32. Clavicula Salomonis
33. La última batalla
34. Ritos
35. Intentos
36. Última oportunidad
37. Símbolos
38. La Mesa de Salomón
39. Despedida
Epílogo
Sobre la autora
Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

Prólogo

Catalina Rivero, de once años, viaja en coche con su madre, Ángela, una noche de tormenta.

Sólo es aterradoramente consciente de que huyen de algo, del pavor y la ansiedad que desfiguran el rostro de su madre, mientras sortea varios vehículos entre abruptos acelerones y giros temerarios. Y de la extraña luna rojiza que tiñe las nubes que flotan pesadas en la noche.

La lluvia golpea con tanta violencia la luna del Ford Ranchera, que el limpiaparabrisas apenas tiene tiempo de aclararles la visión de la carretera.

El melódico tono de un móvil rompe el tenso silencio, percibe cómo su madre crispa las manos alrededor del volante y dirige su mirada angustiada hacia la pantalla del teléfono, que resplandece en la penumbra del amplio habitáculo del vehículo. Catalina observa asustada que una mueca de auténtico horror descompone el bello rostro de su madre, y es incapaz de contener las lágrimas.

De pronto, unas luces las ciegan, Ángela gira bruscamente el volante, entre agudos bocinazos y los ya incontenibles alaridos que brotan de ambas. El viejo Ford atraviesa el carril contrario estrellándose contra la barrera de seguridad del puente Pierre-LaPorte de Quebec, y sale despedido hacia las negras y brillantes aguas del río San Lorenzo.

El impacto las sacude con fuerza, contienen el aliento. Las luces de los faros parpadean, la iluminación del panel frontal permite a Catalina ver a su madre inclinándose para alcanzar algo situado bajo su asiento.

Un pequeño extintor rojo.

Jadeante, la mira conteniendo las lágrimas. El coche empieza a hundirse lentamente, las oscuras aguas comienzan a tragarlas, el pánico la envuelve.

—¡Catalina, escúchame atentamente! Has de meter la cabeza entre

las piernas. Voy a romper el cristal de tu ventanilla y, cuando lo haga, tienes que salir y nadar hasta la orilla. Coge aire, pequeña, sólo tienes que ser rápida. ¡Lo conseguiremos!

Y la abraza tan fuerte que le parece oír sus costillas quejarse.

—Otra cosa —agrega apresurada—. Si no... si yo no lo consigo, debes liberar al djinn. Lo atrapé en el brazalete de la abuela, ese que guardé en un baúl del desván. Cariño, tú presenciaste el ritual, ¿recuerdas? Él te ayudará...

1

Perseguida

Han transcurrido quince años desde aquel fatídico accidente, quince duros años en los que he tenido que arrancarme de encima la capa de autocompasión con que me cubría, para ponerme una coraza de resistencia e indiferencia, de empeño y lucha. Y con esa coraza, y con la venda que oculta los perturbadores recuerdos de mi niñez, me he hecho un hueco en la vida.

He sobrevivido a dos orfanatos, a una casa de acogida, a mi aislamiento, al pánico y al dolor, aferrándome al olvido y a mi fortaleza.

Cuando cumplí la mayoría de edad, a los dieciocho, y me liberaron, lo primero que hice fue visitar la tumba de mi madre.

Recuerdo vívidamente ese día.

Durante todo el trayecto hacia el camposanto sentía una opresión en el pecho, las lágrimas duramente contenidas quemaban mis ojos, y ese cofre donde había encerrado afanosamente todo mi dolor comenzó a abrirse derramando todo un desolador compendio de emociones desgarradoras.

Soy fuerte, soy una superviviente con un único punto débil: los recuerdos.

Y son los que escaparon de mi particular cofre a cada paso.

El viento arremolinaba las hojas caídas en torno a mis pies, el crujido seco bajo mis zapatos reverberaba en el aire, trayendo consigo un rumor de risas envolventes y joviales.

Vi a mi madre correr tras de mí, en el patio trasero del hogar, sentí sus gráciles dedos cosquillear mi cintura y cómo las carcajadas de ambas se mezclaban en la brisa, adornando aquella tarde estival e inolvidable. Todos y cada uno de los aromas de aquel día me golpearon inmisericordes: el olor del suavizante que desprendía la colada que ondeaba en las cuerdas del patio, los apetitosos efluvios de la sublime tarta de manzana que ella dejaba enfriar en la cocina, el

perfume de lavanda que emanaba de su piel y de su resplandeciente cabello cobrizo.

A cada paso, mi madre cobraba vida en mi mente y en mi corazón, despertándolo con sensaciones punzantes.

Cuando me detuve frente a la lápida, fría y gris, rodeada de madreselva y hojas, cubierta por el olvido, ya no pude contener el llanto y, rendida, lo dejé brotar.

Caí de rodillas y entre sollozos despejé la tumba, arranqué hierbajos y limpié el polvo de su superficie.

«Ángela Rivero», y dos fechas, nada más. Ni «Amada esposa», ni «Bondadosa madre», ni «Gran mujer». Nada. Y ese vacío me sumió aún más en una pena que ya tiraba de mí. A mi dolor se unió la rabia y una determinación: algún día llenaría aquella lápida de apelativos y aquel dolor de olvido, y sería feliz. Por las dos.

Las nubes cubrían el cielo de plomo y el viento sacudía las copas de los árboles casi con rencor. Sin embargo, cuando me incliné sobre la lápida gris y posé mis labios en ella, las nubes se abrieron de repente, apenas para dejar pasar un dorado rayo de sol que incidió justo en el centro de mi frente, haciéndome sentir de inmediato un extraño calor en ella.

Abrumada, miré llorosa hacia aquel haz dorado que refulgió durante un breve instante y desapareció tan de improviso como había surgido, pero dejando en mi frente y en mi corazón una tibieza reconfortante. Supe entonces que mi madre acababa de besarme, que estaba junto a mí y que jamás me había abandonado, ni lo haría mientras mi corazón latiera.

Tras aquel día conseguí un trabajo, dinero y la posibilidad de obtener una beca para la universidad. Tenía por fortuna el hogar familiar, que era mi única herencia, y así, comencé una nueva etapa.

Tan sólo había una premisa que cumpliría a rajatabla, sepultar cualquier reminiscencia paranormal vivida en mi infancia, u objeto que tuviera que ver con magia, hechizos y amuletos extraños.

Pero cuando subí al desván, el día que ocupé de nuevo mi casa, no pude acercarme a aquel baúl. Por lo que decidí cerrar la puerta con llave y olvidarme incluso de que aquella estancia existía.

Fue así como me concentré en mis estudios, organicé mi vida y empecé a vivirla.

Conocí a Allan en el Queen’s University de Kingston, Ontario, hacía ya dos años, y ahora que me he licenciado en Bellas Artes, planeamos juntos nuestro futuro.

Tengo un nutrido grupo de amigos con los que salgo a menudo, o con los que lleno mi casa en frecuentes celebraciones. Ahora me siento orgullosa, plena y feliz.

Colaboro con una galería privada, preparando una conferencia-exposición sobre los colores renacentistas, y necesito completar algunos datos para perfilar debidamente el proyecto, por eso estoy en la biblioteca con un tomo sobre historia del arte veneciano, en particular los grandes pintores del *Cinquecento*. Cuando estoy inmersa en el estudio de un cuadro, súbitamente percibo una sensación extraña a mi alrededor.

Levanto la vista del grueso volumen ilustrado y la deslizo por los ordenados anaqueles, sin encontrar nada fuera de lo común.

Intento centrarme de nuevo en las páginas y observo con interés una excelsa pintura renacentista del gran Tintoretto, *San Marcos liberando un esclavo*; me maravilla esa época en particular.

Me sumo concentrada en los brillantes colores, carmín, cobres, dorados, ocres, tierra, en los exquisitos trazos, en la fluidez y perfección de cada detalle, en cómo el claroscuro otorga el volumen adecuado, despegando la pintura del lienzo. La obra en cuestión representa un episodio de *La leyenda dorada*, de Jacobo de la Vorágine. El servidor de un caballero provenzal había venerado las reliquias de san Marcos y a causa de ello fue condenado a tortura por orden de su señor.

El pintor representaba de manera magistral un plano de un escorzo superior en línea con el inferior, realmente sublime. Pienso en la creativa imaginación de aquellos grandes pintores, cuando de repente siento que alguien susurra en mi oído derecho.

Me vuelvo sobresaltada, pero no hay nadie detrás.

Con el corazón desbocado, miro a mi alrededor pensando que tal vez algún gracioso intenta gastarme una broma, pero ninguno de los graciosos que conozco, y a decir verdad ninguna persona, incluidos los corredores olímpicos, sería capaz de desaparecer tan rápidamente. Lo siguiente que pienso es que lo más probable es que sea obra de mi desbordante imaginación, o, más precisamente, un soplo de aire de alguna de las ventanas abiertas.

Miro en derredor, observo los grandes ventanales de cristal emplomado con arcos de medio punto; están cerrados. Deslizo mi mirada por el techo abovedado, surcado de puntales y rodeado de hermosos frisos. No veo nada, no encuentro explicación plausible a ese sobrecogedor susurro.

Respiro hondo y me aferro a la idea más sensata: falta de sueño.

Paso una página tras otra y voy tomando apuntes, sin quitarme de encima esa sensación de alerta que permanece latente.

Cuando cierro el tomo, siento una mirada fija en mí, me vuelvo y me topo con un individuo alto, envuelto en una gabardina oscura, que me observa con inquietante intensidad a través del hueco de una estantería.

Por alguna razón, mi alarma interna se dispara con un zumbido sordo que recorre cada fibra de mi ser. Siento una sensación de peligro tan ominosa y densa que casi me parece tangible.

Un único pensamiento me asalta desbancando a los demás: huir.

Me vuelvo aceleradamente, libro y bolso en mano, cuando me topo con un cuerpo firme que me desestabiliza, haciéndome trastabillar. Suelto una imprecación y me llevo la mano al pecho para asegurarme de que mi corazón sigue en el mismo sitio y no ha escapado por la boca.

—Cariño, ¿te he asustado?

Miro a Allan e intento acompasar mi respiración, acomodando el bolso en mi hombro y sosteniendo con firmeza el libro.

—¡Por Dios, si casi me da un ataque, pareces un jodido gato!

Allan expande las comisuras de los labios en una sonrisa divertida.

—En este sitio es bueno parecerlo, ¿no?

—Supongo que sí —admito, dejando que me coja del brazo y me acompañe a la salida.

Giro la cabeza temerosa, pero el hombre ha desaparecido.

—¿Vas a llevártelo? —pregunta Allan.

—¿Cómo?

Señala el tomo que abrazo con fuerza, como si fuera un escudo protector, y niego con la cabeza.

—Quién lo diría, a veces pienso que quieres más a Botticelli que a mí.

Me obligo a sonreír y le doy un golpecito cariñoso en el hombro.

—¿Celoso?

—A veces.

—Entonces tendré que compensarte —contesto coqueta—. ¿Qué tal una cena romántica en casa?

—Cena y postre, espero —agrega, mirándome seductor.

—Claro, una panacota de chuparte los dedos —bromeo.

—Y todo lo demás.

Río jocosa. Salgo del recinto sintiéndome aliviada y ligera. Debería

hacer algo con esta endiablada imaginación, pienso.

Allan me deja en el Hotel Belvedere, un hermoso edificio frente al lago Ontario, donde trabajo de recepcionista; hoy tengo turno de tarde.

Me despide con un beso y un guiño, con esa expresión pícara y sexy que tanto me gusta de él.

Le mando un beso volátil y le sonrío hasta que arranca el coche y desaparece.

—Cati, llegas tarde otra vez —saluda mi compañera Tessa, arrastrando pesadamente las palabras.

—Ya sabes cómo está el tráfico —me justifico mientras me pongo el uniforme.

Traje chaqueta con falda gris, ribete en negro, serio y formal, camisa blanca y chapita identificativa. Casi siempre me recojo la rebelde melena rojiza en una cola alta o en un apretado moño, esta vez opto por el moño.

—Creo que es el mismo tráfico para todos, guapa, tendrás que inventarte algo nuevo.

—Sí, ¿verdad? —musito sardónica.

Tessa asiente con la cabeza, mientras pasa las hojas de una revista de moda y mastica chicle con la boca excesivamente abierta.

—Ajá —asegura, sin levantar la vista—. Algún día dejarás de ser la favorita del jefe, exactamente el día que comprenda que no hay forma de llevarte a la cama.

Alzo la ceja izquierda y niego con la cabeza.

—Si no lo ha comprendido aún, es que debe de ser más zoquete de lo que pensamos. Y gracias por reducir mis valores como empleada a mi físico.

—No seas tan susceptible, Cati, no niego que eres trabajadora, pero por Dios, no tienes dos dedos de frente. Si yo tuviera tu facha, joder, chata, sería la dueña de este hotel, y sin que ese lameculos me tocara un pelo. Lástima que no manejes el gran arte de la seducción.

—Qué grandes aspiraciones tienes, Tessa: ser una jodida calientabraguetas —me burlo, haciéndome ante el espejo un perfecto rodete de pelo rojo.

—Nunca lo entenderás. Qué injusta es la vida. Yo tengo la capacidad, pero me faltan los medios... otras los tienen...

—Pero tienen principios —la corto, volviéndome sonriente y altiva hacia ella.

—¿Qué mierda es eso?

Ambas soltamos una carcajada casi al unísono.

—Pues eso, una mierda —respondo entre risas.

Tras una última ojeada en el espejo del vestidor para empleadas, me dirijo a la puerta, aún con la sonrisa en los labios.

—No creas que me rindo —me grita Tessa, todavía entre risas—. Aún tengo esperanzas de convertirte en toda una zalamera interesada, calientabraguetas, manipuladora, seductora de zoquetes y mantieneamigas de por vida, vamos, en un putón solidario.

—Cínica —respondo yo saliendo al pasillo.

—No, eso ya lo bordas.

Reprimo otra carcajada y me dirijo al mostrador, mientras me aliso metódicamente la falda. Abro el registro de entrada para cerciorarme de si hay clientes nuevos.

Siento una presencia frente a mí y alzo la vista con una perfecta y cortés sonrisa que se queda congelada en mi rostro. No hay nadie al otro lado del mostrador.

Trago saliva y miro hacia la puerta de entrada, hacia el amplio vestíbulo, donde varios clientes leen el periódico, acomodados en mullidos sillones del siglo XIX. Y aun habiendo comprobado que nadie se halla cerca de la recepción, esa presencia permanece insidiosa y angustiante. Tengo la certeza de que estoy siendo observada; no obstante, nadie me mira.

Dirijo la vista hacia la cámara de seguridad, que recorre lentamente cualquier punto del vestíbulo y de la recepción, pero en ese momento no me enfoca. Y de pronto lo veo, fuera en la calle, en la acera de enfrente. El tipo de la biblioteca, alto, delgado, anodino, de semblante pálido, ojos negros como la noche, gabardina y sombrero, oscuro y misterioso.

Para mi completo estupor, descubro que me está siguiendo.

Un susurro se filtra nuevamente en mi mente y esta vez sí logro entender el mensaje:

—Dame la llave.

2

Atrapado

Encerrado en aquel pequeño cilindro de metal dorado, ese horrendo y claustrofóbico brazalete que aborrece con toda su alma inmortal, Abdel Wahêd observa y escucha lo que acontece en su mundo, en el mundo de los genios cautivos por el rey Sulaymán, el mundo de Uughetsean.

Uughetsean es uno de los muchos miles de Planos Ocultos o dimensiones que existen entre los Planos Elementales de agua, fuego, aire y tierra. Allí, los genios encerrados planean escapar al Plano Material, conquistar el mundo de los humanos usando sus poderes mágicos y liberar su sed de venganza contra la humanidad.

Él es un djinn, un genio servicial y mágico, un protector, aunque malicioso y travieso, una herramienta, un juguete, pero también un arma. Depende de quién lo despierte.

Recuerda con nitidez su invocación por aquella mujer. No tiene ni idea de cómo consiguió averiguar su nombre secreto, pero lo pronunció junto al sortilegio, buscando su alianza. Cuando él apareció frente a la mujer, ella se apresuró a encerrarlo en ese frío brazalete tallado, dispuesto para su vasallaje. Pero no lo utilizó.

Normalmente, cuando lo apresaban en cualquier recipiente metálico, ánforas, lámparas de aceite, cofres, joyeros, espadas, incluso anillos, solían requerir sus servicios con prontitud. Y debía conceder tres deseos diarios a su amo durante tres días seguidos para conseguir su libertad. Su única ventaja era que pocos sabían que si el último día sólo pedían dos, su esclavitud se renovaba al día siguiente. Entonces, libre y en general agotado, volvía a su mundo oculto junto a sus hermanos de raza, donde escuchaba con apatía las estrategias que elaboraban para salir de su cautiverio eterno.

Existen diversas razas de genios, cada una de ellas vive en su reino particular y absolutamente todas están sometidas al implacable yugo del poderoso Malik, el genio más oscuro, despiadado, lúgubre y

ambicioso de todos. El que prepara la conquista, el que busca la llave que abra el Plano Material, o destruir el anillo del rey Sulaymán para romper el hechizo que los encadena. Y por lo que Abdel escucha desde su tedioso encierro, ya la ha encontrado.

Bufa sonoramente, el sonido provoca un eco metálico que le taladra los oídos, maldice entre dientes.

Esa venganza le resulta tan repetitiva en boca de sus hermanos, que sólo despierta ya su tedio. Ha pasado de la ilusión, la impaciencia y la esperanza a un estado semejante a la indiferencia y la desidia. Pasaban los siglos, y jamás habían encontrado la más mínima pista del anillo del rey Traidor, el humano que los condenó de por vida a la esclavitud, ni de esa llave que nombraba la profecía.

Al menos, él se regocija solazado en sus escasos momentos de libertad, gozando de sus poderes, manipulando a su antojo y descubriendo curioso la nueva época en la que debe desenvolverse. Se divierte jugando con los humanos, más precisamente, con las humanas.

Todas, absolutamente todas, terminan pidiendo de él lo mismo, entre otras muchas y dispares cosas. Y a todas complace, a unas con más pasión que a otras. Naturalmente, él también tiene sus predilecciones.

Por regla general, durante esos tres días en los que, liberado de sus tres deseos diarios, puede husmear entre los humanos, se dedica a camuflarse entre ellos, a observarlos, aprender y, cómo no, buscar, aunque ya sin mucho interés. Más por hábito adquirido que por otra cosa.

Se descubre impaciente por volver al Plano Material, por conocer a su nueva ama, y casi se relame imaginando cómo será ella. Hace tiempo que no yace con una mujer, ni humana ni mágica, pero en su fuero interno reconoce y asume su predilección por las féminas humanas. Sonríe con lascivia.

Sí, se dice, las mortales pueden regalarle algo que ninguna ghoula es capaz de ofrecer: una genuina curiosidad, un delicioso asombro, una lujuria contenida y una admiración sobrecogedora; en definitiva, todo un mundo nuevo que explorar.

Ha complacido a innumerables mujeres sí, ha gozado de sus cuerpos y en ocasiones de su ingenio, y quizá eso ha despertado su empatía por la raza humana. Mortales entregados a una lucha ardua por contener sus más bajos instintos, una lucha que él descompensa cuando se presenta en sus vidas.

Es toda una tentación, le dicen, y todas sucumben, da igual la clase social, la condición, las creencias o los principios. Todo desaparece ante la posibilidad de que él les abra todo un mundo de sensaciones nuevas.

En sus manos se han derretido virginales doncellas, experimentadas meretrices y hasta castas beatas. Todas ellas han subido a las estrellas guiadas por él, descubriendo los excelsos placeres que se ocultan en sus cuerpos.

La última vez que fue invocado consiguió emocionarse ante el ingenio humano. Los hermanos Lumière habían inventado el cine y pudo disfrutar con harto asombro de una producción bastante cómica de cine mudo. Nunca olvidará aquella sala cinematográfica en París, ni lo que aquella mujer, su ama, le pidió que le hiciera durante la proyección del film.

Después de todo, los humanos también poseen poderes: una inteligencia que despierta con los años, y una libido reprimida, con más energía que los conjuros de una ghoula.

3

Otra vez no

Esto no puede estar pasando de nuevo.

No puedo estar siendo perseguida por un ser mágico otra vez, pienso. No puedo acabar como mi madre, sumida en la desesperación y la angustia. No puedo abandonar mi vida, ni mi buen juicio. Debo aferrarme a mi sensatez, a mi pragmatismo, a mi fortaleza, y meditar objetivamente las opciones plausibles. No huiré ni me dejaré llevar por el pavor irracional que en este preciso momento llama insistente a la puerta de mi razón. No.

Respiro hondo, cierro los ojos y, antes de abrirlos, ya sé que ese tipo se ha esfumado.

Me tranquilizo lo suficiente como para comprobar los servicios extra de algunos clientes, rogando porque esta tarea teñida de cotidianidad aleje cualquier atisbo de pánico.

Mantengo el control, pero la intranquilidad perdura; se ha aposentado en mis entrañas agriando mi bienestar anterior. Incluso siento un sabor acre en la garganta. Tengo que enfrentarme a... eso, para que me deje vivir en paz.

«La llave, dame la llave.» ¿Qué llave, maldita sea?

Busca algo de mí, o tal vez me pide ayuda. De cualquier forma, incluso si se la ofrezco, ¿cómo puedo fiarme de uno de esos seres mágicos? ¿Qué garantías de protección puede ofrecerme un ser oscuro como él?

Entonces, un pensamiento se filtra en mi mente, iluminando un recuerdo concienzudamente enterrado: las últimas palabras de mi madre... «Debes liberar al djinn... él te ayudará...»

¿Y romper mi promesa? ¿Trastocar mi bien planificada, organizada y racional vida, liberando lo que quiera que se encuentre en aquel brazalete?

La negación se asienta en mí, tal vez pueda manejar esto yo sola. Entonces recuerdo una cita: «A veces el mal sólo puede combatirse con

su igual».

Paso el resto del turno inmersa en mis quehaceres, acompañada de esa inquietud que ya se ha instalado en mi fuero interno como un molesto parásito que succiona mi sosiego a cada minuto que pasa.

—Tienes cara de velorio, ¿te aprieta el tanga?

Miro a Tessa, que, inclinada sobre el mostrador, oprime sus pechos contra la lustrosa barra, asomándolos peligrosamente al exterior.

—No, gracias por preocuparte. Y ya he limpiado el mostrador, no hace falta que lo pulas con ese par de pompones.

Tessa estira una de las comisuras de los labios en una mueca burda y suficiente.

—Hank nunca se ha quejado de mi… ayuda.

—Gracias a tu «ayuda», uno de estos días el bueno de Hank va a dislocarse el cuello.

Tessa suelta una abrupta carcajada y palmea repetitivamente la superficie de mármol.

—Nadie le obliga a mirar, es mi uniforme reglamentario —replica, limpiándose las lagrimillas que han asomado a su mirada todavía risueña.

—Claro, por eso, cada día se te descosen misteriosamente los tres botones superiores de la camisa.

—Eres una borde, ¿lo sabías? —murmura Tessa con una luminosa sonrisa.

—Algo se comenta, sí.

—Bueno, al menos lo asumes —se ríe.

Bajo la vista a la pantalla del ordenador, comprobando si quedan requerimientos por cumplir.

—¿Alguna entrada… interesante? —pregunta Tessa, escrutando curiosa a los clientes que permanecen en el vestíbulo.

—Si por interesante te refieres a un cliente joven, guapo, asquerosamente rico y soltero, no, me temo que no.

Los pardos ojos de Tessa chispean divertidos.

—El último requisito no es indispensable —aclara, inclinando ligeramente la cabeza.

—Lo anoto —bromeo—. Cuando se cumplan los requisitos necesarios, sacaré el megáfono y te llamaré.

—Jajajajajaja… ¿Qué hay del WhatsApp? Seamos discretas, socia.

—Creo que lo de la discreción no es tu fuerte, Tessa —respondo, tecleando los servicios extra de un cliente que mañana abandona el hotel.

—Mira, guapa, a esto —se señala sus todavía aplastados pechos— se le llama marketing. Todo producto necesita promoción para darse a conocer y cuanto más luminoso sea el cartel…

—Más moscas atraerá —sentencio, reprimiendo una carcajada.

—Jajajajajaja… puede, hasta que llegue el moscón adecuado. Tú no valdrías para publicista.

—No, no es mi fuerte.

En ese preciso instante, el director, el señor Lloyd, atraviesa la entrada principal y se dirige altivo hacia nosotras. Tessa se envara en el acto y yo planto en los labios una sonrisa formal.

—¿Un día tranquilo? —inquiere, clavando sus oscuros ojos en ella.

—Al menos la tarde lo es —respondo escueta.

—Señorita Rivero, sólo faltan dos días para que se instalen el presidente de la más prestigiosa compañía naviera de Ontario y su esposa, pase por mi despacho cuando acabe su turno para ultimar los detalles.

—De acuerdo, señor Lloyd, ¿se le ofrece algo más?

Por la mirada que me regala, adivino meridianamente lo que se le ofrecería con mucho gusto. Mantengo mi expresión seca y cortés hasta que el hombre niega con la cabeza.

—Nada más de momento.

Y se aleja tras una inclinación de cabeza.

Es un hombre de mediana edad, bien parecido, pero estirado, prepotente, soberbio y aburrido.

—Si las miradas desnudaran… —musitaTessa, tocándose su dorado cabello y guiñándome un ojo.

—Las manos golpearían —replico con firmeza, sonriendo burlona.

—Estrecha.

—Ancha.

—Jajajajajajaja… ¿Cuántos años tenemos?

Niego con la cabeza entre risas.

—Los suficientes para que nos despidan si seguimos haciendo el imbécil con una cámara apuntándonos.

Tessa agranda los ojos y gira la cabeza hacia la cámara con expresión asustada.

—¡Has picado!

Ella alarga el brazo para empujarme enfurruñada, mientras río sin parar.

—¡Borde! —Y estalla en una burda risotada.

—Te repites —contesto risueña—. Y ahora mueve el culo, rubia

descocada, o la próxima vez no será un farol.

Tessa me saca burlona la lengua y se aleja hacia la terraza exterior, donde pronto los clientes comenzarán a ocupar las mesas del coqueto y encantador jardín trasero. Allí, el mobiliario de hierro forjado, con mullidos almohadones, sombrillas y todo un despliegue de grandes macetas y hermosos faroles, crea una atmosfera íntima y romántica.

En pleno verano la ciudad se torna bulliciosa y chispeante, rezuma vitalidad y segrega una corriente desenfadada que anima cada plaza y callejuela con risas y conversaciones joviales.

La gente navega en el lago, hace excursiones, pasea, llena las terrazas y la música brota de pubs, coches, portales, ventanas abiertas, deshelando el serio rictus de un invierno crudo y aislado.

Adoro esa época del año, que me recuerda a España, mi país de origen. En vacaciones solíamos viajar a Toledo, cuando mi madre conseguía ahorrar el dinero suficiente para el vuelo. Añoro sus gentes, su clima y su encanto.

Me concentro en trabajar, atenta a cuanto pasa a mi alrededor. Cada minuto que paso sumida en mi rutina diaria, se desdibuja esa sensación de estar vigilada. ¿Y si todo es fruto de mi imaginación? ¡Dios, cómo me gustaría que fuera así!

Acabo mi turno, me estiro el uniforme, me arreglo el apretado moño y me dirijo al despacho del director con desgana. Bufo antes de llamar a la puerta.

—Adelante.

Traspaso la ancha puerta de roble americano y me adentro en una habitación amplia y tremendamente recargada, de estilo victoriano. Sobria, elegante, aunque excesiva, tanto que siempre que entro en ella me siento sofocada, a pesar de que posiblemente no sea por el mobiliario.

—Siéntese, señorita Rivero.

—Disculpe, señor Lloyd, pero tengo prisa, si no tiene inconveniente, prefiero estar de pie.

Henry Lloyd me fulmina con la mirada, aprieta levemente los dientes con un evidente disgusto ensombreciendo sus facciones, y respira hondo, como si se preparara para entrar en batalla.

—Esa veta de rebeldía puede que le traiga más de un quebradero de cabeza. ¿Tanto le cuesta tomar asiento? Le prometo ser breve.

Decido transigir y me siento, con las rodillas como si me las hubieran pegado con pegamento de contacto y más tiesa que la vara de un pastor.

El señor Lloyd comienza a hablar del horario programado para la visita de la pareja más influyente del condado.

Tomo notas en mi iPad mini y asiento, concentrada en las palabras del director.

Levanto la vista tras varias anotaciones y mi mirada se queda congelada en el ventanal de enfrente. Me incorporo sobresaltada.

—Aún no hemos terminado —dice Lloyd, contrariado.

Sólo soy capaz de mirar con expresión desencajada la maldita aparición. El hombre de la gabardina.

Retrocedo unos pasos, negando con la cabeza.

—¿Le ocurre algo?

Esta vez parece preocupado, mira hacia el ventanal y justo en ese preciso instante, la silueta se disuelve como un retazo de niebla, como los vapores que manan de las alcantarillas, aclarándose de inmediato.

El susurro vuelve a encogerme las tripas... «La llave...»

—Está pálida...

Se acerca a mí y me toma de los hombros.

—Catalina, no me asustes.

Es la primera vez que me tutea, y la primera vez que me toca. Esa inusitada cercanía me confunde más si cabe, acentuando mi malestar.

—Estoy bien, no... no se preocupe. Es... es sólo un leve mareo.

Pero él no me suelta.

Me sienta en la silla y me abanica con su pulcro y planchado pañuelo, que huele a almidón y a un denso perfume masculino. Ese olor casi me provoca una arcada.

—Catalina, ¿has comido? Deja que te invite a cenar y charlamos más distendidamente sobre los eventos programados.

Me limito a negar con la cabeza, mientras mi mente elucubra a toda velocidad. Está claro que no es mi imaginación y que no se marchará hasta encontrar la dichosa llave, esa que parece estar en mi poder.

Apenas me doy cuenta de que el director me incorpora y me acerca a él.

Muy amable, bueno, demasiado amable, me coge de la cintura y me frota la espalda con un ademán que pretende ser engañosamente tranquilizador.

—Estoy bien, gra... gracias, necesito irme de aquí.

—Deja al menos que te lleve a casa en mi coche, no me quedaré tranquilo si no lo hago.

—Vendrá mi novio a por mí —miento con toda la seguridad que

soy capaz de demostrar.

—Oh… bueno, entonces… tal vez podríamos quedar en otro momento y…

Me libero de los brazos de Lloyd simulando agradecimiento y contengo mi desasosiego.

—En otro momento, sí —acepto, dirigiéndome a la puerta.

Salgo azorada y mareada del despacho, me adentro en los vestuarios, me cambio a toda prisa y atravieso la recepción con apremio.

Necesito aire fresco.

Camino hasta la parada del bus pensando nuevamente en mis opciones y maldigo cada una de ellas.

Y allí tomo aire y una decisión.

Cuando llego a casa, me detengo en la entrada. Algo dentro de mí tira hacia atrás, seguramente es mi sensatez.

En un arrebato, llamo a Allan y le digo que mejor cenamos en su casa. No subiré a ese desván de noche, ni loca lo haría, y menos sabiendo que me persigue una aparición.

El miedo comienza a hacer mella en mi ánimo y a él se le une una furiosa frustración.

Me alejo de mi casa y tomo otro bus. Durante el viaje, un solo objeto puebla mis pensamientos: la maldita llave. Pero ¿cuál de las muchas que tengo?

4

Otra vez sí

Subo al desván como si cada peldaño de la escalera estuviera inclinado en rampa, empujándome hacia atrás. Algo tira de mí, frenando mi determinación. Y es esa manta con la que me he ocultado todos estos años, esa oscura etapa de mi vida. Son los grilletes con los que he esclavizado cualquier recuerdo que pueda remover mi asentado pragmatismo, mi rutinaria realidad.

He luchado con ahínco por arrancar hasta la última brizna, hasta el último esqueje de aquellas invocaciones mágicas que poblaron mi infancia. Jamás me he atrevido a buscar una explicación plausible a los actos de mi madre. No la necesitaba, al contrario, la evitaba.

Sin embargo, ya no puedo más, la magia se obstina en perseguirme. Ese extraño hombre no me dejará tranquila, desestabilizando mi vida indefectiblemente.

El miedo me oprime y la curiosidad, por fin, comienza a despertarse.

Cuando abro la puerta del desván, me detengo.

Por el ventanal del tejado, un dorado haz de luz, en el que flotan brillantes motitas de polvo, ilumina el viejo arcón familiar de mi abuela; como una afamada soprano alumbrada por los focos, reclamando ser el centro de atención y conquistando a su público incluso antes de cantar.

Fijo absorta los ojos en la desgastada madera de roble oscuro, en los remaches oxidados y en la cerradura que, bajo los rayos de un cobrizo ocaso, resplandece con un fulgor casi hipnótico.

Paso a paso, casi con actitud reverencial, me acerco al baúl.

En la mano derecha sostengo la llave del mismo y me pregunto si ese hombre se refiere a esta llave en particular. No obstante, ya he decidido utilizar el escudo apropiado: otro ser mágico.

Me parece que el metal emite una inquietante tibieza que se acentúa a medida que me acerco, hasta aproximarse a una

sorprendente y desconcertante calidez.

Respiro hondo, lucho por última vez con las ganas de salir corriendo y me pongo de rodillas ante aquella ancestral pieza. Meto la llave y la giro con suavidad. Oigo un clic y siento que se me seca la garganta.

Abro la pesada tapa y poso los ojos en un gran trozo de terciopelo azul plegado varias veces. Lo tomo entre mis manos y lo desdoblo con sumo cuidado.

Ante mí aparece el brazalete. Me parece hermoso, inquietantemente hermoso. Es de oro, con una flor de brezo grabada en él.

Paso la punta de los dedos por el metal, tan misteriosamente cálido como la llave. A mi mente acude el rostro de mi madre. Dejo escapar el aire contenido y, con un mohín aprensivo, me pongo el brazalete.

Por algún motivo, lo acaricio con inusitada suavidad.

Alzo la muñeca y lo contemplo a través del haz solar.

Su brillo aumenta sobrecogedoramente, hasta convertirse en una especie de joya iridiscente. El metal emite un pulso entrecortado, como los desapacibles latidos de mi corazón. Me muerdo el labio inferior, controlando a duras penas el miedo, hago acopio de toda mi valentía y obcecación y froto con extrema suavidad el brazalete.

El dorado fulgor gana intensidad de forma alarmante. Su brillo cegador me obliga a entrecerrar los ojos. Un sonido extraño comienza a palpitar, como un zumbido molesto que hace retemblar cada centímetro del desván. La luz crece hasta convertirse en una pantalla casi blanca que me fuerza a cerrar los ojos doloridos.

Algo tira de mi muñeca hacia el suelo. Como si la empujara una fuerza invisible, mi brazo dibuja un arco hacia atrás y, de repente, todo se detiene.

Siento el corazón desbocado, un pulso febril golpeteando alocado en mi sien, y el estómago revuelto.

Respiro agitadamente en medio de un acceso de pánico. Siento una presencia antes de abrir los ojos, pero nada me prepara para lo que encuentro cuando los abro.

Mi madre me había hablado de los genios, pero sólo fui capaz de imaginarlos como el genio azul de la peli de Disney, un personaje divertido, de aspecto bondadoso y simpáticas maneras. Lo que hay frente a mí me cierra la garganta, dilata mis pupilas y me acelera el corazón.

Ese magnífico ejemplar me corta la respiración.

El nombre de un actor me viene a la cabeza casi al instante: Jason Momoa, el nuevo Conan.

Es asombrosamente parecido. Posee las mismas poderosas hechuras que el actor. Muy alto, fornido, de cabello algo más oscuro, estirado hacia atrás en una cola alta, a su vez sujeta por varias cintas, ciñéndola en varios tramos, y que le llega hasta la mitad de la espalda. Peinado de genio, sin duda. ¿Significa esto que algún director de cine ha conocido a alguno o es mera casualidad? Su piel, de un exquisito tono canela, cubre unos músculos impresionantes, que delinean un cuerpo apolíneo.

Su rostro es cautivadoramente masculino, frente ancha, mandíbula cuadrada, nariz recta y unos ojos subyugantes de un color verdoso con toques dorados, como el jarabe de arce, hundidos bajo unas agresivas cejas perfiladas como V invertidas, una cicatriz profunda divide su ceja izquierda. Una barba casi cónica oculta su barbilla.

El djinn sonríe ladino, su expresión pendenciera y orgullosa rezuma una sensualidad que casi puede palparse.

Estoy tan absorta en su escrutinio que apenas me apercibo que el djinn me dedica la misma concienzuda atención.

—Estoy a vuestra completa disposición, ama.

Y esa voz... esa voz consigue que mi piel se erice y cierta parte de mi cuerpo hormiguee.

—¡Joder con Aladino!

El djinn ladea ligeramente la cabeza, frunce parcialmente el entrecejo, esboza una media sonrisa maliciosa y niega con la cabeza.

—No, ama, mi nombre no es Ala' ad-Him. Soy un djinn de aire y ahora vuestro más humilde servidor. Pedid y se os dará.

Para ser de aire se lo ve bastante consistente. Siento el irresistible impulso de tocarlo.

—¿Qué eres capaz de hacer? —logro musitar.

Otra vez aquella sonrisa traviesa que me seca la garganta. Sólo un ser mágico como éste podía ser tan brutalmente hermoso. Exuda una masculinidad tan burda y salvaje que casi puedo oír cómo mis hormonas gimen de necesidad.

—Ésa no es la pregunta —aclara—, la pregunta correcta sería: ¿qué no soy capaz de hacer? Al menos, la que tendría una respuesta más breve.

¡Vaya, hermoso, sensual y arrogante! Toda una tentación para los sentidos. Si no tuviera una misión mucho más importante, seguro que mi imaginación se dispararía. Pero tenía que descubrir y detener a la

aparición que estaba trastocando mi vida.

—¿Cómo puedo llamarte?

Sé que el nombre de un genio es sumamente secreto, pues se requiere su verdadero nombre para recitar una invocación de alianza con un djinn; ningún genio sería tan necio de darlo.

—Soy un djinn, también me llaman yinn, tal vez este último te sea más fácil de usar.

—Hola... Yinn.

—Es un placer, Cata —murmura con un marcado deje sensual, ronco y grave—, espero.

No sólo ha descubierto mi nombre, sino que se atreve a usar con toda la familiaridad del mundo el diminutivo, uno que además nadie más emplea. Esta sugerente presentación me tensa.

—No sé para qué suelen utilizarte —comienzo, aunque lo sospecho. Este ser es una delicia para los sentidos—. Pero sea lo que sea que imagines, seguro que no es a lo que estás habituado.

Me mira con tanta intensidad que tengo que desviar la vista para poder concentrarme en lo que necesito pedir.

—Me persigue un mago, brujo o lo que demonios sea. Necesito que me protejas y lo devuelvas adonde diablos quiera que haya salido.

—Dao.

Elevo confusa las cejas y vuelvo a clavar mi mirada en él.

—¿Perdón?

—Es un dao —aclara—, un genio maligno, y creo saber lo que busca.

—Genial, vas por delante, campeón, he tenido suerte y me ha tocado el boleto ganador —mascullo complacida—. Bueno, pues haz que desaparezca y ya está.

El genio amplía aquella perturbadora sonrisa y arquea una ceja con semblante divertido.

—No es tan fácil, ama. Tienes que camuflarme en tu entorno, tengo que estar constantemente a tu lado sin levantar sospechas y entonces sorprenderlo. Aunque me temo que tengo que enseñarte a pedir deseos.

Lo miro arrugando la nariz. ¿Sin levantar sospechas? Lo dudo, un tipo así es capaz de conseguir que las mujeres le hagan la ola por donde pase. Tiene que ocurrírseme algo.

—Entonces, ¿por dónde empezamos? —murmuro, más para mí misma que para este ser.

—Tengo claro por dónde empezaría yo —afirma rotundo, en tono

ronco y lascivo, recorriéndome con la mirada.

De alguna manera, sus ojos hacen hormiguear mi piel allí por donde pasan. Trago saliva. Además tendré que lidiar con esta desbordante energía sexual que desprende, aturdiéndome.

—Pero aquí, guapo, la que manda soy yo.

El genio estira sus labios en una sonrisa cautivadora que me desconcentra momentáneamente.

—Mmmm… con carácter, decidida y segura —masculla malicioso—. Aunque no soy dócil, creo que me gustará someterme a tus caprichos.

Tengo la osadía, o más bien la insensatez, de acercarme altanera a él. Cuando lo tengo enfrente, a menos de un palmo de mi cara, siento tal magnetismo que me veo luchando conmigo misma para resistir el impulso de tocarlo.

—¡Mierda! —exclamo contrariada.

El genio enarca la ceja izquierda y me mira divertido.

—¿Es ése tu primer deseo?

—No, joder.

—¿Y ése el segundo?

El genio inclina ligeramente la cabeza con aquella pícara sonrisa en su rostro.

—¿Te burlas de mí?

—Puede.

Resoplo, me llevo la mano al pelo y, con un ademán casi maniático, me separó la cola en dos y estiro, apretando la goma con tanta fuerza que me duele.

—No serías la primera que se arranca el pelo al verme.

Abro los ojos asombrada y frunzo el cejo.

—Baja, modesto —bufo.

El genio mira al techo con expresión confusa.

No pudo evitar soltar una carcajada.

—Es una expresión, jajajajajaja, en mi tierra, la usamos mucho. —Niego con la cabeza y lo miro con los brazos en jarras—. Eres tan engreído que tu mayor sueño sería que te encerraran en un cofre forrado de espejos.

—Nadie me ha preguntado nunca cuál sería mi mayor sueño.

—Tampoco yo lo haré. No te he traído para hacer amigos, ¿sabes?

—Sé.

De repente, el genio me rodea con parsimonia, escrutando curioso mi vestuario.

Pasea interesado la mirada por mis ceñidos vaqueros de cintura baja y por mi camiseta verde de tirantes. Toca con la punta del dedo índice la tela del pantalón y frunce el cejo.

—Curioso vestuario para dormir.

Tira de uno de mis tirantes, el leve roce de sus dedos me provoca escalofríos.

—No es un vestuario para dormir —le aclaro, dándole un manotazo admonitorio—. Es ropa de calle.

El genio enarca las cejas y despega asombrado los labios.

—¿Sales desnuda a la calle?

—Por todos los santos, estoy vestida. Deberías ir a una playa.

—Puedo ver tu cuerpo —responde, concentrado en mis curvas.

Eso me agita.

—No, no puedes —lo contradigo—. En todo caso, lo intuyes.

—Cúbrete, me robas la concentración. Además, alguien debería decirte que el verde no le sienta bien a las pelirrojas.

Arrugo la nariz y frunzo el cejo combativa.

—Eso no es verdad, a la de *Brave* le queda de fábula.

El genio se frota confuso la barbilla y su pequeña barba cónica se balancea suavemente.

—¡Olvídalo! —exclamo sacudiendo la mano.

Me alejo de él unos pasos e intento retomar el hilo de mis pensamientos.

—¿Cómo sabes quién es y por qué me persigue ese... dao?

—Tengo hambre.

Resoplo contrariada. Contemplo la expresión expectante del genio y me apiado de él, a saber los siglos que llevará encerrado.

—De acuerdo, te daré de comer, pero después contestarás a mis preguntas y empezaremos con eso de los deseos.

—Si deseas que conteste tus preguntas, eso ya es pedir un deseo.

Pongo los ojos en blanco y suspiro con desidia.

Debo ir con tiento y ser inteligente, o gastaré los deseos en cosas banales.

—Son tres deseos, ¿no? Durante tres días, ¿me equivoco?

—Eso son dos preguntas, separadas de las otras, con lo cual gastarías dos deseos —aclara con una sonrisa inocente, pero en sus ojos brilla una perversa diversión.

—Oye, guapo...

—Yinn.

—Oye, Yinn, te estás pasando de listo. Era una jodida forma de

hablar.

—Y tan jodida, pareces el grumete de un ballenero.

Sonrío exageradamente, despidiendo llamas por los ojos.

—Será mejor que te tape la boca con comida hasta que me tranquilice.

—Preferiría que me la taparas con otra cosa, pero antes tendrías que lavártela con jabón.

Al cuerno, pienso, ya agotada la paciencia.

Lo aferro del brazo y lo enfilo hacia la puerta.

Tiene que agacharse para salir del desván. Al menos mide dos metros. Es tan fornido que su cuerpo colapsa la luz emergente del desván, sumiendo la escalera en penumbra.

Cuando quiero darle alcance, ya se ha tumbado en mi cama y resopla complacido.

—¡Qué buenos ratos pasaremos aquí, pelirroja!

—Que te lo has creído, gua… Yinn. Anda, baja, pediremos una pizza.

Yinn salta de la cama con la misma expresión que un niño el día de Navidad, embargado por un impaciente entusiasmo.

—¿Tengo que concederte yo esa… pizza?

—No, tranquilo, ésa ya se la pido yo al genio de las motos.

—¿Genio de… las motos? ¿Te burlas de mí?

—Puede.

Sonrío con fingida candidez y giro con el aplomo de un general guiando a sus tropas.

«¡Empate, gigante engreído!», pienso con una sonrisa sobreseída pendiendo en los labios.

5

Descubrimientos

Nunca olvidaré la cara de Yinn cuando abro la puerta y ve al chico de reparto, aún con el casco de la moto puesto, abriendo su maletín térmico y sacando la caja de la pizza.

Claro que la expresión del pobre muchacho cuando repara en el gigante es para enmarcarla.

—Fiesta de disfraces —justifico sonriente.

—Éste lo clava. Es el puto Khal Drogo. ¿No estará por aquí la Khaleesi?

Reprimo una carcajada y niego con la cabeza, mientras le ofrezco un billete.

—No, pero está Hulk Hogan, ¿te lo presento?

El chico se apresura a negar, me da el cambio, se sube a su vistosa moto roja y sale quemando rueda.

—¿Qué...?

—Vamos dentro, se me acaba de ocurrir una cosa —anuncio.

La sonrisa lujuriosa del genio me obliga a fruncir el cejo y negar con la cabeza.

—No va por ahí, Rodolfo Valentino.

—Yinn —insiste, esta vez molesto.

—¿Cuándo fue la última vez que te liberaron?

—Cuando vi a ese Rodolfo en una proyección, vestido de árabe.

Lo observo con asombro. En cierto modo, no hace tanto tiempo, digamos... casi cien años.

—Mira, creo que ambos estamos sedientos de sabiduría, así que, ¿qué tal, si jugamos a *quid pro quo*?

—Los romanos eran altivos, orgullosos y soberbios, su excesiva confianza influyó en su caída.

Ahora sí se me descuelga la mandíbula. Guau, impresionante fuente de conocimientos históricos de primera mano. Esto mejora por momentos.

—Mira, Yinn, pregunta por pregunta, los deseos son otra cosa, ¿estamos de acuerdo?

El genio asiente distraído, mira la caja de la pizza y la husmea.

—Huele bien.

Intenta abrirla y yo la cierro con un manotazo seco.

—¿Estamos de acuerdo? —insisto, entrecerrando los ojos.

—Acepto el trato, pelirroja —confirma.

—Bien, empezamos a entendernos —murmuro satisfecha, mientras abro la caja y la planto en la mesa, frente al televisor.

Busco el mando y, cuando enciendo la tele, oigo una exclamación de sorpresa.

—¿Tienes una sala de cine en casa?

—Podría llamarse así, pero es un televisor.

Se acerca curioso a la pantalla plana y la palpa con cuidado.

—Parece un... cuadro con imágenes.

—Es exactamente lo que es y por favor, no la toques mucho, estas pantallas LCD son muy delicadas.

—Creo que me va a encantar tu época —musita complacido.

—Ponte cómodo —le aconsejo.

Lleva unos pantalones bombacho, de una especie de satén negro, unas babuchas de cuero marrón y el impresionante pecho tan sólo cubierto por un pequeño y ridículo chalequito gris con los bordes trenzados en hilo de plata. Un ancho cinturón de piel ciñe su estrecha cintura y sus antebrazos lucen una especie de tatuaje ritual, con extraños símbolos.

—Ya estoy cómodo —afirma, colocándose de rodillas frente a la mesa baja del salón y sentándose sobre los talones.

Una postura muy oriental, pienso.

Decido imitarlo y me siento frente a él.

Tomo una porción de suculenta pizza cuatro estaciones y se la ofrezco, pero en vez de cogerla con las manos, él acerca la boca y la muerde.

Me quedo prendada de sus labios, bien delineados, mullidos, suaves, perfectos.

Cuando logro despegar la vista de ellos, me encuentro con una mirada penetrante y orgullosa.

Conoce sus poderes el muy rufián, y no sólo los mágicos, sino sus masculinos y atrayentes encantos.

—Deliciosa —susurra insinuante, clavando intencionado su mirada en mí.

Ya empieza de nuevo con su artera seducción. Me pregunto si se le habrá resistido alguna vez una mujer. Tengo la certeza de que eso es imposible. Desde esta corta distancia percibo todo el poder de su influjo. Por Dios, si me siento tentada de lanzar la pizza por la ventana y abalanzarme sobre él como una perra en celo.

No sólo es guapo a rabiar, es desquiciantemente masculino, derrocha una sensualidad brutal en cada uno de sus gestos, es expresivo y posee un poder latente que fluye de cada poro de su piel.

Parece peligroso, es inteligente, taimado, pendenciero y divertido, lo que cualquier mujer pediría en su carta a Santa Claus al dejar la pubertad, y está a mi merced. ¡Tentaciones, venid a mí! A ver cómo logro controlar mis hormonas y mis más bajos instintos, y lo más peliagudo, ¿cómo narices lo integro en mi círculo? ¿Cómo demonios se lo presento a Allan?

Mastico lentamente, sumida en mis pensamientos. Hasta que una carcajada me saca de mi ensimismamiento.

Yinn ríe a mandíbula batiente viendo el anuncio de un refresco.

—¿Estáis todos locos en esta época?

—Seguramente —admito pensativa.

—No me digas que habéis enseñado a hablar a los perros —dice luego muerto de risa, señalando un anuncio de comida canina.

—No, todavía —contesto sardónica—, pero no lo descarto. Aunque algunos no lo necesitan, ya son más listos que nosotros sin necesidad de hablar.

Yinn ladea la cabeza y me escruta curioso.

—*Quid pro quo* —musito de nuevo.

—*Do ut des* —responde él y, viendo mi expresión confundida, aclara—: «Doy para que me des», es la expresión correcta de la declinación latina.

—¡Joder, eres una fuente de conocimiento! —exclamo admirada.

—Y tú de improperios.

Cruza sus impresionantes brazos, baja ligeramente la cabeza y me mira reprobador, frunciendo el cejo.

—De acuerdo, papi, si te ofenden intentaré moderarme.

—Yinn.

—Jo...lín, qué fijación. Sí, Yinn. Te encanta que te llamen así, ¿eh, gigante?

—Hay cosas que me encantan más —confiesa, regalándome una nueva inspección.

—Apuesto a que las adivino.

—Adelante —me reta con una sonrisa taimada.

—Las mujeres.

Niega con la cabeza.

—No todas.

Comienzo a ponerme nerviosa, respiro hondo y desvío la mirada hacia la vacía caja de pizza.

—¡Vaya apetito! —exclamo asombrada.

—Suelo ser muy voraz con todos mis apetitos.

Empiezo a sentir cada vez más calor y reprimo el gesto de abanicarme con una servilleta de papel.

—Concentrémonos en las preguntas.

Yinn se limita a asentir. Su penetrante mirada me desconcentra. Ese tío, ser o lo que sea, es un pecado con piernas.

—Bien, ¿por qué ese dao me pide una llave?

—Lleva buscando la llave desde que el rey Traidor nos encadenó al reino de Uughetsean. Es una llave mágica escondida en el Plano Material, entre humanos. Se supone que tiene el poder de abrir todos los planos, con lo que todos los seres mágicos tendríamos acceso sin limitaciones a este mundo. —Se pasa la lengua por los labios y ese simple gesto atrae poderosamente mi atención—. Obviamente, cree que la tienes tú.

Abro la boca de nuevo, cuando el genio alza una mano y me detiene.

—Mi turno, pelirroja.

La forma en que pronuncia la última palabra me estremece, es como si su voz, melosa y grave, fuese una mano que acaricia mi piel.

Carraspeo y asiento, aguardando su pregunta.

—¿Cuál es el último invento de la humanidad?

—Pues no sabría decirte, hay muchos. Hemos viajado al espacio, en cohetes. Nos comunicamos por satélites, hay máquinas domésticas que casi lo hacen todo, estoy esperando que quiten ya el casi... y, bueno, pronto nos sustituirán los robots, imagino. Posiblemente los llamen replicantes, gran peli, por cierto, *Blade Runner*. ¡Ah, y tenemos teles en tres dimensiones!

—¿Bromeas?

—Mi turno, gigante.

Esboza una sonrisa intrigante y se cruza nuevamente de brazos. Admiro su pecho, que más parece una cadena montañosa, por las ondulaciones que emergen de él.

—¿Por qué cree que la tengo yo?

—Es lo que quieres que descubra, ¿no?

—Oh, sí. ¿La puedo cambiar por otra pregunta?

Niega lentamente con la cabeza. Trago saliva. Su expresión juguetona cosquillea mi estómago.

—¿Dónde está la mujer que me invocó?

—Murió, era mi madre.

—Lo lamento —murmura sincero.

—También yo.

Nuestras miradas se enlazan por un largo instante. De algún modo, siento su comprensión, su calor, como si me mandara mentalmente un abrazo reconfortante.

—¿Quién es el rey Traidor?

—El gran Sulaymán, el rey más sabio de cuantos ha habido.

—¿Sulaymán?

Yinn niega con la cabeza, sonríe y se señala altanero.

Bufo y le devuelvo la sonrisa, exagerándola burlona.

—¿Qué es un robot?

—Es una máquina mecanizada, diseñada para que actúe según su utilización. Ya los hay con apariencia humana, pero son todavía un proyecto.

Me levanto, cojo una revista, la abro y le muestro la foto de un robot de juguete.

—¿Quién es Sulaymán?

Yinn no me presta atención, pasa páginas de la revista entre continúas y genuinas exclamaciones de asombro.

Se queda paralizado cuando ve una chica en tanga.

—¿Es ésta vuestra ropa ahora?

—Me toca —le recuerdo—. Jajajajaja. Pero voy a ser generosa y te voy a contestar. Esto es ropa interior.

La cara de asombro del genio se troca en una encendida mirada de interés hacia mi entrepierna. Siento el impulso de cubrirme avergonzada.

6

Revelaciones

—Sulaymán —le repito, rogando poder desviar su atención de ese parte de mi cuerpo.

—Me refiero al rey Salomón —comienza—, hijo de David, de la dinastía hebrea, el que construyó el Templo de Salomón. Existen muchos misterios y leyendas referentes a él, como por ejemplo que conquistó a la reina de Saba. Sin mi ayuda no lo habría conseguido jamás.

Abro la boca, muda de asombro, y pienso que es una broma, pero al ver la ofensa en el semblante del genio, descubro que habla completamente en serio. Interesante.

—Conque clases de seducción a reyes... Serías la envidia de Casanova, jajajajaja.

—No fueron clases de seducción, tomé la apariencia de Sulaymán y me acosté con ella. —Hace una pausa y sonríe orgulloso—. Varias veces. Y respecto a Casanova, he de decirte que Giacomo buscaba cobijo en los aposentos de las damas en pos de confabulaciones y ardides.

»Como adorador de la magia y la cábala, se pasó la vida huyendo de la Inquisición y de la envidia. La mayoría de las veces, a las mujeres ni las tocaba. Su gran pasión secreta no fueron ellas, sino los hechizos mágicos. Jugueteó demasiado con ellos.

Demudada, se me atoran un torbellino de preguntas en la garganta. Yinn se me adelanta.

—¿En qué reino estoy?

—En el de los hielos —bromeo—, pero has acertado con la época.

Yinn alza las cejas con cara de disgusto.

—Canadá, al norte de América.

—América, otra vez —murmura meditabundo.

Apunto y ordeno mentalmente un sinfín de preguntas. La curiosidad me acucia, pero deben primar las prioridades.

—¿Por qué le llamas el rey Traidor?

—Porque nos traicionó.

—Vengaaa —me quejo—. No es justo que me hagas preguntar de nuevo, sé más específico.

—Es una respuesta precisa a una pregunta concreta, creo que estoy siendo justo.

Resoplo enfadada y asiento ceñuda.

—Estás muy guapa cuando te enfadas —alaba zalamero—. Cuando he visto el color fuego de tu cabello, he sabido que ése es el elemento que te gobierna. Suerte que tus ojos no son verdes, porque al ser el complementario del rojo, te convertiría en una lengua de fuego incontrolable.

Se acerca a mi rostro y me mira fijamente a los ojos.

—Color azul cobalto, aunque según la luz parecen violeta oscuro. Como el fondo del océano cuando apenas lo acaricia el amanecer, o como un campo de lilas cuando cae el ocaso. Impresionantes. El color de la sabiduría y la serenidad, posees el equilibrio perfecto.

Me cuesta reaccionar, como si un hechizo me hubiera dejado inmóvil. Recibo la admiración del genio y oculto la que él me provoca.

—Sólo te falta decirme que Becquer copió su prosa de ti.

—No, su prosa era genuinamente suya.

Sacudo la cabeza, en un fútil intento de despegarme del influjo de su mirada.

—Dispara, vaquero —le recuerdo.

—¿Estáis en guerra?

—Hay reinos... países, que siempre lo están, lamentablemente, pero no a nivel mundial. Ya hubo dos guerras mundiales que casi devastan el planeta. Ahora vivimos una época de paz que espero que dure permanentemente. ¿Ves? Yo amplío las respuestas, podrías tener la misma consideración.

—Me acabo de extender en tu halago —se defiende.

—Tus halagos no me interesan.

—Te interesarán —promete jactancioso.

Me centro de nuevo mirando su perilla, a decir verdad, parece la barba de un chivo.

—¿Cómo os traicionó Sulaymán?

Esta vez es él quien permanece absorto, su marcada mandíbula se tensa.

—Nos prometió la libertad si le ayudábamos a construir su pretencioso templo, y no sólo lo hicimos, sino que se sirvió de

nosotros para todas sus artimañas de poder. Nos hizo llevarlo a los más ignotos rincones del mundo, abrimos su mente a la sabiduría de los elegidos, conquistamos reinos en su nombre, forjamos alianzas, derrotamos a sus enemigos y le proporcionamos las más bellas mujeres.

»Y cuando culminamos su gran templo, mientras él se sentaba en su trono a observar su obra, apoyado en su cayado, un día descubrimos que sólo era un cuerpo vacío. Había muerto sin cumplir su promesa. El muy miserable supo que moría y prefirió hacerlo en silencio para alargar eternamente nuestra servidumbre. Juramos entonces venganza y seguimos tras ella.

Cuando vuelve a mirarme, se esfuma su seriedad en favor de una cautivadora sonrisa.

—¿Suficientemente extenso?

—Más que suficiente, yyy... acabas de gastar tu turno.

Chasquea la lengua divertido y me guiña un ojo.

—*Touché*, Cata, eres una chica lista, entre otras cosas.

—Empezamos a entendernos.

Yinn suelta una carcajada y asiente complacido.

—¿Qué me pasará si no le doy la llave al dao?

—Te matará se la des o no.

Trago saliva. Un velo cubre mi mirada, pienso en mi madre y la tristeza me golpea.

—¿Por qué tu madre sabía conjurar hechizos e invocaciones para atraer genios?

—No lo sé, se encerraba en el desván a llorar y nunca me dejaba entrar. Pero un día se dejó la puerta abierta y me colé antes de que ella llegara.

Hago una pausa, los recuerdos se agolpan en mi cabeza.

—La vi rebuscar en ese baúl, cogió una vela y cinceló un nombre en su lomo con una horquilla. Luego lo pronunció al revés, seguido de un canto en un idioma extraño y casi al instante un ser... distinto a ti, aunque de apariencia humana, se presentó ante ella.

»Mi madre negaba con la cabeza entre sollozos, entonaba otro cántico agitando un joyero y el ser desaparecía dentro, transformado en un pequeño torbellino de humo blanquecino. Luego, sólo lloraba. Hasta que me sorprendió en uno de esos rituales.

Yinn me observa con una expresión indescifrable.

Tomo aire e intento ahuyentar los recuerdos, la pena de mi interior crece.

—¿Cómo puedo enfrentarme al dao?

—Sola no tendrías ninguna oportunidad, pero me tienes a mí.

Clavo los ojos en los suyos y en ellos hallo la seguridad y la esperanza que necesito. Podría seguir jugando conmigo, podría no dar pistas, en cambio se ofrece a ayudarme. ¿Me compadece o sigue jugando? ¿Qué sentido tiene que me ayude, cuando él mismo sería beneficiario de los planes de ese dao?

—¿Cuál es la situación actual en Jerusalén?

—Israel es precisamente uno de los países que siempre está en discordia, azotado por guerras de religión y de territorio. Actualmente está desgarrado por el conflicto árabe-israelí.

—Así que siguen en disputa —masculla reflexivo—. La maldición de Salomón no sólo recae sobre nosotros.

Decido ir al grano, mi vida corre un serio peligro.

—¿Por qué me tengo que fiar de un genio que anhela su libertad como los demás, aunque me haya prometido su ayuda?

Sus afilados y brillantes ojos verdosos con destellos dorados se clavan en mí con una intensidad que me cierra la garganta.

—Por tres motivos, aunque sólo puedo revelarte dos.

Aguardo a que continúe; no obstante, me observa con suma atención en silencio, consiguiendo que mi sangre se torne densa y que mi temperatura aumente peligrosamente.

—¡Oh, vamos! No puedes dejarme así —suplico, haciendo un puchero.

El genio desliza su mirada hacia mi boca. ¿Son llamas lo que danzan en sus peculiares iris?

—Primero —comienza en tono grave, meloso y demasiado sugerente, alzando un dedo—, porque aun anhelando mi libertad, no la quiero a costa de la destrucción de la humanidad. Malik, es cruel, sanguinario y déspota, me temo que viviríamos todos bajo un yugo peor. Y segundo —alza otro dedo—, porque mientras esté bajo tu vasallaje, me debo por entero a tus deseos.

Este recordatorio quema mis tripas y hace que me dé un vuelco el corazón. Semejante individuo bajo mi dominio, eso sí que es un regalo divino. Pienso en esa tercera razón que oculta y me prometo sonsacársela antes de que se vaya.

—¿Se cumplieron las profecías de Nostradamus sobre el genocida germano que arrasaría el mundo conocido?

—Si te refieres a Hitler, sí —respondo—. Y casi lo logra. La unión de los países aliados se lo impidió.

Me levanto de nuevo, seguida por la penetrante mirada del genio. Busco entre los estantes de mi librería una enciclopedia ilustrada, miro el índice y la abro por la página adecuada. Regreso a mi sitio y le entrego el volumen.

Yinn lo coge entre sus grandes manos, sus dedos apenas rozan los míos y ese leve contacto me turba.

Permanece absorto largo rato, leyendo y observando imágenes de momentos concretos de la guerra. Su rostro se ensombrece, tiñéndose de indignación; casi parece desolado, apático y sumido en algo parecido a la decepción.

Cuando cierra el tomo, respira hondo y me mira con detenimiento.

—Como bien proclamó en su centuria Nostradamus: «Un capitán germano vendrá escudándose tras falsas esperanzas. Y su revuelta verterá gran cantidad de sangre. Bestias enloquecidas de hambre los ríos atraviesan. La mayor parte del campo estará contra Hister».

»Hitler, impresionante la exactitud de su predicciones. Y claro ejemplo de que sólo la unión puede desbancar al mal. Esto nos da esperanzas a nosotros.

Esta revelación me deja boquiabierta. ¿A qué me enfrento realmente? Tan sólo pretendo recuperar la tranquilidad de mi vida anterior, escapar de la condenada magia que mi madre dejó escapar, olvidar recuerdos dolorosos y centrarme en mi programada rutina. En definitiva, aspiro a vivir en la normalidad que todos disfrutan.

—Sólo deseo recuperar mi vida —confieso—, nada más.

—No habrá vida que recuperar si Malik encuentra la llave o el anillo.

Meneo la cabeza y me pongo de pie nuevamente, mi mente es un carrusel alocado de ideas, pensamientos contrapuestos y temores acallados.

—¿Qué anillo, maldita sea?

Esto se complica por momentos, cada revelación es como un losa en mi corazón, como un puñal en mis entrañas que abre un agujero en mi interior por el que escapan mis esperanzas, mis sueños.

—El anillo que el rey David le entregó a su hijo Salomón. El anillo que usó el rey Traidor para invocarnos, para atraparnos en su ambición. Si se destruye el anillo, se romperá el hechizo y quedaremos libres, peligrosamente libres.

—O sea —digo frotándome las palmas sudorosas en las perneras de los vaqueros— que ese Malik tiene dos caminos para conseguir su venganza: la llave que cree que poseo y ese anillo perdido.

Yinn asiente sin dejar de recorrerme con la mirada.

—¿De dónde salió ese baúl? —inquiere con gravedad.

—Era de mi abuela, creo, lo trajo mi madre de Toledo. En una ocasión me dijo que apareció en una de las excavaciones, cuando mi abuela construía su casa en las afueras de la ciudad, cerca de la ribera del Tajo, junto a las murallas árabes.

Yinn asiente abstraído, parece estar sacando sus propias conclusiones.

—Me temo que no tenemos tiempo que perder —concluye, irguiéndose en todo su esplendor—. Debo explicarte cómo pedir deseos correctamente y tú tienes que integrarme en tu mundo. Y lo más urgente de todo, encontrar la llave antes que Malik.

Frunzo el cejo, confusa.

—¿Y si no tengo la dichosa llave?

—La tienes, hasta yo puedo sentirla latir. Malik no se arriesga a ser visto si no está seguro de cada uno de sus pasos.

—Una última pregunta antes de irme a la cama para no pegar ojo en toda la noche.

Yinn esboza una divertida sonrisa compasiva.

—Dispara, vaquera.

No puedo evitar sonreír yo también. Este ser conecta conmigo de una manera especial, me siento tremendamente cómoda en su presencia, cobijada por una aguda sensación de protección, amparada en una familiaridad extraña que me vincula a él, irremisiblemente.

—¿Cuáles son tus poderes?

Se acerca lentamente hacia mí, derramando en cada paso una sensualidad felina. Cuando está a mi altura, tengo que inclinar la cabeza para sostener su entrecerrada mirada de puma hambriento.

La atracción es tan tangible como el mobiliario del salón y tan afilada como su mirada.

—Ya los irás descubriendo, ama.

Se inclina sobre mí y se detiene a escasos milímetros de mis labios. Percibo la calidez de su aliento y todos mis sentidos se despiertan con violencia.

—Descansa, Cata, mañana tendrás un día muy ajetreado. Yo velo tus sueños.

El deseo de besarlo se agudiza tanto que hasta siento un dolor físico en mi intento por refrenarlo.

A duras penas logro dar un paso atrás, alejándome de la tentación. Yinn me mira dibujando en aquellos pecaminosos labios una media

sonrisa maliciosamente seductora.

—Un consejo —agrega casi en un murmullo ronco y lujurioso—. Controla tus pensamientos o no seré capaz de contenerme.

En un estirado y debilitado impulso consciente, logro darme la vuelta y corro hasta mi cuarto.

Mi corazón late desbocado en mi pecho, como el galope de un caballo excitado. El pulso se me dispara, siento una acentuada ingravidez en el estómago y un abrasador calor en la entrepierna. Jamás en toda mi vida he sentido algo parecido.

Mi primer impulso al entrar en la habitación es correr a darme una ducha fría, y, tal vez, regalarme un momentáneo y apremiado alivio. Pero de inmediato desisto de esta idea. ¿Y si el genio es capaz de ver a través de las paredes? Ya parece leer mis pensamientos y adivinar mis deseos. ¿Cómo protejo la intimidad de mi mente? ¿Cómo logro controlar lo que este ser provoca en mis más primarios instintos?

Me meto vestida en la cama y abrazo mi almohada. Cierro los ojos con fuerza. No espero a Morfeo. Esta noche no, esta noche seré raptada por otro dios, Vulcano.

7

Prioridades

Wahêd se tumba en el sofá del salón, pensativo.

De sus incontables apariciones en el mundo humano, sabe que ésta será la más peligrosa.

No sólo se enfrenta a su deslealtad, sino a algo extraño que recorre su cuerpo inmortal, una sensación inquietante, un desasosiego que lo perturba.

En cuanto la ha visto, ha sabido que esa mujer no es como las demás. Desprende un aura diferente, más poderosa, más vibrante, tan luminosa que le cuesta creer que sea una simple humana. Ha sabido también que le costaría mantener el autocontrol. No sólo por la intensidad con que ella lo desea, a eso está acostumbrado, a lo que no lo está es a caer presa del magnetismo que ella emana.

Y no es tan sólo una mera cuestión física, no. Es algo más intangible, aunque más poderoso, una atracción incomprensible. Despierta en él un brutal instinto de protección. Y a pesar de haberle dicho que su prioridad eran los deseos de su ama, no es del todo cierto, no en este caso en especial. Pues si ella es la guardiana de la llave, su único deber es para con sus hermanos. Y hay un protocolo muy claro al respecto: recuperar la llave y matar a su portadora.

No obstante, Wahêd tiene su propia premisa: ser fiel a sí mismo por encima de todo. Jamás ha comulgado con los planes de Malik ni con la sumisión de sus congéneres a ese poderoso dao.

Ya ha osado enfrentarse a él en otras ocasiones y a punto estuvo de perder su alma. Es tremendamente poderoso y no está solo. El Gran Sultán y su ejército de fuego, los efret, lo apoyan.

Aún recuerda el último castigo a su rebeldía, aquella celda inmunda en los calabozos de la Ciudad de Bronce. Aún flota en su mente la tortura que sufrió a manos del propio Malik. Tiembla de rabia con sólo recordarlo.

Su castigo no sirvió más que para agrandar su rebeldía y agudizar

su ingenio. Abiertamente nunca conseguirá abatirse sobre él. Necesita apoyos y una estrategia y esta aparición pone en su mano una baza vital.

Su ama será el detonante de una guerra que lleva siglos forjándose a fuego lento en su reino. El latente encono de Wahêd no es aislado, aunque sí el más audaz. Los detractores de Malik permanecen en silencio, aguardando el momento de alzarse.

Debe hacerse con la llave antes que Malik y para eso sólo goza de una gran ventaja: al haber sido invocado por una humana, su presencia en este mundo es doblemente eficaz. Pues goza de sus poderes de genio y de presencia material en este plano. Algo que Malik no puede conseguir por no ser invocado. A lo más que podría aspirar sería a aparecerse como un ser incorpóreo e insustancial. Aunque puede ejercer un mínimo nivel de magia, nada que ver con el poder que irradia en Uughetsean.

Wahêd respira hondo y sonríe. Adora su corporeidad, esa sensación de gravidez y la materia que ahora lo aferra al suelo. Lo fascina la maraña de sentidos y emociones que despiertan en su cuerpo. Desde la suavidad del tapizado de ese cómodo sofá hasta la dureza de su pesada entrepierna en el bajo vientre. Y este efecto no ha desaparecido porque la causante no esté a la vista, porque en realidad lo está.

Aunque se halla en una planta superior, la ha visto en su cama, arrebujada contra su almohada, vestida, si eso que lleva se puede considerar vestimenta, y debatiéndose por correr a la ducha para desprenderse del fogoso deseo que emana de sus pensamientos, como una fuente incesante de imágenes que lo atormentan por el alto contenido sexual de sus fantasías con él.

Si fuera dueño de sus actos, ahora yacería entre los turgentes muslos de esa hembra, completamente entregado a sus más primarios instintos. Pero no lo es y a menos que ella se lo pida, no puede tocarla.

Nunca había lamentado tanto que una mujer luchara con tanto ahínco contra sus más feroces anhelos. Pues puede sentir cómo ella batalla, cómo intenta implantar en sus sueños imágenes de otro hombre, Allan lo llama en su mente.

Wahêd decide dejar de observar sus sueños o su tormento amenaza con romper las reglas, y eso sí le costaría caro.

Cierra los ojos y siente el pulso de la casa, que late con vida propia. Su corazón es indudablemente el desván y en los recuerdos de las paredes ve numerosas invocaciones, ve amor, ilusión, pasión y

mucho dolor. Ve una frustrada búsqueda y un sufrido rencor. Y percibe diversos objetos hechizados, entre ellos uno que vibra de un modo diferente, como un rumor lejano, entrecortado y sibilante. Es la llave, está cerca pero no puede verla ni localizar con precisión su ubicación.

De repente, siente algo más.

Se incorpora violentamente y se sienta concentrado a escuchar.

Es él, Malik anda cerca.

Siente el terror de la mujer, que se agita en sueños con un sudor frío que perla su frente. Alza una mano, piensa en ella y al instante se materializa en su cuarto. Justo en ese instante, una niebla negra se disipa por la ventana.

Se acerca a la cama y se sienta lentamente junto a ella.

Dormida, pierde esa fuerte vitalidad que la adorna, esa fiereza y esa adorable desconfianza. Dormida es un hermoso ángel de cabellos de fuego y rostro de alabastro.

Pasa la yema de los dedos por su rostro y el sedoso tacto de su piel lo desconcierta. Ella parece relajarse ante su contacto y dibuja una cándida sonrisa complacida.

Wahêd fija su mirada en la exquisita plenitud de su bien delineada boca y la perfila con sus dedos. Ella se remueve y emite un gemido. Él se retira de su lado con premura y ocupa el sillón de orejas que hay frente a la cama.

«Si fuera libre —piensa—, sería yo su amo.»

8

Tentaciones

Me despierto con una clara determinación cuando lo veo dormitar en el gastado sillón de orejas: transformarlo en un hombre actual y enseñarle el mundo.

Corro a la ducha antes de que él se despierte y bato todos los récords en higiene personal apresurada cuando se me pegan las sábanas.

Tras la fugaz ducha, me seco el largo cabello ondulado, me maquillo ligeramente y busco en los cajones una goma para el pelo. Ya me estoy recogiendo la melena cuando una voz me detiene.

—Suelto.

Miro hacia la puerta cerrada y sé que él está al otro lado. Me ve.

—Es mi pelo —le recuerdo, alzando la voz.

—Y ése es mi consejo.

Haciendo caso omiso, me hago una cola alta, con destreza y rapidez, y salgo furiosa del aseo.

—Enséñame ahora mismo a pedir deseos —le exijo, con los brazos en jarras—. Voy a pedir que dejes de observarme a través de las paredes. Aborrezco que se entrometan en mi intimidad.

El genio me mira con una sonrisa contenida y asiente.

—Para pedir deseos has de ser concisa y cuidar bien lo que mencionas, no creerías la cantidad de confusiones y líos que han causado los deseos mal formulados.

Lo cojo de la muñeca y lo arrastro hacia el cuarto de baño. Lo siento en el inodoro y lo contemplo pensativa, mientras me froto la barbilla.

—Voy a cortarte el pelo y a afeitarte, gigante, y no quiero ni una réplica.

—Sólo has de desearlo.

Niego con la cabeza, balanceando mi larga coleta.

—¡Ah, no! Eso lo voy a hacer yo solita, no pienso malgastar un

deseo en algo tan fácil.

Abro un par de cajones y despliego sobre la encimera del lavabo unas tijeras, la maquinilla de afeitar que Allan decidió dejar en mi baño para esos largos fines de semana que solemos pasar juntos, un peine, una toalla y un *aftershave*.

Yinn me observa con el cejo fruncido; por su expresión más parece que lo que tan prolijamente preparo sean instrumentos de tortura.

—Tranquilo, machote, no es la primera vez que lo hago, aunque nunca he cortado tanto pelo.

—Lo estoy, pero solamente porque soy inmortal.

Le doy un ligero empujón socarrón, le dedico una sonrisa desdeñosa y me pongo manos a la obra.

No lo pienso, le corto esa larga coleta de genio justo por la base de la cinta.

La cola de pelo negro cae pesada sobre el linóleo. Luego me dedico a atrapar mechones entre los dedos, los alzo y los igualo con las tijeras. Concentrada en mi trabajo, no soy consciente de la proximidad de mi cuerpo al del gigante.

Más de una vez, mis pechos rozan su brazo, su espalda o su hombro. Me disculpo algo avergonzada, pero abstraída en mi labor vuelvo a incurrir inconscientemente en los mismos peligrosos contactos. Curiosamente, me apercibo de que el genio cierra los ojos, mortificado ante los continuados roces, o aprieta los dientes contenido.

—*Voilà!*

Ahueco el cabello del genio con las manos, dándole volumen, y retrocedo para contemplarlo.

—Perfecto —presumo.

—Prefiero no mirar —musita él.

—Cobarde. Y ahora, esta ridícula barba de chivo.

Yinn alza el rostro y me contempla ofendido.

—¿Me has llamado chivo?

—Sólo a tu barba —respondo divertida.

—Pues que sepas que esta barba es un distintivo de rango.

—Bueno, pues entonces no la necesitas. Aquí no lo tienes, aquí eres un cadete, gigante.

Yinn gruñe entre dientes y me fulmina con la mirada. Chasqueo la lengua y agito la mano para quitarle brío a su enfado.

Cojo nuevamente las tijeras y le corto la barba, apurando con cuidado. Después, se la rasuro a conciencia, hasta terminar con un

afeitado convencional.

Le pongo una toalla con agua fría envolviéndole el mentón. Acto seguido, le unto la piel con mi apreciado aloe vera y, para finalizar, el *aftershave* de Allan.

Me separo unos pasos para contemplar mi obra.

Me muerdo el labio inferior. «Pero ¿qué he hecho?», me pregunto mortificada.

Si antes era tormentosamente guapo, ahora esta endiabladamente bueno. Su espesa melena oscura le roza los hombros con un corte actual y desenfadado. Lamento al instante mi decisión.

—Ahora, mientras te duchas, buscaré con qué vestirte, aunque no sé dónde vas a meter tanto cuerpo —musito, dirigiéndome a la puerta.

—¿No vas a hacerlo tú? —inquiere él con esa maléfica sonrisa torcida—. Creía que no ibas a desaprovechar deseos en cosas fáciles...

Le sostengo la mirada, desafiante, nos contemplamos en un reto de intereses.

—Vamos, no seas malo, dúchate y saldremos de compras.

Yinn niega con la cabeza.

—O me duchas tú o tendrás que desearlo.

—Eres odioso, ¿sabes?

—Sé.

Lo fulmino con la mirada, respiro hondo, pongo los ojos en blanco y lo observo furiosa.

—No pienso ducharte, así que desembucha.

—Cobarde —me espeta sonriente.

Me planto frente a él, alzando el rostro en actitud amenazante.

—Dime cómo se hace o volveré a coger las tijeras y no será pelo lo que corte.

Yinn alza las palmas de las manos mostrando su rendición, entre risas.

—Has de decir: «Deseo, en este caso, que te duches en esa bañera y lo deseo ya». Y en ese orden: la acción, el lugar y el cuándo.

Lo escruto con desconfianza, pero asiento.

—¡Deseo que te duches en esa bañera y lo deseo ya!

—Como desees, ama.

Y al instante, casi sin que le dé tiempo a mi retina a asimilar la nueva situación, me veo rodeada del vapor del agua caliente y a Yinn desnudo y enjabonándose de pie en la bañera, ¡ante mis ojos!

Cuando quiero darme la vuelta y huir despavorida, la visión de un escultural y masculino cuerpo húmedo y duro me sigue escaleras

abajo. Por Dios, ¿se puede ser más perfecto?

Me dirijo al cuarto de invitados y rebusco en el armario prendas de Allan.

Soy incapaz de apartar de mi mente la brillante piel acanelada del genio, ni las suaves curvas de sus tirantes nalgas, ni esa espalda prodigiosa, ni esos brazos musculosos alzados, ni sus grandes manos frotándose el cabello, ni la acerada y abultada superficie de sus abdominales, ni esas piernas poderosas de largos músculos, ni la basculante virilidad que pendía tentadora. ¡Dios Santo, estoy ardiendo como nunca antes!

Pego la frente a la puerta del armario y me golpeo suavemente. Mi frustración sexual crece a un ritmo alarmante. Necesito solucionar ese tema cuanto antes, con Allan, por supuesto. Porque ya temo ser víctima de una combustión espontánea por pensamientos lujuriosos.

Respiro hondo con los ojos cerrados y cuento hasta diez para recuperar algo del dominio perdido. Luego, continúo buscando entre las perchas.

Saco unos vaqueros anchos y una camiseta grande, negra, que a Allan lo hacen parecer un rapero desharrapado, y también unos slips negros, que estiro pensando en cómo demonios meterá aquí lo que acabo de ver. Me recrimino mentalmente, las comparaciones son odiosas, no importa el tamaño, sino el uso, pero maldita sea, intuyo que en cuestiones de uso, seguro que el genio es un jodido experto.

De mal humor, subo la escalera y, cuando entro en mi cuarto de nuevo, casi me da un infarto.

Yinn, con el oscuro cabello mojado rozándole ligeramente los hombros, goteando sobre su impresionante torso desnudo, y una ridícula toalla de manos alrededor de sus caderas, remarcando un bulto sospechosamente necesitado, me espera en el centro de la habitación.

Su mirada pendenciera me termina de obnubilar, abro la boca, pero nada sale de ella.

—No me has dejado toallas —se excusa, sin que su semblante acompañe su intención.

—Lo... siento... —Me aclaro la garganta y carraspeo nerviosa—.Te dejo algo de ropa y...

Yinn se acerca tendiéndome la mano, parte de la toalla se descuelga peligrosamente. Aparto rauda la vista.

—¡No te me acerques! —le advierto agitada.

Sé que sonríe vanidoso, aunque me niego a comprobarlo.

—¿Y cómo piensas darme la ropa?

La lanzo sobre la cama y salgo atropelladamente del cuarto con el corazón a mil por hora.

Tengo que enfriar mis pensamientos y decido ocuparme en preparar el desayuno.

Así todo es más fácil, poner el filtro en la cafetera, tostar el pan, servir el zumo de naranja, concentrarme en cocinar al punto exacto los huevos revueltos y luego engullir.

Con el control recuperado, respiro hondo cuando lo oigo entrar en la cocina. Esta vez me vuelvo despacio.

—Disculpa, he echado un vistazo al desván por si la llave estuviera más cerca de lo que pensamos.

Mis pupilas se dilatan y mi garganta se seca, ooootra vez. Esto está acabando con mi paciencia y, lo peor de todo, con mi buen juicio.

Está apoyado de manera indolente en el marco, ocupando todo el vano de la puerta, con una pierna cruzada delante de la otra, mirándome con una fijeza que quema.

Decir que está tremendo es a todas luces quedarse corta. El ancho pantalón de Allan no sólo le está estrecho y corto, hasta pienso que le impide la circulación de las piernas y que en poco tiempo las tendrá azules. La camiseta negra más bien parece pintada sobre su piel, y aun así quita el aliento.

—Nunca ha sido tan necesario ir de compras como en tu caso —logro observar sin que me tiemble la voz.

—Sí, por favor, de todas las veces en las que me he sentido atrapado, ésta te aseguro que está siendo la más dolorosa.

Suelto una carcajada. Por fin alivio tensiones, aunque no todas.

—Vamos, gigante, te espera un día ajetreado.

Yinn se acerca a la barra, se sienta en un taburete, toma una tostada de mermelada y la muerde con una voracidad que me estremece.

—No tan ajetreado como me gustaría, pelirroja.

Sonríe intencionado, en la comisura de sus labios queda un rastro de mermelada de fresa que deseo limpiar con mi lengua. Me vuelvo con vehemente furia hacia los fogones y me muerdo el labio inferior. Y pensar que, últimamente, lo más difícil de mi vida habían sido los exámenes finales de la carrera.

—¿Tienes servilletas o te encargas tú de limpiarme la boca?

Resoplo y le regalo una mirada airada.

—Me temo que voy a pedir otro deseo.

Yinn se encoge de hombros y me guiña un ojo.

—Como quieras, pero no olvides que acaba de empezar el día y ya has gastado uno.

Me acerco a él con la sartén en la mano y actitud decidida. Le sirvo los huevos con ademanes bruscos, mientras ordeno mis pensamientos para formular correctamente el deseo.

—Voy a arriesgarme a gastar dos.

—Chica valiente —murmura—. Luego no te quejes —añade, mordiendo de nuevo la tostada.

—Deseo que dejes de leerme el pensamiento indefinidamente y lo deseo ya.

Los almendrados ojos de Yinn chispean.

—Como desees, ama.

Aguardo un instante, esperando quizá algún artificio pomposo, un estallido de luz, algo. Pero todo sigue igual

—¿Ya está? —pregunto desconfiada.

—Claro, ya no puedo leerte la mente. Lástima, empezaba a ser mi pasatiempo.

Lo observo recelosa y ceñuda. Frunzo los labios y, finalmente, me siento a un extremo de la barra a desayunar, lejos de él.

—¿Me temes, Cata?

Niego, sin apartar los ojos de mi plato, masticando metódicamente.

—Comprendo —agrega con diversión—.Te temes a ti, o mejor dicho, a tus impulsos.

—Engreído.

—Reprimida.

Nuestros ojos se encuentran y ambos sonreímos sarcásticos.

Acabamos el desayuno en silencio.

Cuando Yinn se acerca a mí, el aire se carga de deseo. Suerte que ya no puede leer mi mente, o eso espero, porque sólo deseo subirme a la barra, meterlo entre mis piernas y tirar de su pelo mientras le devoro la boca.

En ese preciso momento, lamento mi último deseo, pues ahora que no me siento acechada mentalmente, que no hay motivo para reprimir mis lascivos pensamientos, éstos toman el control con apabullante rapidez.

—Será mejor que nos larguemos. Reventarás esa camiseta de un momento a otro, como el increíble Hulk.

—¿Cómo quién?

—Olvídalo, grandullón.

9

Atenciones

Pasear por la avenida principal de la ciudad, repleta de tiendas y de gente, es la peor idea que he tenido en mucho tiempo.

No hay una sola mujer que no se quede ojiplática ante la visión de Yinn y el gran abanico de expresiones que encuentro a mi paso sería un excelente estudio para un manual de psicología femenina.

Evidentemente, la emoción que predomina es la de genuina admiración por un ejemplar tan soberbio, seguida de una lujuria difícilmente disimulada.

Cuando van en grupos se dan codazos entre ellas sin ningún disimulo y si van acompañadas de sus parejas, lo admiran en silencio. A algunas hasta parecen salírseles los ojos de las órbitas y la gran mayoría termina volviéndose para contemplarle el trasero.

Los hombres, todos sin excepción, lo miran con desdén y una envidia sibilina.

Compruebo que nada funciona mejor para pasar desapercibida que ir acompañada de un hombre tan formidable como el que camina a mi lado. Reconozco y saludo a un par de amigas, que ni reparan en mí de tan emocionadas como están babeando por Yinn.

Y sé que no sólo caen fulminadas por un físico arrebatador, no, a eso se le suma esa manera tan segura y felina de caminar, ese aura tan atrozmente sensual que desprende, ese brutal magnetismo que emana, como si su nutrida experiencia sexual fuera una luz verde sobre su cabeza, como las de los taxis libres.

Y el muy truhan sonríe altanero, consciente de su poder y orgulloso del influjo que desprende con total naturalidad.

—Te encanta causar sensación, ¿eh, grandullón?

—Hay cosas que me encantan más —musita, repitiendo nuevamente esas palabras.

—¿Como qué?

Se detiene a mirarme, lo que provoca que un grupo de chicas finja

mirar un escaparate mientras lo observan furtivamente entre risas nerviosas.

—Como los retos —contesta.

Me obligo a tragar saliva y casi a respirar. Desvío la atención hacia una tienda de ropa, Gley's, lo cojo de la muñeca y tiro de él hacia la entrada del establecimiento.

—Ahí va el primero. Veamos qué tienen de tu talla.

El amplio establecimiento nos recibe con aroma de nuevo y un ambientador fresco.

La dependienta se vuelve hacia nosotros con una sonrisa que se le congela cuando repara en Yinn.

Pongo los ojos en blanco por enésima vez.

—¿Puedo ayudarlos en algo?

Apuesto a que nunca ha tenido tantas ganas de ayudar.

—Necesitamos renovar su guardarropa, le robaron la maleta en el aeropuerto.

La mujer, alta, esbelta y tan rubia como un sol de invierno, aprovecha la ocasión para escrutarlo más detenidamente, exhibiendo una profesionalidad que no vela su disfrute.

—Acompáñeme, creo que sé lo que le puede ir bien, espero tener tallas.

Tras seguirla por filas interminables de estanterías, percheros giratorios y pasillos extremadamente pulidos, va cargando a Yinn con tejanos, camisas, cazadoras, camisetas, pantalones de lino y hasta foulards.

Y sin esperar ningún tipo de aprobación por nuestra parte, nos conduce a los probadores.

—Si necesita otra talla o que le ajuste alguna prenda, no dude en llamarme.

Me lanza una mirada de gata envidiosa y hace una mueca desdeñosa, como si no comprendiera qué hace un tipo como él con alguien como yo.

—Gracias —murmuro cortante—, pero creo que ya me apañaré yo solita.

Y alzando altiva la barbilla, la obsequio con una sonrisa forzada.

Asiente con sequedad y se aleja haciendo resonar sus tacones contra el lustroso pavimento y contoneándose exageradamente.

—Odio a las empleadas que se creen directivas y, sobre todo, a las que ni te dan tiempo a escoger tus prendas —rezongo ceñuda.

—Lo que odias es que me coma con los ojos.

—En tal caso debería odiar a la mitad de la población de Ontario, si ésa es la proporción en géneros, claro está.

Yinn me sonríe condescendiente y señala toda la ropa que la estirada dependienta ha colgado en los ganchos del probador.

—Has dicho que me ayudarías —apunta.

Niego con la cabeza.

—He dicho que me apañaría solita y me refería a opinar.

Yinn se revuelve incómodo en el estrecho habitáculo.

—¿Por qué estas cosas son tan pequeñas?

—Porque no hay muchos gigantes, y aunque los hubiera. Deja de quejarte y empieza a probarte prendas, no tenemos todo el día.

En ese momento comienza a sonar mi móvil, me vuelvo. Es Allan.

A mi espalda, oigo el rumor de ropas e imagino a Yinn despojándose de los vaqueros. Me reprendo mentalmente y descuelgo la llamada.

—Dime.

—¿Dónde estás? —pregunta Allan.

—En Gley's, comprando ropa.

—No sueles comprar ropa allí.

—Hoy sí.

Tras un silencio, de repente me apercibo de que hay varias mujeres mirando atónitas un punto justo tras mi espalda.

—Bueno, cielo, quería decirte que esta noche hay fiesta en casa de Tom, ya están todos avisados. Llevaré unas cervezas. ¿A qué hora paso a recogerte?

¡Joder, la noche de amigos!

—Eehh... bueno, iré en cuanto pueda.

—Tengo la tarde libre, puedo pasarme un poco antes y...

—No estoy sola —digo, apretando los dientes.

—¿Cómo?

—Esto... ha venido un... primo lejano a pasar unos días.

Mi mente comienza a maquinar a marchas forzadas.

—¿Primo? Creía que no tenías familia, ni siquiera lejana.

—Pues la tengo. Coincidimos en el hotel. Ya sabes, me extrañó el apellido y, charlando, pues resulta que somos familia, ¿no te parece increíble?

—Sí, resulta bastante increíble.

—Qué pequeño es el mundo —mascullo, mostrando una ligereza que no siento—. ¿Te importa que lo lleve esta noche?

—Eh... no, claro, será interesante conocerlo.

—No lo sabes tú bien —contesto, cada vez más intrigada por la atención que causo.

Un grupo de personas murmuran con semblante escandalizado.

Me doy la vuelta curiosa y me topo con el desnudo trasero de Yinn, que, medio inclinado, se intenta subir unos pantalones.

—¡Joder!

—¿Pasa algo, cielo?

¡Se está probando la ropa sin correr la cortinilla! Su única barrera es mi cuerpo.

—Eehh... no, no, todo va bien. ¿A qué hora tenemos que estar allí?

Cierro agitada la cortinilla y me encojo de hombros a modo de disculpa con la gente que mira reprobadora.

—A las ocho. Pasaré a buscaros, nena. Te dejo, el señor Willoby me reclama.

—Chao, cariño.

Cuelgo apresurada y suelto el aire contenido.

—Mierda, Yinn, estás dando un espectáculo.

—Y más lo daré como me vuelva a golpear la frente con este condenado espejo —se queja irritado.

Tras un instante, abre la cortina y aparece sudoroso y ceñudo.

Comienzo a observarlo, cuando él me coge de la muñeca y me atrae hacia el interior del probador.

—¿Qué tal me queda?

Aprisionada en un lateral, no soy capaz de mirar su cuerpo directamente, ni a través del espejo.

—No te veo bien —gruño.

El genio inclina la cabeza hacia mí y pega su frente a la mía.

—Pues no puedo estar más cerca.

Se me diluyen las quejas en el hechizo de su cercanía. Sólo soy capaz de perderme en sus ojos y de sentir cómo mi cuerpo gime de hambre por este hombre.

—Bueno, en realidad, sí puedo estar más cerca —agrega con un deje sensual.

Apoyo las palmas de las manos en el inmenso pecho del genio, con intención de apartarlo de mí, pero en vez de eso, acaricio las protuberancias de sus pectorales. La sedosa camisa blanca que lleva no mitiga el calor que emana de su cuerpo.

—Ése es el problema —logro musitar—, necesito estar más lejos para ver el conjunto.

—¿Realmente es eso lo que necesitas, Cata?

Acerca tentador sus labios a los míos, casi rozándolos, y me estremezco trémula.

Compruebo horrorizada que mis traidoras manos ascienden por el pecho de Yinn, acarician sus hombros y se esconden tras su melena al amparo de su nuca. Yinn, cierra los ojos y gime.

Debo salir ya de este condenado influjo o terminaré fornicando como una posesa en un jodido probador. La sola idea me desquicia.

—Necesito distancia para poder opinar —insisto, con un poco convencido hilo de voz.

Yinn clava una mirada ardiente y sufrida en mí.

—Entonces, habrás de soltarme.

Tremendamente avergonzada, despego mis manos de él y me escabullo del probador.

Sólo deseo salir de esta tienda, escapar de él y lanzarme de cabeza al lago. Pero logro recuperar la compostura y mirarlo simulando indiferencia.

Paseo la mirada por la camisa blanca, que realza el tono de su piel, y por los espectaculares tejanos desgastados de cintura baja, que perfilan sus esbeltas piernas y que le quedan de impresión. Cuando mis ojos se posan en la bragueta de botones, la desvío ante la poderosa evidencia de lo que palpita tras la tela.

Y entonces recuerdo la visión de su trasero.

—Por cierto, no hace falta que te quites la ropa interior para probarte pantalones.

—No me la he quitado —replica.

—Por Dios santo, si yo misma te he visto el trasero cuando te subías los pantalones.

—Pero no me he quitado la ropa interior, es que no me la he puesto. Me apretaba demasiado —se justifica.

Miro al techo y resoplo.

—Ahora mismo soluciono eso. No te muevas de aquí.

Corro a la sección de ropa interior, cojo varios slips y bóxers, y cuando regreso me topo con la dependienta relamida pasando las manos por la cintura de Yinn y alisando intencionada la camisa sobre su acerado vientre.

—¿Se puede saber qué haces, guapa?

La rubia me mira, claramente molesta por la interrupción.

—Ajustándole la camisa, creo que le sentaría mejor un modelo más ceñido.

—Y yo creo que deberías largarte y no volver a poner las manos en

mi novio, o me obligarás a decirle a tu jefe lo demasiado dispuesta que eres.

Nos sostenemos la mirada un tenso instante. Finalmente, se disculpa y se marcha airada.

Miro furiosa a Yinn, que sonríe complacido.

—¿Y se puede saber por qué te dejas manosear?

—Me estaba ayudando, ¿acaso no es ése su trabajo?

—Se estaba tomando demasiadas libertades y lo sabes.

—¿Celosa, pelirroja?

—Por mí como si te llevas a la cama a media ciudad.

—No es la impresión que acabas de dar —responde, desabrochándose la camisa.

—No soporto a las aprovechadas.

—¿Qué seré esta noche, novio o primo?

Evidentemente, había escuchado mi breve conversación telefónica.

—El papel de novio ya está cogido, guapo, así que serás mi primo.

—Cuando quieras, me hago cargo del primer papel.

Su ofrecimiento eriza mi piel, simulo desdén y lo aliento tediosa a probarse el resto de las prendas.

Todo lo que se prueba le queda de fábula, claro que, con ese cuerpo, hasta el aire es un adorno.

Salimos con una gran bolsa que agujerea mi cuenta corriente; suerte que puedo formular el deseo de que se llene de nuevo. Sonrío ante tal perspectiva. Bueno, no todo son complicaciones, después de todo.

10

Presiones

Mientras ella se ducha, Wahêd decide darle su espacio, y no por generosidad caballeresca, sino para evitarse el suplicio de contemplarla desnuda, enjabonando ese cuerpo que lo consume de deseo.

Casi no recuerda la última vez que su libido ha estado tan exaltada por una humana. A decir verdad, y recapitulando todas y cada una de sus apariciones, empieza a pensar que ésta es la primera vez que lo está atando a una mujer una lascivia tan implacable y agotadora.

Si algo no necesita en estos momentos son distracciones y, sin embargo, debe infiltrarse en esta época como uno más, debe conocer ese nuevo hábitat y cuanto antes mejor, para desenvolverse en caso de huida o enfrentamiento. No siempre podrá hacer uso de sus poderes de genio.

Se tumba en el sofá y cierra los ojos. Tiene la obligación de viajar astralmente a su reino para averiguar cómo se están desarrollando las cosas allí; no obstante, antes incluso de transportarse mentalmente, una voz oscura lo reclama con firmeza.

—Wahêd, a mi presencia.

Aprieta los dientes y los puños ante esa átona voz y se deja llevar ante su señor.

La gran sala rectangular del trono, en el opulento palacio real de la Ciudad de Bronce, resplandece desde su Plano Espiritual, como él mismo.

Ante Wahêd, en su ornamentado y pretencioso trono, Malik, ataviado con sus mejores galas, lo contempla ceñudo.

—Tu ama es mi objetivo —anuncia con gravedad—. Ella es la guardiana de la llave.

—La siento latir en la casa, pero soy incapaz de verla. Ya he inspeccionado el desván.

—Debe de estar bajo algún hechizo de ocultación, o protegida por

un amuleto de poder, pero sin duda está en la casa, incluso puede que la lleve ella como un vulgar objeto cotidiano —opina el Gran Malik, concentrado.

A su lado, sus dos hijas lo miran maliciosas, las peores ghoulas del reino, manipuladoras, caprichosas, poderosas y maléficas. Una de ellas, Kamil, intentó atrapar a Wahêd en sus redes, pero a pesar de su belleza, él sabía que escondía el alma de una arpía y que si sucumbía a sus encantos caería en una trampa mortal, preso de por vida de sus antojos, convertido en una vulgar mascota.

Fuera del dorado palacio, el viento silba sobre las dunas, moldeando la ardiente arena del desierto de Khol a su antojo.

—¿Quizá camuflado como una baratija? —inquiere pensativo.

—Es probable. Habrás de deshacer el hechizo para poder verlo, o conseguir que la humana te confiese dónde está.

—Ella desconoce siquiera su existencia —se apresura a replicar.

—Su madre conocía nuestros secretos y artificios, contactó con varios genios, poseía el conocimiento de las invocaciones mágicas. La hija sin duda se guía por sus enseñanzas, las presenciaba de pequeña.

Tras el manifiesto de Malik, un funesto pensamiento lo asalta.

—Mi ama no sabe nada, sólo quiere librarse de tu presencia. Créeme que si conociera su paradero, me la habría entregado en el acto.

Malik desliza sobre él una mirada escrutadora y desconfiada. Frunce los labios y entrecierra sus afilados ojos negros.

—No subestimes a la humana, Wahêd, ése sería un grave error. A decir verdad, te he llamado para incentivarte un poco, últimamente te veo indolente y falto de pasión.

Alza un dedo, mira a sus hijas, Kamil y Yaced, y, esbozando una sonrisa maligna, da una palmada seca.

En el acto aparecen dos grandes gigantes de ébano vestidos como sirvientes y arrastrando una figura cabizbaja.

—¡Maestro!

El maltratado anciano apenas tiene fuerzas para alzar la cabeza y mirarlo. Su mirada vacua y perdida le muestra su sufrimiento.

—¡Libéralo en el acto! —suplica. Desde su Plano Espiritual nada puede hacer por él, carece de poder en su mundo mientras sea esclavo de un mortal.

—Lo haré, tienes mi palabra, siempre y cuando yo tenga la tuya.

—Conseguiré la llave —promete angustiado.

Ese djinn era su mentor, su bastón, su cobijo y su réplica. Había

sido un gran marid, un poderoso djinn de agua, que lo había cobijado bajo su tutela, enseñándole cuanto sabía, a aprovechar al máximo sus dones como genio de aire, adoptando incluso transfiguraciones más propias de otros genios y que Wahêd se guardaba muy bien de mostrar.

Cada genio se limitaba a los poderes inherentes a su especie, pero él siempre fue más curioso y pretencioso que el resto. Se debía a su maestro, al gran Zahin, todo cuanto era había sido obra de su sabiduría, generosidad y paciencia.

Siente un arranque de furia incontenible.

—Aplaca al menos el yugo del dolor —ruega—. Está sufriendo.

—También mi paciencia, Wahêd, también mi paciencia. Aligeraré el hechizo si me prometes premura y colaboración.

—Las prometo —contesta con prontitud.

Entonces, la altanera Kamil se levanta de su sillón y se acerca a él con una sonrisa ladina en el rostro.

—¿Os fiáis de su palabra, padre?

Lo rodea contemplándolo maliciosamente.

—Yo huelo su rebeldía, su duda y su odio.

Wahêd la fulmina con la mirada.

—Yo sólo huelo tu frustración.

La ghoula le muestra los dientes en una mueca feroz. Sus bellos ojos negros resplandecen con una veta de maldad que lo sobrecoge.

—El juego aún no ha terminado —replica ella—. Serás mi juguete y me concederás esos dones de macho que tanto alaban las demás. Y luego te lanzaré a los perros del desierto para que devoren tu carne.

—Prefiero a los perros que a ti.

El rostro de la ghoula se contorsiona furioso.

—¡Basta! —exclama Malik—. No distraigas a nuestro enviado. De él depende el futuro del reino, y de este anciano, naturalmente.

Sonríe taimado y vuelve a palmear con impaciencia.

—No creas que no te vigilaré de cerca, djinn, pero no lo haré yo, tengo otros asuntos que atender. Será mi bella Kamil la que te honre con su presencia y la que supervise cada uno de tus pasos. A ella le daré el poder necesario para desenvolverse en el Plano Material.

»Cuídate, mi buen Wahêd, sé cauto y previsible, o se abalanzará sobre ti la implacable ira de mi Kamil. Consigue la llave o romperé el alma de Zahin en mil pedazos y la tuya, la tuya estará encadenada a la de mi hermosa hija para toda la eternidad.

Wahêd contempla impotente a su maestro y se promete liberarlo,

aun con su último aliento.

—¡Regresa!

En apenas un suspiro, su alma volátil vuelve a su cuerpo.

Abre los ojos con dolor y jadea de rabia.

¡Maldición!

Siente un soplido en la mejilla. Una masa de aire translúcida con forma de mujer flota por la estancia, con una risita maléfica, y desaparece en el acto.

Nada podía ser peor que Kamil, ni siquiera su padre.

Con semejante arpía, su misión se complicaba, pues es imprevisible, voluble y despiadada. Tiene que ir con extremo cuidado y proteger a Cata más que nunca de la crueldad de una ghoula insatisfecha y posesiva.

Si algo ha adquirido una acuciante relevancia es encontrar la llave y huir con ella. Puede canjearla por Zahin, pero antes debe buscar apoyos para organizar la revuelta.

El tiempo es su enemigo, pero no el único, porque cuando piensa en la mujer... la ve en el baño, desnuda, untándose la piel con una crema. Contemplar sus delicadas manos acariciándose hace que su deseo casi brame de necesidad por ella y sabe que su debilidad por la humana es otro escollo en el camino.

De repente, todos sus sentidos se alertan. No es el único que la observa.

Corre hacia el baño y la oye gruñir furiosa.

—¡Te prohíbo que me toques, maldito, he podido sentir tus manos en mi espalda!

Kamil.

Un escalofrío recorre su espalda. Tiene que alejarla de allí cuanto antes.

11

Distracciones

Cuando Allan llama a la puerta, corro escaleras abajo para adelantarme a Yinn, pero no logro llegar a tiempo.

La cara de Allan ante el hermoso gigante es todo un poema. Lo contempla boquiabierto, totalmente apabullado por el magnífico ejemplar masculino que lo mira ceñudo desde su imponente altura.

—Su novio, ¿no es así?

Allan se limita a asentir desorientado.

—Su primo, imagino.

—Eso parece.

Yinn emite un bufido desdeñoso y se aparta de la puerta.

Me abalanzo sobre Allan y lo beso con alivio.

—Hola, cariño, me moría por verte.

Él mira a Yinn con recelo y en un tono algo molesto, comenta:

—Pues veo que has estado bien acompañada.

—No te creas, es poco hablador.

Le sonrío haciendo un gesto casi mortificado.

—No pienso compadecerte —susurra él—, aunque no hable mucho, salta a la vista que entretiene, por muy primo que sea, que, por cierto, no tenéis ningún parecido.

—Suerte que no heredé ese horrible pelo rojo —masculla Yinn cruzado de brazos, evidentemente molesto.

—Ni yo tu tamaño —replico, haciendo un mohín.

Yinn dibuja una sonrisa sarcástica, mostrando su perfecta y blanca dentadura. ¿Cómo es posible que no tenga ni siquiera un pequeño defecto? «La perfección existe —pienso—, aunque no sea humana.»

—Haya paz. Parece que no habéis empezado con buen pie —apunta Allan con diversión y una pizca de complacencia.

—¿Nos vamos? —pregunto, ciñendo automáticamente mi coletero.

—¿Te ha visto tu novio alguna vez con el pelo suelto? —inquiere Yinn con sorna.

Me vuelvo hacia él en actitud desafiante.

—Sí, entre otras muchas cosas.

—Oh, entonces es un privilegiado —bromea—, entre otras muchas cosas.

Me pongo en jarras y frunzo el cejo.

—¿Por ejemplo?

—Paciente, permisivo, tolerante. Estoy seguro de que cumple los requisitos para que puedan santificarlo.

Gruño, apretando los puños. Yinn arquea una ceja sonriendo de medio lado, asiente y se dirige a la puerta.

—Creo que nos esperan —murmura en el porche.

Lo fulmino con la mirada.

—Vamos, cielo —me susurra Allan, tranquilizador—. Todos tenemos un familiar recalcitrante. Mañana lo metes en un tren y te olvidas de él.

—Ahora mismo lo que deseo es que le pase un tren por encima.

Allan suelta una carcajada y me coge por la cintura.

—Yo ahora lo que deseo es una ofrenda en condiciones a este santo.

—Jajajajajajaja, ¿flores o velas?

—Una flor en particular.

—Sea —concedo, besando sus labios—. Te adelanto que es una flor muy ávida, tendrás que regarla convenientemente.

—Soy buen jardinero.

Salimos al porche melosos, entre risas y arrumacos que hacen que Yinn tuerza el gesto y mire al cielo.

Llegamos a casa de Mark y, cómo no, las invitadas femeninas se quedan encandiladas con Yinn, disputándose todas su atención, para disgusto de los chicos.

En la cocina, cogemos cervezas y conversamos amigablemente, apoyados en la barra. Allan, su inseparable amigo de la infancia Mark, Tom, compañero de Allan, y yo.

—Oye, guapa, podías haberte dejado el primo en casa —dice Mark, celoso, viendo cómo Tessa, Joan y Marta caen rendidas ante el genio.

—No te gusta la competencia, ¿eh? Pero tranquilo, Yinn no ha venido a ligar.

—¿Seguro?

Sigo su mirada y me encuentro a Yinn sentado en el sofá, con un

quinto de cerveza en la mano, conversando muy acaramelado con Tessa a un lado, que lo manosea a discreción, y Joan al otro, que lo mira arrobada. Él sonríe más que complacido con tanta atención, esbozando sonrisas seductoras y entrando en el juego de Tessa.

Frunzo los labios, me disgusta ver cómo ella se roza con él sin ningún pudor.

Me acerco.

—¿Eres español? —musita Tessa—. España acaba de convertirse en mi país favorito del mundo mundial.

Yinn se ríe y coquetea con ella descaradamente. Carraspeo de pie frente a ellos.

—Si me dices que además tienes dinero —continúa Tessa ignorándome—, seguro que estoy soñando, ya dudo de que seas real.

Yinn le coge la mano y la apoya en su formidable pecho. Lleva esa camisa blanca de seda liviana que yo misma he tocado en el probador, y unos tejanos negros ceñidos.

—Joder, si eres real, tanto que te perdono que seas pobre.

Yinn suelta una carcajada que sacude su pecho. Todas las mujeres de la sala casi suspiran ante la masculina musicalidad de ese sonido que vibra en sus cuerdas vocales como si fuera la melodía de un arpa.

—Eres graciosa, me gustas.

Tessa se inclina más sobre él, acercando los labios a su oreja.

—Tú sí que me gustas, encanto.

La situación se caldea a un ritmo acelerado. Carraspeo más sonoramente. Esta vez sí me miran.

—Otra birra, amiga —pide Tessa sonriente, ofreciéndome su botellín vacío.

—¿Podemos hablar un momento, por favor, Tessa?

Ella abre sorprendida los ojos, con evidente disgusto.

—¿Tiene que ser precisamente ahora, que he pillado la mejor butaca del cine?

Gira los ojos hacia Yinn con insistencia, sus señales resultan de todo menos discretas.

—Sí, tiene que ser precisamente ahora.

Yinn me contempla jocoso.

—Así es mi prima, inoportuna y mandona.

Lo taladro con una mirada admonitoria, me inclino hacia mi amiga, la cojo de la muñeca y tiro con todas mis fuerzas, arrancándola literalmente del sofá. La arrastro hasta la sala contigua y me planto delante de ella, mirándola con severidad.

—No, ¿me oyes? Él está prohibido.

Tessa alza las cejas, para fruncir el cejo a continuación.

—¿Por?

—Porque es mi primo.

—Ésta sí que es buena. —Pone los brazos en jarras y me mira retadora—. Mira, cariño, te quiero mucho, ¿vale? Pero esto que me estás pidiendo es imposible. ¿Tú te crees que soy capaz de rechazar un maromo semejante? De todos, y resalto el «todos», los tíos que me he llevado a la cama, ninguno, óyeme bien, me ha puesto tan caliente como él.

»Ni en mis más obscenos sueños habría imaginado tener entre mis piernas un tipo como éste, y no pienso desaprovechar la oportunidad por nada del mundo. Así que si te enfadas, ya se te pasará.

La firme decisión que brilla en sus ojos me hace ver que no la convenceré pidiéndole ese favor. Pienso a marchas forzadas cómo impedir que ellos... Y de repente, un pensamiento me confunde. ¿Por qué me molesta que se acueste con él? ¿Qué más me da lo que haga el genio, mientras cumpla su encargo de protegerme? ¡Mierda!, pues me importa.

—Yinn juega contigo y no quiero que te haga daño —improviso.

—Chata, no soy imbécil, no aspiro a enamorarlo, con un polvo me conformo. Y menudo trofeo voy a enarbolar.

—Es gay —invento nerviosa.

—Y una mierda —replica ella—. Ese tío rezuma masculinidad por todos sus poros.

—¡Maldita sea, Tessa!

—No malgastes saliva y reza porque mañana se me haya pasado el enfado contigo y te cuente los detalles.

Y así, sin más dilación, resopla y se aleja hacia la sala de estar.

Joder, sólo me queda una opción.

Respiro hondo y sigo los pasos de Tessa. En la sala, la música de Imagine Dragons, *Demons*, resuena con fuerza. Para mi sorpresa, Yinn cuenta anécdotas graciosas sobre sus viajes a otros países con total naturalidad y sin despertar sospechas sobre su origen.

Consigue atrapar la atención de los chicos, que ríen con su chispeante ingenio y sus socarronas ocurrencias.

Me siento en el brazo del sillón donde Allan se encuentra escuchándolo.

Las contadas ocasiones en las que el genio deposita sobre mí esa mirada de gato relamido, hasta puedo sentir cómo me sube la

temperatura. Mi cuerpo reacciona ante él de una manera tan incontrolable que pienso que la mejor manera de volver a coger las riendas es con una buena ración de sexo. Esta noche es de vital importancia que Allan y yo sucumbamos a la pasión, para liberar parte de la gran tensión que ya acumulo.

—Cuando visité la exposición sobre Modigliani en la galería Berthe Weill, en París, lo primero que pensé fue que la mejor profesión del mundo es la de pintor, y a eso me dedico, aunque no creo que la policía me clausure, como a él, que nunca olvidará ese día.

Todos ríen menos yo.

Evidentemente, se refiere a la primera exposición individual de Modigliani, sobre desnudos, que tuvo que cerrar por incidentes la propia policía. Pero ¡eso fue en el año 1917! Miro a los presentes, rezando para que ninguno se percate de ese detalle.

Clavo mis grandes ojos en Yinn con aguda intensidad.

El muy rufián, que me observa relajado, parece mofarse de mi alarma guiñándome un ojo.

—No me digas que pintas desnudos —dice Tessa, absolutamente cautivada por el genio.

—Pinto lo que me dejan pintar.

Y centra su vista en mí con evidente intencionalidad.

—Yo te dejaría pintar sobre mi cuerpo —ofrece ella entusiasmada. «Eso es una ofensiva y no la de los Panzers alemanes al mando de Rommel», pienso malhumorada.

—La piel es el mejor lienzo para casi todo.

Y sigue mirándome con intensidad. Temo que Allan capte sus indirectas y me agito nerviosa.

—Seguro que tienes un montón de lienzos a tu disposición —dice Mark con envidia.

Yinn niega con la cabeza, se pasa las manos por el pelo y de nuevo clava sus agudos ojos en mí.

—Puede, pero suele pasar que el que más te interesa no lo está, aunque paradójicamente se muere porque lo pinten.

Desvío la mirada, incómoda, y me apoyo en el hombro de Allan, que de inmediato rodea mi cintura y me atrae hacia él.

—Otros, en cambio —añade Yinn—, tienen el lienzo pero no las pinturas adecuadas, ni la capacidad para usarlas.

Puedo sentir cómo mis mejillas enrojecen.

—Catalina es una apasionada del arte. Ahora mismo prepara una exposición sobre el *Cinquecento* para la Galería Möller —explica Allan,

dirigiéndome una sonrisa orgullosa.

—¿Ah, sí, prima? ¿Y cuáles son tus pintores favoritos?

—Tintoretto, Botticelli, Rafael... —responde Allan en mi lugar.

—A algunos los... —Yinn hace una pausa intencionada para inquietarme, me envaro y contengo el aliento—, los estudié. Está claro que eres una apasionada del color. Quizá te interesen los míos. Algunos definen mi obra como muy colorista.

—Tienes que invitarnos a tu próxima exposición —propone Joan, dando palmaditas.

—A mí con que me invite a su cama —rezonga Tessa, con absoluta naturalidad.

Los chicos ríen, como siempre, ante su abrupta franqueza.

—Tessa, está claro que faltaste a clase el día que impartieron «sutileza y seducción» —mascullo molesta.

—Es probable —responde—, pero no me perdí la de «saca tajada y disfruta, mientras otras miran».

Las carcajadas inundan la sala de estar. Sonrío y me inclino ante ella, simulando una reverencia.

—No, en ésa seguro que sacaste matrícula de honor.

Tessa sonríe abiertamente y pasa su brazo por los hombros de Yinn, aunque es físicamente incapaz de abarcarlos.

—No lo dudes y si te portas bien, puede que hasta te deje mirar.

Chasquea la lengua, victoriosa, y se muestra orgullosa, apretándose contra Yinn.

—No, gracias, pienso estar muy ocupada.

Me inclino y beso a Allan en la boca.

—Jajajajajajaja... noche caliente —masculla Mark. Mira a Joan y seguidamente a Tom—. Amigo, hoy te quedas en el banquillo.

Joan niega con la cabeza, con el rubor cubriendo sus mejillas.

—Me parece, Mark, que tu «pequeño amigo» tampoco será titular esta noche —dice Tessa entre risas.

Las conversaciones continúan entre cervezas, aperitivos y buena música.

A Tessa sólo le falta subirse la falda y sentarse a horcajadas sobre Yinn. Mi humor comienza a agriarse peligrosamente.

Me escondo en la cocina, con un botellín de cerveza en la mano, y me apoyo sobre la barra, mirando por la ventana. Tengo que dejar de ver a Yinn como un hombre, debería empezar a pensar que es un ser mágico, una criatura sobrenatural, siniestra, extraña e imprevisible, que además desaparecerá de mi vida dentro de unos días. Unos días

que intuyo que se me harán eternos.

Oigo un rumor detrás de mí, pero no me muevo.

—Esa postura no es la más adecuada para enfriar mis ánimos ahora mismo —murmura Yinn.

Me envaro en el acto, provocando su risa.

—Ya tienes con quien apagarlos.

—Sí —confirma—, ¿me dejas?

Lo miro aturdida. Una cosa es pedir deseos y otra dar permiso.

—¿Necesitas que te deje?

Se inclina sobre mí y, como siempre, se detiene a un milímetro de mi boca.

—No, no lo necesito —responde—. Pero me gustaría que te opusieras.

—Y luego dicen que las mujeres somos complicadas —murmuro, disfrazando mi agitación con indiferencia.

—Lo sois. ¿Me dejas? —repite.

—Por mí....

—No me engañas, sé lo que sientes y piensas.

Entrecierro los ojos y lo fulmino con una mirada airada.

—Creí haberte pedido que no me leyeras la mente. ¿Me has desobedecido?

—No, un genio no puede desobedecer a su amo, el castigo sería atroz —replica ofendido—. Te he obedecido, no te leo la mente, pero no me hace falta —confiesa, esbozando una sonrisa satisfecha—. Es tan fácil leer en tu rostro. ¡Y por todas la divinidades paganas, cómo me gusta lo que leo!

—Yinn, por favor... —suplico, bajando la mirada.

Me coge la barbilla y me la alza buscando mis ojos.

—Pelirroja —susurra en tono ronco—, no te resistas más. Me deseas tanto como yo a ti.

De manera inconsciente, cierro los ojos y entreabro ligeramente los labios.

¡Dios, el deseo me turba, me marea, me fulmina! No sé si espero un beso o un milagro que me aparte de él. Pero no puedo seguir mirando sus hermosos ojos pardos, no puedo contemplar esos labios invitadores y no puedo respirar.

—Me torturas, Cata —gime agónico—. No puedo besarte aunque me muera por hacerlo, si tú no me lo pides.

Entonces abro los ojos y la realidad me golpea. Frente a mí tengo al hombre más impresionante del mundo, más deseable, más

encantador y más increíble de cuantos he conocido, con una única salvedad, que no es un hombre, no, no lo es.

Ese convencimiento coge fuerza y logro darle la espalda.

—Estás aquí por un motivo expreso —musito—, y a eso te ceñirás. Deseo que regreses a la sala... —recuerdo la escena de la ducha y me apresuro a ser más concisa— ...andando, que sigas conversando con mis amigos hasta que decida que nos marchamos, y que dejes de coquetear con Tessa, y lo deseo ahora.

—Como desees, ama.

En su voz se nota la desilusión. Escucho sus pasos alejarse y por fin suspiro aliviada.

12

Precauciones

Los nacarados rayos lunares atraviesan las livianas cortinas de la ventana de mi cuarto, una brisa húmeda las mece con pereza.

La azul penumbra de la noche envuelve la estancia y yo, desnuda sobre la cama, me esfuerzo por sucumbir a una pasión que no llega, y no es porque Allan no la busque, que lo hace, y con insistente afán.

Sobre mí, besa cada palmo de mi piel, acaricia cada recoveco de mi cuerpo, derramando todo su deseo. Me colma de miradas ardientes, de susurros excitantes y de expresiones enamoradas, y aun así, la llama de mi deseo permanece inmóvil, apenas una leve chispa que no prende la mecha de mi pasión.

Y no es que yo no ponga de mi parte, pues de todos nuestros encuentros sexuales, éste sin duda está siendo el más entusiasta. Hasta que comprendo que por mucho empeño que ponga, el fuego no crece en mi interior, muy al contrario, parece apagarse ante la desoladora comprensión de que el hombre que se mueve entre mis piernas, el que me suele regalar tan gloriosos momentos, no es el que yo deseo tener sobre mí en este momento.

Y esa conclusión me devasta, porque yo amo a Allan, y saber que un ser mágico me ha arrebatado esa maravillosa parte de mi relación me enfurece sobremanera.

Demasiados pensamientos deprimentes, demasiados conocimientos perturbadores y demasiada carga para alguien que no tiene que pagar las consecuencias de sus actos. Así que opto por fingir, por proteger su ego, por sobrellevar esta crisis interna en silencio rezando por superarla cuando todo acabe, cuando mi vida vuelva a ser la que era.

En este instante odio la magia, odio a Yinn y odio esta terrible herencia familiar que parece perseguirme como un estigma que marca mi destino.

Si mi abatimiento no fuera suficiente freno para la lujuria, la sombra que parece acechar junto a la puerta sí lo es.

Me revuelvo inquieta, con intención de apartar a Allan, pero lo único que consigo es acentuar sus movimientos hasta que se libera en un largo y desgarrado gruñido culminante.

Se apoya en las manos y me mira con una sonrisa satisfecha. Cuando hunde de nuevo su rostro en mi hombro, la sombra ya no está.

—Dios, nena, ha sido increíble.

Eso lo comparto. Fuerzo una sonrisa cautivada y me disculpo para ir al baño.

Me siento una traidora desleal, estúpida y caprichosa, y rumio mi rabia mientras me pongo una bata y me dirijo al aseo.

En el pasillo, decido bajar a la cocina por un vaso de agua, pero a mitad de la escalera percibo un tacto frío en mi espalda. Doy un respingo y me vuelvo sobresaltada.

Nadie.

Un único nombre acude a mi mente. Lo pronuncio.

—Yinn, basta de juegos, estoy muy enfadada.

Algo me empuja, temo perder el equilibrio y me agarro en el último momento a la baranda de nogal. Jadeo y, sin soltarme, corro escaleras abajo.

Enciendo la luz del recibidor y miro agitada a mi alrededor.

Una sombra extraña flota frente a mí. Retrocedo asustada, pero me sigue, grito y me escapo hacia la cocina. Lo que siento a continuación es difícilmente explicable. Es como si algo muy frío y viscoso entrara por mi espalda invadiendo mi interior, paralizando cada molécula de mi cuerpo, cerrando mis pulmones y apresándome en una gélida garra que me oprime dolorosamente y de la que no puedo escapar.

Un lúgubre susurro llega hasta mí y me envuelve destilando una maldad que me desgarra las entrañas. El pánico se desata, pero ya no soy capaz de gritar.

Siento que mi vida se escapa, que me ahogo, y me convulsiono, cayendo al suelo. Abro la boca con desesperación en busca de aire, pero no llega a mis sufridos pulmones. La garra que aprisiona mi garganta aumenta su presión. Pataleo y me revuelvo contra esa presencia invisible que me aferra. Siento que mi visión se nubla, un silbido agónico emerge de mis labios y mis fuerzas languidecen.

De repente, veo una luz azul en forma de rayo que me enfoca y que emite un calor reconfortante. Oigo un restallido chispeante, como un cortocircuito eléctrico, y la presión que me apresa comienza a perder intensidad.

Libre de la garra, mi cuerpo cae al suelo desmadejado.

Aterrada, jadeo abruptamente en busca de oxígeno. Unos brazos me levantan y me llevan al sofá de la sala de estar.

—¿Estás bien?

Temblorosa y confusa, asiento.

—No he debido dejarte sola —se recrimina Yinn, acariciándome la cara.

Parece consternado y casi igual de asustado que yo, una expresión culpable asoma a su hermoso rostro.

—¿Qué... qué era eso?

—Eso era Kamil.

—¿Kamil?

—Una temible ghoula, la arpía más cruel e implacable de mi mundo, la encargada de vigilar mis movimientos y, al parecer, de atemorizarte.

El miedo da paso a la ira.

—¿Atemorizarme? ¡Ha estado a punto de matarme, joder!

—Quédate con el «a punto». Te aseguro que si hubiera querido matarte lo habría hecho —murmura—. Busca la llave, cree que si ejerce la presión adecuada, me la entregarás.

—Presión ha ejercido, de eso no cabe duda —rezongo, frotándome suavemente el cuello.

—No voy a cometer de nuevo el error de dejarte sola.

Lo contemplo un instante, en sus ojos brilla la preocupación.

—Creía que eras tú quien me espiaba en mi cuarto.

Esboza una sonrisa tirante y se aparta el cabello de la frente.

—No soy tan masoquista —confiesa—. Imaginarte en sus brazos ya resulta suficientemente duro.

Trago saliva. Su intensidad me perturba, miro su pecho desnudo y mis defensas comienzan a claudicar. Sólo quiero cobijarme en este vasto pecho y liberar todo lo que me hace sentir. Cierro los ojos y respiro profundamente.

Unos pasos apresurados descienden por la escalera.

Allan irrumpe en la sala y corre hacia mí.

—¿Qué ha pasado? —Me contempla desconcertado, tendida en el sofá con Yinn a mi lado.

—Se ha caído por la escalera. He oído el grito y la he encontrado en el suelo del recibidor —improvisa Yinn.

—Cielo, ¿estás herida?

Niego con la cabeza. Yinn se levanta y le deja su lugar a Allan, pero no se va. Se sienta en el sillón de orejas y nos observa

meditabundo.

—Estoy bien, ha sido un tropiezo de nada, más un susto que otra cosa.

—Volvamos a la cama, cariño—propone Allan, dándome un beso en la frente.

—Será mejor que llames a un médico —interviene Yinn—. Creo que ha estado semiinconsciente unos segundos, mejor quedarnos tranquilos, ¿no?

Allan asiente y sale de la sala en busca de su móvil.

Yinn me mira con gravedad.

—He hecho salir a tu novio sólo para decirte que pienses algo, porque hagas lo que hagas —subraya esas palabras con cierta incomodidad—, no pienso moverme de tu lado. No puedo correr el riesgo de no llegar a tiempo de nuevo.

Fija los ojos en el colgante de mi cuello y su semblante cambia.

Se levanta con alarma y toma en su mano derecha el ojo de Horus que pende entre mis pechos.

—¿De dónde ha salido esto? —inquiere con gravedad.

—Es un colgante que me regaló mi madre cuando cumplí diez años. No suelo ponérmelo, pero cuando lo he visto en el joyero antes de salir esta noche, he sentido el impulso de llevarlo, por eso he elegido un vestido cerrado, para ocultarlo. Es... demasiado llamativo para mí.

Es un colgante hermoso, un ojo egipcio con filigrana de oro, con detalles en colores vistosos. Uno de los muchos recuerdos que quise sepultar cuando regresé a mi hogar.

—¿Sabes lo que significa?

Sostengo su penetrante mirada y asiento. Su tensión me inquieta, me remuevo incómoda en el sofá.

Cuando mi madre me lo entregó, me dejó muy claro que era un amuleto protector que debía llevar siempre puesto. Pero para alguien que ha decidido darle la espalda a la magia y que huye de todo lo esotérico, más que un amuleto es un recordatorio y una aceptación de un mundo que aborrezco.

—Es un udyat, simboliza el ojo que Horus perdió en su venganza contra Seth, que por ambición mató a Osiris, padre de Horus —musita Yinn pensativo—. Un talismán protector con características mágicas, curativas y protectoras. Y creo, sin temor a equivocarme, que hoy ha cumplido dos funciones.

Abro mucho los ojos y me incorporo entre los cojines con mirada

inquisidora.

—Hoy, Cata, este amuleto te ha salvado la vida y acaba de desvelarme dónde está la llave.

—Creía que me había salvado tu intervención.

—Kamil luchaba contra el amuleto cuando he llegado. Si no hubiera sido por él, te habría roto el cuello en cuestión de segundos.

Trago saliva y respiro lentamente, siento una sensación opresiva en el estómago y un peso en mi alma. Miedo.

Le arrebato el ojo de Horus y lo contempló con cierta aprensión.

—¿Es esto una llave?

Yinn niega con la cabeza, su mirada se oscurece y sus facciones se tensan.

—Esto —comienza pausado— es lo que protege la llave.

—O sea, que está cerca —presupongo.

—La tengo enfrente.

Su mirada inspecciona mi rostro con minuciosa intensidad. El malestar crece en mi interior como una gran bola de nieve descendiendo una colina. Tiemblo y siento ganas de llorar.

—Eres tú, Cata, la llave eres tú.

—Pero no... no puede ser... Yo no...

Allan entra en la sala con el teléfono en la mano.

—Dice que nos acerquemos a urgencias para que te hagan una placa.

—Ya estoy mejor y estoy muy cansada, cariño. Pero prefiero dormir aquí en el sofá, si no te importa. Vuelve a la cama, te prometo que si me siento peor iré al médico.

Allan me mira con extrañeza, se frota la frente y a continuación tuerce el gesto y mira a Yinn, que se ha acomodado en el sillón de orejas con un ligero pantalón de pijama como único atuendo y las largas piernas extendidas.

—Yo vigilaré a mi primita, descuida —masculla con desinterés y emite un bostezo aburrido.

—Preferiría hacerlo yo —responde Allan con desagrado.

—Allan, mañana tienes que levantarte a las siete de la mañana. Son las tres de la madrugada, me sentiré culpable si te vas con la espalda molida, te aseguro que es del todo innecesario.

—¿Por qué no vienes a la cama conmigo?

Se sienta a mi lado y hace un mohín suplicante.

—Estoy algo mareada y prefiero no moverme. Si me das un analgésico y un beso es cuanto necesito para dormir.

Sonríe y asiente conforme.

—Como prefieras, cielo, pero si mañana sigues con molestias, yo mismo te llevaré al médico, ¿prometido?

—Prometido —contesto.

Me da un suave beso y me dice que me quiere, le dedica a Yinn un gesto impreciso y sale de la sala.

Permanecemos en silencio unos minutos, ambos sumidos en nuestros pensamientos.

Si soy la llave, ¿cómo piensan utilizarme las fuerzas oscuras para abrirles el Plano Material? ¿De qué manera pretenden que les dé acceso a mi mundo? Y todas las respuestas que surgen en mi cabeza son aterradoras.

De alguna manera sé que esta noche supone un punto de inflexión en mi vida. Toda mi existencia en solitario, todo el camino recorrido, todo el empeño mostrado en borrar la magia durante tantos años se convierte en humo, pero en un humo negro e irrespirable.

He huido de los recuerdos, de los objetos latentes de poder, de la curiosidad y de la frustración para descubrir que yo soy una parte importante de ese mundo. Que, de alguna manera, tal vez en uno de los muchos sortilegios elaborados por mi madre, fui atrapada en una maldición.

Y me siento una víctima inocente en un juego de locos, un daño colateral, fruto de la inexplicable afición de mi madre por las invocaciones. Ella pagó con su vida y tal vez yo con la mía, con mi alma o con mi cordura. Cualquiera de esas tres posibilidades estrujan mi ánimo y aposentan en mi interior un frío pesado y opresivo.

Se me ocurre que tal vez, si le pido al genio el deseo de borrar esta parte de mi vida, de retroceder en el tiempo, de resucitar a mi madre y hacerle olvidar su fijación por los hechizos, podría concedérmelo. Sonrío luego con escepticismo y desilusión, una sonrisa más cercana al llanto de lo que pretendía.

—No te lamentes, ahora de nada te sirve —murmura Yinn, con la vista fija en mi rostro.

—¿De veras soy tan expresiva?

—Un libro abierto —responde.

—¡Vaya! —gimo.

—Un libro lleno de contradicciones, de negación constante, de fortaleza, de voluntad y de lucha interna, y de un poder que me sorprende.

—¿Poder? —mascullo desdeñosa—. Ahora mismo me siento el ser

más absolutamente indefenso del mundo.

—Me tienes —recuerda— y tienes algo mejor aún, a ti misma.

—Bueno, pero ante lo que me persigue, no es mucho. Y perdona que te desmerezca, pero sólo me quedan dos días de tu protección, y si te soy sincera, me produces bastante desconfianza. A pesar de tu ayuda, no sé qué pensar de ti. Respecto a mí, sólo puedo decirte ahora mismo que sé perfectamente cómo se siente un ratón ante un águila.

Yinn se levanta del sillón y camina indolentemente sensual hacia mí. Mi cuerpo se tensa, en especial una parte de él. Me muerdo el labio inferior contrariada y furiosa.

—¡No te acerques! —ordeno.

—¿Es un deseo?

—Un favor —respondo.

Asiente con una sonrisa torcida y regresa al sillón.

—Sólo pretendía darte ánimos —explica.

—Ya me animas demasiado —confieso.

El genio ríe con un sonido vibrante y cadencioso que se expande por la sala, atrapando mi voluntad como el canto de una sirena.

—Me inclino ante tu voluntad —admite—, aunque preferiría mil veces inclinarme ante tu lujuria.

Tal es la profundidad de su mirada que me sonrojo. De mi mente surgen imágenes excitantes de nosotros dos, tan vívidas que tengo que sacudir la cabeza bruscamente para disiparlas.

Yinn vuelve a reír, esta vez mostrando jactancia en su tono.

—Voy a tener que comprarme una jodida máscara —me lamento airada.

—No, lo que vas a tener que hacer es dejar de resistirte —me aconseja.

—Ni muerta —replico altanera—. ¿Dejarme seducir por un ser mágico que se evaporará en dos días? Eres cruel, ¿lo sabías?

Yinn esboza esa media sonrisa inclinada que podría fundir hasta los empastes de una mujer. Se pasa las manos por el cabello alborotado, que le roza los hombros. Y en ese instante, en que las yemas de mis dedos hormiguean de deseo por enredarse en cada mechón, me arrepiento de no haberle afeitado la cabeza.

—Pelirroja, dos días son suficientes para apagar tu deseo una larga temporada, sólo tienes que dejarme demostrártelo.

—Ofreces droga a alguien susceptible de convertirse en adicta, para luego privarla de por vida de más dosis. Si eso no es cruel...

—Curioso símil, aunque alentador.

—Sé bueno, anda —suplico— y limítate a tu papel de protector y concede-deseos personal.

—Soy bueno, nena, muy bueno.

Lo miro y no puedo estar más de acuerdo. Lo es y lo está, dos verbos que nunca han dado tanta veracidad a ese adjetivo.

—Háblame de tu reino —le pido, mientras me repantigo entre los cojines, buscando una postura cómoda para dormir.

—*Quid pro quo?* —inquiere divertido.

—*Do ut des* —respondo, devolviéndole la sonrisa.

Chasquea la lengua, se acomoda en el sillón y asiente.

—Nunca he tenido tantos deseos de dar —murmura seductor—. Me pides que te hable de mi reino y yo pido que me hables del tuyo, de tu reino interior, de tus miedos, desconfianzas, anhelos, de tu vida hasta este momento. Quiero que me muestres tu alma, ¿aceptas?

Trago saliva ante su gravedad y vehemencia. Asiento, cierro los ojos y aguardo.

13

Confesiones

—Uughetsean es un mundo poblado por reinos muy diferentes y belicosos —comienza Wahêd, paseando sus ojos por las delicadas y hermosamente cinceladas facciones de la humana—. Es un interminable desierto llamado Khol, repleto de dunas, de vientos raspados, de soles implacables y lunas majestuosas, donde las tormentas de arena elevan partículas doradas que, arrastradas por el viento, se convierten en lomas brillantes que se asemejan a cúmulos de oro molido.

Hace una pausa en la que se deleita mirando los carnosos labios de la mujer, tan exquisitamente perfilados que ni un pintor de su amado Renacimiento sería capaz de plasmarlos.

—Mi reino es la Ciudad Etérea, vivo en el Palacio Nebuloso, un entramado de nubes que conforman edificaciones cónicas y esbeltas. Como djinn de aire, vivo entre vientos huracanados y brisas perezosas, entre nubes espesas y recintos esponjosos y cálidos aunque consistentes.

»Luego está el reino de los daos, los genios de tierra, en la Ciudad de Bronce, donde conviven con sus aliados de fuego, los efret. En él hay ostentosos e imponentes palacios de metal finamente labrados, como mezquitas con cúpulas puntiagudas y ventanas ojivales. Un lugar hermoso, aunque repleto de peligros.

»Por último, está para mí el reino más singular de todos, el Gran Oasis, el de los marid, los genios de agua, luminosos y dotados de un poder tan magnífico como bondadoso. Su reino es un vergel repleto de cascadas, lagunas y pozas, donde la vegetación se aboca a las profundidades, dotando a las aguas de un verdor tan profundo como las montañas de tu mundo. Allí el agua es iridiscente, irradia un halo mágico de paz y bienestar. Y esa luz ilumina todo el entorno, creando un fulgor hechizante que alimenta el alma y cautiva el espíritu.

Contempla embelesado el hermoso y beatífico perfil de la mujer y

suspira. Cada vez le resulta más arduo comedir sus ansias de poseerla.

—Tu turno —susurra.

—Esto no es fácil para mí —anticipa ella, contrayendo levemente sus labios.

Abre los ojos y lo mira y él, una vez más, se sumerge indefectiblemente en la subyugante mirada de la mujer.

Podría permanecer contemplándola toda la eternidad, venerándola y postrándose a sus pies como el esclavo que es, una esclavitud que se aleja progresivamente de su consabida obediencia obligada. Y esa certeza lo inquieta tanto como la misión que tiene ante sí.

—Mi vida hasta este momento —comienza ella con un deje de amargura en la voz— ha sido una lucha infructuosa y agotadora, una huida constante, un anhelo desesperado por cambiar mis circunstancias, y ahora veo que también mi destino.

»Ignoro la razón por la que mi madre realizaba invocaciones, el porqué de ese empeño continuo de buscar algo que me es desconocido. Sólo sé que fue precisamente esa insana obsesión por la magia lo que la mató. Y a causa de ello, en mí creció tal rabia, tal impotencia, que decidí borrar mi curiosidad y emprender una vida en la que la normalidad teñida de olvido fuera mi máxima. Y casi lo consigo, hasta que Malik trastocó mis planes con su aparición.

La mujer hace un mohín amargo y traga saliva con dificultad.

—Ahora veo que mi madre murió dejando un círculo abierto, un círculo peligroso que además me atrapa en él, y hasta que no logre cerrarlo, esa normalidad a la que aspiro está aún muy lejana. —Resopla y se frota el rostro con las manos—. También sé que mi vida corre un grave peligro, y que de mi lado tengo a alguien al que siento defensor y contrincante al mismo tiempo y eso me desgasta, convirtiéndome en una persona recelosa y titubeante.

Sus enigmáticos ojos cobalto se tornan en un violeta profundo y Wahêd se queda extasiado ante el brillo que emana de ellos. A duras penas contiene las ganas de estrecharla entre sus brazos.

—Mi único cometido es ayudarte. Nada has de temer de mí, conmigo estás a salvo.

—Contigo —murmura absorta—. Ése es el problema, Yinn, no quiero depender de ti, para encontrarme luego sola y asustada. Quiero que me ayudes a protegerme por mí misma.

Su semblante parece desesperado, desolado y suplicante.

Wahêd duda si contarle la manera de atarlo a ella durante tiempo indefinido, pidiendo el último día sólo dos de los tres deseos

obligados. Pero tiene que sopesar primero las consecuencias, pues los días extra entre los humanos socavaban su fortaleza, su vitalidad y su poder, y si excede su estancia, puede languidecer hasta morir de extenuación.

No obstante, ése es un caso especial, tiene importantes intereses puestos en esa misión: derrocar la tiranía en su mundo y evitarla en el de los humanos. Además, su mente no deja de dar vueltas a la profecía que le fue desvelada por su maestro el gran Zahin. Si está en lo cierto, la humana sería la pieza clave en los maléficos planes del sultán. Por nada del mundo debía caer en las manos de Malik.

—Cuando llegue el momento —dice—, descubrirás la fuerza que hay en ti, una fuerza que yo te mostraré. Ahora debes alejar tus reservas y tu desconfianza, de lo contrario, serán tu talón de Aquiles. Confía en mí, Cata, soy tu único bastión.

La mujer cierra de nuevo los ojos, tal vez para contener las lágrimas que asoman a ellos. Es un gesto fútil, la humedad brota empapando sus largas pestañas oscuras.

Se las seca con un ademán furioso y, como tantas otras veces en que su flamígero ánimo se descontrola, Wahêd puede percibir cómo su piel emite un sutil destello, como un aura latente y translúcida de color cobre.

Jamás en toda su vida ha vislumbrado tal fuente de energía producida por una humana.

Sabe que es distinta desde que puso los ojos en ella, como sabe que algo se oculta en su pasado, algo difícil de discernir cuando la única que tiene las respuestas no se encuentra entre los vivos.

—No me queda otro remedio —masculla, con apenas un hilo de voz.

Su desconfianza le duele, aunque la entiende, él representa todo cuanto ella odia, todo lo que le ha causado dolor.

—Intenta dormir, mañana nos alejaremos de aquí.

De pronto, abre los ojos y los clava interrogantes en él.

—¿Y Allan? ¿Y mi vida?

—Es lo que intento preservar alejándote. Inventa algo, pero nos vamos de viaje.

Cierra de nuevo los ojos tras un largo suspiro. La observa durante un buen rato, hasta que sus facciones se relajan y su respiración se normaliza.

Entonces, cierra él los suyos y su mente viaja hasta su reino, hasta los alrededores del Palacio Nebuloso, donde su gran amigo y

confidente, Asum, suele apostarse en las torretas de vigía para alertar de visitas inesperadas o avistar ataques enemigos.

Tiene que concentrarse lo suficiente para dejarse ver por él.

—¿Wahêd?

—Chis... nadie debe verme. Necesito tu ayuda.

—Ya me lo imagino, buen amigo, se oyen rumores malintencionados sobre ti.

Observa la larga barba puntiaguda de Asum, su oscura y sagaz mirada, su rostro afilado de nariz aguileña y el descomunal turbante verde que adorna su cabeza, y se siente tan distinto a cuanto fue que desea hacer crecer su barba de nuevo y lucir sus ropajes característicos. Esa mujer lo ha despojado de su rango, de su clase, incluso puede que de más cosas en las que se niega a pensar.

—¿Qué rumores?

—No pareces tú —aduce Asum, entrecerrando los ojos.

—Pero lo soy. Es una época extraña, la gente va así, tienes suerte de haberte alejado de la búsqueda. Los humanos son criaturas débiles e incomprensibles.

—Pero te despiertan ternura —adivina Asum con preocupación.

Él asiente con sinceridad.

—Ése es el rumor, que proteges a los humanos por encima de nuestros intereses —desvela—. Y si demuestran que es cierto, estás acabado.

—Me temo que he emprendido un camino de no retorno.

Asum masculla y lo mira con reprobación.

—Siempre supe que este momento llegaría —admite pensativo— e imagino que vienes a pedirme que tome partido.

—Así es. Ahora más que nunca necesito apoyos, necesito que me avises del peligro antes de encontrarlo, que me tengas al tanto de cada movimiento de Malik. No osaría pedirte que lucharas conmigo.

—¿Qué es lo que te ha impulsado a rebelarte finalmente? ¿Cuentas con armas para enfrentar lo que se te avecina?

—Tengo la llave en mi poder.

Asum agranda sus ojos y entreabre ligeramente su boca con genuino asombro.

—¡Tienes la llave de nuestra libertad! Si abres el portal que separa los diferentes planos, será a ti a quien sigamos. ¿A qué esperas para convertirte en nuestro líder?

—No deseo el rango de sultán —responde con aplomo.

—Acabas de borrar el sentido que le daba a tu revuelta.

Wahêd contempla pensativo cómo los haces de luz atraviesan los nimbos acentuando los diferentes claroscuros que iluminan las nubes, desde un blanco radiante hasta un gris plomizo, definiendo volúmenes y perfilando los contornos de las masas esponjosas que se arrebujan en el cielo.

—Mi único objetivo es restablecer el orden en nuestro mundo y respetar la vida humana. Ambos sabemos que podría reinar un tiempo, hasta que Malik cosechara adeptos para desbancarme del trono y ocuparlo de nuevo. Dime, ¿qué goce puedes encontrar en atemorizar a seres inferiores? Nada de lo que ellos poseen nos es necesario y no pienso destruir y torturar vidas en pos de una venganza extinguida y absurda. Sabes tan bien como yo que Sulaymán no cumplió su palabra porque lo sorprendió la muerte, Malik sólo utiliza esa excusa para colmar su ambición y crueldad.

Asum medita un instante, se atusa absorto la barba y asiente quedo.

—Convengo en ello, no hay más verdad que la que acabas de manifestar tan sabiamente.No obstante, no comulgo del todo con tu plan.

—Estoy abierto a sugerencias —concede.

—No deseo ser un mero apoyo pasivo, tienes mi ayuda, mi poder y mi completa lealtad.

Wahêd sonríe agradecido.

—Es cuanto necesito saber.

—Es cuanto puedo hacer —replica Asum sonriente.

—Necesito encontrar a Vanut—añade Wahêd—, creo que está en alguna parte del Gran Cañón del Nahanni, en Canadá, seguramente aún custodiado por la tribu de nativos dene. Estuve mirando los mapas de la humana para ubicar el lugar, pero es muy extenso y ahora es un parque protegido.

—No se sabe nada de él tras su destierro, tan sólo rumores de siglos pasados, y aunque lo encuentres, dudo que logres romper su hermetismo.

—Le necesito, su sabiduría es tan añeja como los tiempos, aunque su poder ya no sea el que era, si acaso conserva alguno.

Vanut era un gran marid, el más grande de todos, idolatrado y venerado por todas las razas de genio. Pero fue acusado de traición por el gran Malik y, asombrosamente, Vanut asumió esa condena sin réplicas ni defensa. Aceptó su destierro, le fueron arrebatados sus grandes poderes, aunque no su inmortalidad, y fue lanzado al Plano

Material. Con gran deshonra y dolor, todos cuantos lo admiraban contemplaron su caída impávidos e impotentes.

Y, a pesar de ello, a Malik no le agradó ese fin para su eterno y poderoso adversario. Esperaba otra actitud por parte de Vanut, esperaba que se enfrentara abiertamente a él, esperaba una excusa de peso para arrancarle el alma, y no la encontró.

Wahêd jamás entendió la sumisa aceptación de Vanut, que ni siquiera profirió una palabra en su defensa, tan sólo asentía, mostrándose puerilmente cabizbajo.

—No busques explicación al asunto de Vanut —musita Asum—, no la encontrarás, se la llevó consigo.

De repente, Wahêd se siente desazonado y nervioso.

—He de volver, algo no va bien.

Asum asiente con preocupación y lo mira pensativo.

—Estaré alerta —manifiesta quedo.

Wahêd le regala una mirada agradecida y se disuelve en la nada con premura.

14

Decisiones

Corro.

Corro inmersa en mis pensamientos por el sendero que bordea el lago Ontario, en McDonald Park. Un hermoso camino junto a un carril bici, flanqueado por grandes árboles y que suele estar rebosante de gente haciendo *footing*.

A esta temprana hora, apenas me cruzo con algún corredor y agradezco esta reconfortante soledad.

Con mi iPod ceñido al brazo derecho sujeto con una cinta de velcro, la música de Enya fluyendo de los auriculares, mis mallas negras y el cortavientos rosa chicle a juego con mis zapatillas, casi logro convencerme de que nada en mi vida ha cambiado.

Pero este espejismo que intento crearme para desfogar tensiones es quebrado por incesantes e inquietantes pensamientos, que brotan como la mala hierba en un campo de cultivo.

Siento trotar conmigo el udyat, el colgante del ojo de Horus, mi particular escudo protector, y aun así, ese leve peso que golpetea mi pecho no alivia la carga y el miedo que me asuela.

Contemplo el lago. Sobre su apacible superficie agrisada, fiel reflejo de un alba incipiente aún, pende una espesa capa de niebla que le otorga un aspecto lúgubre.

Las nubes impiden que un sol dormido luzca sus brillantes galas sobre esa límpida superficie opacada de agua dulce.

Controlo el ritmo de mi respiración, agradeciendo cada bocanada de aire frío que vigoriza mis pulmones y activa mi mente.

Huir de nuevo. Ése es el plan, y acompañada por uno de esos seres, uno en el que me esfuerzo en confiar. Pero no puedo, soy incapaz de fiarme plenamente de él y, por qué no admitirlo, también de mí misma.

Dejar la vida por la que luché, tirar por la borda sueños, proyectos y puede que una relación estable, y sacar a la luz todo cuanto enterré

en mi memoria, para vivirlo de nuevo, despierta en mí una amargura angustiosa.

Entonces, un pensamiento resalta luminoso entre los demás: si tengo que huir, ¿por qué no hacerlo con Allan? A otro país quizá, tan lejos como sea posible.

Si el amuleto funciona, tal vez logre ocultar mi existencia a los seres que me buscan. Mi deseo es tan grande que hasta me dan ganas de llorar de frustración ante lo improbable de mi soñador razonamiento. Terminarían encontrándonos, y pondría a Allan en grave peligro. Jamás podría perdonarme que algo malo le sucediera.

No, esta batalla es mía, y como tal la enfrentaré.

Un molesto y reiterativo claxon me saca abruptamente de mis reflexiones.

Giro la cabeza hacia la carretera y descubro el coche de Allan, que recorre despacio la calzada.

Me detengo, me quito los auriculares y veo cómo su Pontiac gris perla estaciona frente a mí. Me dirijo hacia él. Allan sale del coche, me sonríe y me abre los brazos.

Corro hacia ellos y me fundo contra su pecho como si llevara mil años sin verlo. Eso lo desconcierta.

—Ey, preciosa, ¿qué ocurre?

Soy incapaz de alzar la mirada, los sentimientos se me desbordan e intento constreñirlos infructuosamente.

—Ocurre que te quiero —mascullo emocionada.

—Y yo, pero estoy enfadado contigo. Anoche te caíste por la escalera y esta mañana no se te ocurre otra cosa más que hacer *footing*. Cuando te he visto no me lo podía creer.

—No me riñas —gimo—, si lo he hecho es señal de que estoy perfectamente. Sólo fue un susto.

Sus manos acarician mi espalda, hundo el rostro aún más en su fina rebeca azul, huelo su aroma y me siento tan reconfortada que las lágrimas asoman de nuevo. Tal vez sea la última vez que esté entre sus brazos. Mis hombros se sacuden, tiemblo.

—Mi vida —murmura él, alarmado—, ¿sucede algo?

Me alza el rostro y me contempla con semblante inquisidor y perspicaz.

—¿Tiene que ver con tu primo?

Niego con la cabeza.

—Es... estuvimos charlando sobre nuestra niñez... y bueno... recordé a mi madre y ya sabes que eso me hace daño.

Las lágrimas pierden timidez y ganan atrevimiento de forma súbita.

Me abraza con fuerza y apoya la barbilla sobre mi cabeza.

—Chis... mi amor. No es malo recordar, pero debes evocar momentos dulces y agradables que te arranquen una sonrisa y olvidar los que te hacen daño. No se puede cambiar el pasado, pero tienes el deber de vivir el presente con lo que tienes, de sentirte orgullosa de ti misma y de ser feliz por tu madre y por todos los que te queremos.

Dejo que despliegue sobre mí todo su cariño, aunque cada palabra, cada gesto, cada mimo sean en este momento agujas que se clavan en mi alma. ¿Qué sería mejor, desaparecer o inventarme un viaje imprevisto, del que podría no regresar?

No puedo desaparecer sin más, aunque no será fácil ingeniar algo lo suficientemente creíble.

Suspiro y, por enésima vez, lucho por reprimir el llanto.

—Allan —comienzo—, necesito alejarme un tiempo.

Las caricias cesan en el acto, como congeladas en el tiempo.

Cuando alzo la mirada, me topo con un semblante sorprendido.

—No he querido preocuparte, pero llevo ya un tiempo ignorando mi estado de ánimo, ocultando mi abatimiento. No estoy bien y necesito hacer un viaje sola, aclararme las ideas, alejar esta tristeza y los recuerdos que de nuevo me atosigan.

—¿Han vuelto las pesadillas sobre el accidente?

Asiento, faltando a la verdad.

—Nena, tienes que volver a la consulta de la doctora Sullivan. No creo que estar sola sea lo más aconsejable para ti.

Allan pasea las manos por mi cuello y me lo masajea dulcemente. Cierro los ojos y casi ronroneo ante el agradable contacto.

—Allan —suplico lastimera—, lo necesito, necesito paz, alejarme de la civilización, encontrarme de nuevo. —Hago una pausa y fuerzo una sonrisa tranquilizadora—. Hablaré con el señor Lloyd, me debe las vacaciones del año pasado.

—No sabes cómo me gustaría acompañarte, cielo.

—Lo sé, pero tienes que trabajar y, como te digo, quiero soledad. Te prometo regresar como Súper Ratón, supervitaminada, mineralizada y meganimada.

Allan suelta una carcajada y me estrecha con fuerza.

—No me gusta tu idea, Catalina, en realidad la aborrezco, pero la respetaré con una ineludible condición.

Sonrío, camuflando la honda pena que me abate.

—¿Cuál?

—Quiero que prometas que me llamarás todos los días y me dirás dónde estás, ¿prometido?

—Prometido, papi.

—Jajajajajaja. Te adoro, nena. Planearemos juntos tu escapada, ¿te parece?

Respiro largamente y niego con la cabeza con gesto culpable.

—Ya lo he hecho yo, perdona, quiero partir esta misma semana.

—¿A qué vienen estas prisas, Catalina?¿Y por qué me lo has estado ocultando?

Odio mentirle, me hace sentir sucia y despreciable, pero lo que más odio en este momento es su desolada expresión, la decepción que nubla su rostro empañando su azul mirada.

—Lo lamento mucho, Allan, ha sido todo muy repentino, cariño, ya sabes, uno de esos locos impulsos míos. Y no te lo he comentado porque temía que pusieras objeciones y no quería discutir.

Enredo mi mano en su claro cabello trigueño y lo miro con extrema dulzura.

—¿Me perdonas? —ruego con un mohín suplicante.

—¿Acaso hay algo que no puedas conseguir de mí?

¡Dios, lo quiero tanto!

Lo abrazo por última vez con fuerza y me juro que volveré a sus brazos y a mi vida.

—Te amo y prometo compensarte a la vuelta —digo.

—Tú y tus promesas.

—Siempre las cumplo.

—Sí, pero no quiero más promesas, sólo te quiero a ti a mi lado, y envejecer juntos.

—Trato hecho —acepto.

Allan me sostiene la barbilla y apresa mis labios con pasión. Nos besamos largamente, él sellando mi promesa, yo despidiéndome, quizá para siempre.

Las emociones me embargan y, cuando nos separamos, busco dentro de mí la fuerza necesaria para ofrecerle una sonrisa feliz.

No sé si lo consigo, pero me aparto unos pasos y me despido agitando la mano.

—¡Vas a llegar tarde y tú eres capaz de echarme a mí la culpa!

—Jajajajajaja... La tienes.

—Pero no me la eches —bromeo.

Entre risas, sube al coche y yo mantengo la sonrisa en mi cara

hasta que arranca y desaparece calle abajo. En ese preciso instante, doy rienda suelta a mi dolor y lloro desconsolada.

El entarimado que me había esforzado por levantar para construir el pavimento de una vida estable y corriente se sacude bajo mis pies, anunciando su estrepitosa caída. Comprendo ahora que por mucho que lo intente, por mucho empeño, tesón y determinación que ponga en maquillar la cruda realidad de mi destino, no lo cambiaré. Que una sola gota de lluvia ha bastado para disolverlo en un implacable baño de realidad.

No, huir no funciona, olvidar tampoco. Tan sólo queda un camino transitable: enfrentar la verdad y terminar lo que quiera que empezara mi madre.

Limpio las lágrimas de mi rostro con impaciencia, sorbo por la nariz y miro el lago con expresión decidida. Respiro profundamente y reanudo la marcha.

Si ha de ser así, muy bien, que sea. Adelante entonces, ¡golpéame, maldito destino! «Estoy preparada —pienso, apretando los dientes—, pero te juro que pienso devolver cada golpe.»

Lo que no esperaba es que me devolviera el guante tan pronto.

Una garra invisible me apresa con violencia la muñeca derecha. Apenas logro proferir un grito de terror antes de ser impulsada con vehemencia hacia el lago.

Acelero la carrera, impelida por esta brusca fuerza invisible que me arrastra. Temo caer al suelo e intento clavar los talones para frenar mi avance.

Miro desesperada a ambos lados, me revuelvo, grito, trastabillo y finalmente caigo sobre los guijarros del sendero, aplastada por una losa de pánico descontrolado que me sepulta, cuando oigo un susurro siseando en mi oído:

—Morirás si no me entregas la llave.

Aterrorizada, palpo en mi pecho el colgante de Horus, mi amuleto, pero no lo encuentro. El pánico se acentúa, estrujando mis pulmones. Y de pronto, un tirón asombrosamente enérgico me alza del pavimento con tanto ímpetu que salgo despedida hacia el lago y me sumerjo en él.

Pero no lo hago sola.

Esa energía me arrastra al fondo y enmarcada por la penumbrosa masa de agua dulce, distingo la silueta de una mujer, desdibujada y difusa, pero reconocible. Unos ojos extraños, negros como una noche sin luna, clavan en los míos una mirada de maligna diversión que me

hiela la sangre.

Boqueo, pataleo, lucho desesperada por zafarme. Veo cómo enormes burbujas de aire emergen de mi garganta y escapan raudas hacia la superficie. Siento cómo mis pulmones se contraen dolorosamente cuando el agua ocupa el lugar del oxígeno con alarmante rapidez. Y a mi mente acuden imágenes similares de la noche en que murió mi madre.

Sobre mí la luz, la vida, ondeando en la densa superficie, frente a mí la muerte en forma de espectro femenino, que tira de mí hacia la negrura que oculta el lecho fangoso del lago.

Entre el dolor y el miedo, surge otra emoción, tan poderosa que destiñe las otras dos. Una furia imperiosa que estalla en mi pecho y se extiende por todo mi cuerpo. Percibo cómo la sangre burbujea en mis venas, siento su calor, su fuerza, y la presión que aferra mi brazo se aligera.

A mi alrededor surge un desconcertante resplandor cobrizo y la mirada bruna de ese ser mágico me contempla con asombro.

Súbitamente, un inusitado remolino de agua me envuelve, como un tornado que gira a mi alrededor succionándome. Empiezo a perder la visión periférica, mi cuerpo se rinde.

Rodeada por una corriente acuática que bulle y me zarandea en un paroxismo burbujeante, pierdo la conciencia.

15

Aceptaciones

Materializado en su apariencia aérea, impelido por una cólera demoledora y un miedo insólito, Wahêd arranca a la mujer de los férreos y letales brazos de Kamil y la saca del lago sostenida por los vientos de sus brazos y la furia de su tormentoso talante.

No se arriesga a perder tiempo en depositarla con suavidad sobre la hierba del parque, así que la lanza todo lo despacio que puede y regresa a las verdes aguas en busca de Kamil.

Si alguien estuviera observando, creería que un misil invisible acaba de impactar en la ondeante superficie del lago.

Se sumerge siguiendo el rastro de la energía ya débil de la ghoula, pero no la halla. Esas vibraciones son tan sólo leves vestigios de su presencia. Está claro que ella ha regresado a su mundo, imaginaba que frustrada e iracunda.

Emerge de nuevo, comprobando que no haya nadie en los alrededores, y se materializa en su apariencia humana.

Corre hacia el cuerpo inerte de Catalina, hinca las rodillas en el mullido césped y la toma entre sus brazos. Ese contacto es suficiente para cerciorarse de que la humana no ha sufrido lesiones graves. Deja escapar un suspiro tranquilizador, cierra los ojos, dibuja en su frente con la punta de su dedo índice una T mayúscula, la cruz Tau, un símbolo protector ancestral, que acompaña de unas frases mágicas susurradas en su lengua, la pone de costado y aguarda.

En su mano derecha apretuja indignado el amuleto de ocultación, el ojo de Horus. Lo ha hallado unos pocos metros atrás, tirado sobre el sendero. Supone que se le habrá caído mientras corría, oportunidad que Kamil no ha desaprovechado. Por qué Catalina ha salido de la casa sola escapa a su entendimiento.

Acaricia la húmeda mejilla de la muchacha, apartando un grueso mechón de su brillante cabello rojizo, que el agua ha oscurecido unos tonos, y deja a la vista la delicada línea de su mentón, la altiva nariz y

la elegante curva de su pómulo. Esa piel cremosa y aterciopelada, pálida y uniforme, emite todavía ese destello que emana de ella, de su tremenda vitalidad, como la parpadeante llama de una vela que se niega a apagarse ante un seco soplido.

Cuando la ha encontrado bajo las aguas, ya casi inmóvil, envarada y tensa, enfrentándose a la muerte rodeada por un potente halo anaranjado que brotaba de su interior con una intensidad sobrecogedora, ha sabido que hay magia en ella. Algo que por otra parte ya intuía, una magia tan poderosa que ha logrado impresionar a un ser tan maléfico como la oscura Kamil.

Desconoce el motivo del poder que alberga la humana y abriga la esperanza de averiguarlo antes de partir.

Unas toses abruptas sacuden a Catalina con violencia. Su cuerpo se arquea y vomita agua. Wahêd le posa una mano en la espalda, percibiendo con alivio cómo su cuerpo se oxigena de nuevo.

La mujer parpadea repetidamente y cuando logra enfocar la mirada, la clava en él.

—Esta vez... casi lo consigue —musita ella con pesar.

—Y la verdad, me asombra que no lo haya logrado —murmura Wahêd, sombrío—. Tu necedad se lo está poniendo muy fácil.

Levanta entre sus fuertes dedos el colgante, balanceándolo ante ella con el cejo fruncido.

—Me apena descubrir que la estupidez es uno de tus rasgos, te tenía por más inteligente —le dice con aspereza.

—Yinn....

—No —la interrumpe huraño—. Maldición, anoche ya fuiste atacada, ya sabías a lo que nos enfrentamos, y, no contenta con eso, decides exponerte de nuevo.

Los hermosos ojos de la mujer brillan angustiados. Con un mohín arrepentido, baja la mirada, admitiendo su necia osadía. El miedo todavía titila en sus bellas facciones y Wahêd siente el impulso de estrecharla contra su pecho, a pesar de que todavía palpita la furia en él.

—Creía que el colgante me protegía —se justifica ella, con un quebrado hilo de voz.

—Te has confiado, y esa actitud es la más peligrosa de todas, porque te hace bajar las defensas. Tienes que medir y controlar todas y cada una de las contingencias que pueden surgir, para no ponerte en riesgo. Y evitar absolutamente cualquier posibilidad, hasta las más improbables, de quedar expuesta.

Catalina abre mucho los ojos, húmedos de lágrimas acumuladas que resaltan el extraño color violáceo de sus iris, y asiente queda, luchando por mantener la compostura. Esa reacción a él le resulta enternecedora, como una niña que se hace daño, pero se niega a mostrar su dolor por miedo a que la consideren débil.

—Cata, jamás has de separarte de mí y de este condenado amuleto si quieres tener alguna oportunidad, ¿entendido?

—Entendido.

Wahêd comprueba el cierre del colgante y observa extrañado que está en perfectas condiciones.

Lo coloca delicadamente en el cuello de la mujer, sus dedos rozan la seda de su piel fría y ella se estremece. Un único pensamiento se ilumina en su mente, el deseo de calentarla entre sus brazos, de transmitirle el fuego que provoca en él.

—Tenemos que partir cuanto antes —anuncia, alejando deseos incómodos—. Hemos de viajar hacia el Gran Cañón de Nahanni, necesito el consejo de Vanut, un gran sabio que fue desterrado de Uughetsean. Tal vez pueda ocultarte hasta que encuentre el anillo del rey Traidor y arrancarle algunas respuestas.

Catalina tiembla con violencia, el alba apenas despunta y la temperatura es fría.

—¿Deseas que te abrace? —pregunta él, aunque suena más a súplica.

—No, es... estoy bien —responde trémula.

Intenta incorporarse, pero trastabilla hacia delante. Wahêd logra sostenerla antes de que caiga de nuevo al suelo, cuidando muy bien de que el contacto sea preciso y distante.

—Pelirroja, te castañetean los dientes y las piernas no te sostienen, deja de lado tu odio y recelo hacia mí y permite que te abrace.

La mujer lo mira con claro rencor, volcando en él toda la animadversión que siente hacia lo sobrenatural, y niega con vehemencia.

—Ya entraré yo solita en calor, gracias.

Wahêd se encoge de hombros, simulando una indiferencia que no siente.

—Si quieres despedirte de tu gente, tendrá que ser ahora, no podemos perder más tiempo.

La mujer se frota con vigor los brazos y se aleja unos pasos de él.

—Antes he de ir al trabajo y pedirle mis vacaciones al señor Lloyd, despedirme de Tessa y citarme con Allan, preparar la maleta y

encomendar mi alma a Dios.

Le sonríe sardónica y él imita su gesto.

—No necesitas maleta, me tienes a mí.

—¡Oh, vaya, qué suerte la mía! —murmura irónica—. Tengo cualquier cosa material que desee, pero me arrebatas la vida que quiero.

—¡Yo no te he arrebatado nada! —objeta malhumorado—. A mí me han invocado, y no por mi gusto, precisamente. Estoy tan atrapado como tú, aún más, para ser sinceros. Soy una herramienta que vosotros los codiciosos humanos usáis a vuestra conveniencia y ahora me toca el papel de escudo de una niñata ingrata que es incapaz de ver más allá de sus narices.

Ella se vuelve airada. Wahêd sabe que las lágrimas que tan duramente ha contenido brotan ahora libres por sus mejillas. No solloza, ni siquiera se estremece, pero ahí, de espaldas, sabe que llora presa de un dolor tan desolador que lo conmueve como hacía tiempo nada lo había hecho.

—Deja de lamentar tu suerte, Cata, aparta el odio y la frustración y lucha por esa vida que tanto anhelas recuperar. Toca batallar, no compadecerse.

—Llévame a casa —pide con voz firme, mientras levanta una mano y se limpia hoscamente las mejillas—. Me secaré, me cambiaré e iremos al hotel. Cuando termine mis despedidas, no antes, iré donde quieras.

Entonces se vuelve hacia él y, a pesar de que sus ojos muestran el húmedo enrojecimiento del llanto, su mirada es altiva y decidida.

—Uno de mis poderes es viajar a través del espacio. Puedo transportarnos hasta la imagen que se cree en mi mente. Si deseas ir a casa, visualizaré tu salón y nos materializaremos allí. Pero para eso debo abrazarte.

La mujer calibra con el cejo fruncido sus palabras, se abraza a sí misma y asiente conforme.

—Abrázame entonces.

Nadie puede saber lo que recorre su cuerpo ante esas dos palabras. Es una sensación tan inverosímil, tan desconcertante y tan absolutamente excitante, que decide no pensar en ella, excepto para atribuirla al efecto físico, a la intensa atracción que ejerce sobre él, devastando su autocontrol.

—Como desees, ama.

Se acerca a ella, e incluso antes de abarcarla entre sus brazos,

percibe cómo los temblores se acentúan y la tensión la envara, pero no una tensión fruto del temor, sino de una ansiedad casi idéntica a la de él, una especie de hambre compartida que ambos contienen por diferentes motivos.

Cuando por fin la rodea con sus brazos y la estrecha contra su pecho, resopla, aunque con ese bufido no logra ni un ápice de alivio ni de complacencia. Sorprendido, descubre que tenerla tan cerca, sentir su curvilíneo y sensual cuerpo pegado al suyo, incendia sus sentidos de tal forma que teme infringir las leyes impuestas dada su condición de esclavo y ser castigado de la manera más ignominiosa.

Aprieta los dientes cuando ella abarca su cintura y apoya el rostro en su pecho, relajando al instante su cuerpo, mostrándole su confianza y liberando la tensión que la atenazaba momentos antes.

Permanecen un instante así, abrazados, en silencio, y no es porque él disfrute precisamente del contacto, sino porque su mente está rebosante de imágenes tórridas que debe apartar si desea visualizar el salón de la casa y poder zafarse de ese abrazo que tanto lo mortifica.

Tras una última imagen de ellos dos copulando como bestias insaciables en la alfombra del maldito salón, logra, no sin esfuerzo, centrarse lo suficiente como para transportarla a otra estancia de su casa, una que no tenga incitadoras alfombras, el recibidor.

16

Contenciones

Viajar en el espacio abrazada a este cálido, húmedo y fornido pecho, viendo cómo todo mi alrededor se desdibuja en una especie de vorágine de color semejante al fondo del cuadro *El grito*, de Edvard Munch, es la experiencia más surrealista y confusa de mi vida, aunque temo que no será la última.

Cuando emergemos de ese agujero espacio-temporal, que se cierra como la terminación de una caracola huidiza, y siento la estabilidad bajo mis pies, a punto estoy de besar el suelo, como suele hacer el Santo Padre al descender del avión.

Me encuentro mareada, confusa y débil, tal vez ésa sea la causa de que no me suelte del abrazo del genio, o quizá sea porque la protección, calidez y tranquilizadora consistencia de su cuerpo me ofrece el amparo que necesito en este momento. Sea como sea, mis brazos se niegan a soltarlo a pesar de notar su envaramiento, un tenso malestar que manifiesta abiertamente en su expresión.

—Creía que deseabas abrazarme.

—Creías mal. Pretendía reconfortarte, no aprovecharme de ti —contesta, aún rígido.

Lo contemplo ceñuda, lo suelto y me alejo unos pasos.

Está tan empapado como yo, un detalle que por alguna misteriosa razón le confiere un aspecto peligroso y oscuro, como el depredador que acecha bajo la lluvia durante horas a una presa confiada.

—Hasta no hace mucho, tu único objetivo era seducirme —replico cáustica— y ahora no toleras ni que te abrace. Anda, haz el favor de darme tu libro de instrucciones.

Yinn eleva ligeramente las comisuras de sus labios en una sonrisa tibia.

—Yo iba a pedirte lo mismo.

Me encojo de hombros y decido no perder más energía en comprender al genio.

—En vista de que ambos carecemos del dichoso manual, ciñámonos a nuestro interés común.

Él asiente con mirada abstraída. Resulta más que obvio que está muy lejos de aquí.

—Tierra llamando a Yinn, conteste —digo, ahuecando la palma de la mano sobre la boca—. Base terrícola de Ontario busca respuesta alienígena, digo genícola... Uno, dos, responda.

Los almendrados ojos pardos de Yinn se entornan con extrañeza, aunque con un deje de diversión en su semblante.

—No he entendido ni una palabra, pero prefiero que no me lo expliques.

—Sólo bromeaba, suelo hacerlo para aliviar situaciones y calmar mi ánimo —aduzco.

—Puede que a ti te haya funcionado —murmura—, pero yo, lo que se dice aliviado, no lo estoy.

Baja la vista apretando la mandíbula y yo, completando mi larga lista de estupideces matutinas, sigo su mirada para toparme de lleno con una entrepierna de considerables dimensiones tensando con su acerado volumen el liviano y mojado algodón de su pantalón de pijama, que por cierto no deja nada a la imaginación.

Contengo el aliento y desvío rauda la mirada, las mejillas me arden y mi corazón se acelera.

—¿Impresionada? —masculla jactancioso.

—Tal vez, si fueras un hombre.

Esto parece ofenderle y avanza dos pasos hacia mí con gesto felino.

Su hosco atractivo me golpea. Su salvaje hombría me agita y su peligrosa belleza me estremece. Todo en él provoca descargas eléctricas por todo mi cuerpo, aguijoneando mis sentidos y despertando una necesidad que crece a cada instante.

—Soy un genio varón —musita irritado. Me coge la mano y me la apoya en su vasto pecho—. Esto que tocas, esto que ves, es tan real como cualquiera de los hombres de tu mundo. Con una salvedad, que mi vigor, mis atenciones y mis apetitos son mucho más excelsos.

Sus palabras me secan la garganta, me aceleran el pulso, hacen que se me pongan los pezones erectos y humedecen cierta parte de mi anatomía femenina. Me privan del habla en favor de una serie de lujuriosas imágenes mentales que pueblan mi pensamiento y abotargan mi entendimiento. ¡Por Dios, cómo puedo desearlo con tanta intensidad!

Aparto la mano, la cierro en un puño para evitar que regrese en

busca de la calidez de su piel y retrocedo otro paso, mientras lucho internamente por acompasar mi respiración y normalizar mi pulso.

—Tu lealtad hacia tu pareja es francamente meritoria —añade con un susurro roto, mientras me observa con la cabeza inclinada, los ojos entrecerrados, rictus tenso y un pequeño músculo palpitando en su marcado mentón—. Sin duda, una cualidad que habla bien de ti, pero que empiezo a odiar con toda la fuerza de mi alma inmortal.

Nuestras miradas se enlazan como dos lenguas de fuego que crepitan con un deseo común. Un deseo tan urgente que eriza mi piel y hace hormiguear mi corazón.

—Ve a secarte, Cata —gime—, o te secaré con mis caricias para humedecerte luego con mi lengua.

Esa amenaza resulta tan embriagadora que bloquea de un plumazo mi raciocinio, soy incapaz hasta de parpadear. El influjo de su deseo me apresa en un yugo inmovilizador que me ancla al suelo.

—Deja de mirarme así —suplica agónico—, porque estoy a punto de mandar al cuerno las malditas reglas. El castigo que me aguarda no puede ser más tormentoso que esta condenada represión.

Veo el dolor distorsionando su bello rostro. Sufre. Y de inmediato siento una piedad que activa mi movimiento, sacándome apresuradamente del recibidor para impelerme escaleras arriba.

Cuando cierro la puerta de mi habitación, me apoyo en ella jadeante y cierro los ojos.

Dos cuestiones me asaltan entre el tropel de pensamientos agitados que inundan mi cabeza. La primera referente a cómo escapar del mal que me acecha, para poder recuperar mi vida, y la segunda concerniente a cómo voy a resistir la tentación de devorar a este ser con el que tengo que pasar cada instante de esta infame odisea. Porque eso es precisamente lo que más deseo, devorarlo, consumirlo y gozarlo hasta la extenuación.

Aspiro hondo, con los ojos cerrados, expulso el aire lentamente, depurando mi mente de todo pensamiento inquietante, y recuerdo lo que dijo en una ocasión en una entrevista un famoso psiquiatra.

El doctor afirmaba que las preocupaciones, como todo, debían tener su justa medida, que, según él, debía ser lo más ínfima posible.

Delante del presentador, alzó su vaso de agua y le preguntó cuánto pesaba. El hombre contestó que aproximadamente doscientos gramos, el buen doctor negó con la cabeza y explicó que no importaba el peso, sino el tiempo que lo sostuviera. Si lo hacía un breve lapso de tiempo, su peso era ligero, llevadero, soportable, manejable. Si lo sostenía más

tiempo, entonces su peso se volvería doloroso, y si el tiempo se incrementaba, llegaría a paralizarlo.

Lo mismo pasaba con la preocupación. Si se le dedica poco tiempo, resulta llevadera, por lo que permite actuar y tomar o cambiar decisiones fácilmente, si le dedicamos más tiempo del necesario, duele, y si no dejamos de preocuparnos, nos paralizamos, con lo que jamás resolveremos el problema de origen.

Abro los ojos y decido soltar mi particular vaso de agua. Si algo no puedo permitirme es quedarme paralizada.

Levanto una barrera en mi mente y me concentro en secarme, cambiarme de ropa y preparar la maleta.

Mientras me ahueco la larga cabellera ondulada con los dedos, recuerdo su deseo de verme el pelo suelto, motivo por el que decido hacerme un rodete en la coronilla, ni un mechón dejo suelto.

Mientras ultimo los preparativos, miro por la ventana cómo la entrometida señora O'Bryan se acerca a mi porche.

Bufo con desdén y salgo del cuarto.

Oigo que la puerta se abre cuando empiezo a descender los escalones. La irritante y aguda voz de la mujer flota hasta mí como el molesto graznido de un grajo entrometido.

—¿Quién es usted? —inquiere, ajustándose la montura de pasta de sus gafas.

—Una visita —responde Yinn, que sigue como lo he dejado. Tan sólo cubierto con el empapado pantalón del pijama.

—¿Cree que es decente abrir la puerta con esta lamentable facha? —lo increpa mi vecina, frunciendo su delgada boca.

—Tan decente como hacer una visita a estas horas —responde él con una sonrisa irónica.

¡Toma ya! Genio uno, chismosa cero. Sólo lamento comprobar una y otra vez que el condenado genio es absolutamente perfecto.

—No es una visita de cortesía, señor... —Alarga la pausa, esperando escuchar el nombre de su interlocutor, pero Yinn permanece divertidamente mudo—, señor lo que sea. Me he decidido a venir porque anoche oí ruidos extraños y vi unas luces bastante inusuales salir por las vidrieras de la puerta principal. Quise pensar que era una fiesta o algo así, pero quería asegurarme de que mi querida vecina se encuentra bien. No he podido pegar ojo en toda la noche.

Sonrío. Maquilla el cotilleo con preocupación vecinal. Está claro que para lo único que utiliza el vaso de agua la señora O'Bryan es para

escuchar a través de las puertas.

Irrumpo en la entrada, dejándome ver.

—Buenos días, señora O'Bryan. No se preocupe, lo único inusual que pasó anoche fue que se reventó la caja de fusibles. Ya he llamado al técnico. Por cierto, le presento a mi primo Yinn, ha venido desde España a visitarme.

La mujer lo recorre con la mirada con abierta reprobación y frunce de nuevo los labios.

—España, ¿eh? Debe de ser torero, pues se necesita valor para abrir la puerta semidesnudo y mojado. Va a pillar una pulmonía, joven.

—Si es así, debo de ser el tipo más desgraciado que existe, con la cantidad de cosas buenas que podría «pillar». Si me dejaran, claro. Además, no encuentro valeroso matar a un animal acorralado.

Carraspeo, manteniendo la forzada sonrisa hierática de mis labios, mientras le clavo a Yinn disimuladamente un codo en el costado. Él exhala un estrangulado gemido y me fulmina con la mirada.

—Si no le importa, señora O'Bryan, tengo prisa, llego tarde a trabajar.

—Oh, por supuesto, querida. Si necesita algo, ya sabe dónde encontrarme.

—Muy amable, señora O'Bryan —masculla Yinn—. No soy torero, sino más bien toro, y de mal talante cuando me sacan tan temprano de la cama.

La mujer abre con temeroso asombro los ojos y gruñe ofendida.

—Discúlpele, es un toro sin modales —aclaro, ocultando una sonrisa jocosa.

—Ya veo. Buenos días, señorita Rivero.

—Buenos días.

La mujer se aleja con pasos cortos y raudos, espalda envarada y cabeza erguida.

Cierro la puerta y miro censora al genio.

—Conque un toro, ¿eh?

—Sí, pelirroja, ¿necesitas una prueba?

—Lo que necesito es un respiro.

—Entonces, cede.

—No, seguro que tendrás más suerte con tu próxima ama.

—No es por tu novio, ¿verdad?

Entorna los ojos, se aparta un largo mechón de su oscuro cabello y esboza una seductora sonrisa torcida.

—El motivo no te concierne, sólo la decisión.

—Si desmonto el motivo, cambiaría la decisión —alega convencido.

—No puedes.

—No me retes, Cata, aún no sabes de lo que soy capaz.

—Ni deseo saberlo.

—¿Tampoco deseas saber por qué insisto tanto?

Esa cuestión sí me intriga sobremanera. El genio ve con claridad la vacilación en mi rostro y sonríe complacido.

—*Quid pro quo* entonces, pelirroja, tú me dices tu motivo y yo el mío.

Asiento, a pesar de que mi sensatez pugna por obviar su propuesta.

—Las damas primero.

Lo miro, está apoyado en la puerta de forma indolente y despreocupada, pero en su rostro se trasluce una gravedad inusitada.

—Te odio —confieso, sorprendida por la vehemencia impresa en mis palabras—. Odio todo lo que representas. Lo perdí todo por vuestra culpa. Si mi vida no corriera peligro, jamás te habría liberado de ese brazalete, aun sabiendo como sé todo lo que puedes ofrecerme.

Sostiene mi mirada con aplomo y asiente casi imperceptiblemente.

—Te deseo—admite—, tanto que me duele. Te deseo como jamás he deseado nada en mi vida, ni siquiera mi libertad. No puedo decir el motivo, pues ni yo mismo lo sé, sólo sé que a tu lado me siento un voraz y hechizado insecto, deslumbrado por el fuego más hermoso y vibrante que existe.

»Es una fuerza imperiosa la que me atrae hacia ti, Cata, una urgencia tan apremiante que necesito recordarme a cada instante que eres inalcanzable, por mucho que me pese, algo que, paradójicamente, suelo olvidar cuando te tengo de nuevo frente a mí, tan cerca como ahora.

Da un paso hacia mí, traspasándome con su ardiente mirada depredadora.

—Y ese olvido es tan peligroso para mí como para ti —continúa—. Sin embargo, ninguno de los dos sabemos cómo afrontarlo.

Siento un cosquilleo en el estómago y un aleteo en el pecho.

—Recordémonos mutuamente ese peligro —sugiero pesarosa—, cuando la situación... se caldee demasiado.

Yinn mira la maleta, que he depositado junto a la escalera, y hace un gesto para que la coja.

—Al hotel, ¿no?

Abre los brazos para que me cobije en ellos, hacia una nueva epopeya espacio-temporal de luz, color y confusión, en forma de gusano estrangulado.

—Evitaremos el contacto físico en la medida de lo posible —digo precavida—. Además, tengo ganas de conducir y, por lo que veo, no tendré mucha ocasión de hacerlo.

Yinn asiente con semblante imperturbable.

—Te recuerdo que tienes tres deseos por delante.

—Deseo verte seco, vestido y sonriente en el asiento del copiloto de mi viejo Chevrolet azul, y lo deseo ahora.

17

Debilidades

Cuando entramos en la recepción del hotel y le pregunto a Jenny, mi otra compañera, si el señor Lloyd está en su despacho, he de aguardar paciente a que la pobre chica logre asimilar mi pregunta, al tiempo que consigue no babear y cerrar la boca, mientras contempla a Yinn.

—Ehh... pues... cre... creo que sí.

Bueno, al menos es una respuesta coherente, aunque ni ha conseguido enfocar la vista en mí.

Yinn le sonríe y se apoya despreocupado en el mostrador, mientras juguetea con las tarjetas de visita que tenemos apiladas en un recipiente.

—¿Va a... a registrarse? —pregunta Jenny, con expresión esperanzada.

—Me acompaña, es mi primo —anuncio, esperando acaparar algo de su atención. No lo consigo.

—Oh... encantada...

—Yinn.

El genio toma su mano, se inclina clavando en Jenny su mirada y le besa el dorso como un galán de los años veinte.

Bufo exasperada y repiqueteo impaciente en el suelo con la punta del zapato.

—Je... Jenny —se presenta agitada.

Las mejillas de la muchacha se encienden y sus ojos brillan nerviosos.

—Vamos, Rodolfo —mascullo molesta.

Yinn suelta una carcajada, le guiña un ojo a Jenny, que termina de hiperventilar al borde del colapso, y me sigue por el pasillo de servicio.

—No puedes entrar en el despacho —le advierto.

—Pues voy a hacerlo. Ya te dije que no te dejaría sola ni un segundo.

Busco el medallón de Horus y se lo muestro.

—Creo que me basta con éste y contigo en el pasillo. Claro está, si no te despistas seduciendo a toda la clientela femenina.

—¿Celosa?

—Preocupada.

Me sonríe abiertamente. Yo más que nadie entiendo cómo se sienten las mujeres cuando lo tienen cerca, igual que sé que si no albergara este rencor hacia él, carecería de la fortaleza necesaria para resistir sus encantos.

—Voy a entrar contigo en ese despacho, Cata, pero no con esta apariencia, sino con la de un soplo de aire invisible, alerta y expectante.

—Espero que cumplas a rajatabla esos tres adjetivos, porque si regreso, espero tener un trabajo aguardando.

Yinn asiente, comprueba que no asoma nadie por el pasillo y, en un giro veloz, desaparece ante mis ojos.

—*Voilà!*

Oigo su voz frente a mi rostro, tan cerca que siento su cálido aliento en mi piel. Curiosa, alargo un dedo y atravieso el espacio.

—Acabas de atravesar mi corazón, pelirroja —dice.

Doy un respingo y retiro la mano, rauda.

Oigo su risa mofándose de mí.

—Es broma —confirma—. Ahora soy un ente, un espectro volátil, intangible e invisible. Puedo ser una lánguida brisa, como también un fiero viento.

—Me recuerdas a Bruce Lee y su famosa frase sobre el poder del agua.

—¿Era un genio de agua?

Esta vez me toca reír a mí.

—De agua no sé; un genio, seguro. ¿Sabes?, resulta muy molesto no saber dónde estás y, lo que es peor, lo que haces.

Siento un soplido en mi oreja y me vuelvo sobresaltada.

—Odio esta apariencia, condenado genio.

—Pues te aseguro que puede ser muy, pero que muy excitante. Imagínate en tu cama, sola...

—¡Stop, camino cortado! —aviso como recordatorio.

—Jajajajajajaja... Eres ingeniosa, preciosa, y ahora abre esa puerta, antes de que mi imaginación tome el control.

Llamo a la puerta y aguardo, chistándole para que permanezca en silencio.

—Adelante.

Giro el pomo y me adentro en el despacho del director. Como siempre que hago acto de presencia en ese lugar, mi cuerpo se envara indefectiblemente.

El hombre me recorre de arriba abajo con extrañeza. No llevo el uniforme, sino unos tejanos y una camiseta rosa, que ahora, por cómo Lloyd fija con lasciva atención sus ojos en mis pechos, compruebo es demasiado ceñida.

Me muerdo incómoda el labio inferior y respiro hondo antes de hablar.

—Señor Lloyd, vengo a solicitar unos días de vacaciones. Me ha surgido un problema familiar imprevisto y he de viajar al extranjero hoy mismo.

Abre los ojos con asombrada indignación.

—Catalina, lamento muchísimo ese contratiempo, pero te pido unos días para encontrarte una sustituta. —Se levanta de su silla y se acerca a mí con fingido semblante paternalista—. Te ayudaré en lo que pueda, eres una de mis mejores empleadas, pero este favor que me pides es demasiado grande. ¿Cuántos días serían?

—No lo sé, señor Lloyd, le prometo llamarle cuando lo sepa. Sólo le diré que es algo urgente.

Él me sonríe y me coge las manos, yo reprimo el impulso de retirarlas.

—Catalina, no puedo dejarte ir.

Y esa frase parece encajar en otro contexto, uno que comienza a tomar forma peligrosamente, dada la intensidad de su mirada.

—Me debe las vacaciones del año pasado y jamás he faltado un día a mi trabajo, ni estando enferma. Creo que al menos merezco este favor, y más cuando es un tema delicado que me atañe personalmente.

—¿Deseas contármelo? No olvides que además de tu director siempre te he ofrecido mi amistad.

Si por amistad se entiende insistir hasta la saciedad en cenar, llevarme a casa, al cine o a pasear, sí.

—No se moleste, pero no tengo ánimo para explicar nada ahora mismo.

—Chis... pequeña, no te preocupes, lo entiendo.

Ante mi completo estupor, se atreve a ofrecerme consuelo acariciándome la mejilla. Me retiro alarmada y le doy la espalda sin saber qué hacer.

—No te inquietes, Catalina, cuenta conmigo para todo. En

realidad, yo...

Siento sus manos en mis brazos y su cuerpo pegado al mío. Me tenso y lucho por aplacar el acceso de rabia que me inunda.

—... yo sería incapaz de negarte nada y creo que lo sabes. Pero si te concedo hoy este permiso, sería justo que me concedieras una cena a tu regreso.

No puedo controlarme, me vuelvo hacia él y lo fulmino con la mirada.

—¿Insinúa que si le regalo mis favores obtendré los suyos?

—No, no, no me malinterprete —se apresura a desmentir, volviendo al usted—, es sólo que hace tiempo que espero la oportunidad de conocernos mejor. Resulta más que obvio que me atrae, y mucho, a decir verdad.

—Tengo novio, señor Lloyd, y lo quiero, no tengo ninguna necesidad de conocer a otros hombres y...

De repente, el hombre me coge por los hombros y me besa. Me quedo bloqueada, hasta que un cenicero sale volando hacia la cabeza de Lloyd, impactando justo sobre su oreja derecha.

El director ahoga una dolorosa exclamación y me suelta.

—No pensaba abusar de usted —me recrimina ofuscado, frotándose el cuero cabelludo—. Ha estado a punto de abrirme la cabeza por un insignificante beso.

—Será mejor que me largue —digo, dirigiéndome hacia la puerta.

—Escúcheme, Catalina, le concedo las vacaciones. Hablaremos a su regreso.

—No hay nada de qué hablar. Si trabajar aquí va a suponer tener que enfrentarme a su acoso, le aseguro que no pienso volver.

Entonces Lloyd se abalanza sobre mí con mirada perturbada y una urgente preocupación y me retiene contra la pared, junto a la puerta.

—No puedes irte, Catalina —murmura excitado, volviendo al tuteo —. Te necesito.

—¡Suélteme!

—Escúchame, lo estás entendiendo todo mal, no hay acoso por mi parte, sólo una patética necesidad de seducción que no sé cómo llevar a cabo. Mi interés hacia ti te aseguro que es formal. Yo... no dejo de pensar en ti, Catalina, hasta sueño contigo.

—Eso es problema suyo, señor Lloyd. Se empeña en cerrar los ojos a la realidad. Tengo novio, pero aunque no lo tuviera, le aseguro que no es para nada mi tipo de hombre. Lo lamento y ahora, suélteme.

Los azules ojos de Lloyd centellean con una mezcla de emociones

cambiantes.

—No, Catalina, esto te aseguro que también es problema tuyo.

Y se cierne de nuevo sobre mí, con la fuerza desatada de la demencia, pupilas dilatadas, rostro crispado y pérdida de control total.

Toma mis labios con rudeza, lastimándomelos, y antes de que piense siquiera cómo defenderme, una fuerza invisible tira de la chaqueta de Lloyd, lo levanta en el aire y lo lanza sobre la mesa del despacho. Impacta sobre la superficie, arrastrando el portafolios y los útiles de escritorio, y cae con estrépito hacia el otro lado.

Salgo del despacho como una exhalación, mientras una brisa me sigue. Avanzo sin mirar atrás. Oigo unos pasos alcanzarme y sé que Yinn vuelve a ser visible, pero no me detengo. Siento que me falta el aire y necesito salir con urgencia del edificio.

Cruzo la avenida y me siento jadeante en un banco del parque que circunda el lago.

—Que conste que no soy el culpable de que no tengas trabajo cuando regreses —musita Yinn, sentándose a mi lado.

—Tampoco yo.

—Tú sí, Cata, tú sí.

Lo miro ceñuda, el malestar sigue pesando en mi ánimo y, por alguna razón, me sorprende la necesidad de aliviarme llorando.

—Yo no le he dado jamás pie a ese hombre.

—No lo dudo, pero no hace falta que lo hagas. Provocas deseo en los hombres, me asombra que ni siquiera seas capaz de percibir la innata sensualidad que desprendes y las constantes miradas masculinas que atraes. Creo que ese desconocimiento aún te hace más irresistible.

—¿Han intentado forzarme y pretendes que me sienta orgullosa? ¡Por el amor de Dios!

—Pretendo que seas consciente de tu poder, para anticipar estos ataques y evitarlos. Antes de que ese hombre se te acercara, he visto con claridad que estaba loco por ti. Cuando le has dicho que no volverías, he adivinado con somera exactitud su inminente reacción. Tú no.

—Lo siento, no soy adivina —replico irritada.

—Se trata de leer el lenguaje corporal, no las runas.

—¿Y qué dice ahora mi lenguaje corporal, listillo?

Yinn pasea su mirada por mi rostro.

—Estás furiosa, te sientes culpable, pero lo que más me impresiona es tu estúpido empeño en no mostrar el menor signo de debilidad.

Llora, maldita sea, desahógate.

Giro la cara hacia el lado contrario y niego con la cabeza. Yinn me coge la barbilla y me obliga a mirarlo.

—Ese malnacido lo pensará muy mucho antes de volver a forzar a nadie. Te juro que he sentido deseos de matarlo cuando te ha besado.

—¿Celoso?

—No de él, ni de Allan, sino del mundo entero por tenerte en él.

Su penetrante mirada se funde con la mía un largo y mágico instante en el que mi corazón se encoge y mis lágrimas brotan.

—Y, como tú a mí, yo también te odio por privarme de ti —confiesa en tono ronco—. Me deseas casi en la misma medida en que me aborreces.

—Yinn, abrázame —gimo desolada.

—¿Es un deseo?

Niego con la cabeza. Las lágrimas ruedan por mis mejillas.

—Es un ruego.

—Entonces es idéntico al mío.

Y me abraza con infinita ternura, sin tensiones carnales, sin suspicacias, sin motivo concreto, pero con una dulzura que me arropa, me solivianta y caldea mi pecho.

Sus poderosos brazos me acogen, y su amplio y musculoso pecho me ofrece el solaz que sólo puede ofrecer el hogar. Y así me siento, con una familiaridad inusitada, una comodidad agradecida y con un cobijo reconfortante.

Escucho los latidos de su corazón, como si fueran el péndulo del reloj de pie que hay en mi salón, y ese ritmo regular borra todo mi malestar de un plumazo. Me siento segura y protegida y esa confortable sensación es tan adictiva que me relajo en sus brazos, casi siento como si me derritiera en ellos, y me niego a abandonar este bienestar, pues lo perdí a los once años, una lluviosa noche de octubre.

Alzo el rostro hacia él y sujeto su marcado y masculino mentón. Cuando su rostro desciende hacia el mío y su mirada me cautiva, una fuerza extraña me lleva a estirarme y besar sus labios.

Yinn permanece inmóvil, ni siquiera abre la boca. Esa actitud me acicatea y de nuevo lo beso, esta vez más audaz, tentando con la punta de la lengua la unión de sus mullidos labios. Un gemido ronco emerge de su garganta cuando logro entrar en su boca.

Saborear su lengua es mi perdición. En toda mi vida he sentido tal voracidad. Aferro con mis manos su ancho cuello con tal

desesperación que más parece que abrazo una boya en alta mar, e incremento la intensidad del beso, pero Yinn no responde, sólo me deja hacer. Eso me frustra y abandono sus labios para mirarlo inquisidora.

—Bésame—suplico.

Su mirada oscurecida por un deseo tormentoso resplandece, pero su cabeza niega y su semblante permanece adusto.

—No, a no ser que sea un deseo. Y si lo es, quiero advertirte que no podré parar, romperé las reglas.

Miro su hermosa boca, perfilada, generosa y tentadora, y cierro los ojos para poder pensar con claridad. Estoy flaqueando, pero la necesidad de tenerle dentro de mí es tan abrumadoramente desgarradora que comienza a tomar el mando.

—Si yo te pido que me hagas el amor, no romperías nada.

—No, pero terminarías odiándome más y por el resto de tu vida.

—¿Acaso eso importa?

—A mí me importa.

Resoplo confusa y me despego de sus brazos con un ademán brusco.

—Esto es condenadamente difícil. Si tan sólo fuera una más de tus muchas amas a las que sólo te limitas a complacer...

—No, nada tienes que ver con mis otras amas, y no voy a limitarme a complacerte.

—¡Por todos los santos, Yinn! ¿Qué me estás haciendo?

Me pongo en pie, me froto la cara, exasperada, y lo encaro confusa y airada.

—Ni la mitad de lo que tú me estás haciendo a mí—contesta.

—¡Dios!

18

Despedidas

Wahêd tiene muchas cosas que procesar mientras observa desde el interior del deteriorado Chevrolet azul cómo Cata habla con su novio en la cafetería de enfrente.

No sólo puede vigilarlos a través de la amplia cristalera, sino que los puede escuchar, y son esas palabras que se intercambian las que se clavan en él.

Mimos, miradas enamoradas, tristeza y comprensión. Algo que él jamás recibirá ni dará. Algo que tiene vetado. Esa sensibilidad y entrega del ser humano enamorado, ese compromiso firmado por un sentimiento único, ese brillo que llena los ojos con el mayor manifiesto de generosidad que pueden intercambiar dos seres: el amor.

De entre todo el amplio abanico de emociones que envidia de los humanos, ésa es la que más lo intriga y la que menos comprende.

Y entonces, ¿a qué se debe ese regusto agrio en su paladar? ¿Ese ceño malhumorado ante los besos que se prodiga la pareja? ¿Esa comezón en su estómago? ¿O ese deseo de usar su magia para dejar mudo a Allan?

Hay tantas cosas diferentes en él ahora. Ha experimentado sensaciones desconocidas que lo turban, pero que a la vez teme analizar. Como por ejemplo, lo que sintió cuando vio a Catalina en el fondo del lago, luchando por su vida, o cuando lo abrazó para viajar a su casa, o lo que lo desbordó cuando aquel miserable la besó sin ella desearlo, o lo que demolió sus sentidos cuando, por voluntad propia, Cata lo había besado rindiéndose por entero a él.

Y la peor de todas, desear tan fervientemente ser el receptor de esas miradas, de esas palabras y de ese compromiso.

Sin duda ha perdido el juicio, y sabe que lo mejor para ambos es completar la misión y regresar cuanto antes a Uughetsean.

Decide cerrar los ojos y los oídos a la empalagosa escena romántica

que se desarrolla a unos pasos de allí, y viaja mentalmente a su reino.

Busca a Asum, pero no lo encuentra, a decir verdad, no encuentra a nadie, y eso sí es una muy mala señal, pues lo único factible que justifica esa ausencia es que se esté celebrando una Asamblea. Y éstas sólo se celebran si existe algo de vital importancia que comunicar.

Malik ha convocado a los moradores de todos los reinos, Wahêd está convencido. De la misma manera, adivina que el motivo de esa Asamblea son él y la humana.

Chasquea la lengua con preocupación, y regresa a su cuerpo.

Seguro que Kamil estará dando su propia versión de lo acontecido y, a decir verdad, asume que no tiene defensa alguna. Sólo espera que sus aliados se posicionen o estará perdido. Teme por Zahin, su maestro, pero nada puede hacer por él sin apoyos. La única manera de liberarlo es liberarlos a todos de la opresión de Malik.

Se agita inquieto en el asiento, pues vaticina una inminente ofensiva. A buen seguro, cuando termine la Asamblea ya habrá un plan forjado en su contra e irán por él. La fuerza de su enemigo no tardará en perseguirlo.

De repente, una cabeza se inclina hacia la ventanilla y un puño golpea la puerta. Acto seguido, Tessa, la amiga de Cata, abre y se sienta a su lado.

—Hola, bombón. ¡Qué suerte la mía! Te encuentro solito en el asiento de un coche, con lo mucho que me pone este rollo, aunque deberíamos estar mejor en el asiento de atrás, ¿no te parece?

Sonríe gatuna y le guiña un ojo.

—No entiendo qué diferencia hay entre un asiento y otro, ni por qué quieres que te ponga un rollo.

—Jajajajajajajaja, ¿te he dicho que me encantas?

—Creo que no.

Se acerca a él con descaro y le planta un beso en la punta de la nariz que le hace cosquillas.

—Pues me encantas.

—Gracias, tú me diviertes —admite.

Ella arruga su naricita y se atusa el dorado cabello.

—Bueno, por algo se empieza —replica conforme—. ¿Sabes? Aunque la bruja de mi amiga me prohíba estar contigo, ya te digo que por un oído me entra y por otro me sale, espero que pienses como yo.

Wahêd no entiende muy bien lo de los oídos; no obstante, le sonríe, algo que a la mujer parece agradarle, porque alarga la mano y le coloca un mechón tras la oreja con total naturalidad.

—¿Cuántas veces te han dicho que eres un pecado?

—Creo que ninguna.

Ella abre los ojos con asombro, parpadea repetidas veces y resopla.

—Pero ¿qué les pasa a las españolas? Mira, encanto, para empezar, las mujeres de tu país tendrían que haber cerrado todos los aeropuertos para impedir que te largaras de allí. Peerooo, mala suerte. Ahora estás aquí y yo voy a cerrar los aeropuertos, la bocaza de tu prima y cualquier posibilidad de que te escapes de mi cama cuando te ate a ella.

—Eso se llama secuestro.

—Bueno, en realidad sería más parecido a un estado de sitio, de excepción y, sobre todo, de urgencia.

—No me creo que no haya ningún canadiense por el que no cerraras un aeropuerto, y menos que una mujer como tú tenga... «urgencias».

—No suelo tenerlas, no hasta que he visto cómo se amplía de golpe mi menú, ¡y con bogavante! Con lo que me gusta chupar una cabeza.

—Jajajajajajajaja... también creo que es la primera vez que me comparan con un crustáceo.

—Espero que no tengas más primeras veces.

Los azules ojos de Tessa resplandecen, cargados de promesas ardientes.

—En lo que creo que te refieres, no.

—Menos mal, porque si no, pensaría pero que muy mal de las españolas.

La mujer se deleita en su rostro, alarga de nuevo la mano y la pasea por su brazo.

—Eres un toro, encanto, y me muero por hacerte bramar.

—Ya le he bramado a la señora O'Bryan esta mañana.

Tessa lo contempla boquiabierta.

—¿A la vecina de Catalina? ¿Te has tirado a esa señora?

—No, no la he tirado, sólo la he amonestado.

—Jajajajajajajajajaja... me matas.

—Es lo último que te haría —alega confuso. «Esta época es difícil de asimilar», piensa.

—Pues me encantaría que me matases a polvos.

Frunce el cejo, intrigado por esa expresión tan extraña.

—¿Los polvos matan? —inquiere confuso—. Antes, como mucho, hacían estornudar.

La mujer suelta una carcajada que la dobla en dos, palmea el

volante y ríe hasta que le lagrimean los ojos.

—Dios, Yinn, creo que eres el hombre de mi vida.

—Y yo creo que te equivocas.

—¿Me vas a hacer suplicar?

—No es mi intención precisamente.

—Pues deja que te bese.

Y antes de que pueda negarse, se abalanza sobre él y apresa sus labios. Wahêd la coge suavemente por los hombros y la aparta.

—Voy a empezar a pensar que eres gay.

—No lo soy, soy Yinn.

Tessa ríe de nuevo, pero esta vez con un deje de frustración.

—Si te gustan los hombres no pasa nada, pero joder, dímelo antes de que siga haciendo el ridículo.

—No me gustan los hombres, te lo aseguro.

En la mirada celeste de la muchacha asoma cierta decepción.

—Entonces la que no te gusta soy yo —murmura abatida.

—Eres preciosa, Tessa, el problema es que me gusta otra mujer. Lo lamento.

—Créeme, más lo lamento yo.

Y es precisamente esa mujer la que golpea la ventanilla del conductor y mira reprobadora a Tessa.

Catalina abre la puerta del conductor y les sonríe, a su lado está Allan.

—¿Pretendías robarme el coche? —bromea.

—No, sólo a tu primo. El coche puedes metértelo donde te quepa.

—Jajajajajajaja, ya lo suponía. Precisamente iba a llamarte ahora.

—¿Para que deje de acosar a Yinn? —pregunta Tessa alzando una ceja—. Llegas tarde.

—Sí, llegas tarde —confirma él—. Me quiere convertir en bogavante, chuparme la cabeza y obligarme a bramar como un toro.

—Jajajajajaja... Sí, lo que vendría a ser mi mascota multiusos particular.

—Estás loca —musita Catalina divertida—. Anda, sal del coche, tengo una noticia que darte.

Tessa abre los ojos exageradamente y se posa una mano en el pecho.

—¡Te vas a casar! ¿A que sí?

—Me muero de ganas —interviene Allan—. He logrado arrancarle esa promesa para cuando regrese.

—¡Os habéis prometido! —exclama Tessa dando palmas—. Espera.

—Se detiene y los mira intrigada—. ¿Cuando regreses? ¿De dónde?

—Voy a perderme unos días en una cabaña en las montañas.

Catalina cruza la mirada con Wahêd, mostrando su pesarosa aceptación.

—¿Por qué?¿Vas a escribir una novela? ¿O necesitas meditación para iniciarte en una secta? —inquiere Tessa, confusa.

—¿Ésas son las dos únicas razones por las que irías a una cabaña en el bosque? —pregunta Catalina, jocosa.

—Por la única razón por la que me iría a una perdida cabaña en las montañas sería para devorar a tu primo si logro secuestrarlo. Es el único animal salvaje con el que me apetece estar.

—Vaya, gracias —replica él.

—Yinn, yo que tú me largaría del país antes de que salgas en las noticias —bromea Allan.

—Como no sea por haberse convertido en víctima de canibalismo —aduce Tessa con sorna.

—Jajajajajajajaja... no te preocupes, Allan, yo también tengo dientes.

—¿Me estás retando?

Tessa se inclina hacia él con los ojos entrecerrados.

—No soy tan audaz —responde.

—Tessa, sal del coche —los interrumpe Catalina—. Charlemos mientras tomamos una copa.

—En vista de que aquí no me dejan tomar nada...

Su amiga resopla frustrada y le dirige a Wahêd una mirada insatisfecha. Luego sale del vehículo, lanzándole un beso.

Catalina se asoma nuevamente por la ventanilla. Su mirada se torna grave e insondable.

—Espérame aquí, ¿de acuerdo?

—Me gustaría estirar las piernas, si no te importa, este coche es muy pequeño.

—O tú eres muy grande —añade ella.

—Ambas cosas, mejor te espero en la acera.

—Como prefieras.

Wahêd asiente y sale del vehículo, sostiene la mirada de Allan y de Tessa, se encoge de hombros y se apoya contra la pared de un edificio con gesto indolente y despreocupado, cruzándose de brazos.

Ambas mujeres lo contemplan con diferentes expresiones en sus rostros.

—No me digas que no es para ponerle un piso, unas cadenas y

darle un bote gigante de ginseng —le murmura Tessa a Catalina, deleitándose en su cuerpo.

Wahêd le sonríe abiertamente; Catalina en cambio la fulmina con la mirada.

—Jajajajajajajaja... Yinn, corre mientras puedas —lo alienta Allan.

—Vamos, Tessa, que empiezas a salivar.

Catalina se acerca a Allan para despedirse. Éste la coge por la cintura y la besa con pasión. Ella se deja hacer, aunque en su postura denota cierta incomodidad.

—Llámame en cuanto te instales, y como no hayas regresado en dos semanas, iré a buscarte, estás avisada.

—Lo haré, cariño.

Allan alza la mano y se aleja calle arriba.

—Ahora mismo vas a explicarme qué pasa —exige Tessa, mirando a Catalina con los brazos en jarras—. Ah, y por Yinn no te preocupes, que ya lo cuido yo.

—Me lo figuraba, pero Yinn también se marcha —informa Catalina.

—Las malas noticias nunca vienen solas —bufa Tessa, contrariada.

Catalina le lanza una última mirada al genio y, cogiendo a su amiga de la mano, la arrastra al bar de enfrente, del que acaba de salir con Allan.

—No tardes, prima —murmura Wahêd.

Ellas se vuelven hacia él, de nuevo con dos semblantes contrapuestos: Catalina con abatimiento y Tessa con anhelo.

19

Tras el agua

Desde la vidriera de la cafetería, observo cómo las mujeres que pasan se vuelven admiradas para contemplar a Yinn, que cruza y descruza las piernas con impaciencia, sin dejar de clavar su mirada en nosotras.

Incluso desde esa distancia, el influjo que ese ser provoca en mis sentidos resulta devastador. No me extraña que Tessa me esté confesando que está enamorada de él. Su segundo amor imposible, me dice con amargura. La compadecería si no me compadeciera más a mí misma.

Tras contarle lo mismo que a Allan, mi supuesto decaimiento progresivo y mi necesidad de soledad, Tessa asume la breve retirada, pero con la misma advertencia que Allan. Aunque la tristeza con que se marcha no es sólo culpa mía.

Cuando cruzo la calle para encontrarme con Yinn, que me traspasa con una mirada insondable, me envaro irremisiblemente. A cada paso que doy, la atracción que tira de mí hacia sus brazos es tan intensa que tengo que clavarme las uñas en las palmas de las manos para evitar lanzarme hacia él.

—¿Lista?

Asiento, dirigiéndome al coche. Yinn me detiene abruptamente. El tacto de su mano en mi antebrazo me quema la piel.

—No. Se han acabado los viajes en coche. Es mi turno.

Me arrastra hacia un estrecho y oscuro callejón de servicio que interconecta dos avenidas y me pega con rudeza a la pared, ocultándome con su cuerpo.

Esa turbadora proximidad me paraliza.

—No tenemos mucho tiempo que perder, el peligro acecha —explica, escrutando mi rostro—. Ahora mando yo.

Trago saliva y me limito a asentir. Comienza la aventura hacia lo desconocido. Alejo el miedo, o al menos lo intento.

—Abrázame fuerte, Cata, al ser mayor la distancia, el viaje será

más vertiginoso.

—¿Más? —pregunto con preocupación.

—No temas, estoy junto a ti y no voy a soltarte.

Puedo ver en sus ojos la seguridad y aplomo que necesito. Ese salto en el espacio/tiempo es la última cosa que va a despegarme indefectiblemente de mi vida. Suspiro con nostalgia.

Yinn abre los brazos, me cobijo en ellos con apremio y él me rodea con fuerza.

Al instante, el callejón empieza a desdibujarse en una enloquecedora mezcla de colores que se diluyen en círculos concéntricos que giran frenéticos, acompañados de un molesto zumbido.

Todo mi cuerpo se sacude con descargas eléctricas que erizan cada terminación nerviosa, haciendo vibrar cada músculo de mi ser con repetidos y bruscos espasmos incontrolables.

De repente, perdemos consistencia, absorbidos hacia el vórtice de ese túnel de flujo circular y somos impelidos hacia el interior como si nos hubiera aspirado un tornado.

Cierro los ojos y chillo desaforada, aunque ningún sonido emerge de mi garganta. Una energía poderosa me insufla calor y seguridad, hasta que las vibraciones y los destellos luminosos comienzan a perder intensidad de forma progresiva.

Por fin, todo se detiene tan velozmente como ha empezado.

Antes de abrir los ojos, una brisa asilvestrada acaricia mi piel y mis fosas nasales. Percibo en mis sentidos la naturaleza antes de verla.

Cuando miro, la belleza del entorno me golpea. El aire escapa de mis pulmones y mis pupilas se dilatan, ansiosas por asimilar el impresionante paraje que nos rodea.

Nos encontramos junto al cauce de un ancho y brioso río que cae por la pendiente de un altísimo acantilado, formando unas majestuosas cataratas; una singular y enorme roca glacial puntiaguda divide el caudal en dos. Reconozco de inmediato el lugar.

Estamos en el gran cañón del Nahanni, frente a las cataratas Virginia, las más grandes de América del Norte, con su característico peñón en medio, el Manson's Rock, llamado así en honor de Billy Manson, el famoso canoista, escritor y cineasta canadiense.

Más allá, veo los majestuosos montes Mackenzie y, rodeándonos, un frondoso entorno de abetos, álamos, y pinos típicos del paisaje alpino.

La violencia de las espectaculares cataratas crea una bruma que

pende pesada sobre el río Nahanni sur, como una niebla mágica que protegiese un objeto sagrado, confiriéndole un misticismo abrumador.

El viento acaricia mi piel, aspiro hondo y recorro embelesada este hermoso lugar, embebiéndome de sus vivaces colores, y de la inmensidad del horizonte.

Escucho el susurro de la brisa en las ramas de los pinos, el chillido de un águila dorada rebotando entre las esponjosas nubes de un cielo límpido, el gorjeo de los pinzones, el rumor del agua espumeando contra las rocas ancladas al lecho del río y la paz. Y, por unas décimas de segundo, olvido lo que me ha traído aquí.

—Veo que ha merecido la pena «el viaje».

Miro a Yinn, que me contempla de forma extraña.

—¿Me permites un capricho, ama?

Su tono hace que alce de inmediato la ceja izquierda con suspicacia.

—Depende.

—Tranquila, no voy a desnudarte. Bueno, sólo un poco.

Y, sin esperar permiso, alarga su mano hacia el tirante rodete de mi coronilla y me quita las horquillas y la goma, liberando por completo mi melena, que cae en una cascada de ondas, cubriendo mi espalda.

Además, tiene la osadía de hundir sus manos en ella y ahuecarla, su capricho incluye tomar un mechón y olerlo. No puedo más que mirarlo fascinada, descubriendo la misma fascinación en sus ojos.

—El sol incendia tu cabello, convirtiéndolo en una maravillosa lengua de fuego, tal como había supuesto. Deberían prohibirte recogerte la melena, pelirroja, no tienes ni idea del espectáculo que ofreces.

Nuestras miradas permanecen enlazadas, el viento levanta mi cabello y lo mece suavemente. La mirada de Yinn centellea.

—Eres el complemento perfecto a este lugar —murmura.

El deseo flota entre nosotros como la bruma que mana de la catarata, denso y húmedo. La intensidad de su mirada me roba el aliento.

Trago saliva y desvío la vista hacia el Manson's Rock, que parece una piedra lunar emergiendo de entre las aguas, como la punta de una lanza alienígena, e intento calmar mi ánimo.

—Y ahora, ¿adónde se supone que tenemos que ir?

Yinn alarga el brazo y señala justo las cataratas Virginia.

Frunzo el cejo y lo miro inquisidora.

—Los antiguos nativos dene adoraban a los espíritus del agua justo al pie de las cataratas, y si hay algún espíritu por aquí, te aseguro que ése es Vanut —explica.

—Tengo entendido que en Fort Simpson, muy cerca de aquí, hay una reserva de nativos dene —digo, acercándome a la ribera del Nahanni.

—Más razón para pensar que estarán custodiando este lugar. Desde tiempos inmemoriales, los indios dene han sido los guardianes de la antigua magia. Ellos pasan sus conocimientos y sus tradiciones a sus descendientes. El círculo cerrado de la reserva ayuda a que éstas no se pierdan.

Me arrodillo sobre una gran piedra caliza y sumerjo las manos en la fría, cristalina y espumeante agua, que zigzaguea y burbujea entre mis dedos, sorteando los obstáculos pedregosos que interfieren en su cauce.

Me lavo la cara y me humedezco la nuca, echándome el cabello a un lado. Me siento tentada de pedirle que me devuelva la goma, pero sé sobradamente que me la negará.

—Nos acercaremos lo más que podamos a las cataratas. Una vez allí, tendré que usar mis poderes para poder mirar tras la espesa cortina de agua. Tengo la sospecha de que esconde la entrada a una cueva, mis sentidos detectan vibraciones en ese lugar.

—Adelante entonces.

Caminamos por el agreste terreno, él con paso seguro y fluido, como si fuera un hermoso puma negro, ágil y confiado, yo como un pato torpe, que vacila antes de encaramarse a una piedra o sortear un aligustre.

Yinn se detiene con frecuencia y me ofrece la mano para ayudarme, dedicándome esa maliciosa sonrisa oblicua capaz de deshelar los polos.

Sería preferible que no me distrajera con esa maldita sonrisa pendenciera y me tendiera la mano sin mirarme siquiera. Pero no, aprovecha cada contacto para mortificarme con su seductor y caballeroso gesto y su ladina mirada.

No hay carreteras, ni caminos, ni siquiera senderos fácilmente transitables. De hecho, el único acceso al parque es por hidroavión o helicóptero. Es Patrimonio de la Humanidad y está fieramente protegido de la intervención humana. Los guardabosques controlan de cerca a los turistas, avisándoles de la larga lista de prohibiciones que tienen que considerar durante su visita. Y, en verdad, la belleza

sobrecogedora de cuanto me rodea bien vale su celoso cuidado.

Atisbo una liebre saltando entre unos matojos y oigo el agudo chillido de un halcón atravesando el cielo en un eco alertador. Entonces me detengo recelosa, pensando en los animales que pueden estar acechándome.

—¿Habrá cerca algún depredador?

—¿Aparte de mí? —responde Yinn, ocurrente.

—Tú no me das miedo, te tengo controlado —murmuro irónica.

—Por desgracia para ambos —musita sardónico—. Creo que hay osos grizzlies, caribúes, algún lobo, tal vez linces y poco más. Bueno, aparte de un animal salvaje controlado, con peligro de descontrol constante.

—Jajajajaja... Rezaré entonces porque no rompa sus cadenas.

—Deberías rezar para lo contrario. Ni te imaginas lo que te estás perdiendo, preciosa —masculla jactancioso.

—Eres un hedonista pagado de sí mismo. Eso te quita atractivo.

—Pero apuesto a que me suma morbo.

Con la apuesta perdida, me pregunto por qué razón no aprovecho mi momento de debilidad en el lago.

—Porque no deseo tu flaqueza. Eso hiere mi dignidad, sería cobarde y despreciable por mi parte. Deseo tu absoluto convencimiento, incluso tu súplica, quiero que seas plenamente consciente de tu decisión —responde a mi muda pregunta.

Abro la boca con asombro y entrecierro los ojos recelosa.

—¡Me lees la mente, rufián! No te atrevas a justificarte con lo del lenguaje corporal.

—Sí, lo hago, pero no por mis poderes, ésos los anulaste. Por alguna razón, leo en tu mirada y he adivinado tu pensamiento, eso es todo.

Lo escruto con la mirada. El sol remarca la mezcla de verde, marrón y dorado que conforma sus hermosos ojos, enmarcados por oscuras pestañas. Me obligo a parpadear y reanudo la marcha.

—Voy a tener que ponerme un burka para salvaguardar mi intimidad.

—Si no me gusta que ocultes tu cabello, menos tu rostro. Tolero la ropa, pero sólo por el momento.

—Da la impresión de que esperas que me enamore de ti.

Yinn me sonríe taimado, pero no contesta. Saltamos sobre un par de peñascos que bordean la catarata y empezamos a sentir la cortina de humedad que desprende.

Yinn ya no me suelta la mano, me guía con sumo cuidado, cerciorándose de cada paso que doy.

—Está claro que no has sido una chica de campamento. Creo que habrías muerto hace rato si no te llevara cogida de la mano —se burla.

Le doy un ligero empujón ofendido en el brazo y ese leve gesto hace que me desequilibre. Mis pies se deslizan peligrosamente y mi cuerpo se inclina hacia delante. Dejo escapar un grito, que muere contra el pecho de Yinn, que se sacude de risa.

—Pelirroja, tienes el equilibrio justo para pasar el día, y porque estoy a tu lado.

—Soy humana, gigante inmortal —me quejo ceñuda.

Yinn, sonriente, me dedica una mirada oscura.

—Deliciosamente humana además.

De sus refulgentes ojos escapa todo su anhelo. Me agito aún entre sus brazos y poso las palmas de las manos en su pecho para separarme de él. El fino algodón de su camiseta negra no ayuda a que el tacto sea menos abrasador. Puedo sentir la magnificencia de ese pecho torneado y esculpido por los dioses. Me estremezco sólo con pensar cómo sería acariciar ese cuerpo libre de ropa. Bajo la mirada, temerosa de que vuelva a leer en ella.

—Sólo nos queda un trecho más —anuncia—. Me esperarás en ese peñasco, mientras yo buceo bajo las cataratas. Suele haber turistas por aquí, con sus cámaras colgando del cuello, no quiero abusar de mis poderes.

Asiento y pongo toda mi atención en el camino. Las rocas están cada vez más escurridizas.

Ralentizamos la marcha ante mis vacilantes pasos, estoy a punto de caer en un par de ocasiones. Definitivamente, saltar rocas no es lo mío.

Yinn opta por tomarme en brazos. Me alza como si mi cuerpo no pesara más que el aire. Su asombrosa fuerza, teñida de delicadeza, me encoge el estómago. La forma en que me aprieta contra su pecho y salta con una admirable gracilidad felina de roca en roca, cosquillea mi entrepierna. El poder que rezuma derrocha un erotismo tan rudo y embriagador que me seca la garganta y plaga nuevamente mi mente de imágenes tórridas.

Cuando por fin alcanzamos el peñasco y me deposita en la superficie, se hace visera con la mano sobre la frente y escrudiña todo a su alrededor, como un águila concentrada que oteara el paisaje en busca de presas.

Asiente casi imperceptiblemente y me sopesa con una mirada.

—No te muevas de aquí.

Acto seguido, se quita la camiseta negra, que lanza junto a mí, y después las zapatillas. Y tan sólo con los tejanos desgastados de cintura baja, que le quedan de impresión, me guiña un ojo.

Soy incapaz de no devorar visualmente cada centímetro de esa acerada piel dorada, me muerdo el labio inferior para contener un suspiro admirativo. Él me sonríe divertido. Me da la espalda, con lo que puedo continuar disfrutando de las fabulosas vistas, ya más relajada, y se lanza a la poza de agua convulsa justo en la base de la catarata.

Cualquiera que lo viera arrojarse al revuelto remolino de aguas violentas, pensaría que se trata sin duda de un suicidio. Las corrientes allí abajo deben de ser letales para cualquier criatura mortal, pero éste no es el caso. Así que me siento a esperarlo, aspirando la fragancia de la lavanda, el espliego y el pino, disfrutando de unas mejorables vistas, si Yinn estuviera en ellas.

El sol acaricia mi piel, envolviéndome en un agradable sopor, cuando un silbido rasga el aire justo por encima de mi oreja derecha.

Abro los ojos y me envaro. A primera vista, nada me alerta, hasta que otro silbido casi me roza la sien. En el lateral de mi campo de visión, detecto un objeto alargado y me inclino instintivamente hacia el lado contrario.

Aturdida y asustada, miro a mi alrededor. No hay escondite alguno sobre el alto peñasco, a no ser que descienda.

Justo cuando me pongo en pie, Yinn emerge de entre las aguas y, de un salto, se coloca delante de mí y atrapa entre sus fuertes manos un objeto que alza sobre su cabeza y parte en dos. Una flecha con penacho de plumas.

Contengo la respiración, me pego a la espalda mojada del genio y jadeo asustada.

Yinn emite un sonido, ahuecando las manos sobre sus labios, parecido al ulular de un búho, y aguarda. Para mi sorpresa, le responden con el mismo sonido.

—Ya ha pasado el peligro —susurra, volviéndose hacia mí y estrechándome entre sus brazos.

Me siento tan segura que me dan ganas de llorar de alivio.

—Ahora ya saben que soy otro espíritu sagrado.

Me coge por los hombros y entonces descubro que los extraños símbolos que tatúan sus fuertes y venosos antebrazos resplandecen

con destellos dorados.

—Son mi seña de identidad. Para el que esté versado en ellas, naturalmente —explica.

—¿Quiénes…?

—Los dene. Hay dos hombres apostados en la roca de enfrente, vigilando la entrada a la cueva.

—¿Y me has dejado sola sabiendo eso?

—No creía que se atrevieran a amedrentarte. Cuando he oído la primera flecha, he venido.

Me separo de él y lo miro ofuscada.

—Si no hubieran fallado el tiro…

—Es que no han fallado. He dicho amedrentarte, no matarte… Esto sólo ha sido un aviso.

—Empiezo a estar harta de tanta tentativa.

—También yo —se queja irritado—. Mis anteriores servidumbres se limitaban a satisfacer deseos y apetitos, no a proteger una mortalidad tan vulnerable.

Lo miro dolida y me separo unos pasos de él.

—Creía que tenías casi los mismos intereses que yo, sino más, en esta empresa. Una cosa sí te aseguro, estoy deseando que esto acabe para perderte de vista de una maldita vez.

Ambos nos miramos irritados.

El pelo se aplasta contra su cráneo, goteando sobre sus bien cinceladas facciones helenas, tal como debían de ser los dioses que quisieron mostrar Heródoto y Aristóteles en sus obras.

Y, tal como los griegos los admirarían, yo caigo subyugada bajo su hechizo. Pero esta particular estatua respira, se mueve, destilando litros de un erotismo tosco y vibrante que anulaba mi juicio, pero activa otras muy dispares funciones físicas y emocionales.

—Con suerte, pronto te librarás de mí —masculla ofendido, apretando los puños.

Aunque lo que en realidad deseo en este momento es apretarme de nuevo contra su pecho y no dejarlo escapar nunca.

20

Los guardianes

Wahêd rumia su suerte, mientras toma a Catalina en sus brazos de nuevo para descender al valle.

Está furioso, mucho, a decir verdad. Furioso consigo mismo por no saber gestionar y controlar debidamente sus emociones, por implicarse tanto en esta «empresa», como ella ha dicho. Lo que Catalina no sabe es que protegerla se ha convertido en su absoluta prioridad, y que cada vez que amenazan con dañarla, algo en su interior se inflama de ira.

Todavía intenta asimilar el miedo que lo atenaza cuando percibe que el peligro la acecha. Es un miedo agudo, primario, desbordante, angustioso y definitivamente inusual. Sólo el temor de no llegar a tiempo lo consume, y esa ansiedad desconocida está acabando con él.

Ha volcado su frustración sobre ella en forma de indignación. Y lamenta al instante haber reaccionado así, al ver la tristeza en su mirada, pero por otra parte, piensa que si está molesta con él será más fácil para ambos controlar la poderosa atracción que sienten.

En ese aspecto, ni él mismo se entiende. No obra con coherencia, en realidad, ha perdido esa virtud desde el momento en que la vio.

Por un lado, se muere por la rendición de la mujer. A cada instante, ve cómo las barreras de Catalina comienzan a tambalearse; es cuestión de tiempo que se entregue a él. Pero por otro, si lo hace, teme que tomarla suponga un antes y un después en su existencia.

Intuye que él sería el vencido, el que languideciera bajo sus caricias. Entonces, tendría que arrastrar su derrota cuando regresara a su mundo, con el único consuelo de evocar esos momentos eternamente, sintiéndose preso de un recuerdo y de unos ojos que está seguro que lo perseguirían hasta el final de sus días.

Suspira cuando la deposita en el suelo.

Le gusta tenerla cerca, poder tocarla, mirarla, olerla. Incluso cuando lo mira ofuscada, su único deseo es besarla hasta desfallecer.

Ni siquiera sabe cómo logró resistir la incursión de su lengua aquel día sin moverse. Desató una tormenta de fuego en su interior con un simple beso, algo que jamás le había sucedido. Y cuando ella ponía sus manos sobre él, todo su cuerpo ardía, evaporando el poco juicio que le quedaba. Pero debe resistir y esa lucha comienza a desgastarlo.

En cuanto los pies de Catalina tocan el suelo, se aleja de él, mostrando su desagrado.

—Esperemos aquí, vendrán.

Ella asiente, busca con la mirada una roca, elige la más cercana y plana y se sienta encima, apoyando la cabeza en la rodilla de su pierna flexionada, con semblante pensativo.

—¿Te ha dado tiempo a encontrar la cueva?

—No, pero sé que está ahí. La vibraciones que he sentido se han intensificado en cuanto he tocado el agua.

—Lamento ser un escollo en tu búsqueda —dice sin mirarlo.

—Cata, no eres un escollo, eres la llave. Mi deber es protegerte y evitar que caigas en manos de Malik.

Ella se encoge de hombros, aunque su expresión es tirante.

—Pero soy una llave torpe y molesta —murmura con sequedad.

—Y yo un protector insufrible, ¿no?

—Entre otras muchas cosas —repite sus palabras. Eso lo hace sonreír.

—Eres una pequeña y molesta llave con buena memoria —bromea él, agachándose para coger un guijarro y lanzarlo al río.

—Preferiría ser cualquier otra cosa.

—¿La esposa de Allan, por ejemplo?

Los bellísimos ojos de la joven se abren con asombro y de inmediato se velan con la sombra de la inseguridad.

—Por ejemplo.

—Cuando me pierdas, por fin, de vista —musita él subrayando el «por fin»—, no habrá ningún obstáculo para que puedas convertir ese deseo en realidad sin mi ayuda.

—No, yo haré que se cumplan mis propios deseos, como todo el mundo.

—Entonces, puede que me eches de menos.

Sus miradas se enlazan con gravedad, el corazón de Wahêd se sacude ante una emoción innombrable, mientras maldice para sus adentros. Ella rompe el vínculo fijando la vista en el río con expresión melancólica. En ese instante, Wahêd envidia la brisa que acaricia su piel y mece sus largos cabellos, y ahí, como un hermoso ángel de

fuego, le roba el aliento una vez más.

Graba en su memoria esa imagen para atesorarla cuando su vasallaje termine.

—Háblame de Modigliani —pide ella de pronto—. ¿Por qué estabas ese día en su exposición privada?

—Una de sus musas era mi ama. Pintaba desnudos, y ella, Marie Label, era una mujer muy transgresora para la época. Cuando llegaron los gendarmes para clausurar la exposición por escándalo público, me pidió que la sacara de allí. Modigliani era un tipo reservado, con una veta de rebeldía que plasmaba en sus pinturas.

»Murió poco después de pedir permiso para casarse con Jeanne, embarazada de nueve meses. Era libertino y bohemio, como casi todos los pintores de la época.

—¿Has conocido a más pintores?

Asiente y decide sentarse a su lado, mientras sigue lanzando guijarros al río.

—A tu Tintoretto y a Da Vinci.

Catalina clava en él una mirada atónita. Palidece y despega los labios con genuino asombro.

—¡Dios mío!

Wahêd le sonríe complacido, le encanta acaparar su atención.

—El hombre de Vitruvio soy yo —confiesa, ante el completo estupor de la mujer—. Aquel día, Leonardo me tumbó en el suelo, me puso un vara recta en el ombligo, en la que había atada una cuerda, y trazó un círculo con tiza. Luego me hizo extender los brazos y empezó a tomar medidas y a anotarlas. Según él, yo poseo la proporción áurea.

»Leonardo di ser Piero pertenecía a una de las mayores logias del mundo, la de los rosacruces. Como incansable perseguidor de todas las ciencias, incluida la oculta, descubrió la magia de la alquimia, y a nosotros. Era un hombre extraordinario, con capacidades asombrosas, dada su cualidad humana.

»Lleno de inquietudes de todo tipo, mostraba unas ansias impropias por conocer los misterios de la humanidad. Limitado por la época, sólo pudo transmitir los secretos codificados en sus obras a través de mensajes subliminales. Claves únicamente visibles para los francmasones.

—Es... es... fascinante. ¿Era tu amo?

—No, mi amo era su maestro, Andrea del Verrocchio. Uno de los deseos que me pidió fue para Leonardo.

—¿Cuál fue?

—Liberarlo de la acusación de sodomía por la que fue denunciado en el *tamburo* de Florencia. Uno de los modelos de su taller era invertido, como Leonardo. El joven y casquivano Jacopo Saltarelli confesó que mantenía relaciones con él. Por deseo de Andrea, hechicé la mente del *signore ufficiale*, para que se mostrase magnánimo, pues la sodomía era un delito grave, castigado la mayoría de las veces con pena de muerte.

»Al final, la acusación fue desestimada con la condición de que no hubiera más denuncias en el *tamburo*, creo que a raíz de eso se entregó al celibato.

—¡Increíble! —exclama maravillada.

Lo contempla con franca admiración, pero en medio de su escrutinio frunce el cejo con extrañeza.

—Tu rostro no es el del boceto de Leonardo.

—No, sólo mi cabello —admite—. Leonardo sabía quién era yo realmente. Cambió mis facciones a propósito, pero dejó pistas de mi existencia. El dibujo es un símbolo alquímico, una herejía flagrante en aquel entonces. Representa el orden celestial y terrenal y en el centro el hombre, como microcosmos.

»Pero no fue un hombre lo que representó, sino un ser inmortal que moraba en la tierra y el cielo, gobernando ambos mundos. Yo. Un ser mágico, inmortal y antinatural, lo más parecido al Baphomet que adoraba su logia. Si analizas detalladamente el dibujo, descubrirás en él algunas señales sobre sus inclinaciones y sus cultos.

—¡Santo Dios!

Sólo por tener los ojos de la mujer sobre él, sentía la necesidad de seguir hablando.

—Jacopo Comin, Tintoretto, era un hombre anodino, de ánimo violento y humor agrio, nada resaltable, no como la atractiva personalidad de Da Vinci.

—Sus obras son sublimes —replica Catalina—. Mezclaba los escorzos usados por Miguel Ángel con el vívido color de los grandes maestros venecianos.

—Si supieras cómo conseguía esos escorzos...

Ella abre mucho los ojos, ávida de conocimiento.

—Solía usar figuras de cera para estudiar la incidencia de la luz sobre ellas, pero cuando no las conseguía, usaba cadáveres, porque tenía terminantemente prohibida la entrada a ninguna persona a su taller. No enseñaba su obra hasta que la terminaba.

—¡Dios del cielo!

Yinn sonríe, absorbiendo la fascinación de su mirada.

—¿Y qué hay de Nostradamus?

—Esa historia la dejaremos para después, ahí vienen los dene.

Dos indios nativos, de rasgos característicos, piel oscura, cabello negro largo y trenzado a la espalda, aunque vestidos con tejanos, camisa de cuadros y sombrero vaquero, se dirigen hacia él sin mediar palabra entre ellos.

Wahêd se pone en pie y se adelanta con semblante grave. Los otros dos inclinan la cabeza, avanzan algunos pasos más y, finalmente, se hincan de rodillas frente a él, mostrándole su respeto y sumisión.

Los hombres pronuncian su vasallaje en la antigua lengua y él los acepta pronunciándose en el ancestral dialecto dene.

—Deseo ver a Vanut. No soy una amenaza, a menos que me obliguen a serlo.

Los nativos asienten con mirada circunspecta. Cuando fijan la vista en Catalina, los ojos de ambos se oscurecen preocupados.

—Necesitamos vuestro rango y vuestro nombre para presentaros ante Vanut —dice uno de los nativos, el más mayor, con actitud servil.

—No os daré mi nombre, sólo decidle que soy un djinn de aire, uno al que él enseñó muy bien, y que ha llegado el momento del alzamiento. Sabrá quién soy.

El hombre asiente y ambos dan un paso atrás, ejecutando una secuencia de respetuosas inclinaciones.

—La mujer es tan sagrada como yo —advierte Wahêd amenazante —. Decidle a Vanut que mañana al alba lo aguardaré al pie de las cataratas.

—Así lo haremos, espíritu del aire —murmuran los dos sin alzar la mirada.

Los dene se vuelven y se alejan presurosos.

Wahêd puede oler su temeroso respeto tan bien como puede ver que la presencia de Catalina los inquieta, y eso no le gusta.

Finalmente se vuelve hacia ella, que lo observa de forma extraña, como si lo viera por primera vez.

—He podido sentir tu poder —murmura impresionada—. Nunca te había visto tan tenso.

Él sonríe con picardía, se inclina y le tiende la mano.

—Yo creo que sí. Un par de veces, quizá más —bromea, guiñándole un ojo.

Ella resopla divertida.

—No me refería a ese tipo de tensión.

—Soy un ser peligroso, Cata, no lo olvides. Soy tu vasallo y tu protector, pero para otros soy un arma.

—Y para otras un juguete.

Capta un leve deje celoso en su tono.

—Depende de quién me maneje —admite—. Pero te diré una cosa. Cuando no tengo amo, soy todas esas cosas a la vez, depende de lo que quiera yo. Cambian mucho las cosas cuando tengo el control.

—Cambias como el aire.

—Yo soy el aire, Cata, es mi elemento. Puedo ser brisa, pero también tornado, o una mezcla de ambos, ya te lo dije. Ahora mismo, desearía ser esa brisa que te acaricia.

Ella traga saliva visiblemente, se ruboriza y desvía la mirada. Resulta tan adorable cuando se avergüenza, que tiene que recordarse que se debe controlar, antes de mover un solo músculo. La impulsividad no es una alternativa; sin embargo, es incapaz de contener el deseo de incomodarla con su atención. Poder admirar su rubor y el brillo de sus ojos es la única libertad de la que puede gozar sin caer en la tentación.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Como veo que el campo no es para ti, lo mejor es que busquemos una habitación en Fort Simpson o nos refugiemos en alguna cabaña de guardabosques. Tú eliges.

—Fort Simpson.

—Pues deberás pedir el deseo de ir hasta allí, no creo que seas capaz de saltar más de tres rocas juntas. Además, hoy aún te quedan dos.

Catalina lo fulmina con la mirada, coge con hosquedad su mano y se incorpora con un gruñido airado.

—Deseo ir a Fort Simpson y lo deseo ya.

Wahêd abre los brazos, descubriendo una inesperada ansiedad por recibirla en ellos.

Ella titubea, algo la detiene. Se muerde el labio inferior y se pasa la lengua por el superior. De pronto, algo tirante palpita bajo el vientre de Wahêd, que maldice para sus adentros. La corporeidad humana resulta embarazosamente incontrolable y tortuosamente interpretable.

—Ven a mí, preciosa—susurra sin poder omitir un ronroneo sensual que provoca un débil jadeo en la mujer.

Catalina aspira profundamente, sus cautivadores ojos oceánicos

refulgen contenidos.

Se acerca despacio y cada paso acelera el corazón de Wahêd. Cuando ella se pega a su pecho, la rodea con los brazos y cierra los ojos para asimilar lo que le hace sentir. Goza apenas un instante de esa sensación, la abraza con fuerza y se inclina sobre ella, cubriéndola por completo.

Catalina se estremece ostensiblemente, Wahêd tiembla, la energía que los une es más poderosa de lo que creía. Casi puede oír el deseo chisporrotear entre los dos como un hierro candente sumergido en agua fría.

Un hierro que tendrá que templar a base de golpes de muñeca, o enloquecerá sin remedio.

21

Tortura

Paseamos como una pareja normal, mirando tiendas en este pequeño pueblo de montaña, y maldita sea si no me gusta esta sensación.

Yinn es ocurrente, divertido, inteligente, culto y chispeante. Una delicia para los sentidos, todos en general. Y cada segundo que pasa, las ganas de saborear este fruto prohibido crecen vertiginosamente.

Sólo recordar su tono de voz cuando ha hablado en ese extraño dialecto antiguo me pone los pelos de punta, dilatando algo más que mi imaginación.

Me estoy acostumbrando demasiado a tenerlo cerca, disfrutando más de lo debido con su presencia, aunque la represión que me impongo empieza a ser tormentosa.

—Es increíble la cantidad de cosas inútiles que necesita el hombre para subsistir —comenta, observando una nevera.

—Una nevera no es inútil —disiento—. Hace que los alimentos se conserven frescos más tiempo y congela los que no vas a consumir a corto plazo.

—¿Y para qué los compráis entonces?

—Pues para almacenarlo, supongo.

Deambula con interés por la tienda y señala confuso una báscula, mirándome inquisitivo.

—Sirve para pesarte —le explico—. Este aparato te dice los kilos que te sobran.

—¿Pagáis por un artilugio que os dice lo que odiáis escuchar?

—Jajajajajajaja... algo así. Admito que no es un artículo imprescindible, yo lo aborrezco, pero reconocerás que la nevera sí es un gran invento.

Yinn niega con la cabeza, dibujando en sus labios una sonrisa irónica.

—Ambos artículos son innecesarios. Vuestros antepasados no los necesitaban. Si salieseis a cazar para consumir alimentos frescos,

tampoco necesitarías controlar el peso.

—*Touchée* —convengo.

—*Je suis touché tellement qu'il fait mal* —susurra, clavando en mí sus agudos ojos.

Escuchar esa voz grave y sugerentemente modulada pronunciando esa frase en francés de una forma tan sensual gelatiniza mis rodillas y caldea algo más que mi ánimo. ¿Tan tocado está por mí que le duele? ¡Por Dios, cierto o no, eso empieza a superarme!

—¿Y esto?

Cuando me apercibo de lo que está señalando, mis mejillas se encienden y oculto una risita nerviosa.

—Bueno, esto, esto es un consolador.

Yinn coge el objeto fálico y lo escudriña con creciente curiosidad.

—¿Y cómo demonios puede consolar esto las penas?

—Jajajajajajaa... No son penas lo que quita, sino las ganas.

Yinn me mira como si hubiera perdido el juicio. Eso consigue que me ría de nuevo. Su expresión perpleja y curiosa atrae la atención de la dependienta, que ya ha babeado lo bastante por él cuando hemos entrado y que ahora lo contempla absolutamente arrobada.

—¿Ganas de qué?

—Satisface el apetito sexual, Yinn. Las mujeres se lo introducen en la vagina y...

Ahora el que estalla en una abrupta carcajada es él. Mira el consolador que sostiene en la mano y ríe sin parar, contagiándome su risa.

—¿Los hombres... de es... ta época son... inútiles? —consigue preguntar entre carcajadas.

—Algunos. Jajajajajajaja.

—Tam... bién hay vaginas de plástico... jajajaja... para caballeros tímidos.

—¡Por todos los dioses, opositáis a la extinción!

Me apoyo en una lavadora, doblada de risa. Yinn señala el electrodoméstico con lágrimas en los ojos e intenta controlar las carcajadas para preguntar.

—No me digas que de ahí salen los niños.

—Jajajajajajaja... noooo... sale la ropa lavada.

—Pues sí que es bajita la lavandera.

—Jajajajajajaja... Dios mío, para ya de preguntar o me voy a hacer pis encima.

—Bueno, imagino que siguen existiendo los pañales, ¿te compro

uno?

—Uno no, un paquete, jajajajaja...

Yinn se acerca a mí y me coge de la mano.

—Anda, vamos, ya he tenido suficiente de mi adaptación al medio por hoy.

Salimos de la tienda con una sensación de bienestar tan ligera que no dejamos de sonreírnos.

—¿Me invitas a cenar? —pregunta animado.

—Tendré que pedir el tercer deseo.

—Pide una buena cantidad, tenemos que cenar y buscar alojamiento para esta noche, pelirroja.

Le sonrío con júbilo. Empiezo a cogerle el gusto a esto de los deseos.

—Deseo quinientos dólares canadienses en el bolsillo de mis tejanos y los deseo ya.

La mirada del genio resplandece, aclarando sus ojos.

—Como desees, ama.

Y al instante noto un bulto presionándome el bolsillo del pantalón.

Meto la mano y saco un grueso fajo de billetes.

—¡Asombroso, eres un genio genial!

—Jajajajaja, y tú una preciosa preciosidad.

Embriagada por la euforia, me lanzo a su cuello y me aprieto contra él. Yinn se envara en el acto.

—Oh, lo siento. No he debi...

—Yo lo único que siento es no tener la libertad de poder hacer lo mismo.

Me separo de él a regañadientes. Mi cuerpo sólo desea volver a sentir el calor del suyo.

—¿Ninguno de tus amos te dio nunca uno de sus deseos a ti?

Yinn me observa con gravedad.

—Ninguno se atrevió. ¿Te atreverás tú?

Trago saliva, sus ojos me escrutan con tanta intensidad que aceleran mis latidos.

—¿Qué pedirías?

Formulo la pregunta aun intuyendo lo que va a responder.

—A ti, toda una noche a mi servicio.

Siento que mi corazón cabalga desaforado en mi pecho, un hormigueo recorre mi espina dorsal y el estómago se torna ingrávido en mi interior.

—Suena bien —confieso subyugada.

—Todo lo que seas capaz de imaginar no es ni siquiera una sombra al lado de lo que te haría sentir —murmura tentador.

—Me torturas, Yinn —replico con un hilo de voz quebrada.

Él se acerca a mí y me toma la barbilla alzando mi rostro. Todo mi cuerpo se estremece.

—No, Cata, eres tú la que me tortura a mí. Y no tienes la más ligera idea del daño que me haces.

Miro su delineada y suave boca, de la mía escapa un suspiro anhelante.

—Tus miradas me matan —murmura con semblante atormentado.

El deseo de besarlo es tan pujante que casi me parece sentir una mano en la espalda empujándome hacia él. Resistir ese impulso me desgarra, me abate y me frustra.

Aparto la mirada no sin esfuerzo y le doy la espalda. Necesito recuperar la compostura, enfriar mi deseo, repetirme que sería un error entregarme a mis impulsos. Pero toda la fuerza que necesito parece esquivarme. Un único pensamiento acude en mi ayuda, una imagen que cae como una losa sobre mí: la noche que perdí a mi madre.

—Busquemos un restaurante, es más seguro para ambos sucumbir a la gula —propongo.

Yinn esboza una sonrisa que no llega a sus ojos.

—Al menos no me matas de hambre.

«¡Te mataría a besos!», pienso. De inmediato borro ese pensamiento y me concentro en buscar un local acogedor.

Sentados a la mesa de un restaurante italiano, degustamos el postre sin dejar de charlar. Aunque es más parecido a un interrogatorio por mi parte. Sólo saber que ha conocido a personajes tan emblemáticos de la historia crea en mí tal ansia de conocimiento que apenas pruebo bocado. Él, en cambio, engulle con un entusiasmo envidiable.

—Creo que nos hemos quedado en Nostradamus —le recuerdo, apoyando los codos en la mesa y, sujetando mi cabeza entre las manos, lo observo con mirada hambrienta.

Yinn alza la mirada del plato y me dedica una sonrisa contenida.

—Quieres saber del bueno de Michel, ¿eh?

—Es el mayor visionario de la historia y estuviste con él. Quiero saberlo todo, me muero de curiosidad.

—Ya que me privas de otros placeres, déjame disfrutar de éste.

Después te complaceré, al menos en eso.

Asiento y lo contemplo con inquieta expectación.

—Deberías acabarte el postre—me aconseja entre bocado y bocado—. Un poco de azúcar no te vendría mal, a veces eres un poco agria.

Le saco la lengua y arrugo la nariz forzando un mohín ofendido.

—En tal caso, gigante, tú no deberías probarla, o te volverás demasiado empalagoso.

—Jajajajajaja, ¿crees que soy dulce?

—En ocasiones.

Yinn se retira un mechón de pelo y arquea una ceja con asombro.

—Es la primera vez que me tildan de eso.

—Al menos soy la primera en algo.

—Eres la primera en más cosas —afirma.

Lo que leo en sus ojos me desconcierta, siento cómo el fuego latente que intento controlar emite una llamarada que me obliga a apartar la mirada de él y fijarla en el plato.

Jugueteo con mi panacota sin decidirme a recogerla con la cucharilla.

—Pelirroja, mañana es mi último día contigo y hoy ya has agotado los deseos. La última vez que estuve por aquí, oí un dicho que decía algo así como que nunca te quedes con la duda.

—Yo no tengo dudas.

—Dudas si tomar de mí lo que tanto deseas, y temes tomarlo porque sabes que jamás experimentarás algo como lo que yo puedo darte.

Esa verdad me golpea y durante unos segundos me bloqueo ante esa certeza que lleva tiempo gritando en mi interior. Soy plenamente consciente de que mi lealtad hacia Allan no es tan fuerte como debería y que mi rencor hacia los genios en general palidece día a día.

Mañana es mi última oportunidad de liberar el abrasador deseo que provoca en mí. ¡Y por todos los demonios del Averno, sé que me arrepentiré toda la vida si no pruebo su magia!

—¿Es posible que por fin vea una decisión en tus ojos? —inquiere esperanzado.

—Me confundes —miento—. Eso es todo.

Su mirada adquiere gravedad, al tiempo que sus labios se alargan en un gesto que no llega a sonrisa.

—¿Sabes, pelirroja? Observo tu lucha y te confieso que nunca ha sido tan duro el papel de espectador pasivo, pues si no tuviera las manos atadas, hace tiempo que habría inclinado la balanza a mi favor.

—Eso se llama confianza.

—No, eso se llama realismo.

Me dedica su último trago de vino dulce, deposita la copa en la mesa y me guiña un ojo.

—Paga, encanto —musita—. Busquemos un hotel.

—Jajajajaja... Has sonado como todo un gigoló.

Yinn se encoge de hombros, mostrando el desconocimiento de ese término.

—Un gigoló es un hombre que le ofrece su compañía fuera y dentro del lecho a una mujer a cambio de dinero.

—Retiro lo de que los hombres de este tiempo son inútiles.

—Jajajajajaja... Retirado queda.

Se pone en pie y me retira la silla con exquisita caballerosidad. Pone la mano en mi espalda y nos dirigimos a la barra.

—Dime, Cata, ¿en qué clase de extraña sociedad os habéis convertido? Dependéis de máquinas, pagáis por tener con quién cenar, os sumergís en mil entretenimientos, olvidando el principal, el contacto directo. Y aún no me atrevo a preguntar si los niños siguen viniendo de la manera tradicional.

—Vienen de la manera tradicional, aunque su concepción goza ahora de un abanico más amplio de posibilidades.

—Mejor no me las cuentes. Me niego a borrar ese romanticismo que siempre os supuse.

Pago la cuenta y salimos del local.

La noche es cerrada, apenas una delgada cuña plateada resplandece débil, sepultada por el negro y pesado manto punteado de la noche.

Giramos a la derecha por la avenida principal y decidimos adentrarnos en el parque municipal. Al otro lado se ve el cartel de un hotel.

Los frondosos árboles centenarios oscurecen la blanquecina luz de gas de las farolas. El sendero principal resulta algo lóbrego, pero a la vez dotado de un encanto místico.

—Huele a jazmín —digo, aspirando embriagada.

—No, huele a peligro.

Su tono me alerta. La actitud relajada de su cuerpo se evapora. Se detiene y me coge de la mano.

Casi al instante, aparecen frente a nosotros tres sombras amenazantes, algo encorvadas, que sostienen varios objetos metálicos en las manos.

—¿Un paseo romántico, parejita?

Miro hacia atrás y descubro horrorizada que otros tres hombres nos cortan la retirada.

—¿Tengo que desearlo? No me quedan deseos —susurro con urgencia.

—No, protegerte es mi principal cometido.

Me pego a él y me aferro a su brazo.

—¿Nos presentas a tu novia?

—Creo que no, mejor me presento yo —responde Yinn con aparente normalidad.

Los hombres se miran entre ellos y todos a la vez avanzan hacia nosotros.

—Tenemos un valiente, ¿eh? He mandado a muchos al hospital. Podrás ser grande, amigo, pero nosotros somos seis y queremos tu dinero. Y al bombón que te acompaña.

—No vas a tener el dinero ni a mi bombón —contesta con seguridad—, pero sí tendrás algo de mí.

—¿Qué, grandullón?

—Una lección que no vas a olvidar nunca.

Entonces Yinn me separa de él y con la velocidad de un puma famélico, se lanza sobre los tres hombres que tiene delante.

Descarga sus puños sobre ellos con tal violencia que oigo cómo se rompen sus costillas. Utiliza diestras llaves de algún arte marcial extraño, lanzando sus poderosas piernas contra cuerpos ya renqueantes, y en menos de diez segundos sus oponentes se retuercen en el suelo, aullando de dolor, e incluso piden auxilio.

Los otros tres vacilan, pero cuando Yinn corre hacia ellos, huyen despavoridos.

Cuando regresa a mi lado, ni siquiera jadea.

—¿Estás bien? —pregunta.

Asiento. Entonces, él me coge en brazos y me aleja de la melodía de lamentos que entonan los asaltantes.

Me abrazo a su cuello mientras lo miro arrobada. Puedo andar, y él lo sabe, pero estar acurrucada contra su pecho resulta tan reconfortante y excitante al mismo tiempo, que alargo ese disfrute.

—Has peleado como un hombre —comento.

—Aquí es lo que soy. Sólo tú debes conocer mi verdadera identidad.

—Eres un hombre peligroso entonces.

Me mira y niega con la cabeza.

—No, lo que soy es un hombre atormentado.

Su tono me eriza la piel. Escondo la cara en el hueco de su hombro y suspiro.

22

Lascivia

La parpadeante luz del cartel del hotel cambia de color al tiempo que de ritmo. La gasa de la cortina matiza la singular iluminación que se proyecta sobre una gran parte de la habitación.

Una habitación doble. Lamentablemente, sólo hay disponible una, con una cama de matrimonio. Wahêd no está dispuesto a perderla de vista, ni lo desea, además.

Se tumba en la cama con el brazo flexionado bajo la cabeza y finge estar absorto, mientras la mujer se pone el camisón que se ha comprado por la tarde, junto con algunos artículos, según ella imprescindibles.

Incluso estando ella dentro del cuarto de baño, Wahêd puede oír cómo la seda del camisón se desliza por su piel, cómo el cepillo pasa por sus cabellos, su lengua humedece sus labios y suspira.

Y son esos suspiros los que están acabando con él.

Intenta concentrarse para echar un vistazo a su mundo, pero le resulta por completo imposible pensar en algo que no sea ella. Y esos pensamientos endurecen cierta parte de su anatomía humana y exaltan su imaginación causándole una ansiedad desesperante.

Tener que marcharse sin haberla probado no sólo es una ignominia para su masculinidad, un oprobio para su dignidad y un varapalo para su ego. No, es mucho más. Es desolación, agonía, frustración, es dolor, anhelo y fracaso, es una condena mayor que la esclavitud que lo ata a su condición.

Sin embargo, debe asumir esa derrota y preguntarse cada maldito instante de su inmortalidad cómo habría sido acariciar su pelo, su piel, como sería yacer con ella, tomándola como suya. Y sabe que esas preguntas serán látigos en su carne y puede que en otros lugares.

Cuando la puerta del aseo se abre y Catalina aparece, duda si mirarla, pero mientras esa cuestión todavía pende en su mente, sus ojos ignoran la juiciosa advertencia y se clavan en ella.

Lleva un camisón blanco de tirantes, corto, de seda fina, que ondea sobre sus curvas resaltándolas. El ojo de Horus se cobija afortunado entre sus tentadores senos. Su soberbia melena roja resplandece como un halo sagrado sobre ella, cubriendo sus hombros y buena parte de su espalda. Sus bellísimos ojos aguamarina lo paralizan, encogiéndole el pecho, pero lo peor es su mirada, tan hambrienta como la de él.

Respira hondo, se pone boca abajo, para ocultar, o quizá aplacar la tremenda erección que le provoca y, abrazando la almohada, se atreve a mirarla de nuevo.

—Cata, hazme un favor, métete en la cama y tápate hasta el cuello.

—¿Tan feo es el camisón?

—Eres una arpía —masculla y resopla impaciente.

—Jajajajaja, haríamos buena pareja.

—No lo sabes bien —conviene.

Catalina se mete en la cama, boca arriba, pero es tan imprudente que deja la sábana arrugada en su cintura. La seda se pega a sus turgentes senos, que, para colmo de males, le muestran sus orgullosos gallardetes, rígidos y tentadores.

—No tengo sueño —musita ella.

—No duermas.

—Qué pragmático —se burla.

—Creo que os complicáis demasiado la vida, con lo fácil y gratificante que es hacer lo que se desea.

La mujer bufa sonoramente.

—Podrías hablarme, así quizá me entre el sueño.

—Nostradamus, ¿no?

—Ajá.

—Pensar que te tengo a mi merced en una cama y sólo puedo hablarte... ¿Acaso hay destino más aciago que el mío?

—Jajajajajaja... Seguro que lo hay.

—Francamente, lo dudo. Espero que evocar a Michel aleje pensamientos más tortuosos.

Cata se pone de lado, flexiona el brazo y apoya la cabeza en él, prestándole toda su atención. Su espesa melena roja se inclina a un lado, el tirante se descuelga sobre su brazo, dejando ver la exquisita curva de su hombro, su clavícula y el lateral del cuello. La seda se pega a su estrecha cintura, para elevarse en la redondez de sus marcadas caderas.

Wahêd inspira lentamente una gran bocanada de aire y la suelta en una especie de soplido liberador, al tiempo que cierra los ojos a la

tentación.

Echa mano de sus recuerdos para apagar el fuego que prende sus entrañas.

—Cuando conocí a Michel de Notre-Dame, ya había perdido a su mujer y a sus dos hijos a causa de la peste bubónica. Además, por un comentario hecho respecto a una estatua de la Virgen María, fue requerido por los altos cargos eclesiásticos para que se presentase ante la Inquisición de Toulouse.

»A causa de tantos infortunios se había convertido en un hombre apático, sombrío, desprovisto de toda chispa de vida. El dolor le había borrado el alma.

»Él no era mi amo, era el amo de Asum, un genio de mi raza y amigo por demás. Ambos habíamos coincidido en la misma época y ciudad. Aquella noche, libre de mi vasallaje por ese día, Asum me reclamó. La peste asolaba Europa, la epidemia estaba despoblando el continente. Michel era un médico devoto, pero había perdido la pasión y lo único que deseaba era morir y reunirse con su familia.

»Asum y yo decidimos despertar en él deseo de curar, ofreciéndole el único remedio capaz de erradicar esa nefasta podredumbre. Aquel hombre era demasiado valioso para que mi amigo accediera a sus deseos sin intentar cambiarlos.

»Solicitó mi consejo y ambos decidimos manipularlo, de manera que Asum no rompiera el voto de obediencia. Una noche, disertando con su amo, insinuó que él conocía el motivo del contagio y sugirió cómo tratar la enfermedad sin que mediara la magia, sino la sensatez.

»Michel escuchó sus palabras con atención y, a medida que Asum profundizaba en su discurso, fui testigo de cómo los ojos del médico recobraban su brillo y cómo la determinación regresaba con renovado vigor. Supo entonces que la peste la propagaban las pulgas. La falta de higiene y de ventilación eran el caldo de cultivo ideal para el contagio. Justo lo que no tenían en cuenta los matasanos de la época, además de practicar las inútiles sangrías. Esa información salvó muchas vidas.

»Acababa de darle un motivo para vivir y era salvar la vida de sus conciudadanos.

Hace una pausa para deleitarse en la subyugada expresión de la mujer, que lo observa completamente inmóvil y casi sin parpadear. Desea inclinarse y besarle la punta de la nariz. En cambio resopla y continúa:

—El último deseo del bueno de Michel fue poder predecir las

sucesivas desgracias de la humanidad para atajarlas de raíz. Ya sabes de dónde vienen sus visiones.

—¿Por qué? —pregunta ella.

Wahêd la mira con extrañeza.

—¿Por qué... qué?

—¿Por qué quisisteis ayudar en aquel momento a la humanidad? Se supone que buscáis venganza.

—¿Porque nos quedaríamos sin amos? —contesta burlón.

—En serio —insiste ella, seria.

—Ya te dije que no comulgamos con las decisiones de Malik, somos el lado revulsivo de este asunto. No soy el único simpatizante de los humanos que hay en mi reino, te lo aseguro.

—Eso puede acarrearte problemas —murmura pensativa.

—Ya lo ha hecho, han dado la orden de cazarme.

Catalina abre los ojos como platos, palidece y se envara sobre el colchón.

—¿Estás en busca y captura?

—Ajá. Me enfrenté a Kamil por ti.

—Pero dijiste que tu principal cometido era defender mi vida. Actuaste según lo establecido —replica anonadada.

—No es del todo así —explica—. Si una jerarquía por encima de la mía decide acabar contigo, pierdo la potestad y debo dejar que tome el control de la situación. Y Kamil es la hija de Malik, la ghoula más despiadada que existe. Son la realeza de mi mundo, le negué mi sometimiento y ahora contravengo su misión.

—Me salvaste porque soy la llave, ¿no es así? Y porque puedes utilizarme para destronar a Malik.

Eso no es del todo cierto, pero prefiere asentir. No es momento de analizar los verdaderos motivos y quizá nunca lo sea. Mejor dejarlos enterrados, y cuanto más hondo, mejor.

—Ahora ya saben que soy un rebelde e intentarán acabar conmigo... y contigo.

Catalina traga saliva, su mirada se nubla de preocupación.

—¡Ey, pelirroja! ¿No confías en mí?

—No es eso —contesta con un hilo de voz—. Es que... temo por ti.

Eso le cae como un cubo de agua fría. Si además del deseo, ella le abre su corazón, Wahêd está perdido.

Endurece su semblante y niega con la cabeza.

—No olvides que soy un ser de otro mundo, una criatura mágica, un ente inmortal. Mi alma es tan vieja como los tiempos... y mi

corazón...

La mujer lo traspasa con sus insondables ojos de hechicera.

—Tu corazón... —susurra ella, al tiempo que alarga el brazo y apoya la palma de la mano en el pecho de él, donde retumba con fuerza ese órgano.

—Mi corazón, Cata, es indómito, jamás se ha doblegado ante nadie, ni lo hará.

El contacto le quema la piel, desea con todas sus fuerzas que la mujer aparte la mano de su pecho y se tensa, apretando los dientes.

—Suena a reto —murmura melosa.

—Suena a lo que es, una advertencia. Podrás tener mi cuerpo, mi pasión, mi protección, y reconozco que mi admiración, pero nada más. No soy de este mundo.

Ella suspira y se retira el cabello con parsimonia, hace aletear las pestañas y se humedece los labios, consciente de cuánto lo aflige ese gesto. La maldice mentalmente.

—No, no eres de este mundo, Yinn —susurra con voz sugerente—. Y maldigo al destino por eso, y lo aplaudo al mismo tiempo.

—Cata...

Ella pasea sus delicados dedos por la piel de su brazo, suspira y se muerde el labio inferior. Está tan excitada que sus mejillas se encienden y sus ojos centellean.

Se pone boca arriba, tumbada a su lado, y gira la cabeza hacia él, mientras sus manos comienzan a prodigarse caricias a sí misma.

Verla contonearse bajo sus dedos, gemir quedamente y mirarlo con desbordante lascivia es más de lo que puede soportar. Sin embargo, es incapaz de apartar los ojos de aquella infernal torturadora.

Ella amasa sus pechos con delicadeza, frota sus enhiestas cumbres y lo mira invitadora.

—Yinn... no puedo más.

Wahêd logra cerrar los ojos, como si le hubieran clavado un puñal. Su rostro se contorsiona atormentado.

—No me hagas esto, Cata —suplica con voz rota.

—Es superior a mis fuerzas. Ardo por ti, Yinn, muero por ti. Necesito liberar este deseo que me corroe. Tómame con la mirada.

—Es la petición más cruel que me han hecho nunca —replica agónico.

—Prometo compensarte —murmura ella con mirada nublada y semblante arrobado.

Y así, se baja los tirantes del camisón, libera sus opulentos senos y

se los masajea mientras gime y frota las piernas, presa de una lujuria desatada.

Esa tortura lo esclaviza, lo paraliza, lo somete. Fija sus ojos en aquella cremosa piel, deslizando la mirada por ella, acariciando cada ondulación, cada valle, casi sintiendo la sedosidad de esa piel de alabastro. Sus manos se convierten en puños, su erección en un latente mástil que palpita de dolor, sus músculos se tensan, combatiendo una contención que lo desgarra. Y sus ojos son dos teas ardientes que recorren el cimbreante cuerpo de la mujer con la intensidad de un sediento ante un oasis, o un náufrago ante las velas de un barco.

Él, un ser inmortal, siente que su alma languidece, se constriñe, se desgasta ante ese insoportable tormento.

La mujer abre las piernas, arremolina el camisón en torno a sus caderas y hunde su mano derecha en el vértice de su femineidad.

Puede oler su excitación, percibe cómo bombea acelerado su humano corazón, cómo su delicada piel se eriza y sus gemidos acarician su garganta, y cada percepción es un cuchillo en sus sentidos y una venda en su juicio.

—Tu mano es la mía —susurra ella, arrebolada por la pasión.

Y Wahêd tiene el absoluto convencimiento de que esas palabras son su sentencia de muerte en vida.

Ella se retuerce bajo sus propias caricias, gime y alza las caderas, frotándose con frenesí, presa de un placer acrecentado por sentirse observada.

Sus ojos siguen fijos en él, apenas los entrecierra cuando el clímax se acerca y su cabeza se hunde en la almohada, tensando su cuello. Inmersa en su ardoroso goce, su cuerpo se arquea, bamboleando sus turgentes senos, que piden a gritos una boca que los alivie.

Entonces, los labios de ella se abren y deja escapar un gemido prolongado y roto, sus rodillas se sacuden y un temblor generalizado convulsiona su cuerpo.

Sabe que la mujer se ha derramado y, aunque no la ha tocado, él ha sido el causante de su orgasmo. Un detalle que no alivia la quemazón que incendia sus entrañas.

—¿Tienes la menor idea del suplicio que acabo de sufrir? —la reprende sombrío.

Ella, en cambio, le dedica una sonrisa satisfecha, con un leve fulgor pérfido.

—No podía más, Yinn —se excusa—. Soy humana.

Wahêd se obliga a apartar la mirada de ese cuerpo tentador e

intenta acompasar su respiración. Todavía le falta el aliento.

—No me consuela y no te redime —masculla rencoroso—. Esta contención también me mata a mí y no soy humano.

—Tal vez te consuele saber que no he conseguido apagar el fuego que prendes en mí.

La contempla y siente un fuerte aguijonazo en su virilidad, como si lo flagelaran con una fusta.

—¿Y qué piensas hacer al respecto?

Ella se retira un rojo mechón de la frente y se medio incorpora de lado. Sus senos lo apuntan y, alarmado, cierra los ojos de inmediato. Sabe que no aguantará mucho más.

—Esperar —responde ella, enigmática.

Wahêd cierra los ojos y resopla impaciente, se frota toscamente la cara y se peina con los dedos. No sabe muy bien cómo entretener sus propias manos, que claman atraparla con una urgencia desconocida hasta el momento.

—Si queda algo de compasión en tu corazón, te ruego que te cubras y que intentes dormir, o te juro por todos los dioses que mi juramento no va a salvarte del monstruo lujurioso en que me has convertido.

Cata desliza su mirada hacia el reloj digital de la cómoda, resopla contrariada y, sin apartar su azulada mirada de la suya, se recoloca el camisón y ordena su sensual melena despeinada.

—También hay una bestia hambrienta en mí, Yinn, y algo habrás de hacer para calmarla.

—No depende de mí, y lo sabes. Sólo tienes que darme permiso, si te atreves, claro.

—Lo sé y me atreveré.

Con esa esperanzadora respuesta, se acomoda en la cama y cierra los ojos, dispuesta a dormir.

Wahêd duda si aliviarse en el cuarto de baño o intentar sofocar las llamas que lo devoran con pensamientos y planes sobre su cercano encuentro con Vanut. Pero ni una cosa ni la otra logran enfriar su ánimo. Trata de concentrarse dejando la mente en blanco. Tras un largo instante, la tensión parece diluirse en él. Su mente recupera el control.

Cierra los ojos y se traslada mentalmente a Uughetsean. Una voz de mujer lo alerta justo cuando intenta atisbar por las celosías del Palacio de Bronce.

—Te han tendido una trampa, valeroso Wahêd.

Ante él aparece el rostro de Yaced, la hermana de Kamil. Desconcertado, retrocede sobresaltado, pero ella lo retiene con la mirada. Es poderosa.

—No creas a tus ojos, el peligro te acecha en forma de ardid. La mujer roja será el cebo —sisea con voz dulce.

—¿Por qué he de creeros, hija de Malik? —inquiere desconfiado.

Una sofocada y sibilina risita penetra en sus oídos, erizándole la piel.

—Porque para reinar he de procurar vacantes.

23

Rendición

Me veo asaltada por pesadillas, por sueños húmedos, por un compendio de inquietudes físicas y psíquicas que me arrancan constantemente de una duermevela infernal.

La decisión sigue inamovible en mí y, una vez tomada, cada minuto de ese condenado reloj me parece la eternidad de un siglo.

A partir de la una de la madrugada ya es un nuevo día, con sus tres deseos pertinentes, dos en este caso, pues pensaba entregarle uno a Yinn. Aunque no me siento nada generosa, pues sería la receptora directa del primero.

Él permanece boca arriba, inmóvil, como ausente, como una estatua helénica de belleza y proporciones regias, tan sólo con el pantalón vaquero puesto. Su torso desnudo es un imán para la rendición. Admirarlo supone un placer tan excelso que debería cobrar por su sola visión.

No puedo creer que haga apenas un momento me haya masturbado delante de él, y además gozándolo con absoluta alevosía. Ese acto exhibicionista, tan impropio de mí, me ha hecho sentir poderosa, decadente y deseada como nunca antes. Su ardorosa mirada ha exaltado hasta cotas inimaginables el placer que yo misma me he dado, y si sus ojos consiguen eso, ¿qué demonios será capaz de conseguir todo su cuerpo?

Tiemblo sólo de imaginarlo sobre mí. La urgencia me acucia y mis ojos deambulan con obsesiva atención sobre la pantalla del reloj.

Un molesto zumbido evapora mis cavilaciones. Dirijo la mirada al bolso, es mi móvil. Miro a Yinn, pero parece en trance, tiene los ojos semicerrados y no da señales visibles de percibir nada a su alrededor.

Salgo de la cama con sigilo, cojo el bolso y me encierro en el baño.

El zumbido se agudiza cuando saco el teléfono y lo descuelgo rauda.

—¿Diga? —susurro.

—Te amo, eso te digo.

La voz de Allan me paraliza. Nerviosa, miro hacia la puerta cerrada. Un revoltijo de emociones agita mi estómago.

—Es casi la una de la madrugada —murmuro inquieta.

—No podía dormir, preciosa, no dejo de echarte de menos.

—Estaba intentando dormir.

—Lo que quiere decir que no dormías... ¿Pensabas en mí?

—No pensaba en nada en concreto —respondo. «Excepto en copular como una posesa con un soberbio adonis mágico», pienso, mordiéndome el labio.

—¡Oh! —exclama decepcionado—. Entonces, ¿no me echas de menos ni siquiera un poquito?

—No es eso, estaba intentando conciliar el sueño, es todo.

—Bueno, ¿qué tal tu éxodo?

—Tranquilo, me está viniendo bien.

Una pausa, puedo notar su incomodidad.

—Me alegro, cielo. ¿Dónde estás exactamente?

—En Fort Simpson, junto al Parque Nacional de Nahanni.

—Vaya, plena naturaleza, seguro que encuentras la paz. —Suspira profundamente—. Yo sólo la encontraré cuando regreses a mi lado.

Suena abatido. De inmediato me siento sucia, vil y desleal. Trago saliva y cierro momentáneamente los ojos, empiezo a encontrarme mal.

—Allan, si todo va bien, pronto estaremos juntos.

—Recuerda que tienes una promesa que cumplir.

—No lo olvido —miento, con una desazonante opresión en el pecho.

—Bien, cariño, te dejo dormir. Sólo quería escuchar tu voz y decirte que no puedo estar sin ti. Te añoro, mi vida.

—Yo también. Nos vemos pronto.

—Cuídate, te quiero.

La saliva que intento tragar se torna amarga y densa, siento náuseas.

—Lo haré, descuida. Besos.

Y cuelgo, sintiéndome la más perra de las mujeres.

Guardo el teléfono en el bolso y hundo el rostro entre las manos. Fuera del baño, oigo el pitido del despertador.

La una en punto, la hora de mi rendición, ahora velada por un malestar interno tan insidioso que apaga cualquier vestigio candente que pudiera quedar dentro de mí.

Y de nuevo regresa el rencor, ya no sólo contra Yinn y contra el destino, sino también contra mí.

Salgo del aseo y me meto de nuevo en la cama. Esta vez no miro a Yinn y me arrebujo dándole la espalda, la culpabilidad me impide afrontarlo.

—Los remordimientos son el sentimiento más inútil de todas las emociones absurdas que manejáis —comienza Yinn, lacónico—. Y lo peor es que lo esgrimís para autocompadeceros.

—¡Déjame en paz, Freud!

Oigo su risa ronca vibrando sugerente en cada nota, con una cadencia tan baja y tosca, tan eróticamente salvaje, que despierta mi traidor cuerpo una vez más. Con él tan cerca, la impasibilidad no es una opción.

—Mira, Cata, no puedes retroceder en el tiempo. Me has regalado un exquisito placer visual y eso ya no puedes cambiarlo. Te sientes tan atraída por mí como yo por ti, ¿vale de algo lamentarse? No, no me contestes, sé la respuesta. Lo único coherente e inteligente es aprender la lección y... o bien luchar contra la tentación, sufriendo durante toda la contienda, o terminar lo que has empezado y liberarte.

¿El tono de su voz es más suave y grave de lo normal o son imaginaciones mías?

—Manipulador.

—Jajajajajajajaja... Tengo muchos siglos de experiencia.

Sigo de espaldas a él, no me atrevo a encararlo. Siento su aliento y su calor corporal muy cerca de mí.

—¿Es así como seduces a tus amas?

—Es la primera vez que seduzco, nunca lo he necesitado.

Siento un hormigueo recorrer mi espina dorsal y un cosquilleante aleteo en mi estómago. ¡Dios, ¿por qué me haces esto?!

—Necesito dormir —concluyo, cerrando los ojos.

—No te engañes, pelirroja, me necesitas a mí. Y por fin el reloj muestra la hora que tanto has esperado. Quiero mi deseo.

Esta vez sí me revuelvo furiosa contra él.

—Te odio, maldito —impreco.

—Es lo que intentas desde que entré en tu vida, pero no te dejo conseguirlo.

Observo su media sonrisa pendenciera, cargada de relamida sensualidad, ese rictus burlón y esa mirada pícara, y decido borrarlos de un plumazo.

Me abalanzo sobre él y tomo su boca con violencia, en un acto más

rabioso que pasional.

Siento la tensión de Yinn, su envaramiento, su malestar, y redoblo mis esfuerzos por doblegarlo a mí.

Mi lengua incursiona en su boca y busca a su homónima para retarla a un duelo húmedo sin igual. La enredo, la cerco, la froto, su suavidad me desquicia, su sabor me enloquece y, de pronto, unos poderosos brazos me aprisionan contra un férreo pecho y esa lengua huidiza planta batalla.

Yinn toma el control absoluto del beso, cortándome el aliento. Ahora el enfebrecido es él. Me besa con una desesperación que raya en la locura. Siento que desfallezco, su lengua me avasalla, me saborea con una intensidad que me derrite.

Enredo los dedos en esa melena larga, suave y oscura que tanto me cautiva y atrapo mechones en los puños, tirando ligeramente de ellos. Yinn derrama en mi boca sus gemidos, todos y cada uno de ellos me saben a triunfo.

Él sujeta mi melena con la mano para manejar mi cabeza a su antojo y esa indefensión me excita. Mientras, profundiza el beso y su otro brazo me ciñe bruscamente la cintura.

Noto su fuerza, su poder, y todas mis terminaciones nerviosas estallan en una miríada de emociones que me abren en canal, como un terremoto desplazando dos placas tectónicas, dejando salir un torrente de magma volcánico, y eso es precisamente lo que recorre mis venas, derritiendo mis sentidos.

Me falta el aliento, mi cuerpo es un juguete en sus manos y sólo sé que no quiero dejar de serlo.

Yinn me aparta para mirar mis ojos. Cuando compruebo que la lava también lo consume a él, que el fuego que destella en su mágica mirada es tan voraz como el mío, siento una punzada de vanidad y complacencia que me hace sonreír perversa.

—Eres la más infame de las mujeres —susurra, sin dejar de mirarme—. Se acabaron los juegos, Cata. Eres mía y voy a tomarte como tal. Vas a pagar cara tu osadía. Has jugado con fuego y nos quemaremos los dos.

Rasga los tirantes del camisón y lo desliza burdamente por mi cuerpo. Su rudeza, su mirada, su urgencia y su descontrol me hacen suya incluso antes de tomarme. En mi mente no cabe más que su mirada y su pasión.

—Yinn… —gimo trémula.

—¡Me vuelves loco, mujer!

Y se abalanza sobre mi boca como un depredador, reclamando su presa con vehemencia, con ansiedad. Le doy lo que busca, con el mismo afán que él me ofrece.

Mis manos por fin se sacian de su piel. Recorro las ondulaciones de sus músculos, que se mueven flexibles bajo mis dedos, me deleito con la acerada calidez de su cuerpo, firme y suave. Bajo las manos por su poderosa espalda, dejando sutilmente la marca de mis uñas en ella. Yinn se arquea y gruñe de placer, masculla una maldición cuando logro deslizarme dentro de su pantalón y apreso sus nalgas, clavando las uñas en ellas.

Tener frente a mí su cuello arqueado desata mi instinto más animal y me incorporo apenas para clavar suavemente los dientes en él. Nunca he tenido tantos deseos de devorar nada en toda mi vida.

Yinn se sobresalta, sorprendido ante mi reacción. De repente, en su mirada brilla un salvajismo que me atemoriza.

Apresa mis muñecas por encima de mi cabeza, se acomoda entre mis piernas con gesto tenso, cejo fruncido y mueca distorsionada por un anhelo atroz y musita:

—Moriré, lo sé, pero te llevaré conmigo aunque sea lo último que haga.

Lo miro retadora y le sonrío lasciva.

—No tienes ni idea de lo que has despertado —añade en un susurro tenso.

Y vuelve a besarme con más ahínco, con más hambre, con más virulencia.

Inmóvil bajo su cuerpo, sólo dispongo de mi lengua para demostrarle que soy una digna rival. Le arranco un gruñido tras otro. Arde bajo mis manos.

Cuando separa su boca de la mía, es para seguir devorando cada centímetro de mi piel. Lame, succiona, muerde, paladea, juguetea sometiéndome a un suplicio desquiciante. Cuando toma entre sus dientes mi pezón, dejo escapar un grito agónico. Succiona tirando de él y lo suelta para pasar la lengua con suavidad, luego sopla, endureciéndolo más. Alza la mirada, nublada por el deseo, para encontrar la mía, y de nuevo lo atrapa con delicadeza entre sus dientes. Va de un pecho a otro, trazando círculos con la lengua, regalándome una dedicación tormentosamente gozosa.

Tiemblo de placer, me derrito ante sus experimentados juegos, ante sus candentes miradas, y siento un apremio desolador por tenerlo ya dentro de mí.

Cuando su lengua baja por mi vientre zigzagueando, me contraigo ante lo que está a punto de venir. Todo mi cuerpo se sacude cuando siento su aliento en mi sexo. Se detiene, gira su rostro y besa mi ingle, siento un aguijonazo de placer agudo y alzo desesperada las caderas. Él sisea, como lo haría un domador a un caballo inquieto, y siento que muero un poco ante la expectación.

Besa y lame el interior de mis muslos, me los muerde y yo gimo desesperada. Estoy tan húmeda, tan hambrienta de él, que me agito provocándolo.

—¿Sufres, Cata? —susurra—. Esto no es ni una décima parte de lo que me has hecho a mí.

Por fin se apiada y su boca se cierne sobre mi sexo con apasionada entrega.

Su lengua me lleva al delirio, jadeo, gimo, me convulsiono, me consumo bajo sus avezadas caricias. El placer es tan atroz que casi siento que me desgarro por dentro.

Tengo tantos orgasmos seguidos, tan violentos y tan brutales, que suplico desmadejada que pare.

—¿Quieres que me detenga, Cata?

—Quiero que me folles antes de que me desmaye.

Una sofocada risa sensual y jactanciosa escapa de su garganta.

—No vas a desmayarte, preciosa, no soy tan compasivo.

Sale de la cama, me regala una mirada de puma hambriento, se desabrocha el botón de los tejanos y se desprende grácilmente de ellos. Vuelvo a comprobar que no lleva ropa interior. Y que lo que se alza ante mí, altivo y dominante, es tan poderoso como el cuerpo del que nace. Su tamaño no me intimida, muy al contrario, acrecienta mi anhelo.

—Ahora voy a follarte como deseas y lo haré hasta que uno de los dos desfallezca. Porque esto, mi Cata, tendrá que vivir en nuestro recuerdo para el resto de nuestra existencia. Voy a marcarte, mujer, como tú lo has hecho conmigo.

Contengo el aliento cuando el colchón se hunde bajo su peso. Se acomoda de nuevo entre mis piernas, pero antes vuelve a apresar mis pezones en su boca, mientras la punta de su orgulloso mástil roza mi entrepierna, causando estragos en mi cordura.

Enredo mis piernas en sus caderas y las alzo, desesperada por su incursión. Me sonríe complacido, sus ojos centellean y de una sola embestida se hunde por completo en mí. Jadeo sobresaltada y siento cómo mi carne se amolda a su gruesa exigencia.

Una punzada acomete mi cuerpo, dejo escapar un grito que suena victorioso.

Profundamente encajado en mí, me vuelve a sostener la mirada.

—El único reino que quiero gobernar eternamente es éste.

Sale de mí con pereza, prolongando mi placer hasta límites inusitados, para introducirse de nuevo con un movimiento seco que me quiebra el alma en un éxtasis glorioso.

Progresivamente, acelera el ritmo, llevándome a cotas inimaginables de placer. Una y otra vez se hunde en mí, entre miradas flamígeras y besos arrasadores que devastan mis sentidos. Me arqueo agónica, presa del más sublime clímax de mi vida. Grito anunciando un orgasmo tras otro, siento que mi vista se nubla, pero él no ha acabado aún.

Yinn maneja mi cuerpo a su antojo, cambiándome de postura con experimentada soltura, embistiéndome con una fogosidad arrolladora, torturándome con pausas intencionadas o cambios de ritmo férreamente controlados.

Cuando me coloca a horcajadas sobre él, siento que me fallan las fuerzas, pero cuando mi sexo se cierra ante su imperiosa y latente virilidad y oigo a Yinn gruñir largamente, mi fuerza regresa. Y cabalgo cimbreándome ardiente sobre él, hundiéndome en sus ojos, devolviéndole la tortura como una arpía vengativa, nublada por una lujuria desatada.

Cuando siento sus dientes devorando mi cuello, algo brutal y primario estalla dentro de mí, fragmentándome en mil pedazos.

A mi grito liberador se le une el suyo y ambos compartimos un orgasmo violento y a la vez cargado de una magia envolvente que ata nuestras miradas, nublándolas con una humedad extraña que me encoge el corazón.

Agotada, extenuada y con unas extrañas ganas de llorar, me abrazo a su cuello, ocultándole mi rostro. La emoción me inunda y me hace temblar. Noto asombrada que Yinn también se estremece entre mis brazos.

—Yinn...

—No digas nada, Cata, no hace falta. Soy egoísta, no quiero que tus palabras las comparta ni siquiera el aire.

Y en este momento, extremadamente dichosa, terriblemente acongojada, descubro que estoy enamorada como una estúpida de un genio mágico.

24

Vanut

Wahêd aguarda pensativo junto a Catalina la llegada de los dene, en el mismo lugar que el día anterior.

Le cuesta mirarla y ella percibe con claridad su incomodidad, por lo que permanece silenciosa y absorta, contemplando la refulgente y briosa superficie del río Nahanni.

Mirarla supone la entrada a un nuevo e ignoto mundo de sensaciones que no sabe manejar.

Ha roto su juramento más elemental, la obediencia, asumiendo una actitud activa impropia de su condición. Pero no le importa, pues es consciente de que la vida que hasta ahora conocía se está derrumbando. Una cosa es segura, será repudiado en su reino y desterrado, acabe con Malik o no.

Sea como sea, reconoce que lo que más lo inquieta no es eso, sino lo que se ha despertado en su interior.

Nunca en toda su existencia había experimentado sensaciones tan confusas y desconocidas. Emociones que lo desazonan y que inundan su ser de sentimientos desconcertantes, entre ellos una aguda ansiedad por la inminente separación.

Puede asegurar con total convencimiento que en los incontables vasallajes que ha prestado, la impaciencia por regresar a Uughetsean había dominado cada uno de sus pensamientos, excepto ahora.

Y la culpable está a su lado, sentada indolente sobre una piedra, inmersa en sus propias cavilaciones.

Despertarse junto a ella, oler su cabello, sentir la sedosidad de su piel, la profundidad de su mirada tras haber pasado la mejor noche de su vida, es demasiado para asimilarlo en tan poco tiempo. Hay tantas cosas nuevas que Catalina despierta en él, que prefiere no ahondar en ellas, no detenerse demasiado en las causas.

Ha gozado como nunca antes, ninguna mujer ha provocado tal paroxismo en sus sentidos, tal sacudida en su pecho, tal desesperación

animal, tan fervoroso descontrol en sus emociones.

Pero ella no es como las demás. Mientras la tomaba como una bestia despiadada, la piel de la mujer emitía aquel destello dorado cobrizo que se acentuaba en cada uno de sus múltiples orgasmos. Y de alguna manera supo que era de vital importancia averiguar su verdadero origen. Ella es la clave de todo.

Siente la presencia de los nativos antes de verlos.

Se envara y se pone en pie. Cata lo imita.

—¿Vienen?

Asiente, entrecierra los ojos y cubre su rostro con una máscara fría e inmutable.

—¿Te arrepientes? —pregunta ella.

No es capaz de mirarla, finge estar concentrado en el horizonte. Ella continúa.

—Ahora me odias tú a mí, ¿no es cierto? Te forcé a romper...

—No me has forzado a nada —la interrumpe—. Fui débil, eso es todo.

—Yo... te debilité.

Entonces sí la mira. Su semblante compungido le encoge el corazón y masculla entre dientes.

—Y yo a ti, esto es cosa de dos.

—Tampoco yo estoy muy orgullosa de mí misma.

Wahêd siente una punzada de furia. La coge por los brazos y la pega a él con brusquedad.

—Entonces, eres tú la que te arrepientes —acusa ofendido.

La mujer aparta sus ojos de él, ve dolor en ellos.

—¡Maldita sea, Cata, sé consecuente y sensata! Es inútil lamentar nada. Yo no me arrepiento, ¿lo oyes? Jamás se me ocurriría borrar lo de anoche por restablecer el juramento. Voy a confesarte una cosa.

Ella lo mira contenida, todavía acongojada. Wahêd no soporta saber que lo considera tan sólo un error.

—Ya había tomado una determinación antes de que te abalanzaras sobre mí.

Los ojos de Catalina se abren con creciente intriga.

—¿Cuál?

—Tomarte, te decidieras o no, lo desearas o no. No pensaba regresar a mi mundo sin llevarte en mi recuerdo y quería un recuerdo completo.

Ella se aparta con ofuscación.

—No pensabas irte sin llevarte tu premio, ¿no es así? —increpa

enojada—. Un nuevo galardón para tu hombría. Tu jodido orgullo no soportaba un fracaso. El gran Yinn, el sublime amante, el perfecto galán, no estaba dispuesto a renunciar a su fama de seductor irresistible.

Retrocede unos pasos apartándose de él, temblando de furia, sus ojos despiden chispas furibundas, su rictus se contrae.

—Enhorabuena. Acaba tu puñetera misión y lárgate de una jodida vez.

Wahêd duda si aclararle sus palabras. Ella las ha malinterpretado y quizá sea mejor así. Es más sencillo olvidar a quien odias que a quien amas.

En ese momento, cuatro siluetas avanzan hacia ellos desde el valle.

El más anciano se acerca con la cabeza inclinada y los demás lo imitan.

—¡Oh, gran espíritu del aire, Vanut os espera tras la cascada! ¡Sólo habéis de invocarlo y os llevará a su presencia!

Susurra esas palabras en la lengua antigua, con un deje de respeto temeroso.

—Pero la mujer deberá permanecer con nosotros hasta que vengáis a por ella —añade el anciano sin mirarlo a los ojos—. La protegeremos con nuestra vida.

Wahêd niega con la cabeza, su semblante se endurece.

—Viene conmigo. Es de vital importancia que Vanut la vea. Ella es la llave que abre los mundos.

El anciano la contempla consternado.

—En tal caso, Vanut la recibirá.

Wahêd se acerca a Cata, que sigue recelosa y dolida, y que los mira evidenciando su ignorancia respecto al acuerdo.

—Vienes conmigo —ordena con sequedad.

Abre los brazos y ella vacila, y ese pequeño gesto lo frustra. Si no está preparado para el amor que siente, menos para su rencor.

La fulmina con la mirada, mientras avanza desganada hacia él. Cuando por fin se pone a su alcance, Wahêd cierra los brazos en torno a ella e invoca a Vanut.

Es probable que ni siquiera una milésima fracción de tiempo se haya movido en el transcurso de la vertiginosa transportación.

Cuando reaparecen, lo primero que sienten es el húmedo rugido de la cascada y una energía pura y deslumbrante iluminando una cueva escondida tras la espesa cortina de agua.

Catalina tiembla ligeramente entre sus brazos, agitada y sofocada

por el salto temporal. Él siente el impulso de besarla y calmarla con arrumacos, pero se obliga a abrir los brazos y soltarla.

La mira para ver que se encuentra bien y se vuelve hacia la poderosa fuerza que percibe a su espalda.

Frente a él, un anciano decrépito y encogido los observa con semblante impasible.

Ése no es el gran marid que él recordaba, ahora es apenas una sombra ajada y marchita, un cuerpo arrugado, maltratado por los años, encorvado y retorcido.

—No, no soy como recordabas —admite en la antigua lengua, leyendo con claridad su expresión—. El destierro consume mi cuerpo, pero no mi alma.

Y así es. La luz que mana de él todavía relumbra con fuerza.

—Siento tu poder, gran Vanut —dice Wahêd, hincando la rodilla en el suelo. Hace una reverencia de sumisión y respeto y de nuevo alza la mirada hacia su maestro—. Y por eso busco tu ayuda.

—Mas yo sólo puedo ofrecerte consejo, mi cuerpo no soportaría una batalla. Tu enemigo es poderoso, Wahêd, me temo que únicamente albergo la esperanza de entretenerlo, dándote la oportunidad de escapar. No tienes mucho tiempo.

—¿Vienen ya a por mí?

El anciano asiente con expresión circunspecta.

—Saben dónde estás, tienen un informante.

Wahêd arruga el cejo, cuadra la mandíbula apretando los dientes y mira a Catalina con preocupación. Ella los mira confusa, sin entender una palabra.

—¿Quién es ella? —le pregunta a Vanut, tomándola de la mano y acercándola al anciano.

A pesar de la evidente renuencia de la mujer, se deja llevar ante el maestro.

Por un momento, Wahêd cree ver en las pupilas de Vanut una chispa de asombro e interés.

—Es una híbrida. Su padre es un efret y su madre una humana.

Como temía, no es del todo humana. Su cabello, su cobrizo fulgor, su magnetismo, su mirada, todo emana reminiscencias de un fuego velado, el de su origen.

Ahora ya sabe lo que la madre de Catalina buscaba en sus invocaciones: al padre de su hija.

Un genio de fuego la engendró, dejando en ella la pasión, la fuerza, la entereza, la tenacidad, pero también un carácter tempestuoso, la

belicosidad y la impulsividad.

La mira desde un nuevo prisma. Es la primera híbrida con que se topa, una belleza roja que ha nublado sus sentidos, doblegándolos. Ni humana ni genio, una mezcla soberbia de especies, y, de repente, algo se filtra en sus pensamientos, paralizándolo. La profecía.

«Llegará un descendiente de linaje fogoso, de virtudes extraordinarias, hijo de Adán, ungido por el bautismo divino, capaz de abrir los mundos, de alterar las dimensiones, de alzarse en el trono del caído.»

—No puede ser —susurra anonadado.

—Pero lo es —asegura Vanut, leyendo su mente esta vez—. La profecía habla de la llave y la llave no es tan sólo un instrumento que abre los mundos. La llave alberga en su interior dos fuerzas contrapuestas, el bien y el mal. El fuego, Iblis, o el agua, dios. Depende de qué fuerza pese más, la llave girará a un lado o a otro. Y eso es demasiado arriesgado. No sólo para nosotros, los genios, sino también para los humanos. Ninguno podemos esperar a ver hacia adónde se inclina la balanza. Lo más seguro sería ejecutarla, aquí y ahora.

—¡No! —exclama Wahêd, alterado.

—Habla tu corazón, no tu juicio.

—No —repite angustiado—. Si la dejamos vivir su vida, si acabo con Malik...

—Si acabas con Malik, vendrá otro. Ahora que saben que existe, su presencia no pasará inadvertida, no dejarán de buscarla.

Él niega tenaz con la cabeza y se acerca a Catalina protector.

—Has dicho que depende... ¿de qué exactamente?

—De lo que se desate en el interior de la mujer, de sus sentimientos. Los humanos son tan imprevisibles y variables como el humo, hasta el aire los hace cambiar de opinión.

—Yo soy aire, yo soplaré a nuestro favor.

Vanut entrecierra sus agudos ojos y lo evalúa con cierto recelo.

—Y dime, Wahêd, ¿soplarás para que la mujer se incline por Iblis, abandonando su origen humano? ¿Serás capaz de destruir a la humanidad? O, por el contrario, ¿dejarás que ella destruya tu mundo y a los tuyos? ¿Acaso puedes elegir cualquiera de esas posibilidades?

Resopla apático, su mirada se llena de pesadumbre, empañándose de frustración.

—No, no puedo, pero puedo no soplar y evitar que nadie más lo haga.

—¿Esconderla en el último confín de la tierra?

Asiente, mientras pasea por la cueva, inquieto y acorralado.

—Quizá haya otro modo —murmura el anciano marid.

Wahêd se detiene en seco y clava su mirada felina en él.

—Hay un grupo secreto de humanos que conocen la profecía. Una fraternidad de ocultismo y magia ceremonial llamada la Orden Hermética de la Aurora Dorada. Esta orden es depositaria del saber cabalístico, alquímico y teúrgico, además de la magia de los rosacruces. En realidad, es una orden externa a los rosacruces, que se fundó para transmitir el saber y velar por la identidad de los grandes maestres.

»Hay sucursales en todo el mundo. Aquí, en Canadá, hay una en Vancouver. Esa congregación custodia el poderoso anillo de Salomón, conscientes del poder que encierra. También conocen los ritos necesarios para vincular el anillo a la llave y anular el efecto de ambos.

—¿Es posible? —inquiere Wahêd, esperanzado.

—Todo es posible. La profecía lleva siglos pesando sobre ambos mundos. En el nuestro sólo barajamos la posibilidad de aniquilar al elegido, los humanos de anularlo. Generación tras generación, las logias se transmiten conocimientos y protocolos, para salvaguardar el equilibrio.

El marid inspecciona a Catalina con la mirada, arruga el cejo, niega con la cabeza y chasquea la lengua.

—Hay mucho fuego en ella —observa con preocupación—. Su corazón está lleno de rabia insana, de viejos rencores, de antiguas heridas que aún supuran, y ahora se agita con un amor despechado. Es peligrosa, Wahêd, acabará contigo.

—Sabré manejarla.

—Confío en eso, pero para que tengas éxito en semejante empresa, habrás de endurecer tu corazón y pensar con la cabeza. Sé frío, controla tus impulsos, domina tu… lujuria. No subestimes el rencor humano, no bajes la guardia nunca.

—Partiremos de inmediato.

—Busca a Sam Line, es el Ipsissimus, el sumo sacerdote de la orden. Sólo has de pronunciar una palabra.

—¿Cuál?

—Iblis. Ésa es la consigna que anuncia el peligro del equilibrio de ambas dimensiones. Y ahora marchaos rápido, ya llegan.

—Por eso se enfrentó a ti Malik, ¿no es así?, porque sabía que

conocías el paradero del anillo.

—Por eso me sometí, por eso callé, por eso preferí el destierro. Vivo, aún puedo ser un guía para el elegido. Tú eres el elegido, tú eres el único capaz de derrotar a Malik.

Sin apartar su brillante mirada, inclina la cabeza reverente.

—¡Marchaos! —repite.

Justo cuando Wahêd avanza hacia Catalina, que, aburrida, se ha sentado en el suelo, abrazada a sus rodillas, un ser se materializa delante de él.

Es un efret.

En su mente oye un grito de aviso y salta a un lado justo cuando un rayo de fuego pasa cerca de él.

Se vuelve a tiempo de ver cómo el decrépito marid se ilumina por entero, con todo el poder que posee. Un deslumbrante aura azul ilumina la penumbrosa cueva, creciendo en intensidad hasta que Vanut alarga los brazos y la libera, enfocándola en un torrente crepitante sobre el efret, que es impulsado con violencia fuera de la cascada.

—¡Corred! —grita el anciano genio.

Wahêd se abalanza sobre Catalina, que, inmóvil, permanece temblorosa de pie frente a él y, tomándola en brazos bruscamente, cierra los ojos, aventurándose a una acelerada transportación. Lo primero que puede visualizar es la habitación de hotel donde han amanecido. Y allí aparecen.

—¡Rápido, enséñame algo de Vancouver, lo que sea, necesito verlo!

Catalina, desorientada y asustada pero alerta, se apresura hacia la mesa del recibidor, coge un folleto de información turística y pasa páginas hasta dar con lo que busca. Acto seguido, le enseña el interior de un acuario.

—El acuario de Vancouver.

Wahêd observa la fotografía, la coge en brazos de nuevo, cierra los ojos y atraviesan un profundo vórtice de luz giratoria, como una exhalación…

25

Sentimientos

La ballena beluga emite un sonido peculiar, melódico y familiar, cuando aparecemos abruptamente frente a la gruesa cristalera de ese pasaje penumbroso, donde la azulada iluminación de los impresionantes acuarios apenas alumbra esa gruta cónica.

El hermoso y robusto ejemplar blanquecino permanece estático, absorto en la vidriera, con una tensa atención depositada en nosotros.

Y de nuevo abre la boca dentada, de la que emerge un agudo chillido, seguido de un sonido que me paraliza, un canto entrecortado en el que parece incluso vocalizar, con una modulación casi humana.

Abro atónita los ojos y los clavo en esta soberbia ballena.

—Es la única criatura marina que puede reproducir la voz humana —explica Yinn, avanzando hacia el cristal y apoyando las palmas en él —. Puede imitar el ritmo y la entonación, ya que puede bajarla unas octavas, gracias a la musculatura de su tracto nasal. Además, es muy superior en inteligencia al idolatrado delfín. Acaba de rendirme pleitesía.

La beluga inclina la testa y toca el cristal, mostrando una reverente sumisión.

—¿Te reconoce?

—Ve en mí a un ser superior, siente mi poder y mi presencia. A otras les cuesta más.

Me guiña socarrón un ojo y siento el impulso de esbozar una sonrisa cautivada, que por fortuna logro reprimir a tiempo.

—Creo que tengo derecho a saber lo que ha sucedido en la cueva —musito, desviando mi atención hacia la ballena, que sigue inmóvil.

Yinn golpetea con suavidad el cristal un par de veces y pronuncia una frase en ese idioma extraño, con aquella voz gutural, rota y profunda que es como un dedo rasgando la cuerda de un violín, arrancando un sonido aterciopelado y grave, estremecedor y primario que me deja anhelantemente temblorosa.

La ballena parece chillar jovial y se aleja ondulante.

El genio se vuelve hacia mí y me sopesa con cierta preocupación.

—¿Has hablado con alguien? —inquiere con gravedad.

—Contigo.

Sus labios tensos se estiran sucintamente en una mueca carente de humor.

—Muy graciosa. Atiende bien, Cata, corremos un grave peligro, no juegues conmigo. ¿Le has comunicado nuestro paradero a alguien?

Por un instante, dudo si mencionar la llamada de Allan, pero su mirada escrutadora y penetrante me lo impide.

—Anoche Allan me llamó. Te quedaste dormido y hablé con él.

Yinn bufa y maldice mientras se pasa con frustración e impaciencia ambas manos por su espesa melena oscura.

—¡Maldita sea! Y por supuesto te preguntó dónde estabas —masculla indignado—. Y, claro, tú se lo dijiste.

—¿Por qué no iba a hacerlo? Es mi novio, y estaba preocupado por mí —me defiendo altanera.

Bufa de nuevo y tuerce el gesto, furioso.

—¿Pues quizá porque nos persiguen para matarnos?

Avanza amenazador hacia mí y me aferra los hombros. Ante ese contacto, no es temor lo que siento, y me reprendo mentalmente. Sus felinos ojos pardo verdosos centellean contrariados.

—Allan no tiene nada que ver con nuestro problema —señalo, perdida en la luz de sus ojos.

Para colmo de males, sonríe sardónico. Siento en el acto que mi estómago se eleva y mi piel hormiguea.

—Todo lo que nos rodea tiene que ver, pelirroja. Las fuerzas que nos persiguen utilizarán todo lo que esté a su alcance para conseguir sus propósitos. Y te recuerdo que cualquier genio puede adoptar la apariencia humana que desee.

—¿Estás intentando decirme que no fue el verdadero Allan el que me llamó?

—Es justo lo que quiero decir. No puedes fiarte de nadie, muchos menos de tu entorno.

Nos miramos largamente, como si un lazo invisible nos atara y nos acercara sin remedio.

—Te prohíbo que hables con Allan.

—¿Qué más cosas me prohíbes, grandullón?

Yinn acerca su rostro al mío. Siento su aliento y unos deseos irrefrenables de besar sus labios.

—Que me sigas mirando así.

Inclino la cabeza ligeramente y sonrío retadora.

—¿Así cómo? —musito, tentándolo con una lasciva mirada entornada.

La de Yinn se enturbia con un deseo tórrido que crepita uniéndose al mío, formando una especie de chisporroteante halo electromagnético que crece insatisfecho.

—No me provoques, Cata, no me mortifiques —advierte en un susurro atormentado—. Si me contengo es por ti.

—Ahórrate la preocupación, genio, sé lo que quiero y, aunque ahora hay otras prioridades, tengo claro mi último deseo.

Yinn cierra los ojos mortificado, suspira y me suelta con deliberada indiferencia:

—Hay una logia aquí en Vancouver, la Orden Hermética de la Aurora Dorada. Vanut me ha dado las indicaciones pertinentes. Tenemos que encontrar al Ipsissimus, el sumo sacerdote, él sabrá qué hacer.

Lo miro con extrañeza.

—Vamos, te lo explicaré en el coche —añade.

—¿En qué coche?

—En el que vas a desear tener ahora mismo aparcado en el estacionamiento.

—¿Se han acabado los viajes temporales?

—No puedo transportarnos si no visualizo el lugar. Y dudo que la logia sea de interés turístico por aquí. Como mucho, encontraremos la dirección.

Elijo un todoterreno, un Audi Q7 negro, que destella bajo el sol matinal.

Busco en mi teléfono la ubicación de la logia, arranco el motor, que ruge potente, y piso el acelerador. Bajo mis manos, aferradas al volante, siento la vibración y fuerza del vehículo y la inquietante expectación de Yinn puesta en mí.

Algo ha cambiado en él. Su mirada me escruta con genuina curiosidad, con un deje de admiración y una nota de pesadumbre que me confunde.

—Resulta increíble que una logia esté al tanto de ambas dimensiones.

Con el rabillo del ojo veo que Yinn asiente con expresión concentrada y clava su mirada en la carretera.

—Para eso son las logias —responde algo ausente—, para

salvaguardar los más vitales secretos de la humanidad y para intentar proteger el equilibrio entre ambos mundos. Ésta en concreto lleva desde tiempos inmemoriales cultivando y transmitiendo el saber de la magia de Hermes.

—¿Hermes?

—Hermes Trismegisto, el «tres veces grande» o el «tres veces nacido». Vivió en el Egipto faraónico, aunque era de origen griego. Sin embargo, pocos saben que en realidad era un atlante, una raza superior a la vuestra, de la que descendéis, y que por desgracia se extinguieron sin pasaros sus conocimientos y capacidades.

—¿Conociste la Atlántida?

—Nosotros fuimos los espíritus invocados y encarnados en los atlantes oscuros, quienes ocupamos sus cuerpos y gobernamos su razón... Ellos nos crearon, por eso la Atlántida desapareció en el fondo del mar, como castigo divino por infringir las normas celestiales.

Siento un escalofrío que me recorre la espina dorsal y lo miro con cierta aprensión.

—¿Eres un demonio?

Yinn enarca una ceja y asiente con sonrisa traviesa.

—¿Ahora te das cuenta?

Dudo si bromea o no. De cualquier forma, sea lo que sea, dependo de él.

—Lo sospechaba —musito, centrando mi atención en la carretera.

—Ningún ángel puede procurarte el placer que yo te ofrecí.

Me guiña jactancioso un ojo, frunce los labios y me lanza un beso.

—Sin duda, sufrí un placer infernal —reconozco—, pero has de admitir que tú gozaste como un ángel en las puertas del paraíso.

—Jajajajajajaja... Lo admito, mi placer fue celestial, pelirroja. Es lo más cerca que he estado nunca de Dios.

—Espero que eso logre eximir mis pecados cuando tenga que dar cuenta de ellos —replico sonriente.

—Haber visto la luz divina entre tus piernas no me convierte en un alma redimida, preciosa, sigo estando en el otro lado.

Tuerzo el gesto y lo fulmino con la mirada.

—Entonces, mi sacrificio ha sido vano.

En la boca de Yinn aparece una sonrisa pendenciera.

—Un sacrificio que piensas repetir como despedida —me recuerda petulante.

—Cierto —concedo—. Por fin te veo como lo que eres: un instrumento a mi servicio. Uno que usaré cuando me apetezca hasta

que te pierda de vista.

Yinn permanece en un tenso silencio, puedo sentir su furia. De repente, posa la palma de la mano en la guantera, frente a él.

En ese instante pierdo el control del vehículo. Una fuerza invisible mueve el volante, girándolo hasta el arcén y frenándolo bruscamente.

Antes de que me dé cuenta de lo que está ocurriendo, Yinn me coge de los hombros con fuerza inusitada y me besa con encono.

Su lengua incursiona en mi boca con apremiante necesidad. Intento rechazarla, zafarme, me debato infructuosamente, hasta que es mi cuerpo el que comienza a traicionar mi determinación.

Esta sedosa humedad acariciadora nubla mis sentidos y abotarga mi juicio, despertando mi hambre. Yinn no desiste, su apremio comienza a ser el mío. Una mano grande y fuerte se desliza hasta mi nuca y la afianza mientras su boca me lleva al delirio. Vierto mis gemidos en ella, inhalo los suyos y me dejo llevar por una nube densa de deseo que quema mis entrañas.

Pierdo la noción del tiempo, del lugar y hasta del mundo. Cuando me suelta, clava una penetrante mirada en mí que me seca la garganta y acelera mi ya agitada respiración.

—Ya no soy tu siervo, Cata, acabo de sellar mi declaración de intenciones.

Lo miro con aturdimiento, todavía arrobada y flotando en mi particular nebulosa lasciva.

—No te entiendo —admito.

—Anoche rompí mi vasallaje. Mi vínculo con Uughetsean comenzará a debilitarse gradualmente. No sé cuánto tiempo lograré mantener mis poderes. Cuando eso ocurre, somos castigados y condenados a las frías prisiones del Palacio de Bronce. Si somos perdonados, puede que recuperemos el respeto y la fuerza, algo que no ocurrirá conmigo. Mi único destino es el destierro. Eso si logro destronar a Malik, en caso contrario...

Su ojos se oscurecen, su semblante se contrae.

—Así que todo lo que pase entre nosotros mientras compartamos esta misión —agrega circunspecto—, será por voluntad de ambos.

—Primero te muestras compungido por haber sucumbido a la pasión, luego distante, a continuación protector... Me deseas pero te contienes, y luego dicen que las mujeres somos complicadas.

—¿Qué quieres que te diga, Cata? —masculla ofuscado—. ¿Que me muero por ti, pero que no deseo que sufras cuando me vaya? ¿Que veo lo que esconde tu corazón y me asusta? ¿Que no sé qué hacer con lo

que me haces sentir? Pues te lo digo.

Por un momento, siento que mi corazón se detiene. Nos sostenemos la mirada con profunda fijeza, destilando un torrente de sentimientos encontrados que nos sacuden como un feroz viento azotando un maizal.

No soy la única que siente y esa verdad suscita en mí emociones cambiantes que no sé interpretar.

—¡Conduce, no tenemos tiempo que perder! —ordena, desviando la mirada.

Su rostro se ha cubierto con un velo tenso y preocupado.

No replico, me limito a arrancar de nuevo y conduzco en silencio, sumida en mis pensamientos.

Saber que Yinn se contiene por protegerme me desgarra. Lo más sensato es alejarme, escudarme en la misión sin que nuestros sentimientos interfieran. Pero por el amor de Dios, ¿de dónde sacaré las fuerzas necesarias para reprimir el impulso de besarlo hasta desfallecer? ¿Cómo seré capaz de reanudar mi vida con Allan, o con quien sea, teniendo en mi memoria cada instante vivido con él?

«El tiempo —me digo—, el tiempo conseguirá apagar lo que ahora revienta mi pecho, diluyéndolo en un olvido progresivo. Eso, o mi vida será un infierno.»

—Nunca me olvidarás —masculla sin mirarme, con expresión pétrea. De nuevo adivina mis pensamientos con pavorosa claridad—. ¿Y sabes por qué lo sé?

No contesto, tan sólo soy capaz de tragar saliva y apretar con fuerza el volante.

—Porque ningún hombre será capaz de hacerte sentir lo que sientes entre mis brazos. Y no es porque yo sea una criatura mágica. No, no son mis poderes, ni mis dotes de seducción, ni tan siquiera lo que provocas en mí. Es algo más, es una conexión fuera de lo común, en mi mundo y en el tuyo. Yo ya estoy asumiendo que mi existencia nunca volverá a ser la misma. Haz tú igual. No te esfuerces en olvidar, mejor asume cuanto antes que nunca podrás hacerlo. Has de aprender a vivir con tu vacío, como yo lo haré con el mío. Eso es todo.

—¿Esto es todo?

Lo fulmino con la mirada un breve instante. Algo en mí se rebela, no contra sus palabras, sino contra el destino empeñado en zarandearme con sus injustos designios.

—No, grandullón, eso no es todo. Porque si esta jodida conexión es tan especial, será porque se nos ha reservado algo maravilloso. La vida

no puede ser tan cruel.

Siento sus ojos sobre mí. No me atrevo a mirarlo, sé que si lo hago, las lágrimas que empiezan a quemar mis ojos se derramarán, mostrando la necesidad abrumadora de tenerlo de manera indefinida junto a mí.

—Se nos ha reservado una misión conjunta transcendental —contesta con un hilo de voz, contrito—. Una misión en la que los sentimientos de ambos tendrán su peso llegado el momento; nada es aleatorio, ni casual, todo está predestinado.

Suspira hondo. Puedo sentir su abatimiento, su amarga pesadumbre.

—Cata, cuando todo esto acabe, no estaré a tu lado. No te agarres a esperanzas vanas, no hay nada por lo que luchar, excepto por salvar tu mundo y el mío.

—¿Cuánto tiempo?

—Ojalá lo supiera —responde circunspecto—. Es la primera vez que me destierran.

Los abetos pasan raudos ante mis ojos ya empañados. Un sol brillante reverbera entre sus ramas, dibujando en el asfalto un baile de luces y sombras cambiantes. Al fondo, majestuosas montañas se recortan contra un cielo límpido y azul. Y ante este subyugador paisaje, la negrura que sale de mi pecho se extiende agrisando mi ser. No, no hay esperanza alguna para lo que siento, y peor aún, para lo que sentiré después.

26

La logia

Una construcción de una sola planta, de sencillas y parcas líneas modernas de aspecto recio y vanguardista, conforma el edificio que alberga la logia. Más parece un fortín que un templo de meditación.

Wahêd mira a Cata antes de golpear la puerta con la pesada aldaba. Puede notar su incomodidad y su preocupación.

—Ellos nos ayudarán —musita—. Pueden devolverte tu vida.

Abre mucho sus hermosos ojos turquesa y la ilusión esperanzada que brilla en ellos pellizca el corazón de Wahêd, que ve que ése es su mayor deseo, regresar a su vida, olvidarse de él y de todo.

Traga saliva y fuerza una sonrisa tranquilizadora.

En ese momento se abre la puerta y un acólito de la orden, que lleva un hábito negro con capucha y un cordón blanco alrededor de las caderas, los recibe con una respetuosa inclinación de cabeza y una sonrisa de bienvenida.

—Si desean información, el hermano Archie los atenderá.

—Nos urge hablar con el Ipsissimus Sam Line.

El hombre arruga el cejo y frunce los labios, evaluándolos con evidente desconfianza.

—En este momento no está aquí, le diré que lo buscan. Si son tan amables de dejarme un número de teléfono, con gusto los llamará.

—Sé que está ahí dentro, imagino que en las plantas subterráneas, en su despacho. Y ahora mismo vas a transmitirle un mensaje de mi parte: Iblis.

Puede ver la alarma en los ojos del hermano áureo, que masculla una disculpa, los invita a entrar y pide que esperen en el recibidor, en un sofá junto a un mostrador.

El interior guarda una correcta sinergia con el exterior, elegante, sobrio y futurista.

Paneles de madera acabados en acero, pavimento negro vitrificado, poca decoración y mobiliario de diseño estratégicamente dispuesto.

Toman asiento en silencio.

—¿Has estado aquí antes?

Wahêd la mira y niega con la cabeza.

Todo ha cambiado entre ellos, el deseo sigue latente, pero un nuevo sentimiento le confiere un peso abrumador. Ambos tienen miedo, ambos están confusos, ninguno sabe enfrentar las emociones que los zarandean. Él ni siquiera es capaz de preguntarse cómo demonios logrará alejarse de ella, y esa cuestión incendia su ánimo.

Lo mejor que puede hacer es desviar sus inquietudes hacia un terreno más seguro.

—No, pero he podido ver el entramado de túneles y al Ipsissimus tranquilo en su despacho en la mente del acólito que nos ha abierto la puerta. He visto la imagen que él mismo ha formado en su cabeza.

—Creo que no me gustaría poseer ese... don —comenta ella.

—Sí, mejor que no mires dentro de mi cabeza.

Otra pausa incómoda. Cata apoya la mano en la suave piel del sofá. Inconscientemente, él la cubre con la suya. Percibe su envaramiento y decide distraerla, por alguna razón necesita tocarla.

—En cambio sí estuve en la sucursal que tienen en Londres.

—¿Qué hacías allí?

—Acompañar a Bram Stoker. Tuvo problemas con la logia por desvelar pasajes de las enseñanzas de la orden, así como rituales sagrados, en su obra *Drácula*, todo un manual de esoterismo.

Se vuelve hacia él con la curiosidad pintada en sus facciones.

—¡Tengo que leerme ese libro de nuevo!

—Jajajajaja... No creo que una profana capte el mensaje. «Los labios de la sabiduría permanecen cerrados, excepto para el oído capaz de comprender», como dice el hermetismo.

Ella frunce el cejo ofendida, pero con una sonrisa contenida titilando en sus mullidos labios.

—Seré profana, guapo, pero sé leer entre líneas, y ese libro es uno de mis favoritos.

—Inténtalo entonces, pelirroja, me encantará escuchar tus conclusiones.

La mirada de ella se nubla de repente.

—¿Lo estarás?

El brillo anhelante que destila su mirada se le clava en el pecho.

—Ya sabes que no lo sé, preciosa. Sólo tengo un objetivo en mente respecto a ti —se miente a sí mismo—, y es que recuperes tu vida.

La desilusión ensombrece el semblante de Catalina.

—¿Y respecto a ti? —inquiere ella en tono urgente.

—Luchar hasta el final.

Ahora es el miedo que brilla en sus ojos lo que termina de aumentar el desasosiego de Wahêd.

—No te preocupes por mí, sé cuidarme solo.

Ella asiente quedamente e inclina la cabeza, ocultándole sus emociones. Su hermoso cabello rojo cubre su perfil y él apenas divisa una naricilla respingona. Contiene el impulso de retirarle la melena y cubrirle el rostro de besos.

El sonido de unos pasos ahuyenta sus peligrosos pensamientos.

—Síganme, por favor —murmura un hermano nuevo, con expresión circunspecta y mirada glacial.

Ambos se ponen en pie al unísono. Wahêd se niega a soltarle la mano.

Siguen al hombre hasta un ascensor y se meten en él. Comienzan a descender en un pétreo silencio. Cuando las puertas se abren, dos pisos más abajo, salen a unos corredores penumbrosos, donde el eco de sus pasos reverbera con un sonido hueco y vacío que se prolonga hacia el fondo, rompiendo el inquietante silencio.

Llegan a unas puertas dobles, el hombre llama un par de veces, se vuelve y se aleja desandando sus pasos.

Cata mira a Wahêd con temor. Él le presiona ligeramente la mano, y le sonríe despreocupado, en un intento por reconfortarla. Está a punto de conocer su verdadero origen y eso lo desasosiega.

Un hombre alto y enjuto, de mediana edad, con un traje hecho a medida, cabello engominado, facciones marcadas y penetrante mirada azul los recibe con semblante grave y tenso.

Escruta en silencio a Wahêd y un tenue destello de reconocimiento asoma a su cerúlea mirada.

—Pasad, soy Sam Line.

Se adentran en una sala oval de paredes cubiertas por pesadas cortinas rojas, en cuyo centro hay una mesa circular con un ordenador. La iluminación de la pantalla del ordenador y la luz del flexo de pie que hay junto a la mesa apenas alumbran la oscuridad.

—Ponme al corriente —ordena el hombre con apremio, dirigiéndose a Wahêd, pero mirando a Cata con evidente desconcierto.

—Ella es la llave dimensional. Mi raza la busca para abrir la puerta a vuestro mundo. Creo que no hace falta mencionar cuál es la intención de mi gobernante.

—¿Eres siervo de Iblis? —inquiere con aguda inquietud.

—Soy un genio mágico, un djinn de aire, y moro en el reino de Uughetsean. Adoramos a Iblis, somos descendientes de los setenta y dos demonios que minaron el corazón de los atlantes; somos los que invocó el rey Salomón para dominar el mundo. Mi gobernante, Malik, desciende del rey Bael.

—Bael fue uno de los más poderosos reyes del infierno —murmura el Ipsissimus con preocupación—. Su nombre figura en el *Lemegeton*, encabezando el *Ars Goetia*.

—¿El *Lemegeton*? ¿De qué demonios estáis hablando? —interviene Cata con impaciente temor.

—Exactamente de eso, querida —responde el sumo sacerdote con gravedad—, de demonios. El *Lemegeton*, o más acertadamente llamado *Clavicula Salomonis*, es un grimorio anónimo encontrado en la Baja Edad Media. Nosotros, por supuesto, sólo tenemos la versión que publicó Aleister Crowley en 1904. Fue miembro honorario de nuestra orden, apodado La Gran Bestia seis seis seis, y también un poderoso mago del ocultismo y un nigromante reconocido a principios del siglo veinte.

—Crowley, o como se hacía llamar... Baphomet —añade Wahêd—, escondió el verdadero grimorio poco después de ingresar en el templo de Isis-Urania, que es como se conocía a vuestra orden entonces. Poseéis su sabiduría, pero el verdadero poder lo encierra el grimorio auténtico.

Sam clava su penetrante mirada en él, asiente circunspecto y se dirige hacia su mesa.

—Si tuviéramos el grimorio, hace tiempo que os habríamos destruido —masculla con convencimiento.

Se sienta en su vanguardista silla de despacho y comienza a teclear en el ordenador.

—Pues hay que encontrarlo —dice Wahêd—, es la única manera de acabar con Malik.

El hombre suspira y lo observa con extrañeza.

—Si convocamos a las fuerzas del bien sobre el correcto almadel, y citamos a los setenta y dos ángeles de la Cábala para atrapar a los setenta y dos demonios de Iblis en una vasija sagrada, acabaremos con todos ellos, tú incluido.

Cata gira el rostro hacia él, alterada por un miedo angustioso.

—Si no me matáis vosotros, lo hará él —murmura el genio, impasible.

—¡No! —exclama Cata con voz tensa—. Seguro que hay otra

solución.

Wahêd lanza rápidamente una mirada admonitoria al Ipsissimus, aunque tiene la certeza de que la ignorará.

—Hay otra posibilidad, una que le incumbe, señorita: destruir la llave.

Cata palidece y, con semblante demudado y una mueca temblorosa, fija su mirada en la de él.

—¿Eso es verdad?

Yinn siente el irrefrenable deseo de abrazarla, pero asiente, maldiciéndose interiormente.

—Sin embargo, es justo el motivo contrario el que nos trae hasta aquí, Cata.

Avanza hacia Sam, posa vehemente las manos en el tablero de la mesa y se inclina intimidatorio hacia el hombre.

—No es necesario destruir la llave —sisea en tono bajo y grave—. Nadie va a tocarla. —Hace una pausa durante la que una velada amenaza se refleja en su mirada—. Si he venido hasta vosotros es para pediros que anuléis su condición con el poder del anillo de Salomón. Conocéis los ritos necesarios para conseguirlo.

Sam le sostiene la mirada con fría hostilidad. Al final, cierra los ojos, respira hondo y asiente en silencio.

—El rito de Vinculación nunca se ha intentado —dice luego.

—Creo que sois vosotros quienes decís que siempre hay una primera vez, y te aseguro que hoy será el día.

Sam consulta algunos datos en la pantalla de su ordenador, frunce el cejo y se muerde el labio inferior.

—Si surte efecto, el anillo perderá su poder divino —objeta indeciso.

—Si no surte efecto —advierte Wahêd—, Malik dominará vuestro mundo. Si abre la puerta dimensional, el anillo no os protegerá. Creo que el dilema que debes plantearte es ¿conservar o arriesgar?

—Naturalmente, conservar y preservar —concede el Ipsissimus—. Pero si liberamos a la mujer de su condición de llave, no hay garantías de que ella lo soporte. El rito desencadenará fuerzas muy poderosas que sacudirán su alma y su cuerpo, rompiendo el yugo que la ata a la llave. Puede que no sobreviva.

—Sobrevivirá —rezonga Wahêd con seguridad—. Ella no es como vosotros.

Nota la mirada de Cata fija en su espalda, siente su pánico y su incertidumbre.

—¿Y cómo es ella? —inquiere Sam con receloso interés.

—Eso no os incumbe. Para vosotros, es únicamente vuestra salvación.

—También lo eres tú —afirma el hombre, levantándose de la mesa.

Es alto y aun así tiene que inclinar la cabeza hacia atrás para sostenerle la mirada.

—Yo no importo.

—A mí me importas.

La suave y trémula voz de Cata inflama su corazón. Cierra un momento los ojos, se niega a mirarla y aleja toda emoción desestabilizadora.

—¿Por qué? —pregunta el hombre, dirigiéndose a él.

—Tal vez quede algo de atlante en mí —responde.

La mirada confusa del Ipsissimus se torna admirativa.

—Lograr la divinidad suprema, elevar nuestra humanidad a la máxima expresión es lo que buscamos; convertirnos en atlantes es nuestra meta, creando así una sociedad como la de entonces.

—Encomiable —replica Wahêd—, pero Iblis os tienta cada día y sucumbís miserablemente, sin oponer la más mínima resistencia. Mira este sitio, observa tu alrededor: todo modernidad, todo tecnología. ¿Dónde está el mentalismo? Buscáis ver y al mismo tiempo os cegáis en vuestra búsqueda. La divinidad mora en vuestro interior, leéis el *Kybalión* y creéis entender, pero no seguís sus preceptos. El día que lo logréis, nada temeréis de otros mundos.

—Todo camino se empieza dando un paso —replica Sam—. Puede que en ocasiones los pasos sean hacia atrás, pero lo importante es el movimiento y el tesón. Evolucionamos, genio, nacen nuevas generaciones, niños cristal y niños índigo, y ellos son nuestro futuro.

Wahêd sonríe comprensivo y afable, se yergue y se dirige hacia Cata, que permanece quieta y asustada.

—Sin duda —admite—, ellos son los elegidos. Cuidadlos, se cierne sobre vosotros una gran oscuridad, ellos serán vuestra única luz.

—¿Es un presagio?

Posa su brazo sobre los hombros de Cata en actitud protectora y clava de nuevo su mirada en el Ipsissimus.

—Es un consejo. Y ahora no perdamos más tiempo, necesito el anillo y el grimorio.

El hombre se presiona el puente de la nariz entre el índice y el pulgar, cierra los ojos y frunce el rostro, presa de una inquietud que con toda probabilidad le haya producido jaqueca.

—Puesto que no hay alternativa, accederé a tus peticiones, pero con dos condiciones.

Wahêd asiente con semblante grave y acerca a Cata a su costado. Ella tiembla y le rodea la cintura, provocándole un escalofrío.

El hombre los contempla pensativo durante un instante. Una luz asoma a su mirada, su boca se estira en una débil pero cálida sonrisa.

—Yo —dice con firmeza—, junto a dos hermanos de mi orden, oficiaremos ambos ritos, el de Vinculación y el de Convocación. No llevaré a cabo el uno sin el otro.

Wahêd asiente de nuevo, plenamente consciente de permitir su muerte para salvar a la humanidad y acabar con el mal.

—Y os acompañaremos al enclave donde se cree que está escondido el grimorio. Cuando tengamos ambos elementos, iniciaremos in situ el rito.

—Me parece bien —acepta Wahêd, meditabundo.

—A mí no —interviene Cata con un deje de furia y rebeldía en la voz. Se aparta de él y se encara con el sumo sacerdote—. Combatís el mal y, sin embargo, consentís que el único ser capaz de sacrificarse por nosotros muera sin ofrecerle una vía de... escape... Algo... Maldita sea.

—No hay modo de salvarlo.

Entonces se vuelve hacia él como una iracunda gorgona, con su pelo rojo comenzando a refulgir.

Wahêd absorbe la belleza de su imagen como quien saborea su última comida antes de subir al cadalso.

—Si el rito de Vinculación funciona y la llave vuelve a desaparecer perdida en el espacio o donde diantres vaya, ya no hay peligro —dice Catalina—. Malik no tendrá entrada a nuestro mundo y seguirá encerrado en el suyo. ¿Por qué destruirlo?

—Porque está acabando con el mío —responde Wahêd—, y porque no cejará hasta dar con la llave de nuevo. Además, no soy el único que se ha sacrificado por la llave.

Cata pone los brazos en jarras, arruga el cejo y lo fulmina con la mirada.

—Me importa una mierda quién se haya sacrificado antes, tú no lo harás y punto. —Se vuelve de nuevo hacia Sam y lo apunta amenazante con el dedo índice—. O hay garantías respecto a la vida de mi genio o no pienso prestarme a ese jodido rito.

—Cata... —murmura él, paciente.

—¡Tú te callas, condenado gigante! ¡Soy tu ama te guste o no, lo

aceptes o no, y yo mando! O nos salvamos los dos o ninguno.

—Hay mucho más en juego que vuestras vidas —señala Sam—. La vida de la tierra se extinguirá si no acabamos de una vez con esa amenaza.

Catalina resopla, tiene las mejillas encendidas, sus ojos son teas ardientes que titilan con lágrimas contenidas.

—Si no es Malik, puede que sea un asteroide, una pandemia, otra guerra… —insiste, ya sin mucho convencimiento.

—No obstante, tenemos al alcance eliminar una de esas posibilidades, la más difícil de alcanzar, por cierto.

Cata baja la cabeza y hunde los hombros.

Wahêd ya no aguanta más. La toma entre sus brazos y la consuela contra su pecho.

Ella se debate, aún rabiosa, y lo golpea con los puños mientras llora de frustración.

—¡No pienso dejarte morir! Encontraré la manera. No sé cómo, pero te juro que te salvaré. Será mi último deseo, uno que yo misma me concederé.

Algo serpentea por el pecho de Wahêd, algo que lo estrangula, que eriza sus emociones y que sacude su alma.

La toma de la barbilla y la obliga a mirarlo.

—Creía que tu último deseo sería otro —bromea, en un intento de aligerar la tensión.

Ella sonríe entre lágrimas y se abraza con fuerza a él.

La serpiente se enrosca y hace presa en su interior. Wahêd traga saliva y cierra los ojos contrito.

—Cumpliré ambos —afirma ella con decisión.

27

Presagios

Descendemos a otro nivel del subsuelo. De nuevo, el eco de nuestros pasos nos acompaña durante el avance por los laberínticos pasillos, lúgubres y desiertos.

Yinn me lleva de la mano, y ese calor y la seguridad y la fuerza que me transmite permite que siga hacia delante, que confíe en que al final todo saldrá bien, sin que ninguno tengamos que pagar por restablecer el equilibrio.

Aparto sin cesar pensamientos oscuros, teñidos de perturbadores presagios, y me reafirmo en un solo convencimiento: él no morirá.

Sam nos guía. Ha llamado a dos de sus acólitos, que cierran la comitiva a nuestra espalda. Bajamos una empinada escalinata y el Ipsissimus saca una tarjeta magnética de su pantalón y la introduce en una ranura junto a un teclado, en una gruesa puerta metálica.

Teclea un código y una luz verde parpadea hasta quedar fija, entonces se oye un chasquido y la puerta se abre.

La estancia donde nos adentramos es claramente un búnker de extrema seguridad.

—A veces la tecnología es amiga del hermetismo —manifiesta Sam con orgullo.

La cámara es amplia y cuadrada, hay varios sillones a los lados y en el centro una urna de cristal, imagino que blindada. Dentro de la misma, sobre un cojín de terciopelo negro, resalta un resplandeciente anillo muy peculiar.

Yinn abre los ojos con asombro y se acerca con lentitud hacia la urna, tirando de mí.

—Si te soy franco, jamás imaginé que ni siquiera pudiera verlo. Pero aquí está y es hermoso.

Miro curiosa el anillo de Salomón. Es de oro y lapislázuli, con un sello frontal cuadrado, que muestra en trazos dorados sobre azul la conocida estrella del rey David, el padre de Salomón.

—Realmente hermoso —convengo, deslizando mi mirada por cada uno de sus ornamentados detalles.

—Ese anillo nos invocó y nos esclavizó. Llevamos buscándolo desde entonces. Destruirlo supone nuestra libertad.

—Hubo otros seres mágicos que protegieron su paradero —aduce Sam, tecleando ahora en la base de la urna.

—Vanut —murmura Yinn—, mi maestro.

Sam alza la vista y asiente circunspecto.

—Y la criatura de fuego que nos lo entregó para su custodia.

Yinn se tensa y observa al hombre con el cejo fruncido.

—¿Qué criatura de fuego? —inquiero intrigada.

—Tenía apariencia humana, como él —explica Sam, señalando a Yinn—, pero cuando nos mostró el anillo, de su piel brotaron lenguas de fuego, su cabello se convirtió en una llama y sus ojos en carbones encendidos.

—Un efret —masculla Yinn, pensativo.

—No volví a verlo después de ese día, hará ya unos veinticinco años, quizá más.

—Por lo visto, entre vosotros quedan más vestigios de los atlantes —observo, fijando la mirada en el pensativo semblante de Yinn.

Se oye un chasquido. Sam pide la ayuda de sus dos hermanos y entre los tres levantan la pesada cápsula de cristal que cubre la reliquia.

La posan en el suelo y luego el Ipsissimus alarga los brazos y toma en sus manos el anillo.

—Toda la cámara está reforzada con acero de primera calidad, hormigón y plata. La construimos tal como nos aconsejó ese efret.

—Todos materiales que inhiben las vibraciones que emite el anillo para nosotros. Para mi mundo, este habitáculo no existe, es invisible e imperceptible —explica Yinn, absorto en el anillo mágico.

A una inclinación de cabeza de Sam, sus adjuntos lo rodean. Uno de ellos, un joven de mirada hierática y cabello dorado, llamado Louis, saca una cadena de plata del bolsillo de su túnica, de la que pende una cajita hueca, asimismo de plata, similar a un guardapelo, y se la entrega.

El Ipsissimus abre la cajita y mete el anillo dentro, después de acariciarlo con reverencia un instante. Luego la cierra, presionando hasta oír un clic metálico y se cuelga la cadena del cuello.

—Dentro de este medallón estará a salvo.

—Esperemos que así sea —contesta Yinn con preocupación—.

Malik ha despertado a sus legiones. Están tan desesperados como nosotros.

Sam los conduce a otra sala, ésta llena de ordenadores.

—También tenemos numerosas salas de meditación —se defiende, ante la mirada recriminatoria de Yinn.

—No estoy en contra de la tecnología —replica éste—, pero no en un templo de oración.

—Es que somos más que un templo de oración, genio, somos guardianes, y por ello necesitamos estar permanentemente alertas de cualquier alarma, por muy leve que sea.

»El quince de abril de este año se manifestó la primera luna de sangre: ha comenzado la Tétrada. —Nos mira con preocupación—. Se espera otra el ocho de octubre y el año que viene, en dos mil quince, otras dos, que cerrarán el círculo; el cuatro de abril y el veintiocho de septiembre.

»Se cumplen los presagios y hemos de estar preparados.

—Como ya he dicho, se cierne sobre vosotros una nueva Edad Oscura —responde Yinn—. Y nada de lo que esté en vuestra mano podrá detenerla, sólo vuestro espíritu, vuestra mente. Y éstos están tan dispersos que veo difícil que se unan para salvaros.

La mirada de Sam se oscurece. Una vez más, se sienta delante de un ordenador y teclea.

—Están previstas muchas desgracias naturales —dice—. El año que viene se cree que, por segunda vez, el Vesubio entrará en erupción. Habrá además terremotos de magnitudes devastadoras, inundaciones, sequías y hambrunas.

—Ésas son la profecías de Michel —comprende Yinn.

—No sólo de Nostradamus, sino de muchos otros profetas: Lucas, Joel, Daniel...

Siento un opresión en el estómago.

—¿Qué es una Tétrada? —pregunto.

—Cuatro lunas de sangre, que anuncian el advenimiento del Anticristo —responde Sam.

—¿Malik?

—Es posible —contesta él, grave.

—Y dime, Sam —interviene Yinn—, ¿cómo pensáis evitar tales desastres? ¿Aquí encerrados entre monitores? ¿Avisando a la humanidad para que corra a esconderse?

—No, seleccionando a humanos con conciencia superior, para protegerlos y procurar un nuevo orden mundial. Repoblar tras la

devastación con seres evolucionados.

—¿Dejaréis morir a inocentes? —pregunto indignada.

—Como bien dice tu genio, nada podemos hacer contra las catástrofes naturales y la guerra que se cierne sobre Oriente Medio.

—¿Te refieres al conflicto palestino-israelí?

—Los judíos planean construir el tercer templo de Salomón, ante la oposición musulmana. Eso terminará de agravar el conflicto —explica—. Ahí comenzará la Edad Oscura.

Un intenso y gélido escalofrío me sobresalta, siento que la sangre abandona mi rostro y mis extremidades. Tiemblo y tengo náuseas.

Yinn me coge de los hombros y me conduce hasta uno de los sofás. Nos sentamos en él y apoya mi cabeza en su hombro, mientras me acaricia la mejilla.

—No morirá ningún inocente mientras yo pueda evitarlo —susurra contra mi pelo—. Chis... preciosa, todo saldrá bien, tranquilízate.

Frota mi brazo y me pega a su cuerpo. Me arrebujo contra su pecho y dejo que su voz, su poderosa y cálida masa corporal y sus caricias alejen el pavor que me atiere.

Frente a nosotros, los tres hombres, sentados a sendas mesas de despacho, trabajan concienzudamente para rastrear el grimorio en sus ordenadores.

—¿Qué pasa conmigo?

No lo miro, sólo espero la respuesta, tan temerosa como impaciente.

Yinn respira hondo con un movimiento lánguido que me balancea con él. Aguardo una contestación que parece no llegar.

—No soy estúpida, Yinn, puede que no entendiera tu conversación con Vanut, pero comprendí vuestros gestos y miradas. Te contó algo sobre mí y ahora acabas de decir que no soy como los demás. —Hago una pausa en la que me obligo a buscar su mirada—. Necesito saber.

Los ojos del genio, una mezcolanza de oro verde y avellana, destellan momentáneamente compungidos, para luego velar su emoción con una máscara pétrea.

—Tu padre escondió la llave en tu interior, te otorgó su magia y te protegió mientras pudo.

—¿Mi... mi padre? Nunca lo conocí, mi madre apenas lo nombraba. —Siento que la cabeza me empieza a dar vueltas, la garganta se me seca y mis latidos se aceleran—. Espera un segundo... ¿su magia? Joder, ¿qué intentas decirme?

Yinn me coge por los hombros y me encara con firmeza.

—¿Qué crees que buscaba tu madre en sus rituales de invocación? ¿Nunca te lo has preguntado?

—Me alejaba de las preguntas. Odiaba verla salir del desván con los ojos enrojecidos, abatida y melancólica, me negaba a buscar explicaciones a su conducta.

—Nunca dejó de buscarlo, pero él ya no estaba.

—¿Soy… maldita sea… soy hija de un… genio?

Me contempla gravemente un instante, sus ojos pasean amables por mi rostro y finalmente asiente.

—Eres una híbrida, eso me dijo Vanut nada más verte. Siempre he sospechado que eres distinta. Emites un aura anaranjada cuando tus emociones despuntan, puedo sentir la fuerza que late en tu interior, la atracción que ejerces, el halo que te rodea. Pero nunca había imaginado realmente lo que eres. —Hace una pausa, su semblante se nubla—. Sam conoció a tu padre, fue el genio que le entregó el anillo. Todo encaja.

Unas insidiosas agujas me traspasan la cabeza, mis pulmones se cierran, robándome el aliento, y mi pulso se desboca.

Me zafo de él y me pongo en pie. Por algún motivo, es furia lo que siento, resentimiento y rencor. Hacia mi madre, hacia el destino, hacia la vida que me ha tocado en suerte.

—Cata, tenías que saberlo. Necesitas ser plenamente consciente de los poderes que se esconden en ti. Ahora más que nunca los vas a necesitar. Acepta tu origen y afronta las consecuencias.

Lo miro, pero no lo veo.

Mi mente evoca decenas de imágenes que se suceden en un carrusel enloquecedor. Mi madre sollozando, abrazada a aquel baúl del desván. Su constante estado de alerta, sus escapadas continuas, su aislamiento del mundo real.

Obcecada, buscaba al hombre que amaba, y en su búsqueda atraía entes o seres malignos que al mismo tiempo nos buscaban a nosotras.

Pero a pesar del peligro, ella continuaba exponiéndose sólo por volver a verlo, quizá para pedirle una protección indefinida, una explicación, o tan sólo un último abrazo.

Fuera como fuese, eso causó su muerte y casi la mía. Y ahora estoy aquí, víctima de un amor obsesivo y de un origen sobrenatural.

—Necesito pensar, necesito salir de aquí.

—No darás un paso sin mí —replica Yinn.

De repente, el rencor y la acritud dominan mi ánimo. Lo miro con desdén y musito:

—Ésa es mi condena.

Él me fulmina con la mirada, su semblante se ensombrece.

—Estaré en el pasillo.

Me doy la vuelta y me dirijo apresurada hacia la puerta metálica.

Salgo al corredor penumbroso y camino, intentando acompasar mi respiración.

Un zumbido me arranca de mi ensimismamiento.

Meto la mano en el bolsillo del vaquero y saco mi móvil. En la pantalla parpadea el nombre de Tessa. Siento ganas de llorar, de abrazarla, de contárselo todo, necesito su humor y su jovialidad.

—Diga.

—¡Amiga, por fin! —Se ríe aliviada—. Llevo tiempo llamándote, pero parece que no tenías cobertura.

—Puede ser, estoy viajando mucho.

—¡Pequeña arpía, ¿dónde coño estás?!

—En Vancouver. Me ha dado por visitar el acuario.

—Jajajajaja... Joder, podías avisar, guapa. Allan y yo estábamos muy preocupados. Y, francamente, después del viajecito, no esperábamos no dar contigo.

—¿Viajecito?

—Estamos en Fort Simpson, bruja. Tu querido y terco prometido insistió en que te hiciéramos una visita. No puede estar más tiempo sin verte y, la verdad, yo también te echo de menos.

De pronto, la perspectiva de verlos, de abrazarlos, me seduce; sin embargo, recuerdo la advertencia de Yinn y me reprendo mentalmente.

—No estoy preparada para volver todavía y creo recordar que dije que estaría fuera unas semanas. Pasan cuatro días y ya venís a buscarme. Increíble.

¿Increíble? Por supuesto que no me lo creo. Todas mis alarmas se disparan.

—Tessa, cielo —continúo—, hemos estado más tiempo sin vernos. ¿A qué viene esa insistencia?

—A que estoy harta de que me llame tu novio de madrugada con lamentos y súplicas. Me va a volver loca.

Resoplo con hastío y me froto la cara.

—Regresad a casa, Tessa. Dile que lo siento, pero que no quiero verlo hasta que... me encuentre con más ánimo.

Un pensamiento se filtra en mi mente. ¿Estoy realmente hablando con Tessa?

—Bueno, ¿y quién es la favorita del jefe, ahora que me he largado? —tanteo.

—Te aseguro que yo no —responde—. Has dejado al señor Lloyd muy tocado, guapa. Puede que sea un capullo, pero es un capullo que paga bien.

¿Es posible que el ser que ha suplantado la voz de Tessa usurpe también sus recuerdos? Maldita sea, suena tan… ella.

—¿Sabes?, justamente estaba recordando el día de la fiesta. Aún no me puedo creer que te dijera esa sarta de sandeces.

—¿Como que tu primo es gay? Jajajajaja. —Hace una breve pausa—. Yo también he pensado mucho en ello. Bueno, qué coño, en él y en cómo actuaba. Mira, Cata, no voy a juzgarte, ¿vale?, pero tengo a Allan en recepción, haciendo pesquisas sobre ti y necesito que seas muy franca conmigo. Estás con él, te has escapado con él, ¿no es así?

—Sí —confirmo, mordiéndome el labio inferior.

—Joder, te odio, ¿lo sabes?

—Lo siento, no pude…

—Cariño, bromeaba, no te odio, pero te envidio tanto que seguro que en este momento te está saliendo una urticaria, jajajajaja. Cuando analicé lo que me dijo mientras lo acosaba dentro de ese coche, caí en la cuenta de cómo te miraba y até cabos. —Suspira mortificada—. Me apena Allan y creo que deberías hablar con él, aunque fuera por teléfono.

Es ella, no cabe duda.

—¡Pásamelo!

28

Locura

Todavía está malhumorado por la actitud de Cata. Ha decidido verter sobre él su resentimiento y teme que esa brecha crezca y suponga un escollo en la misión, y en su ánimo.

Empieza a inquietarse por su tardanza, aunque percibe su presencia cerca. Algo lo intranquiliza. Se pone en pie para ir en su busca, cuando el Ipsissimus lo llama.

—Como temía, todas las pesquisas acaban en el mismo sitio. Ya intentamos localizarlo en una ocasión con el mismo resultado.

—¿Adónde os llevan las pistas?

—A los subterráneos del antiguo templo de Salomón, en Jerusalén. Aleister Crowley viajó allí años antes de publicar su tratado. Un lugar inexpugnable, teniendo en cuenta que sólo queda visible el Muro de las Lamentaciones, y que sobre las ruinas han construido los dos templos que actualmente comparten la ubicación: la Cúpula de la Roca y la mezquita de Al-Aqsa. No me explico cómo accedió Crowley a los subterráneos.

—Sólo hay una manera —contesta, inclinándose sobre la pantalla del monitor, donde una imagen aérea de Jerusalén muestra la situación de ambos templos—. Y es que Crowley gozara de una ayuda, digamos mágica.

Sam alza la mirada y la clava en él, sopesando su respuesta.

—¿Alguien como tú?

—Seguramente. Por eso adquirió ese grado de conocimientos esotéricos.

—Lo que significa que ahora gozamos nosotros de tal privilegio.

En el tono del hombre rezuma una marcada ansiedad.

—Exacto.

Sam asiente complacido y se sumerge de nuevo en la información del ordenador.

—Voy a decir que preparen nuestro avión privado para poder salir

rumbo a Jerusalén en un par de horas aproximadamente. A no ser, claro está, que nos lleves sobre tu alfombra mágica.

Wahêd recibe la broma con una sonrisa tibia y asiente mientras toma nota visual de lo que ve en la pantalla.

En realidad, podría teletransportarse al lugar sin problemas, pero siente que sus fuerzas menguan y prefiere reservarlas para situaciones más extremas.

—Mientras lo preparáis todo, ¿Cata y yo esperamos aquí?

—En la planta superior hay habitaciones de relajación. La mujer puede descansar en una de nuestras tumbonas, se la ve bastante crispada.

—No es para menos, ¿no te parece?

—Sin duda tiene temple y coraje. Como bien afirmas, no es como los demás. —Hace un excesivo hincapié en la última palabra, que pone a Wahêd sobre aviso.

Sam ordena a uno de sus acólitos que los acompañe a la sala en cuestión.

Wahêd camina detrás del hombre, que abre la puerta y sale con él al corredor. Al fondo vislumbra a Cata, sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, las piernas extendidas y una expresión de compungido abatimiento.

Se pone indolentemente de pie y los aguarda en silencio. Evita mirarlo.

—¿Mejor?

—No —responde ella.

—Lo superarás.

La coge del brazo, pero ella se aparta, adelantándose unos pasos.

Wahêd aprieta los dientes y camina ceñudo.

Cuando por fin los dejan a solas en una estancia con un relajante aroma a sándalo, agradable luz tenue, mullidos sofás y tumbonas anatómicas, observa dolido que Cata lo evita.

—¿Tienes alguna recriminación que hacerme? Hace un momento sólo deseabas salvarme la vida.

—Y sigo queriéndolo.

—Pues no lo parece.

—Tengo derecho a estar enfadada, ¿no?

—¿Contra quién? —replica él, tirante—. ¿Contra algo intangible, como el destino? ¿O contra mí? Porque en el primer caso, me parece estúpido lamentarse, y en el segundo creo que tu comportamiento es injusto. Nada tengo que ver con tu pasado.

Ella se vuelve hacia él y sostiene retadora su mirada.

—¡Oh, ya veo! —exclama Wahêd contenido—. Es lo que soy lo que odias. Si antes mostrabas recelo y desagrado, ahora tu odio está más que justificado, ¿no es eso?

La coge de los hombros y clava su mirada ominosa en ella, que salta:

—¡Sí, vosotros causasteis la desgracia de mi madre y ahora la mía!

—¿Eso crees? Fuiste tú la que acudiste a mí, la que me pediste protección. Fue tu madre la que me encerró en aquel brazalete. Vosotras sois los verdugos, yo, pequeña pelirroja ingrata, soy la víctima.

Ella se zafa con brusquedad y le da la espalda.

—Lo siento —musita en voz baja—. No sé qué hacer con la rabia que siento.

—¿Rabia? —repite él alzando la voz—. ¿Por ser fruto del amor? ¿Por tener el privilegio de ser tan especial, tan única? ¿Por esclavizarme como nadie ha conseguido hacerlo jamás? ¿Por tener la oportunidad de ayudar a la humanidad?

—Yinn… —susurra ella con voz estrangulada.

—Te empeñas en mirar el mundo a través de tu particular mirilla egoísta. Sólo piensas en ti, en tu vida, en tu destino. Creo que deberías ampliar tu visión, Cata. No volveré a tocarte si tanto me odias, quizá sea lo mejor para ambos, pero no pierdas energías en lamentaciones inútiles. Tu vida es la que es, saca provecho de ella de una condenada vez.

Fija su mirada en su brillante melena cobriza, en su espalda trémula, y siente deseos de zarandearla para que abra los ojos de una maldita vez y deje esa actitud de agravio perpetuo.

—Creo… que necesito tiempo para asimilar esto.

Desea sumergirse en el océano de su mirada, embeberse de su rostro, perderse en su boca, pero ella continúa dándole la espalda, ocultándole unas emociones que él ya conoce.

—Me parece justo, aunque no disponemos de mucho. —Suspira profundamente, niega con la cabeza y se aleja—. Será mejor que descanses, partimos en unas horas a Jerusalén.

Se acomoda indolente sobre una tumbona, estira los brazos, los dobla bajo la cabeza y cierra los ojos.

Oye sus pasos acercándose a él.

—¿A Jerusalén?

—Ajá.

—¿Está allí el *Lemegeton*?

—Eso parece, pero no lo sabremos hasta que vayamos.

Una pausa, oye su respiración agitada.

—¿Cómo… cómo viajaremos?, porque está muy lejos de aquí.

Sonríe de medio lado, abre un ojo y niega ligeramente con la sorna pintada en la cara.

—Tranquila, preciosa, no voy a arrastrarte en mis brazos hasta allí. Iremos en avión privado. Te has quedado sin abrazo.

Cata lo mira ceñuda, sus ojos relampaguean.

—¿Quién quiere tus abrazos? —masculla a la defensiva.

—Tú. Ahora mismo te mueres por uno.

—¡Já! Quizá en tus sueños.

Niega con la cabeza, entrecierra los ojos y la observa con traviesa diversión.

—En mis sueños no te abrazo solamente, en mis sueños…

—¡Cállate!

—Jajajajajaja… No es hablar lo que deseo, mi ama.

—Te juro que si pudiera pedir un deseo ahora mismo, estarías muy lejos de aquí —contraataca nerviosa.

Wahêd se incorpora con felina lentitud, se pone en pie, avanza unos pasos y se le planta delante, tentador.

—Nunca estaré lejos de ti —susurra seductor, acercando su rostro al de ella—. Porque aunque te obedeciera, siempre estaría aquí. —Le señala el pecho con el dedo índice y sostiene su mirada con gravedad.

La ve temblar. Tiene las pupilas dilatadas, respira entrecortadamente y su aura mana de su piel como un manto translúcido de cobre titilante. Lo desea.

Suspira y cierra los ojos, sacude la cabeza como para alejar pensamientos incómodos y permanece ahí cabizbaja, luchando por controlar sus impulsos.

—Sigues luchando —murmura Wahêd con tristeza—. Contra mí, contra ti, contra la realidad.

Ella alza la vista, sus ojos brillan contenidos.

—No es fácil —musita.

—Nada hay más fácil que tomar lo que se desea, si está a tu alcance.

—¿Y después? —inquiere furiosa.

Pone los brazos en jarras y lo mira enconada, con el cejo fruncido.

—¿Después, de qué?

—¡Joder, después de esto, maldita sea! —salta ella, mostrando su

inquietud—. Si todo sale bien, te largarás... ¿y qué será de mí? ¿Qué haré con esto que...?

—¿Sentimos?

Asiente, se debate entre la pena y la rabia.

—No lo sé, Cata, pero no voy a perder ni un instante en pensarlo pudiendo hacer otra cosa.

Ella abre los ojos intrigada.

—¿Qué cosa?

—Esto.

La coge por los hombros y la besa con una pasión que lo arrastra a un profundo pozo de deseo descontrolado.

Sólo es consciente del hambre que le despierta, de la necesidad salvaje que provoca en sus sentidos, del desesperante y brutal anhelo de su cuerpo y su alma por sentirla, por saborearla, por tomarla y no soltarla nunca.

La mujer, sorprendida, intenta separarse, pero Wahêd no se lo permite.

Se introduce en su dulce boca y saborea su interior con fervor, enreda su lengua con la de ella, presa de un delirio que anula su entendimiento.

Algo en su pecho estalla, una emoción desatada que florece y se extiende por todo su ser, haciendo hormiguear cada terminación nerviosa, adueñándose de cada rincón.

Y cuando ella reacciona por fin, cuando su boca es la que lo busca, la que lo devora con una intensidad que le encoge el estómago, se siente morir.

La estrecha contra su pecho, desliza la mano hasta su nuca para sujetarle la cabeza, para anclarla a sus labios, para fundirla con su alma.

Descubre que Cata lo abraza con la misma intensidad que él, que sus manos recorren su cuerpo, encendiendo hogueras con la yema de sus dedos.

Jadea buscando aire, apenas despega su boca para contemplar fascinado sus inflamados y enrojecidos labios.

—Cata, ¿qué estás haciendo conmigo? —gime casi con dolor.

Ella lo contempla con mirada turbia y lujuriosa.

—Vengarme de lo que me has hecho tú a mí.

Y lo besa de nuevo como una loba cazadora e implacable que reclama su presa con una vehemencia que lo desarma.

Lo empuja contra la pared, mientras sus manos se meten bajo su

camiseta negra, recorriendo su vientre y ascendiendo hasta su pecho.

Sus caricias son fuego en su piel.

Apenas se aparta para sacarle la prenda por la cabeza y lanzarla a un lado.

—Voy a devorarte, gigante —promete con una lascivia que lo derrite—. Cuando acabe contigo, vas a lamentar haberme tentado.

—Nunca voy a lamentar eso.

—Espera y verás.

Baja las manos hasta la cinturilla de los tejanos y desabrocha uno a uno los botones. Su entrepierna late en un pulso doloroso y acuciante, suplicando alivio a su agonía.

Un escalofrío recorre su espina dorsal cuando ella introduce la mano y apresa su miembro, mientras sus ojos lo traspasan con intensa determinación.

—Cata...

—Chis... eres mío, genio.

—Lo soy, completamente tuyo.

Ella se pone de rodillas, sin apartar sus hermosos ojos de los suyos.

Wahêd deja escapar una entrecortada exclamación cuando lo toma en su boca, deleitándose con su sabor, jugando con su cordura, llevándolo a un estado de catarsis sensorial que lo marea, que debilita sus rodillas y amenaza con reventarle el corazón.

Aprieta los dientes, el placer lo sacude como un débil junco azotado por un huracán, con la misma implacable fuerza, con idéntica violencia, devastando su control, arrancándolo de él y lanzándolo al vacío.

Inclina la cabeza hacia atrás. Roncos y largos gemidos acarician su garganta en su camino hacia el exterior.

El placer lo contrae, lo inflama, lo desquicia. No quiere derramarse en su boca, se agarra a la delgada y quebradiza hebra de cordura que todavía impera en él y logra tomarla de los hombros y detenerla.

La incorpora y se abalanza sobre ella como un depredador famélico, sin piedad, sin miramientos, sin control.

Toma su boca y la besa con inusitado ímpetu.

Ella jadea, la pasión la nubla, el deseo la consume.

Sin apenas despegar sus labios de los de ella, Wahêd logra quitarle los vaqueros, pero su paciencia se consume con su ropa interior y la desgarra con las manos.

Cata da un respingo cuando la alza sobre sus caderas. En un acto mecánico, lo rodea con las piernas y lo abraza. La lleva hasta la pared

de nuevo, donde le apoya la espalda, mientras devora su cuello y acaricia con los dedos el palpitante botón de su cálida y húmeda femineidad.

Ahora es ella quien inclina la cabeza, derramando en su oído una melodía encadenada y armónica de gemidos desgarrados, que amenazan con romper el exiguo cordel de su torturado autocontrol.

Estalla en un abrupto jadeo que la tensa. Su cuerpo se envara y se sacude, presa de un orgasmo que la rompe en dos.

Wahêd curva los labios en una sonrisa tensa. No espera a que se recupere y la embiste con una profunda y ansiada acometida que le arranca un grito sorpresivo y placentero. Permanece un instante inmóvil, paladeando esa exquisita sensación, sintiendo cómo su carne se abre a él, cómo se amolda a su incursión, cómo lo abraza y lo presiona, pidiendo más.

Sale de ella con un ronroneo sensual, lenta y suavemente, para volver a embestirla implacable.

Incapaz de mostrar dulzura, ternura u ofrecerle un encuentro más delicado, se descubre tomándola como un animal en celo. Sin medida, sin control, tosco, rudo y primario.

Una y otra vez se hunde en ella con violencia, jadeando y sintiendo cómo cada molécula de su cuerpo se consume de agonía. Cata le araña los hombros, le muerde el cuello, despertando en él un salvajismo enloquecedor.

Grita de nuevo, sacudida por otro orgasmo que la desarma, destensando los músculos. Cae sobre él, lánguida y agotada.

Wahêd la sostiene por las nalgas, y así, sin salir de ella, la conduce a uno de los sofás. Toma asiento en él y la sujeta de las caderas.

—Baila para mí, preciosa.

Cata levanta el rostro sudoroso de su hombro, exhibiendo una sonrisa lasciva.

—Tus deseos son órdenes para mí.

Esas palabras son como un torrente cálido y líquido que lo envuelve en una membrana dulce de sobrecogedora dicha.

Sonríe de medio lado, insolente y tentador.

—Estás loca por mí.

Cata asiente, entrecierra los ojos, se lame los labios, alarga los brazos y se quita la camiseta y la molesta e innecesaria prenda que cubre sus senos.

Él fija los ojos en esos opulentos y turgentes pechos que lo retan altivos, con el medallón del ojo de Horus acomodado entre ellos, en

ese aterciopelado y mullido canal.

—Y tú por mí, condenado genio.

—Loco de amor —confiesa.

La aferra por la cintura, atrayéndola hacia su boca, y toma en ella uno de sus pezones. Lo mordisquea, lo saborea, lo succiona, juega con él mientras Cata se arquea y gime, echando la cabeza hacia atrás.

Entonces se dispone a cumplir su deseo. Se cimbrea sobre él, se ondula como una cinta que mece el aire, lánguida y terriblemente sensual, en una danza crepitante de lujuria y seducción que desgarra sus entrañas en una hoguera de placer incomparable.

Wahêd arde como nunca antes en toda su existencia. Arde con un fuego incombustible que lo arrasa por entero.

Esa beldad flameante que ondula sobre él como una diosa exuberante y lujuriosa, acelera su cabalgadura constriñendo y desgastando el último asidero de juicio al que podía aferrarse.

Siente el clímax precipitarse como un potro desbocado y lo deja avanzar, coceándole hasta la más ínfima fibra de su ser.

Grita liberado, zarandeado por un océano de placer, donde olas furiosas se estrellan contra la pared de su alma, filtrando en ella un sentimiento que le cala, provocándole un estremecimiento demoledor.

Sabe que es una locura, sabe que jamás ha sentido nada ni remotamente parecido, sabe que es peligroso, arriesgado, que lo hace vulnerable, necesitado y dependiente, y que la relación es imposible, que no tienen ninguna oportunidad.

Y aun así, sabe que luchará.

29

Contratiempos

En la parte de atrás de un sobrio, elegante y sólido Rolls Royce Phantom negro, apoyo la cabeza en el hombro de Yinn, preguntándome quién es realmente el misterioso Sam Line, para ser dueño de uno de los coches más caros del mundo.

Conduce él mismo, obviamente un placer difícilmente delegable. A su lado, su ayudante Izan, un hombre grande e intimidador, rapado al cero, y junto a Yinn el otro hermano áureo que ya conocemos, el rubio y anodino Louis.

—Me siento como si me hubieran atrapado de nuevo —rezonga Yinn incómodo.

—Pues es el coche más amplio y cómodo que existe.

—Prefiero otro habitáculo —me susurra al oído—, aunque estrecho y ardiente.

Sonrío avergonzada y lo reprendo con una mirada admonitoria.

Aún permanecen en mí los vestigios de la pasión, el fuego que este ser despierta en mi cuerpo y que soy incapaz de aplacar por mucho que lo intente.

Tenerlo tan cerca, olerlo, sentirlo, escucharlo, me hace vibrar de un modo especial, de un modo que nunca he conocido.

Yinn se pone de medio lado, ofreciéndome la cálida consistencia de su pecho para que me recueste. Me apoyo en él, cierro los ojos y suspiro plenamente satisfecha. Él cierra sus poderosos brazos en torno a mí, y no puedo contener una sonrisa de felicidad.

Alzo la cara hacia él y me embebo de sus verdosos y almendrados ojos, siempre con ese brillo pícaro que me seca la garganta, coronados por unas cejas en forma de V invertida, traviesas y pronunciadas. Deslizo la mirada por el perfecto puente de su nariz, por su hermosa y amplia boca, con esa sempiterna sonrisa pendenciera y sexy que podría derretir los polos, y me siento languidecer de amor.

Paso los dedos por su mentón y los hundo en su espesa melena

oscura que le llega hasta los hombros. Es tan atrozmente guapo, varonil y sensual que sólo contemplarlo hace que me cosquillee el estómago y se me erice la piel.

Me arrebujo y cierro los ojos. Pienso en mi madre y me doy cuenta de que estoy en su misma situación. Nadie mejor que yo puede entender por lo que tuvo que pasar cuando mi padre se fue, porque la sola idea de alejarme de Yinn me estruja el corazón de una manera tal, que siento un amago de dolor físico, una pequeña pero aguda punzada helada atravesando mi pecho.

Llevo rápidamente mis pensamientos por otros derroteros antes de que lo bese de nuevo o me eche a llorar, y me concentro en la misión que tenemos por delante.

Vamos rumbo al aeropuerto internacional de Vancouver. En una de las pistas privadas nos espera un avión propiedad de la logia. Lo que me hace sospechar la implicación de personajes de las altas esferas.

Es bien sabido que, desde siempre, la masonería está compuesta por círculos cerrados y limitados de hombres con un alto nivel cultural y también de elevadas posiciones sociales. Hombres con inquietudes, que buscan conocimientos superiores y se entregan por entero a la causa de la logia, preservando sus secretos y transmitiéndolos a los iniciados. Un mundo oculto, que ahora se abre ante mí suscitándome una serie de cuestiones, entre ellas, qué otros secretos guardan.

De repente, un violento impacto en el lateral del vehículo nos impulsa hacia el carril contrario.

Suelto un grito alarmado y me encojo sobresaltada.

—¿Qué demonios ha sido eso?

Sam mira a ambos lados, con el rostro desencajado.

De nuevo otro golpe, esta vez en el lado contrario. El Phantom se desvía nuevamente, ahora hacia el arcén. Sam lucha por recuperar el control del vehículo y regresa a nuestro carril, tras varios pitidos de los coches que pasan a nuestro lado.

—¡Joder! ¿Qué pasa? ¿Quién nos ataca?

Todos miramos por las ventanillas. Aparentemente no hay nada fuera de lo normal, pero justo en ese momento sentimos otro impacto en la parte trasera del Phantom, que nos impulsa hacia delante con violencia.

—Son ellos —dice Yinn—, nos han encontrado.

Contengo el aliento y el miedo se apodera de mí. Recuerdo aquel día junto a mi madre, en aquel puente donde la perdí.

Algo nos golpea con tanta fuerza que nos empuja nuevamente

hacia delante. Nos sacudimos con brusquedad dentro del vehículo al impactar contra el camión que circula frente a nosotros.

—¡Sam, sujeta el volante con fuerza e intenta mantener el control! —exclama Yinn, alargando el cuello y mirando en derredor—. ¡Los demás, meted la cabeza entre las piernas.

Me mira con determinación y obedezco en el acto.

Lo oigo pronunciar unas palabras en su lengua ancestral y acto seguido desaparece.

Ladeo la cabeza y, demudada, compruebo que no está.

Siento el impulso de incorporarme, cuando una vez más el coche es golpeado y empujado hacia el carril contrario.

Me encuentro con la mirada del acólito, el pánico la ensombrece.

Sam da un volantazo tras otro en su intento de recuperar el control del Phantom. Las ruedas chirrían, el vehículo se agita con violencia, los pitidos hieren mis oídos y un pulso alocado late en mi sien.

El coche gana velocidad. Sam logra adelantar a varios vehículos, alejándose de lo que quiera que sea que nos persigue. Es un conductor avezado y hábil y maneja el coche concentrado y frío.

Mantengo la cabeza entre las rodillas, nerviosa y tensa, pero el resto del trayecto transcurre sin más contingencias. Sin embargo, Yinn no aparece.

—Tenemos que esperarlo —me oigo suplicar.

—Catalina —contesta Sam—, él nos encontrará. Sabe a dónde nos dirigimos.

—¡Mirad ahí arriba! —exclama Louis.

Sigo la dirección de su mirada y frente a nosotros, en el cielo, se ha formado una extraña nube oscura dentro de la que se ha desatado un curioso remolino de corrientes de aire, como un incipiente tornado, en el que destellan relámpagos y los truenos rugen con furia.

Para cualquier ojo profano, sería el nacimiento de una gran tormenta gestándose en lontananza, pero yo sé que no es así. Yinn está luchando contra las invisibles y maléficas fuerzas que nos han atacado.

—Es él, ¿verdad? —pregunta Sam, mirándome por el retrovisor.

Asiento e intento reprimir el temor que me atenaza.

El cielo se oscurece a un ritmo alarmante. Entre los densos cúmulos, resaltan los fugaces destellos de rayos, que iluminan brevemente diferentes puntos de la tormenta.

Empieza a llover, el día se convierte en noche y mi angustia en desesperación.

Sam enciende las luces, pero no disminuye la velocidad.

Me abrazo a mí misma y me sobresalto tras cada rugido que rompe el silencio atronando en mis oídos, en pos de los latigazos azulados que atraviesan la oscuridad.

«¡Oh, Dios, Yinn! ¡Por favor, por favor que regrese!», recito como una letanía sagrada, como si cada repetición lo acercara a mí.

Y de pronto siento que quizá pueda ayudarlo. Maldita sea, si soy una híbrida, si tengo un halo, es posible que haya heredado algún poder. Yinn me lo ha advertido, me ha sugerido que acepte mi origen, que explore mis recursos, pero ¿cuál es? ¿Qué hago? ¡Mierda!

—Estamos llegando —anuncia Sam.

Coge el desvío hacia el aeropuerto y la tormenta queda atrás.

Llegamos a salidas internacionales, pero sigue por un camino paralelo que circunda la terminal hasta una pista trasera, donde hay varios hangares pequeños.

Un avión está preparado, con las luces encendidas y la escalerilla desplegada.

—No voy a subir a ese avión sin Yinn.

—Acaba de desaparecer ante nuestros ojos. Es un ser mágico, aparecerá a voluntad donde desee, en el avión o en Jerusalén —contesta Sam con convencimiento.

—Eso si ha logrado ganar la batalla —murmura Izan.

Lo fulmino con la mirada y frunzo el cejo.

—La ganará —replico, deseando fervientemente que mis palabras se hagan realidad.

El coche se detiene. Trago saliva y salgo de él.

Louis saca dos maletas del maletero y se dirige hacia el avión, donde una azafata nos espera en la entrada.

Sam me coge del brazo, Izan me escolta y los tres subimos al aparato. No dejo de mirar el cielo, donde la tormenta permanece aislada en una especie de núcleo extrañamente definido, contrastando con el resto del cielo, ahora ya despejado.

Entro en el avión, un lujoso jet privado, y me siento en un anatómico y mullido sillón de piel color crema. La azafata me sonríe cortés, mientras me aconseja ponerme el cinturón de seguridad. Lo intento, pero me tiemblan los dedos.

Mientras lucho con el cierre del cinturón, noto una vibración en el bolsillo de mi chaqueta. Es mi móvil. Lo cojo y miro la pantalla, es Allan; apenas me queda batería.

Dudo si coger la llamada. Cuando he hablado con él en el pasillo

de la logia, le he confesado la verdad, que estoy enamorada de otro y le he dicho que me olvide, que no pienso regresar.

Al principio no me ha creído, después me ha pedido explicaciones, luego han venido los ruegos y finalmente la ira. En ese momento le he colgado.

Algo me dice que es urgente y cojo la llamada.

—¿Allan?

—¡Por Dios, Cata, tienes que venir de inmediato!

Suena crispado y nervioso.

—¿Qué ocurre?

—Es Tessa, está en el hospital. Hemos tenido un accidente volviendo a casa.

El corazón me da un vuelco, me falta el aliento y cierro los ojos un instante.

—¡Dios mío, no puede ser! ¿Cómo ha sido? ¿Dónde está?

Una pausa que me destroza los nervios.

—Ha sido... ha sido culpa mía... Yo le rogué que fuéramos a Vancouver. Necesitaba encontrarte, verte... Ella se negó, pero la convencí. En el coche, de vuelta, no sé qué ha pasado, hablábamos de lo que tú me has dicho antes, hemos discutido, he perdido el control y nos hemos estrellado contra la mediana. —Su voz se va apagando—. Está en el hospital de Vancouver y... quiere verte. Está... muy mal.

Las lágrimas arrasan mis ojos. Esto no puede estar pasando.

—Iré ahora mismo. ¿En qué planta está?

—Te espero en la entrada.

Cuelga.

Suspiro lentamente, el aire parece quemar mis pulmones. Me seco los ojos y me pongo en pie, ante el asombro de los hombres que me acompañan.

—Antes de partir, tengo que hacer una visita urgente.

Sam me mira como si hubiera perdido el juicio.

—Eso es del todo imposible. Las fuerzas del mal nos siguen de cerca, el genio las contiene para darnos tiempo. Perder siquiera un minuto es una temeridad.

—Se trata de la vida de mi amiga, está grave en el hospital, aquí en Vancouver, y quiero verla antes de irme... Puede que...

Mi voz se quiebra en un sollozo.

—Ahí fuera hay millones de vidas en juego, una sola no puede pararnos.

—Pero resulta que ésa una es muy importante para mí.

Sam y sus hombres me franquean el paso.

—¿No te has preguntado lo conveniente que ha sido esa llamada? —pregunta Sam, taladrándome con la mirada—. Justo cuando vamos a despegar, te quieren hacer bajar del avión.

Observo a los tres hombres. Soy consciente de que no van a permitirme salir del avión y, en honor a la verdad, algo me dice que Sam tiene razón, que puede que todo sea un engaño, que hayan utilizado la voz de Allan para...

Un momento, si no se trata del verdadero Allan, es evidente que antes tampoco lo era, porque ha mencionado la conversación anterior. Mis conjeturas asoman como pequeños fogonazos en mi mente, haciendo que me maldiga interiormente.

Si es como ellos suponen, yo misma he atraído el peligro al decirle a Tessa dónde estaba. Pero quien me hablaba era mi amiga, no tengo ninguna duda al respecto. Por Dios, ¿qué está pasando?

Todo me empieza a dar vueltas y me siento mareada de nuevo. No obstante, si Tessa está en peligro, jamás me perdonaré haberla ignorado. Si algo le sucede...

Tengo que ir.

Me levanto de nuevo y me encaro con ellos.

—¡Voy a salir! —anuncio con determinación.

Sam niega lentamente con la cabeza.

Avanzo hacia la puerta. Un brote de ira comienza a crecer en mí.

—No, me temo que tendremos que reducirte.

Dirige una sutil inclinación de cabeza hacia Izan y el hombre, grande y musculoso, se abalanza sobre mí.

Me apresa contra su fornido pecho y aprieta los brazos, que son como barras de acero que me estrechan, me cortan el aliento.

Me debato furiosa, aprieto los dientes y lucho por zafarme de él.

Inmovilizada y dolorida, veo que Sam abre un maletín del que saca una aguja hipodérmica.

—Nos obligas a esto. No era necesario ni era para ti —dice, acercándose.

—¡Suéltame! —exclamo atemorizada.

Algo estalla en mi interior, una especie de erupción volcánica que evapora el miedo de un plumazo. Siento un calor intenso saliendo de mi cuerpo, alimentado por la furia.

Grito de rabia y frustración y en ese momento un poder sobrecogedor palpita en mi pecho. Grito de nuevo y la bola de fuego que crepita en mi ser comienza a brotar por cada uno de mis poros.

Ardo.

Mi cabello se enciende y comienza a flotar alrededor de mi cabeza ondeando, chisporroteando en el aire de la cabina. Pero no es lo único que levita, mis pies se despegan del suelo.

Izan me suelta con un alarido de dolor. Huelo a tela quemada y a miedo, el de los tres hombres que me miran inmóviles y asustados.

—¡Apartaos! —siseo amenazante.

Ellos se alejan a la carrera y se pegan al panel delantero, intentando entrar en la cabina del piloto.

Sin tocar el suelo, me desplazo hacia la salida. Bajo del avión y, sin saber muy bien qué hacer, me dirijo al coche. Lo que contemplo en el cristal de la ventanilla me deja de una pieza.

Todo mi cuerpo está rodeado de un halo de energía en forma de llamas. Parezco una especie de medusa de fuego, un ser flamígero y temible, una llama humana y letal, con ojos color rubí.

Retrocedo impactada, la ira desaparece y mi cuerpo se apaga. Caigo al suelo desmadejada y jadeante. Oigo voces detrás de mí.

Me incorporo tambaleante, los hombres descienden la escalerilla, van armados.

Me introduzco en el Phantom, tiento la llave del contacto mientras contemplo asustada cómo ellos disparan en mi dirección.

Arranco. El motor ruge con fuerza, piso a fondo y salgo disparada fuera de la pista.

Oigo los impactos de la balas en la carrocería, encojo los hombros y agacho la cabeza todo lo que puedo, sin perder visibilidad.

Enciendo el navegador y tecleo «hospital de Vancouver». De inmediato, una voz átona de mujer comienza a guiarme.

Ignoro los avisos, que, parpadeantes, se han encendido en mi mente. No quiero pensar en lo que pueda encontrarme en el hospital. Puede que sea una trampa, pero si no me aseguro, nunca me lo perdonaré. Quiero creer en mí, en mis recién descubiertas capacidades, en que todo saldrá bien, quiero creer que Yinn está bien. Y espero que esos «quiero» tengan la fuerza suficiente como para transformarse en realidad.

Tomo la bifurcación de la autopista que conduce al hospital, y me sumerjo entre el pesado tráfico.

Impaciente y nerviosa, conduzco imprudentemente, sorteando toda clase de vehículos. Cuando veo ante mí el imponente edificio del hospital, una mole de altísimos bloques blancos, suelto el aliento y elevo una plegaria mentalmente.

Detengo el coche en la puerta principal, salgo del Phantom y me adentro en el vestíbulo, mirando a mi alrededor.

Allan me espera sentado en una de las sillas fijadas al suelo.

Se pone en pie con expresión contrita y camino hasta él.

En cuanto llego a su altura, se abraza a mí y hunde su rostro en mi hombro.

—Gracias... yo... me siento tan mal...

—Quiero verla —me limito a musitar, incómoda por su cercanía.

—Está en la última planta —responde algo contrariado.

Miro su atribulado rostro, no puedo dejar de sentir compasión por él.

Asiente, me coge de la mano y me conduce a los ascensores.

En silencio, entramos en uno junto a varias personas. Deseo liberar mi mano de la de Allan, pero comprendo que en un momento como éste necesita sostén.

Cuando llegamos al último piso, me dejo guiar por él por los largos corredores, donde algunas enfermeras deambulan con sus portafolios y sus carritos de asistencia.

Giramos un recodo a la derecha y me extraña que salga por una puerta que lleva hacia una escalera.

—Debo contarte lo que vas a ver, antes de que entres en la habitación —dice. Me coge la otra mano, suspira, baja la cabeza y gime con un apagado sollozo—. Tiene todo el cuerpo vendado, ella... ha salido despedida por el parabrisas delantero y...

Trago saliva, siento un escalofrío y un dolor en el pecho.

—¡Necesito verla ya!

Allan me contempla con los ojos húmedos.

—¿Crees... crees que serías capaz de darme un último abrazo? Estoy roto, Cati, destrozado... yo... no puedo más.

Su voz se rompe, su cuerpo se sacude con los espasmos de un violento sollozo.

Lo abrazo, liberando mi angustia. Allan se pega a mí como si fuese su tabla de salvación. Se aferra a mi cuello mientras llora y se inclina sobre mi hombro derecho.

—Allan... lamento... tanto todo esto.

De pronto, se separa de mí con una sonrisa maligna curvando sus labios.

Da unos pasos hacia atrás con mirada perversa y escondiendo las manos tras su espalda.

—No lamentas una mierda, maldita zorra.

Abro los ojos sorprendida. Todas mis alarmas se encienden. Retrocedo hacia la puerta.

—Sí, huye, lárgate. A ver cuánto tardan en encontrarte... sin esto.

Alza el brazo derecho con semblante triunfal. De su mano pende una cadena.

¡Mi amuleto! ¡El medallón de Horus!

Como impulsado por un resorte, corre hacia la escalera y sube los escalones de dos en dos.

Tengo que recuperar el amuleto o estoy perdida.

Corro tras él.

Oigo una puerta cerrarse. Subo a la carrera, me topo con una puerta metálica, la abro y salgo a una amplia azotea.

Allan está en el murete del fondo, mirando al cielo y mostrando el medallón a las nubes, de espaldas a mí.

Cuando se vuelve, su rostro es una máscara pérfida que esboza una sonrisa escalofriante.

—¡Kamil, oh poderosa ghoula! ¡Aquí te entrego a la mujer! ¡He cumplido lo prometido! —dice.

Ante mis ojos, una nebulosa comienza a perfilarse, adquiriendo paulatinamente consistencia, sin llegar a mostrarse completamente sólida.

Sin embargo, llego a vislumbrar la silueta translúcida y aterradora de una figura femenina de rasgos demoníacos, cabello largo y oscuro y ojos completamente negros, incluido el globo ocular. Son como dos pozos sin fondo, que albergan un mal puro y siniestro, un vacío sin alma.

Como atrapada en una opresiva pesadilla, observó inmóvil cómo la espectral figura sobrevuela lentamente el espacio que nos separa. La negrura de su alma brota por esos ojos impíos que destellan ansiosos.

Alarga una garra hacia mí, y retrocedo sin darle la espalda. Veo que Allan avanza sigiloso para alcanzarme por el flanco izquierdo, con una expresión tan siniestra que me corta el aliento.

Un sibilante susurro llega hasta mí, tan gélido y escalofriante que toda mi piel se eriza.

—Ven a mí... humana... Devoraré tu alma y liberaré a mi pueblo...

Niego con la cabeza. Miro desesperada al cielo, cierro los ojos y llamo a Yinn con toda la fuerza de mi mente.

Un zigzagueante halo de bruma negra como la noche ondea hacia mí como un velo mortuorio.

Sobre mi cabeza, las nubes prietas y oscuras se frotan entre sí,

como llamando al dios del trueno, que no tarda en vociferar su genio e iluminar el cielo con su látigo.

Me sobrecojo cuando la punta de esa garra nebulosa me acaricia el cuello. Dejo escapar un grito sorpresivo y salto hacia atrás. En mi piel permanece la sensación ominosa, como si hubiera reptado sobre mí una serpiente húmeda.

Llego a la puerta de la azotea y me vuelvo apurada para abrirla. Pero está cerrada y por alguna razón sé que mi única oportunidad es enfrentarme a esa cosa, con lo que sea que heredé de mi padre.

Sé cómo llamar a la fuerza que habita en mí. La furia es el camino.

Un pensamiento prende la llama: la muerte de mi madre.

No obstante, es una llama titilante, lo percibo; es débil, la tristeza gana terreno.

Con la espalda pegada a la puerta metálica, aguardo a que la ghoula me dé alcance. Sus tentáculos hebrosos y desmadejados, como una decrépita mortaja deshilachada y siniestra, me atrapan, congelando cada una de mis terminaciones nerviosas, provocándome tal repulsión que todo mi cuerpo se sacude en un violento espasmo.

De repente, siento como si una aguja afilada atravesara mi pecho. Abro la boca demudada, el terror me invade. No siento dolor, pero un helor letal comienza a extenderse por todo mi cuerpo, inmovilizándome. Mi rostro se desencaja en una mueca angustiada, me falta el aliento. Abro los ojos y una mirada demoníaca se clava en la mía, rezumando un poder oscuro y triunfal.

Soy incapaz de mover un solo músculo, incapaz de gritar, incapaz de luchar. Tan sólo soy una patética e indefensa mosca atrapada en la tela de una araña atroz.

Percibo con absoluto terror cómo la garra helada me aprisiona el corazón. Contengo el aliento. Dos lágrimas brotan de mis ojos, como dos prófugas escapando de la muerte, únicas mensajeras de la angustia que me oprime.

Y entonces llega el dolor, como una ola que parece lejana, pero que, al alcanzar la orilla, rompe en la arena con toda su fuerza.

Gimo apenas, la parálisis convierte mi cuerpo en mi propia prisión, contenedor del tormento que me zarandea sin piedad.

Noto cómo me apago, percibo cómo mi calor corporal retrocede ante la horda de arañas de hielo que apagan una a una todas mis funciones vitales...

Un gorjeo escapa agónico de mi garganta, me ahogo...

Mi vista se nubla, mi esperanza se diluye... y entonces lo veo.

Un furioso remolino de aire emerge de entre las nubes, apartándolas con su vigor.

Un ciclón giratorio parece dirigirse raudo en mi dirección. Intento enfocar la mirada, pero me pesan los párpados y el aire escapa de mis pulmones en un silbido entrecortado.

El tornado envuelve a la oscura fuerza que me atenaza. Oigo un rugido espeluznante, como el gruñido lastimero de un animal. El espectro de Kamil me libera y caigo al suelo, presa de espasmódicos jadeos en busca de aire.

Logro alzar la cabeza entre toses violentas. Mi cuerpo se estremece en continuos escalofríos, para alejar el frío que cala mi interior.

Sobre mi cabeza observo dos fuerzas entremezcladas, girando e impactando entre ellas. La negrura de Kamil y el brillante plata de mi genio de aire enzarzados en una batalla mortal. Un ovillo de aire y humo del que penden puntitos brillantes y que emite rugidos sobrecogedores.

Los truenos restallan sobre ellos como tambores de guerra.

Intento incorporarme, pero algo se me echa encima.

Un cuerpo consistente y pesado cae sobre mí. Jadeo y me debato. Allan me golpea con fuerza en su intento de reducirme.

La llama prende, esta vez con fuerza.

30

Angustia

Kamil es poderosa, una arpía del inframundo, que chilla como tal y pelea como un demonio.

Wahêd está débil, acaba de enfrentarse a dos esbirros de Malik, dos genios de agua que lo han herido. No es el mejor momento para medir sus fuerzas con ella. Sin embargo, apela a su decisión de vencerla, al miedo de casi perder a Cata, a la rabia que lo consume por haber llegado a esta situación.

La ghoula proyecta toda su poderosa energía contra el escudo que él ha logrado formar, pero que apenas consigue mantener. Se desgasta progresivamente. Concentra todas sus fuerzas en crear un torrente de viento huracanado que al menos la aleje el tiempo suficiente como para poder escapar.

El escudo se sacude, comienza a resquebrajarse y por las sinuosas brechas se filtra un humo ondulante que lo atiere. Maldice entre dientes, sabe que no aguantará mucho más.

Su poder se resiente, su energía se apaga. Kamil redobla sus esfuerzos y el escudo se volatiliza. Wahêd recibe la ponzoñosa emanación de la ghoula, lo que lo hace perder su apariencia aérea y caer al suelo doblado en dos, sacudido por bruscos espasmos que lo contorsionan dolorosamente.

No puede dejarse vencer, piensa, tiene que apurar hasta el último resto de energía que encuentre. Tiene que salvarla. Y entonces, un resplandor rojizo llega hasta él.

Alza la mirada y lo que ve lo subyuga.

Una diosa de fuego extiende los brazos, un halo ardiente emana de su cuerpo, crepitante y cautivador. Avanza hacia él, pero Kamil se interpone.

Sabe que es ella, su Cata, y sabe que el fuego avivado por el aire aumenta su poder. Juntos pueden lograrlo.

Se concentra profundamente, deja brotar su último hálito de

energía y retoma su apariencia aérea, girando con violencia. Ese movimiento de aspiración atrae como un imán el fuego que despide Cata. Y entre ellos se crea un torrente de llamas que atraviesa el cuerpo de Kamil, arrancando un estridente chillido en la ghoula. Su hebras espectrales se crispan y encogen y a continuación desaparecen.

Wahêd, exhausto y desgastado, pierde nuevamente su apariencia aérea y, tambaleante, se dirige hacia Cata, cuyo fuego comienza a palidecer.

Se miran en silencio, jadeantes y conmocionados. Él abre los brazos, tienen que largarse de allí con urgencia. Pero ella titubea, mira hacia atrás y, ya con su apariencia normal, se dirige hacia una esquina de la azotea.

—¡Cata!

No le contesta, sólo se agacha y recoge algo del suelo.

Es el medallón de Horus. Se lo cuelga al cuello y corre hacia él.

Cuando la estrecha entre sus brazos, algo se derrite en su corazón, una fuerza lo sacude, el miedo lo abandona. Se estremece de alivio al saberla de nuevo junto a él.

Aunque está furioso, muy furioso con ella. Antes de introducirse en el vórtice dimensional, visualiza el interior del Phantom. Lo último que ve es un cuerpo inerte humeando.

Cata conduce. Está inquieta y echa furtivas miradas a Wahêd, entre ansiosas y preocupadas.

—Has estado a punto de morir —le espeta él, huraño.

—También tú.

—Pero no por mi culpa —replica con sequedad.

Cata aprieta los labios, le brillan los ojos.

—Lo… lo siento… Yo… Me dijo que Tessa estaba en el hospital y…

—¡Maldición! —brama Wahêd—. Te creía más lista. Te dejo sola un segundo y a punto has estado de mandarlo todo al garete. ¿No pensaste que era una trampa?

—Sí, pero tenía que asegurarme.

—Pues tu comprobación casi te lleva a la tumba —rezonga furioso —. Y a mí contigo.

—¡He dicho que lo siento, joder! ¿Qué más quieres que diga? He sido una redomada estúpida, una imprudente, una ingenua, pero no puedo retroceder en el tiempo y cambiar lo que he hecho. —Su mirada se nubla, su rostro se congestiona en un sollozo—. Además, no

sé qué le habrá pasado a Tessa estando con ese....

—Allan fue seducido por las fuerzas del mal —afirma pensativo—. Pero no ahora, hace ya un tiempo.

A su mente acude la advertencia de Yaced. Allan era la trampa, Cata el cebo y él el objetivo.

Ella gira la cabeza hacia él con los ojos abiertos como platos, pálida y temblorosa.

—No puedo creerte —replica.

—Dime, la vez que te atacó Kamil y te sumergió en el lago, ¿viste a Allan en el parque?

Asiente y se muerde el labio inferior.

—Encontré tu colgante en el camino. Supongo que debió soltártelo, digamos... ¿mientras te besaba?

Su voz se arrastra con evidente incomodidad.

—Me abrazaba —puntualiza ella.

El solo hecho de imaginarla abrazada a otro hombre lo descompone.

—Bueno, pues ya sabes que el único abrazo seguro es el mío —rezonga desdeñoso.

Ella lo mira de reojo, frunciendo el cejo.

—Ahora lo sé —admite—. Entre las curiosas capacidades que he heredado de mi padre, la adivinación no es una de ellas.

—La obediencia tampoco —masculla él, frustrado—. Creo que te avisé sobre eso. Te dije bien claro que utilizarían a tus seres queridos para tenderte una trampa. Cualquier genio puede adoptar la apariencia que desee.

—Pero dudo que pueda imitar el comportamiento, los sentimientos y la forma de hablar —alega testaruda.

—Cierto —admite con sequedad—. Por esa razón sé que era Allan, tu Allan —añade tenso, acentuando con cierto regusto amargo cada sílaba—. Además del siervo de Kamil.

—Pero ¿cómo...?

—Las fuerzas oscuras también gozan de siervos humanos, que usan como guardianes, con la promesa de concederles sus más ansiados deseos cuando cumplan su misión. Actúan como esbirros de los genios de alto rango. Estoy seguro de que Allan dio contigo por orden de su amo, en este caso ama.

Cata bufa reprobadora, niega con la cabeza y le dirige una mirada porfiada.

—¡Por amor de Dios, conocí a Allan en la universidad!

—¿Y?

—Demasiados años sin delatarme, ¿no?

Wahêd respira hondo y niega también con la cabeza. Esboza una sonrisa cínica y resopla.

—Tenía que asegurarse, necesitaba una prueba, buscaba la llave... —hace una mueca malhumorada— ...sin saber que la tenía entre los brazos.

Cata toma el desvío hacia el aeropuerto, tras dedicarle una mirada tierna.

—Estás celoso —afirma.

—Estoy furioso —rectifica él, con el cejo fruncido.

—Y celoso —insiste ella con una sonrisa incipiente en su atribulado rostro.

Wahêd gruñe y mira al frente en silencio, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—No puedo creer que alguien como tú pueda ser capaz de envidiar nada —musita Cata, sin apartar los ojos de la carretera.

La nota tensa, triste, preocupada y cansada, pero contiene todas esas emociones con encomiable esfuerzo. Él la ayudará a liberarlas. Tiene que sacarlas de dentro antes de que la envenenen y la lleven a cometer otra locura. Pero ahora no es el momento, corren grave peligro. A buen seguro, Kamil debe de estar reuniendo a todas sus huestes para atacarlos.

—No soy humano, pero tengo sentimientos.

—No me refería a eso —aclara ella.

—¿A qué entonces?

Parece replantearse lo que va a decir. Finalmente, claudica ante sí misma y murmura con un hilo de voz:

—A que eres jodidamente perfecto.

Wahêd reprime una sonrisa vanidosa e intenta contener las ganas de besarla. Sin embargo, se descubre perdiendo la batalla. Maldice entre dientes, alarga el brazo hacia el salpicadero del vehículo, transmitiéndole su magia para que se detenga y luego se vuelve hacia Cata, se inclina sobre ella y se abalanza sobre su boca, tomándola con delirio.

Es un beso brusco, liberador, ansioso, desesperado. Ella se debate, intenta poner de nuevo en marcha el vehículo, alarmada, pero él no ceja. La inmoviliza y la somete a su férreo control.

Su oposición se derrite, la lengua de Wahêd pasea triunfal por el reino conquistado, paladeando la dulzura de la mujer, imprimiendo en

el beso todo lo que le hace sentir, volcando en su boca el miedo a perderla, la absoluta y primaria necesidad de poseerla, la locura que barre sus defensas, el amor que lo ahoga y del que ya no puede ni quiere escapar.

Ella jadea y se entrega por entero, igualando su pasión. Wahêd siente sus manos recorriéndole los hombros, la nuca, agarrando su cabello, atrayéndolo hacia ella, como si quisiera fundirlo con su cuerpo. Y se siente morir de agonía.

Ya no hay vuelta atrás, su destino ya no lo rige una misión, ni siquiera sus principios, sólo manda su corazón.

Plenamente insatisfecho, logra apartarse a regañadientes, vuelve a su posición y mira al frente con mirada circunspecta. Sabe que Cata tiene los ojos puestos en él, que la pasión ruboriza sus mejillas e ilumina sus ojos, y que si posa la vista en sus inflamados labios, no se conformará sólo con un beso.

—Concéntrate en conducir, pelirroja, no querrás matarnos —dice, ocultando una sonrisa, mientras toca de nuevo el salpicadero.

Cata exhala un gemido sorpresivo y coge con urgencia el volante. Lo mira ceñuda.

—¡Eres tú el que vas a matarnos, insensato!

Wahêd arquea una ceja y sonríe travieso de medio lado. Sus ojos chispean.

—De placer, provocadora.

—¿Provocadora yo? ¿Qué he hecho para haberte tentado a besarme?

—Existir.

Sus cristalinos ojos aguamarina se clavan enternecidos en los suyos. Suspira profundamente. Su pecho se agita y toda ella reverbera con una majestuosa aura dorada. Está tan bella que quita el aliento.

—Joder, Yinn —se lamenta, aunque en tono suave y meloso—, estamos en peligro de muerte y derrochas todas tus armas de seducción en un maldito coche, rumbo al infierno.

—Jerusalén no es tan feo —replica sardónico.

—Jajajajajajaja... ¡Oh, Dios, te amo!

Su sonrisa ilumina el habitáculo, el grisáceo día y su corazón.

—Creo que yo también —admite él, respirando hondo.

—¿Crees?

Wahêd la mira largamente, memorizando cada rasgo de su rostro, sumergiéndose en el océano de su mirada, saboreando cada ondulación de su cabello, inhalando su aroma, su esencia,

regocijándose de su alma. Sabe que es suya y hasta que su vida se apague, lo seguirá siendo.

—Nunca he sentido nada parecido —confiesa—. A decir verdad creo que la palabra «amar» no está a la altura de lo que me haces sentir. Me revientas el pecho, Cata.

Ella dirige de nuevo su mirada a la carretera, de sus ojos brotan gruesas lágrimas. La línea de sus hombros se tensa, sus labios se contraen.

—Cata...

Alarga la mano hacia su mejilla e interpone un dedo índice en el húmedo surco de su piel, arrastrando una cálida lágrima fuera de su irregular sendero.

—Es... es tan injusto —murmura ella—. Encontrarte para perderte. Pero te juro que no lo voy a consentir.

Wahêd no responde, la opresión que siente se lo impide. Sí, es muy injusto, piensa, un ser inmortal, solo y vacío, se llena de amor justo cuando debe entregar su vida. Y aunque sabe que si lograra conservarla jamás podría ofrecerle un futuro, que sus destinos estarían separados indefectiblemente, que vivirían en mundos distintos, aun así, sólo por poder rememorar eternamente cada segundo vivido a su lado, valdría la pena soportar los siglos venideros.

Se acercan al aeropuerto. Cuando Cata toma el desvío hacia una pista privada, Wahêd percibe en ella un inquieto malestar.

—He de confesar que... —Se muerde nerviosa el labio inferior y agrega—: Me he enfrentado a los hermanos áureos al intentar salir del avión.

Wahêd la contempla atónito.

—Están bien —se apresura a añadir ella—, pero deben de estar furiosos conmigo.

—Yo lo estoy —rezonga— y más que ellos.

—No lo parece.

Le sonríe confiada, se pone un mechón de pelo tras la oreja y vuelve su atención al frente.

—Lo parecerá, pero que esté loco por ti no impedirá que te tumbe en mis rodillas y te dé una buena azotaina. Y ya te aviso que si vuelves a cometer una locura semejante, vas a sufrir la terrible ira de un genio de aire muy de cerca.

—¿Cómo de cerca?

—¡Provocadora!

—Jajajajajajaja... tentador.

El aerodinámico jet privado sigue en la pista, con la escalerilla bajada y una portezuela abierta.

Cata detiene el coche y mira temerosa hacia el avión.

Wahêd fija sus ojos en el udyat que descansa entre la hendidura de sus senos y dice pensativo:

—El medallón de Horus es más poderoso de lo que imaginaba. No te separes de él, pase lo que pase.

Salen del coche. Al instante, Sam y su acólito Izan aparecen en la puerta abierta del avión. Wahêd mira al cielo, siente la energía oscura que tiñe las nubes y la cercana presencia de sus congéneres. Los buscan.

—Rápido, cada segundo es crucial.

La coge de la mano y la conduce hacia la escalerilla.

Sam se aparta para dejarlos pasar al interior de la aeronave.

—Hemos creído que estaba todo perdido —masculla malhumorado.

Se estira la chaqueta del traje con gesto impaciente y mira a Cata sin disimular su desconfianza.

—He tenido que hacerlo —se excusa ella, sosteniendo altanera la mirada del Ipsissimus.

—No perdamos más tiempo, Sam —urge Wahêd, interponiéndose entre ambos—. Te aseguro que no nos sobra.

El hombre asiente todavía ceñudo y los conduce hacia los asientos de piel.

—Ahora comprendo lo especial que es —murmura, escrutando intrigado a Cata.

—No imaginas cuánto —contesta Wahêd, guiñándole un ojo a ella, que se sienta y se abrocha el cinturón.

Él se acomoda a su lado. Odia viajar en todo tipo de artefactos, pero su opinión cambia cuando Cata rodea su brazo y apoya la cabeza en su hombro con un suspiro complacido.

31

Jerusalén

Amanece.

Tenues halos dorados acarician las doradas cúpulas de sinagogas y mezquitas, iluminan los coloridos vitrales de las iglesias y aclaran la piedra caliza dolomítica de las numerosas construcciones que abarrotan las angostas y ancestrales callejuelas de la gran urbe.

Caminamos por la Ciudad Vieja de Jerusalén. A esa hora, los animados mercados aún duermen. El eco de sus pasos resuena en las calles empedradas, cubiertas en varios tramos por bóvedas que conectan algunas viviendas.

Se respira un misticismo especial. Esta ciudad vibra con una energía peculiar, intensa y contenida, como el latido amortiguado de una crisálida a punto de romper su envoltura. Se puede sentir su poder, su pasado respira en cada poro de la piedra que piso, en cada rincón, en cada murmullo, hasta en la brisa con aroma a pino y azahar que inunda mis fosas nasales, despertando hasta el más dormido de mis sentidos.

Yinn camina a mi lado, un hermoso gigante, que avanza con paso seguro, echándome fugaces miradas para absorber cada una de mis expresiones, mientras recorremos una ciudad añeja y rebelde, pero tan embriagadora que subyuga.

Junto a Sam y a sus dos hermanos de logia, Louis e Izan, de pétrea expresión y mirada permanentemente suspicaz, nos dirigimos a la Explanada de las Mezquitas o monte del Templo, en cuyo interior están los dos templos más importantes del Islam, la mezquita de Al-Aqsa y la Cúpula de la Roca.

—Espero que tus hermanos no sean judíos —le dice Yinn al maestre—, o se tendrán que quedar fuera del recinto.

—Ninguno de mis acólitos judíos osaría entrar en el monte del Templo —responde el Ipsissimus—, violarían el sanctasanctórum.

—El lugar sagrado de los judíos se limita al muro exterior, el Muro

de las Lamentaciones —puntualizo yo.

—Precisamente por eso es un punto caliente de la ciudad —explica Sam.

Yinn asiente circunspecto.

—Cuando comiencen las obras del tercer templo de Salomón, se desatará el verdadero conflicto, el definitivo, la bomba estallará.

La mirada del Ipsissimus se oscurece con un velo de preocupación.

—Artesanos hebreos de todo el mundo están fabricando todas las piezas necesarias para el interior del templo. Las mujeres judías ya han tejido el gran cortinaje que separa los espacios de oración y están listos los ropajes sacerdotales. Hasta han sido seleccionados los sacerdotes, que se preparan concienzudamente para su sagrada misión y tienen en su poder la reliquia más sagrada del judaísmo: la menorah original.

—¿La menorah? —inquiero.

—El candelabro de siete brazos. Tiene el tamaño de un hombre y es el objeto sagrado más importante y antiguo del judaísmo —responde Yinn—. Simboliza el espíritu de Yahveh y representa la zarza ardiente que vio Moisés en el monte Sinaí.

—¿Quiere decir todo eso que la reconstrucción ya es un hecho?

Yinn me mira y asiente con gravedad.

—Esta vez no se alzará con la ayuda de ningún genio mágico, pero será un genio mágico quien querrá alzarse en su trono.

Trago saliva y me acerco a él, que me pasa un brazo sobre los hombros. Este simple gesto me proporciona una seguridad reconfortante.

—No si podemos impedirlo —murmura Sam.

Giramos a la derecha del Muro Occidental y atravesamos la plaza del Muro hacia uno de los accesos para turistas, la puerta de Al-Muraghradia, donde la guardia israelí custodia la entrada.

—Necesitarás un hiyab, pelirroja —dice de pronto Yinn, mirando mi alborotada y llamativa melena—. Pídemelo.

—Creía que habías dejado de ser mi genio.

Sonríe oblicuamente, alzando la V partida de su ceja izquierda, me mira de soslayo y niega con la cabeza.

—Lo soy, sólo que ahora yo decido cuándo serlo y cuándo no. Y resulta que decido serlo casi siempre.

Sonrío encandilada por su expresión pendenciera.

—¿Casi?

—Siempre te quedas con los matices, y luego el cínico soy yo. Casi,

pelirroja, porque me obligas a tomar el mando cuando pierdes los estribos. No creas que olvido los azotes que te debo.

Asiento divertida a pesar de las circunstancias e ignoro la mirada impaciente de los hermanos áureos, para centrarme en mi gigante.

—Deseo un pañuelo blanco y lo deseo ya.

Yinn se mete la mano en el bolsillo trasero de sus desgastados tejanos y saca lentamente un hiyab blanco, pero no me lo da. Se acerca a mí y lo dispone sobre mi cabeza con mimo.

—El blanco te favorece, Cata —murmura.

El roce de sus dedos en mi piel me estremece.

—Ese truco se lo he visto hacer a magos mediocres —masculla Louis, mordaz.

Izan sofoca una carcajada y mira a Yinn.

—Reza para no tener que presenciar mi mejor actuación —contesta el genio, sonriente.

—Hay otro problema —informa Sam—. Tienen un escáner corporal y no creo que les guste lo que vean cuando pases tú.

—¿Y quién te ha dicho que yo voy a pasar ese control de seguridad? Os espero dentro de la Cúpula de la Roca.

Y, sin más, esboza esa endiablada sonrisa que remueve hasta la más recóndita fibra de mi ser, se da la vuelta y camina indolente, con las manos en los bolsillos de los tejanos. Me dirige una última mirada, me guiña el ojo izquierdo y se adentra en un estrecho callejón.

Siento la necesidad casi imperiosa de correr tras él.

En cambio, avanzo hacia la puerta de acceso, junto a los hermanos de logia.

Justo en ese instante, se oye el estirado canto del muecín reverberando en los muros de piedra, flotando sobre nosotros y viajando en la brisa matutina, melódico y regular, anunciando la primera oración de la mañana.

—No los mires a los ojos —me aconseja Sam—, muéstrate cabizbaja y sumisa. Nosotros te escoltaremos y cubriremos. Simula leer esto.

Y me entrega un folleto turístico de la Explanada de las Mezquitas.

Asiento y miro furtivamente tras de mí.

Caminamos a buen paso y, cuando llegamos a la entrada, atravesamos un arco electrónico. Dos guardias israelíes, uniformados y armados, nos escrutan con gravedad.

Haciendo caso del consejo de Sam, me concentro en el folleto, como una típica turista, sin atreverme a sostener la atenta mirada de

los soldados.

Justo cuando los dejamos atrás y accedemos a la inmensa explanada, uno de los soldados se dirige a Sam en inglés.

—La mujer no puede entrar a la mezquita durante la oración. Habrá de esperar a que termine.

—Gracias, así lo hará —contesta Sam. Sus ojos azules se posan en mí—. ¿Podemos visitar mientras tanto la Cúpula de la Roca?

El soldado asiente y se rasca la tupida barba negra.

—Sí, pero ya sabe, nada de fotos.

—Por supuesto —asiente Sam con una sonrisa agradecida.

El hombre emite un débil gruñido, supongo que complacido, y se vuelve a su puesto.

Caminamos hacia el singular edificio, situado casi en el centro de la explanada completamente despejada y yerma. Allí, en ese dominio de piedra caliza, se yergue una joya arquitectónica peculiarmente cautivadora, como una delicada flor en mitad de un desierto.

A medida que me acerco a la construcción, su belleza me sobrecoge.

Lo más llamativo y espectacular sin duda es la enorme cúpula de oro, rotunda y pulida, que la corona, elevándose unos treinta metros del suelo. El edificio tiene una base octogonal, dividida en dos naves, con una corona de ocho pilares separados entre sí por arcadas. Cinco ventanas por lado, cubiertas con ricas celosías, rompen la densidad de la piedra. La ornamentación vegetal y de formas geométricas multicolores dotan a la construcción de una vistosidad incomparable.

Más allá se divisa la mezquita de Al-Aqsa, con su cúpula de plata y su planta rectangular de muros irregulares. Es inmensa.

—¿Por qué la llaman la Cúpula de la Roca?

Sam me mira hierático, parece inquieto.

—Lo sabrás cuando entremos.

Avanzamos con paso largo hasta la entrada. Atravesamos las arcadas exteriores y nos adentramos en un recinto lleno de columnas romanas y bizantinas, ricos mosaicos de vivos colores, con jarrones, motivos vegetales, cornucopias, ornamentos reales, coronas e inscripciones de citas coránicas.

Miro a mi alrededor impresionada.

Dos deambulatorios concéntricos, separados por pilares y columnas con fustes de mármol y capiteles de oro, permiten recorrer el perímetro de la enorme losa de piedra que da nombre al edificio.

Atravesamos el segundo deambulatorio hasta la barrera que

protege la Roca Sagrada.

—La llaman la Roca fundacional —dice Sam, contemplándola con actitud reverencial—. Según los musulmanes, es el punto desde donde Mahoma ascendió a los cielos para reunirse con Dios. Según los cristianos y los judíos, es donde Abraham estuvo a punto de sacrificar a su hijo Isaac en nombre de Yahveh. Y también donde Jacob vio la escalera al cielo.

—Y según yo, es la entrada al templo de Salomón.

Me vuelvo sobresaltada ante la suave voz que me acaricia el oído, y me topo con el poderoso pecho de Yinn.

—No pongas esa cara, pelirroja, ya sabías que te esperaría aquí —musita burlón.

Miro en derredor, estamos los cinco solos, a excepción de un guardia que deambula flemático.

—Pero no sabía que aparecerías justo tras mi espalda.

Sonríe de medio lado, inclina ligeramente la cabeza y niega con ella.

—No, preciosa, he aparecido tras aquella arcada y me he acercado a ti. Soy tan sigiloso como un gato.

—Voy a tener que ponerte un cascabel.

Arquea un ceja y me observa socarrón.

—¿Es un deseo?

Sonrío, prendada de su pícara expresión.

—Lo que van a ponernos a todos son unas esposas, si seguimos perdiendo el tiempo —advierte Sam, ceñudo—. ¿Dónde está exactamente la entrada al templo?

Pasea su escrutadora mirada por toda la vasta e irregular extensión de la piedra y luego la posa intrigado sobre Yinn.

—Justo debajo de esta roca.

Yinn la señala y su expresión adquiere gravedad.

—Puedo verla —confiesa—. Esta Roca Sagrada lo es realmente. No sólo ha sido testigo de acontecimientos relevantes para vuestras religiones monoteístas, sino que también guarda la entrada a los subterráneos del antiguo templo de Salomón.

Los demás hombres se miran entre ellos. Detrás se oye el eco de los pasos del guardia.

—¿Cómo accedemos? —inquiere Sam con preocupación.

Yinn mira hacia atrás un instante y espera a que los pasos se alejen.

—Cogeos de las manos, tenemos que formar un círculo —explica,

tomándome de la mano y tendiendo la otra—. No se os ocurra soltaros.

El acólito áureo de pelo claro, Louis, mira la mano de Yinn con cierta aprensión, pero titubeante, alarga la suya. Sus ojos brillan temerosos.

—Creía que estabas deseando presenciar otro truquito de magia —se mofa Yinn.

El hombre traga saliva y frunce el cejo, dándose valor.

Sam toma mi mano y la de su hermano Izan y así completamos el círculo.

Yinn nos mira uno a uno, respira hondo y cierra los ojos. Su poderoso pecho se alza en cada inspiración, su cejo se frunce y sus manos se crispan. De sus labios brota una extraña letanía, con aquella voz de ultratumba que nos eriza la piel.

Comienzo a sentir un hormigueo eléctrico que me recorre la piel, acompañado de una sensación de ligereza inusitada. Miro asombrada a mis compañeros, que se diluyen ante mis ojos en una incorporeidad manifiesta. Sus miradas alarmadas y estupefactas se tornan difusas. Observo mi cuerpo y creo dejar escapar una exhalación de asombro cuando compruebo que pierdo consistencia. A cada palabra pronunciada por Yinn, nos convertimos en seres translúcidos, apagándonos de manera gradual.

Siento vértigo y una sensación de vacío insidiosa que me inunda irremisiblemente. De repente, noto que caigo, que algo me atraviesa. Quiero gritar, pero no puedo. Soy arrastrada por una vorágine de colores entremezclados, succionada por un canal giratorio. Sólo una cosa me ancla, su mano.

Súbitamente, mis pies toman contacto con una superficie material y consistente, siento una leve sacudida y el hormigueo comienza a diluirse. Respiro un aire rancio y acre que hace que me pique la garganta. Todo es negrura pesada y opresiva, pero poco a poco una luz azulada comienza a iluminar el espacio cerrado en el que nos hallamos.

La luz proviene de Yinn.

Todavía unidos, con las manos enlazadas, nos observamos entre jadeos de asombro y semblantes descompuestos y asustados.

—¿Qué tal este truco? —le pregunta Yinn sonriente a Louis, que se sacude trémulo—. Séptimo principio del hermetismo —agrega mirando a Sam—: todo se transmuta de estado en estado, de grado en grado, de condición en condición, de polo a polo, de vibración en

vibración. La verdadera transmutación hermética es un método, una práctica, un arte mental. Un arte que buscáis, que tenéis a vuestro alcance, pero que por algún motivo os cuesta lograr. Todo es mente.

Yinn suelta la mano del acólito, pero no la mía. Me atrae hacia él y me abraza.

—Estás helada —dice, mientras me frota la espalda.

Mis brazos se enredan en su cuello. Yinn suspira cuando me fundo con él en un abrazo.

—Cata —me susurra al oído—, no puedo despegarme de ti.

Lo estrecho más si cabe, cuando oigo un carraspeo a mi espalda.

—Síii, ya sé —rezonga Yinn con pereza—, tenemos que salvar el mundo.

Se aparta de mí con evidente renuencia y mira hacia uno de los cuatro túneles que se abren en la sala en la que nos hallamos.

—¿Por qué brillas? —pregunto, admirando el halo de luz azul claro que mana de su piel, los tatuajes de sus antebrazos refulgen con intensidad.

—Porque si no, no veríamos nada —responde, guiñándome un ojo.

Bufo y pongo los ojos en blanco.

—Cata, soy un djinn de aire, poseo el poder de la tormenta, los relámpagos, los vientos y tornados. Este halo que proyecto es el fulgor de los rayos que soy capaz de desencadenar en mi interior.

—Impresionante —comenta Sam, maravillado—. Creía que todos los genios mágicos eran de fuego.

—No —aclaro—. Los hay además de aire, tierra y agua.

—Los cuatro elementos, cómo no —reflexiona Sam—, pensaba que eran elementos protectores.

—Lo éramos—afirma Yinn—, hasta que vuestra ambición nos traicionó.

—La ambición de un rey antiguo —matiza el Ipsissimus—. No creo justo que paguemos todos por él.

—¿Acaso Salomón fue distinto de como sois vosotros ahora? ¿Acaso he hallado algo más que ambición en vuestros corazones a lo largo de mis innumerables servidumbres? Ni uno solo de mis vasallajes me han hecho pensar lo contrario. Ni uno solo de los deseos que he concedido me ha sido devuelto.

»Sí, reconozco que ha habido humanos que han sabido utilizar bien sus deseos en favor de un bien común, pero han sido los menos. Te aseguro, Sam, que esa nimia proporción no os exime de culpa.

—Y aun así piensas sacrificarte por nosotros —murmuro con

pesadumbre.

Yinn clava en mí su brillante mirada, mi corazón da un vuelco ante su intensidad.

—Esa pequeña parte me vale —replica, señalando mi corazón—. Hay futuro para vosotros, mas no para mí. En realidad sólo estoy siendo objetivo.

Trago saliva y aparto ofuscada la sola idea de perderlo. Empujo el pensamiento a un rincón de mi mente y lo encierro en un apartado oscuro y recóndito.

«No —me digo—, no sé cómo, pero no voy a perderlo.»

Siento ganas de llorar, aprieto los labios y bajo la vista.

—Elegid túnel —indica Yinn—, hemos de encontrar cuanto antes el *Lemegeton*.

32

Clavicula Salomonis

La teletransportación colectiva lo ha desgastado más de lo que había supuesto. Siente que sus fuerzas merman progresivamente y sólo ruega no tener que utilizarlas más.

Ése es el último tramo de su viaje, de su existencia. Su destino siempre lo ha estado conduciendo a este momento y hubiera partido complacido si no fuera por ella. Ve con tanta claridad lo que llena el corazón de Catalina, que apenas puede contener las ganas de amarla hasta el final. Un final que nota atrozmente cerca.

Wahêd los conduce hacia uno de los túneles subterráneos al azar. Pero cuando se aproxima a la entrada, ve un símbolo sobre el dintel. Se detiene y lo observa intrigado.

—Estos extraños caracteres que acompañan a este símbolo son los que se mencionan en el *Lemegeton*, el Transitus Fluvii, alfabeto oculto —apunta Sam—. Louis, ¿los reconoces?

Éste entrecierra los ojos y los estudia con atención.

—Las inscripciones parecen hebraicas.

Wahêd observa el dibujo. Un doble círculo encierra ocho flechas con figuras geométricas en los extremos que dividen el interior; en el espacio entre ambos círculos, aparecen cuatro inscripciones.

—No —dice él—. Son pantáculos planetarios. Y no es hebreo, sino un alfabeto místico conocido como la Escritura de Malaquías, o escritura de los ángeles. Para obtener la forma de los caracteres de este alfabeto se basan en las posiciones de las estrellas en los cielos y trazan líneas imaginarias de una estrella a otra. Estamos ante uno de los sellos mágicos de Salomón, el pantáculo que invoca al planeta Venus.

—Imagino que la entrada a los demás túneles estarán marcadas por otros símbolos —aventura Sam.

Wahêd asiente y se dirige hacia el pasadizo de la derecha. Sobre la entrada, grabado en la piedra, hay un doble círculo de nuevo, esta vez

encerrando un cuadrado seccionado en otros dieciséis más pequeños; dentro de cada minicuadrado, un carácter malaquiano.

—Éste es el pantáculo de Saturno —dice Wahêd—. Resulta obvio cuáles serán los otros dos.

Siente la mirada inquisidora de Cata sobre él; en cambio Sam y sus acólitos asienten.

—Júpiter y Marte, ¿no? —pregunta Sam.

—En efecto.

Wahêd siente cómo su cuerpo se rebela y su poder languidece. Esos sellos protegen contra espíritus malignos. Experimenta el impulso de alejarse de allí. Su interior se retuerce con un dolor pulsante que soporta a duras penas. No obstante, ha de continuar.

—¿Y cuál debemos seguir? —pregunta Cata, acariciándole el brazo.

Ella tampoco puede dejar de tocarlo.

Todos lo miran, pero él no sabe la respuesta.

Se encoge de hombros y frunce el cejo. El tiempo es crucial, su malestar se agudiza.

—Según la copia de Crowley, debemos ceñirnos al día y a la hora para averiguar el planeta correcto —interviene Sam.

—¿Tenéis aquí la copia?

—La tengo aquí —responde Louis, señalándose la sien.

—Bueno, pues es viernes —continúa Sam. Alza la muñeca y mira su reloj de pulsera, encarándolo hacia la luz que proyecta Wahêd—. Ahora son las ocho de la mañana.

Esta vez todos contemplan a Louis expectantes.

—Ambos datos coinciden con Venus —afirma él con seguridad.

Se dirigen de nuevo al túnel de la izquierda, el marcado con el pantáculo de Venus, y se aventuran en un corredor angosto y profundo.

Wahêd va primero, Cata tras él, Sam y los dos acólitos, Louis e Izan, cierran la fila.

El hueco eco de sus pasos resuena en la piedra, alargando el sonido a lo largo del túnel, envolviéndolos.

Wahêd comienza a sentir un aura extraña, latente e inquietante, como una presencia que se cierne con fuerza sobre ellos. Quizá sean los vestigios del poder que ese templo tuvo en la Antigüedad, reminiscencias mágicas, o incluso la regia figura espectral de Salomón.

Sea como sea, las vibraciones crecen a medida que avanzan y él las siente como pequeños aguijonazos que se clavaran en su piel. Todos

sus instintos se agudizan, sabe que deambulan por un lugar vivo, dispuesto a engullirlos en sus negras fauces. Algo peligroso acecha en las sombras, no le cabe la menor duda.

Llegan a un recinto amplio, cuadrado, con paredes de piedra arenisca, plagada de inscripciones planetarias. Hay cuatro gruesas columnas circulares formadas por bloques y labradas con símbolos cabalísticos, y en la pared opuesta, una enorme puerta de plata con la estrella de David grabada, les cierra el paso.

—No puedo teletransportaros a través de ese material —informa Wahêd.

Se aproximan al portón plateado y polvoriento.

—Resulta obvio que protege de los genios —comenta Sam.

Cata pasea sus dedos por el enorme hexagrama, con semblante pensativo.

—No está frío —murmura con asombro—. ¡Mirad, hay una rueda giratoria justo en el centro!

Wahêd se acerca y observa con atención. Hay dos pequeñas ruedas dentadas, una a cada extremo lateral de la grande. Y dos muescas, una arriba y otra abajo.

Acerca una mano a la rueda dentada que parece mover el engranaje. Oye el roce seco y gastado de la piedra al girar y ve que en las casillas superiores se suceden cuatro símbolos planetarios, en las inferiores cuatro colores, negro, azul, rojo y verde, y que en el centro hay un saliente que supone que activa el mecanismo.

—Son los símbolos de Venus, Saturno, Júpiter y Marte —menciona Louis escrutando ceñudo la rueda.

—En efecto —masculla Wahêd—. Imagino que ahora sólo tenemos que hacer coincidir el símbolo correcto con el color adecuado.

—Bueno, entonces nada más es cuestión de ir probando —opina Sam, girando la primera rueda y presionando el saliente circular.

Se oye un resorte saltar bruscamente, justo cuando Louis grita:

—¡¡¡No!!!

Al punto, una de las cuatro columnas comienza a desplomarse, entre chirridos quejumbrosos que retumban por toda la sala.

Cata grita y se refugia contra el pecho de él, que la abraza, la pega a la puerta y la protege con su cuerpo.

Tras varios segundos agónicos, el ruido cesa, el suelo deja de temblar y una espesa nube de polvo y arena flota a su alrededor, impidiéndoles ver con claridad.

Cata y los hombres tosen violentamente. El derrumbamiento de la

columna no sólo pone en peligro la estabilidad de la sala, sino que ha consumido parte del oxígeno que hay en ella.

—¡Maldita sea! —masculla Sam con un molesto carraspeo—. No tenemos margen de prueba.

—Ni de error —puntualiza Cata—. Si se desploma otra columna, se nos caerá el techo encima.

Wahêd se aparta de ella y observa los bloques de la columna, diseminados en el fondo de la estancia.

—Ha caído la columna izquierda de ese lado. Si fallamos de nuevo y cae su opuesta en diagonal, el techo se aguantará; en caso contrario, se nos caerá encima. Mejor no averiguarlo —concluye.

—Cuatro colores, cuatro símbolos y cuatro columnas, lo he sospechado justo cuando has girado el mecanismo —dice Louis, sudoroso y pálido.

—Por Dios, Louis, ¿recuerdas el esquema de los pantáculos angélicos de Salomón? —suplica Sam, mirando nervioso a su alrededor.

La piedra cruje y se lamenta, como si rozaran unas con otras, sometidas a una presión desconocida. La estructura se debilita.

Louis cierra los ojos, sus labios se mueven en rápidos y silenciosos susurros. Es fácil ver cómo su mente pasa de un recuerdo a otro, buscando el indicado. Su concentración es encomiable en un momento como ése.

Wahêd pasa el brazo por los hombros de Cata y la pega a él. No se trata únicamente de la primaria necesidad de tenerla cerca, o de protegerla, es que además le transmite su fuerza. No sólo su alma y su corazón se sienten atraídos por ella, también su debilitado espíritu ha descubierto que puede beber del poder que desprende la mujer. Ha descubierto que ella es capaz de recargar sus fuerzas, al menos un tiempo. Y cada segundo que su magia muere, él también lo hace.

—Si poseemos el favor de los pantáculos —comienza a decir Louis de manera mecánica, como si leyera un fragmento memorizado— e invocamos a los espíritus con ellos, obtendremos su obediencia y su sumisión, porque nos temerán. Además de gozar de esas virtudes, nos protegen de peligros terrenales, de la hechicería y la brujería y ganamos el favor de los hombres.

»El fuego se extingue, el agua se aquieta y todas las criaturas temen los nombres escritos en ellos y obedecen por ese temor. Estos pantáculos se hacen del metal más adecuado a la naturaleza del planeta y de esta manera no es preciso observar la regla de los colores.

De repente abre los ojos, como iluminado por un pensamiento impactante, y nos mira con complacencia.

—¡Recuerdo los metales correspondientes a cada planeta!

Los demás dejan escapar el aliento y lo miran impacientes.

—Saturno se rige por el plomo, Júpiter por el estaño, Marte por el hierro y Venus por el cobre.

Los demás se miran entre ellos con la ansiedad pintada en los rostros.

—Puesto que este pasadizo es el de Venus, hemos de emparejarlo con el color cobre —musita Sam—. Pero ¿cuál es el color cobre?

—El color del plomo es negro —comienza Wahêd—, el del estaño ha de ser azul. El hierro, rojo, así que, por descarte, el cobre ha de ser verde.

—Pero el cobre es más parecido al rojo que al verde —objeta Louis.

—Yo sólo sé que Marte se rige por el color rojo —interviene Sam con convencimiento.

El corpulento Izan, que tiene los ojos muy abiertos y suda copiosamente, se agita nervioso y mira en derredor como buscando algo.

—Entonces Marte sin duda es rojo —dice Cata—. El óxido de hierro se usa para preparar pigmentos rojizos en la pintura al óleo. Y tengo la certeza de que el cobre corresponde al verde. En pintura usamos la malaquita para fabricar ese color, y en su composición lleva carbonato de cobre.

—Adelante entonces —aprueba Sam, fijando su mirada en Wahêd.

Él asiente, dirige su mirada a Cata y, durante un breve instante, se pierde en sus ojos. Ese mar, ahora revuelto, sigue siendo su refugio de paz. Su último deseo sólo puede concedérselo ella, y es morir ahogado en su cerúlea mirada hasta que la luz de su alma se apague definitivamente.

Suspira, intenta calibrar las fuerzas que le quedan para salvaguardar la vida de los humanos que lo acompañan en caso de que no logren resolver el acertijo, y acciona los discos giratorios, colocando el símbolo de Venus arriba y el color verde abajo.

Hace una pausa, respira hondo y presiona el saliente.

La piedra vuelve a gruñir quejicosa. Una serie de crujidos se desatan durante apenas unos segundos. Todos aguardan temerosamente impacientes, respirando agitados, pegados al enorme y pesado portalón.

Sin embargo, nada sucede. Los ruidos cesan.

—La puerta no se abre —se lamenta Cata, pesarosa.

—Tampoco ha caído ninguna columna —señala Wahêd, tan confuso como ellos.

—Lo que quiere decir que no hemos errado —interviene Sam.

—No, pero algo se nos escapa —contesta él.

—¡Es una trampa! —exclama Izan, sumido en la desesperación.

—Tranquilízate, Izan —exige Sam, furioso—. Debemos mantener la calma y pensar en lo que se nos pasa por alto.

—Hasta ahora, todo está en relación con los pantáculos —rumia Louis con semblante concentrado—. Los planetas, sus colores... todo son características de los sellos...

La luz que emite Wahêd comienza a parpadear. Todos se vuelven hacia él, alarmados.

Se apoya en Cata, las fuerzas comienzan a fallarle.

—¡Yinn! —exclama ella, sujetándolo. Su hermoso rostro se tensa en una mueca aterrada.

—Estoy bien, pelirroja —musita con calma—. Un poco débil, sólo eso.

Cata se vuelve nerviosa hacia Louis.

—¡Tenemos que salir de aquí!

—Eso pretendemos todos —señala Sam—. Estos condenados sellos nos ocultan algo...

—¡Sellos! —exclama Cata con un deje esperanzado en la voz—. ¿Cuántos sellos hay por planeta?

Louis abre mucho los ojos, iluminados por una súbita revelación.

—¡Eso es! —dice—. Cada planeta tiene un número determinado de pantáculos. Siete Saturno, siete Júpiter, siete Marte y creo que cinco Venus.

—¡Joder! ¿«Creo»? —le espeta Cata, ansiosa.

—No queda más remedio que comprobarlo —sugiere Wahêd.

—Yo lo haré —propone Sam, aproximándose al mecanismo—. Ya lo hemos girado una vez y lo que quiera que vaya a pasar ha quedado detenido. Nos quedan cuatro.

Y, con apremio, vuelve a girar ambas ruedas hasta colocar el símbolo de Venus, un círculo con una pequeña cruz en su parte inferior, en la casilla superior y el color verde en la inferior. Presiona el saliente y repite tenaz la operación. Así hasta completar la operación por quinta vez.

Cata se abraza con fuerza a Wahêd, Izan aprieta entre sus manos el

medallón que cuelga de su cuello y cierra los ojos, y Louis se limita a mirar con temor a su alrededor.

Un sonido brusco y un chirrido espeluznante los sobresalta. Algo metálico se desliza y unos goznes gruñen.

La puerta comienza a entreabrirse en lenta agonía.

Todos resoplan aliviados y se asoman precavidos a la negrura que los aguarda.

Wahêd se adelanta para iluminarles el camino. Mantiene a Cata junto a él; ella le rodea la cintura y se pega a su costado. No sabe muy bien quién sostiene a quién, ni quién protege a quién.

Aprieta los dientes, concentrando toda su energía en intensificar el halo que proyecta tan trabajosamente. Y a pesar de que consigue agrandar el círculo luminoso a su alrededor, no logra apreciar paredes, sino sólo un espacio vasto y despejado.

—Esto es enorme —murmura Sam.

El eco de su voz se pierde en el vacío, languideciendo en la distancia.

—Creo que estamos debajo de lo que fue la sala del trono —aventura Wahêd—. Era la estancia más majestuosa de todo el templo. Concretamente, nos encontramos en la Cámara del Tesoro, un duplicado exacto de la sala real en cuanto a dimensiones. Salomón accedía aquí por un pasadizo oculto bajo su trono.

—¿Aquí estuvo el Arca de la Alianza? —pregunta Cata.

—Estuvo aquí, sí, en el santuario, dentro de un tabernáculo. En la parte norte del templo. Y no sólo el Arca, sino los más fastuosos tesoros de la Antigüedad.

Ella alza la mirada hacia él con curioso interés.

—¿Hay algo que no sepas?

—Ahora mismo muchas cosas.

Cata sonríe abiertamente.

—¿Como por ejemplo?

—Como por ejemplo lo que pensarán estos tipos si te llevo a un rincón oscuro un ratito mientras ellos buscan.

—Dios, Yinn, no estás tan débil, después de todo.

—Para eso y para ti, nunca lo estaré.

Siente la mirada prendada de la mujer sobre él y un calor extraño inunda su pecho. En realidad, lo que le ha dicho es justo lo que desea hacer en esos momentos; huir con ella muy lejos de allí.

De repente siente un escalofrío, una brisa helada ha penetrado junto a ellos en la cámara.

Contrariado, ve que no es el único que lo ha percibido.

Izan mira un punto concreto, justo detrás de ellos. Su nerviosismo ha desaparecido misteriosamente y en su semblante se muestra una curiosa complacencia.

Wahêd descubre que, como temía, hay más de un esclavo en los puntos estratégicos. Eso y que su amo acaba de entrar en la sala.

Acelera el paso y llegan al fondo de la cámara, donde vislumbran un cofre dorado sobre un pedestal de piedra caliza. En el centro de la pared se abre una estrecha puerta. En las paredes laterales asoman lucernas polvorientas.

Se acerca al cofre y lo abre. La tapa emite un gruñido.

Sam se inclina y mira dentro.

—¡Está aquí!

Alarga la mano y saca un libro de tapas metálicas, con el emblemático hexagrama grabado en el centro y relieves en las esquinas. Un pasador asegura el grimorio *Clavicula Salomonis*, La Llave Menor de Salomón, el verdadero *Lemegeton*.

—¡Dios Santo! También están los elementos para montar el almadel —exclama Sam, sacando una tablilla de cera con sellos protectores y cuatro velas.

Wahêd se tensa, la maléfica presencia, fría y sibilina que se agazapa en las sombras, aguarda insidiosa. Sabe que tendrá que contenerla mientras ellos realizan los ritos. Maldice interiormente su debilidad. Es consciente de que sin la ayuda de Cata no tienen ninguna posibilidad.

—¡Daos prisa! —apremia, clavando su preocupada mirada en Sam —. No estamos solos.

Siente la mirada de los demás como dardos asustados e inquisidores que lo sepultan con una responsabilidad que lo angustia.

Cata abre mucho los ojos y se pega a él. Sam y sus hombres se apresuran con los preparativos, echando furtivas miradas temerosas a la oscuridad que los rodea.

Wahêd se inclina hacia Cata. Una idea temeraria pero necesaria toma consistencia en su cabeza.

—No puedo hacerlo sin ayuda —confiesa—. Mi desvinculación como genio deteriora mis fuerzas, lo que, sumado a los últimos enfrentamientos, hace que mi poder se resienta cada instante un poco más.

»Sólo hay alguien que puede ayudarnos y es la hermana de Kamil, Yaced. Es ambiciosa, y pretende apoderarse del trono. Invocadla

cuando tengáis preparado el almadel. Me ayudará a enfrentarme a Kamil y sus legiones. Mientras lo hago, debéis efectuar el rito de Convocación y de Eliminación. Una vez que lo consigáis, y sólo en este caso, que Sam realice el de Vinculación con el anillo. —Y añade, dirigiéndose a Cata—: Con ese rito no sólo perderás la condición de llave dimensional, sino todos tus poderes. Con él desaparecerá tu condición de híbrida y recuperarás tu vida.

—Mi vida sin ti —musita ella con un hilo de voz.

—Tu vida, sólo eso importa.

Cata se abraza a su pecho y entierra su rostro en él.

La coge de los hombros y la separa para poder mirarla a los ojos.

—Escúchame, Cata, nada de lamentaciones. Piensa que yo nunca he sido real. Evócame como un sueño, o un recuerdo con el que sonrías o suspires, pero no como un amante, ni como un hombre. Sólo he sido un sueño del que estás a punto de despertar.

—Entonces no quiero despertar.

—¡Maldita sea, Cata, abre los ojos de una condenada vez! No cometas el error de tu madre, no entregues tu vida por una quimera. No merece la pena. Dentro de muy poco dejaré de existir, yo no importo.

Ella se derrumba en sus brazos entre sollozos, aferrándose a él con una intensidad que lo desgarra.

—A mí me importas. Y me importarás mientras respire, esté donde esté.

Wahêd ya no puede resistirse más. La sujeta con firmeza y se inclina sobre su boca.

Cata lo recibe con voracidad. Sus lágrimas son saladas y tibias, su anhelo infinito, su dolor le desgarra el pecho.

Desea morir en ese beso, otorgarle el olvido. Desea no haber caído bajo su influjo, no haberla tentado, pero fue débil e incauto y ahora ella pagará las consecuencias, al menos durante un tiempo. No ha sabido protegerla y si algo agradecerá a la muerte es evitarle el peso de su conciencia.

Se obliga a apartarse de ella y la mira lleno de sentimientos encontrados, todos con un marcado matiz culpable.

—¿Serás capaz de perdonarme?

Cata cierra sus enormes ojos turquesa, mientras gruesas lágrimas ruedan por sus mejillas en un reguero incesante. Cuando los abre, el sufrimiento que se refleja en ellos apuñala su pecho.

—¿Perdonarte? Si mi vida sólo tuvo sentido el día que te invoqué.

Wahêd se sacude tembloroso. Apenas es capaz de contener lo que estalla dentro de él: un amor tan grande que lo dota de una fuerza desconocida.

—No me iré sin saberte a salvo —logra decir—. Te lo juro. Como tú vas a jurarme que vivirás por mí. Como pago de mi sacrificio, exijo tu felicidad. Quiero tu palabra, Cata. Es... mi primer y último deseo.

Ella, llorosa y trémula, hipa y asiente. Se muerde el labio inferior y frunce el cejo.

—Tienes... mi corazón, mi alma... y mi palabra.

Wahêd asiente complacido, a pesar de que el dolor lo zarandea implacable. La estrecha contra sí y piensa que el amor es sin duda la energía más poderosa del Universo y que es afortunado por gozar de ella.

—Aléjate de mí, Cata.

La separa de él y se aparta unos pasos sin dejar de absorber cada detalle de su rostro.

Ella lo observa con extrañeza y miedo.

—No, quiero estar en tus brazos hasta el final.

—El final está detrás de mí.

Siente la presencia acercarse a su espalda ominosamente.

—¡No! —exclama Cata con impotencia.

—Te amo, pelirroja, como ninguna criatura amó jamás a otra.

»¿Quieres saber el tercer motivo por el que decidí ayudarte aquel primer día?

Ella asiente compungida.

—Porque comprendí que no podría negarte nada. Tus ojos me esclavizaron con más fuerza que tu invocación.

—Yinn...

Wahêd cierra los ojos un instante, atesorando la imagen de la mujer que ama, como escudo y espada contra lo que se abalanza sobre él.

Se vuelve, aprieta la mandíbula, cierra los puños y abre los ojos, asomando a ellos toda su fiereza, su empuje y decisión. Sus tatuajes destellan, acentuando su luminoso fulgor.

Dispuesto a encarar su última batalla.

33

La última batalla

No veo nada delante de él, pero sé que lo hay por la postura combativa que adopta. Piernas ligeramente separadas, cabeza inclinada, puños apretados y la magnética y creciente luminiscencia iridiscente de sus tatuajes rituales.

Retrocedo tambaleante unos pasos, atenazada por la angustia y el miedo. Me seco las lágrimas con ademán brusco y respiro hondo. Ahora no es tiempo de lamentarse, ahora es tiempo de luchar. A medida que Yinn se aleja, la penumbra nos sepulta.

—¡Necesitamos luz! —brama Sam, contrariado.

«Es mi turno», pienso.

Me acerco a una de las lucernas y la suelto de la pared, no sin esfuerzo.

Súbitamente, una luz cegadora emerge de las profundidades de la sala, iluminando casi totalmente el amplio recinto.

Entrecierro los ojos, me los cubro con la mano e intento otear entre los dedos.

El orbe de cegadora luz impacta en Yinn, impulsándolo unos metros sobre el suelo, hasta estrellar su cuerpo en la pared opuesta.

Contengo la respiración hasta que veo que se mueve y se levanta con rapidez, sacude la cabeza y una mirada asesina unos metros más allá, sobre un ser temible que le sonríe con suficiencia y malicia: Kamil.

Un hálito de furia crece en mí. Me concentro en él, lo alimento, sé cómo despertar mi poder, pero no sé manejarlo.

Una lengua extraña, sinuosa y oscura como el movimiento de una serpiente se alza sobre nosotros, erizándonos la piel.

El desdibujado espectro de Kamil, negro y brumoso, se eleva sobre Yinn. El miedo me sacude cuando proyecta un nuevo haz de luz crepitante sobre él. Un alarido desgarra el silencio.

Aprieto los dientes y me enciendo, literalmente. La lucerna prende

entre mis manos.

—¡Daos prisa, no aguantará mucho más! En cuanto el almadel esté preparado, avisadme.

Sam y sus hombres me miran demudados y temblorosos. Se limitan a asentir y continúan con su tarea con movimientos atropellados y torpes. Sam ha dibujado en el suelo un círculo con tiza, ahora traza un triángulo más pequeño enfrente. Suda.

Sólo Izan parece tranquilo, interesado en el combate entre los genios. Esa mirada yo ya la había visto antes, una mirada de devoción y placer, de sumisión y alabanza, la misma mirada que vi por última vez en Allan.

Maldigo entre dientes. Mi furia crece, todo mi cuerpo crepita, el susurro del fuego, como una decena de pisadas por encima de ramas rotas, me acompaña mientras avanzo hacia Kamil.

Esta vez es Yinn quien somete a la ghoula a la furia de su tornado ventoso. La arrincona contra uno de los muros e intenta desintegrarla en el vertiginoso torbellino que ha creado.

Oigo largos lamentos, espeluznantes y tétricos, y siento el impulso de taparme los oídos.

Yinn sangra. No ha podido abandonar su envoltura material, quizá le falten las fuerzas necesarias para hacerlo.

Detecta mi presencia con el rabillo del ojo y apenas se vuelve para fulminarme con la mirada.

—¡Apártate, maldita sea!

—Me necesitas, gigante.

Yinn frunce el cejo, dubitativo, sopesando mis palabras. Trémulo y sudoroso, todavía emanando la energía que mantiene a Kamil atrapada, asiente con tirantez. Puedo ver cómo sufre, cómo estira sus fuerzas hasta lo indecible.

—Centra tu rabia en ella —sisea entre dientes—, enfócala y libérala cuando ya no seas capaz de contenerla. Si escapa de mi garra, tendremos serios problemas.

Cierro los ojos y visualizo una esfera de fuego girando en mi interior, creciendo incontenible, abrasando mis sentidos y obnubilando mi juicio. Una oleada de furia intensa me sacude, dando más brío al fogoso orbe que gira dentro de mí.

Las guedejas nebulosas de la ghoula comienzan a escapar de la prisión huracanada creada por Yinn, como hebras de cabello negro ondulantes flotando en un lago. Una de ellas se alarga de repente y atraviesa el hombro derecho de él como una afiladísima daga.

Un acceso de cólera salvaje y desmedida brota de mí en forma de látigo flameante. Se arquea incontrolado, ondeando y rasgando el aire, volviendo naranja el espacio a mi alrededor. Aprieto los dientes y me concentro en la ghoula que acuchilla a Yinn con los puntiagudos tentáculos de su peligrosa emanación.

Grito con todas mis fuerzas, enfocando mi energía sobre ella.

Consigo que el látigo flameante que brota de mí impacte justo sobre Kamil, que se retuerce y chilla de una manera tan aguda que sus aullidos penetran en mi mente lacerándola. Jadeo, me tapo los oídos y caigo de rodillas mareada y confusa.

El chirriante sonido se evapora súbitamente. La oscuridad me envuelve.

Un eco sordo y palpitante sigue en mi cabeza.

Me pongo en pie, alerta y asustada, e intento localizar a Yinn.

Oigo un roce y un gemido. En una esquina puedo ver apenas un parpadeante halo azulado sobre un cuerpo que se retuerce en el suelo.

—¡Yinn!

Corro hacia él, caigo de rodillas a su lado e intento con esfuerzo volverlo hacia mí.

—Se ha ido. —Le retiro un mechón de la cara e intento permanecer tranquila, aunque mi interior sea un revoltijo de angustia y rabia al ver la agonía que contorsiona su rostro.

Trago saliva. Yinn sangra mucho, tiene tres orificios en el pecho y uno en el hombro. Además de una brecha en el pómulo y una mirada derrotada.

—Volverá. —Jadea con dificultad e intenta incorporarse. Le fallan las fuerzas, se escurre y suelta una imprecación.

—¡Necesitamos luz! Todo está preparado.

La voz de Sam suena urgente y angustiada.

—Ve con ellos —dice Yinn—. Invoca a Yaced. No hay tiempo que perder, Kamil regresará con sus legiones y entonces... todos moriremos.

Siento ganas de llorar. Me muerdo el labio inferior y asiento, luchando por no derrumbarme.

—No... no te muevas de aquí.

Yinn levanta los labios en una oblicua sonrisa irónica que aligera el dolor que irradian sus ojos.

—Tranquila, pelirroja, no creo que pueda ir a ningún sitio.

De nuevo asiento, suspiro fatigosamente y me dispongo a levantarme, cuando su mano me aferra la muñeca con sorprendente

fuerza.

—Puedes hacerlo. Eres poderosa, yo lo sé mejor que nadie, porque fui tu primera víctima.

Sostengo su penetrante y orgullosa mirada enamorada, con el corazón en un puño y mi alma desgarrada por la necesidad de quedarme abrazada a su pecho. Pero sé que si lo hago seré incapaz de marcharme.

Yinn me suelta sin despegar su mirada de la mía. En sus ojos encuentro la fuerza para levantarme y alejarme de él.

Ahora, la única luz de la cámara es la que procede de mí. No necesito la lucerna, la tengo dentro.

Avanzo hacia los hombres, que me miran aliviados. Sam sostiene el grimorio entre las manos. El poderoso *Clavicula Salomonis*.

Han logrado encender las cuatro velas en cada una de las cuatro esquinas del almadel. El altar está preparado.

—Lo tengo abierto por el Ars Notoria —dice Sam—. Aquí están las oraciones necesarias para la invocación, son una mezcla de cabalística y palabras mágicas en hebreo y griego. Creo que sabré pronunciarlas correctamente. Primero realizaré el rito de Convocación, invocaré a los ángeles protectores, solicitando que destruyan hasta al último de los genios, pero me llevará un tiempo, tendréis que seguir conteniéndolos si aparecen.

Niego con la cabeza.

—No, necesito que invoques a una aliada.

Sam alza las cejas inquisidor y preocupado.

—¿Y Yinn?

—Está... muy débil.

Las palabras se me atragantan, dejando en mi boca un regusto amargo.

Dirijo una mirada sesgada a Izan, que desvía la suya de inmediato.

—Invoca a una ghoula llamada Yaced —ordeno con firmeza.

—¿Te has vuelto loca? ¿Quieres como aliada a una enemiga? —me increpa furioso.

—Tú tienes uno, ¿por qué yo no?

Abre la boca y los ojos con asombro.

—¿Me equivoco, Izan?

El aludido traga saliva y retrocede nervioso.

—¿De qué demonios estás hablando? —masculla Sam.

Louis me mira como si hubiera perdido el juicio.

—Precisamente de demonios, o más concretamente de sus esclavos

—respondo—. Por eso nos atacaron en la carretera, por eso me llamaron al móvil, por eso nos han seguido para penetrar como serpientes rastreras en este templo.

Sam y Louis contemplan a Izan alarmados.

—Adelante, Izan, póstrate ante tu ama, creo que está a punto de regresar.

Avanzo hacia él, que retrocede asustado.

Dirijo mi mirada apremiante hacia Sam.

—¡Invócala ya, maldita sea!

De pronto, Izan saca una daga ceremonial del arcón de piedra, se abalanza sobre Sam y le rebana la garganta con un movimiento rápido y preciso.

La sangre brota a borbotones. Sam me dedica una mirada aterrorizada antes de entrecerrar los ojos. Cuando Izan lo suelta, cae al suelo como un muñeco de trapo.

Mi energía prende con la virulencia de una explosión nuclear.

Con sólo alzar la mano, un rayo de fuego sale de ella hacia Izan, convirtiendo al hombre en una llama humana que corre despavorida, profiriendo escalofriantes alaridos hasta que cae inerte, y el silencio reina de nuevo.

Louis, trémulo y lloroso, niega con la cabeza y retrocede asustado.

—Te necesito, Louis, y la necesitamos a ella.

—Yo... no... —balbucea angustiado, con gesto contraído—. No puedo hacerlo...

—¡Pues tendrás que intentarlo!

Me acerco a él. Mi cabello todavía levita ondeante a mi alrededor. Sé que mis ojos son dos teas candentes y que mi halo rojizo refulge con fuerza, y que todo eso lo atemoriza casi más que el oscuro y brillante charco de sangre de su maestre, que se extiende ya hasta sus pies y que el joven mira con aprensión.

—No tenemos más salidas, Louis. Afrontémoslo.

Me acuclillo sobre el charco de sangre y rescato el grimorio de las manos de Sam. Sigue abierto por la página de la Invocación.

Se lo entrego a Louis, que alarga los brazos dubitativo.

—¡Rápido!

Fija en mí una mirada vacua y permanece inmóvil, hierático, hasta que un desvaído susurro nos alerta.

Entonces, un brillo decidido asoma a sus ojos y tengo la certeza de que puede hacerlo. Lo veo avanzar con determinación y colocarse dentro del círculo protector, con la mirada fija en el libro, frente al

triángulo donde ha de aparecer el ser invocado. El altar queda entre ambos puntos.

Me vuelvo para afrontar de nuevo a Kamil, mientras a mi espalda oigo la voz clara y firme de Louis pronunciando las oraciones pertinentes en una lengua extraña y compleja, en tono ceremonial.

Ruego que la invocación sea automática, cuando ante mí aparecen varios seres que comienzan a materializarse rápidamente.

Son numerosos. Todos son soldados, aunque totalmente diferentes en cuanto a su apariencia y color de halo. Unos son duendecillos alargados de rostro maléfico y aura verdosa, otros gigantes corpulentos con halo azul, como el de Yinn, algunos llameantes y fieros como yo y los menos se asemejan a hechiceros con barba y aura de un blanco cegador.

Al frente, la negrura luminiscente de Kamil, con su cabello negro flotando a su alrededor. La palidez nacarada de su rostro, como una máscara fúnebre, resalta como la luna llena en una noche cerrada.

El insondable pozo de sus brunos ojos, recipientes de un mal añejo y ponzoñoso, destella de complacencia cuando se posan sobre mí.

—Eres el vástago de Hefesto el Traidor —susurra—, el efret que nos ocultó el anillo de Sulayman. El que murió por mi mano y hoy tú, mujer, seguirás su destino.

Su voz suena como el irritante silbido de un ofidio. Percibo su emanación como la gélida, húmeda y áspera lengua de un reptil.

Me estremezco, presa de una cólera primigenia, de una ira palpitante y poderosa que acentúa mi halo, iluminando las paredes repletas de mosaicos e inscripciones ancestrales.

Extiendo los brazos.

Tras de mí flota una peligrosa invocación, a través de la voz del único acólito con los conocimientos necesarios para llevarla a cabo. Si Louis muere, estaremos perdidos. Él es ahora mi máxima prioridad.

El cántico, melódico y perfectamente modulado del joven, reverbera en los muros de piedra, atrayendo la atención del fiero ejército de genios que lidera Kamil.

Deslizo la mirada hacia el rincón donde yace Yinn, ni un tenue reflejo de luz emana ya de él. Siento una opresión dolorosa en el pecho, aprieto los dientes y dejo que todas mis emociones se amalgamen en un núcleo de ira contenida.

Percibo un movimiento de soslayo, apenas un destello de luz azul. Y entonces se desata el infierno.

Mi primer impulso es lanzar todo mi poder acumulado contra las

filas de criaturas mágicas que tengo enfrente. Siento como si mi interior se deshilara lentamente, como si mi alma se estirara y se constriñera, escapándose de mi cuerpo en forma de hebra que alguien se empeñara en recoger.

Jadeo trémula, mientras el abrupto torrente de fuego emerge como una entidad propia, devorando cuanto toca. Me sacudo incontrolable, zarandeada por mi propio poder. Grito de rabia y de dolor, mis entrañas crepitan, mi pecho retumba como si fuera golpeado por unas ingobernables y enérgicas baquetas. La energía que emano me desgasta, me sepulta en una maraña de sensaciones desconocidas que no sé manejar.

Siento que me deshago, que me derrito, que me consumo. Apenas soy consciente de la barahúnda de impactos luminosos que estalla a mi alrededor, ni de que alguien me ayuda a contener el ataque del primer frente de genios.

Un vibrante rayo blanquecino zigzaguea en mi dirección, abre en canal mi flujo flamígero y me alcanza justo en el pecho.

La descarga me fulmina, me atraviesa como una flecha cortando el viento. Me convulsiono atrozmente, trastabillo, retrocedo y caigo de rodillas. No puedo respirar, mis pulmones se contraen, mis fosas nasales se dilatan. Me llevo las manos a la garganta y me araño, desesperada por encontrar oxígeno.

Boqueo como un pez fuera del agua y gimo agónica. Pierdo la visión periférica y la central se me enturbia. Me retuerzo y caigo hacia atrás. La desesperación hace mella en mí. «Voy a morir», pienso, y entonces lo veo...

Yinn, sangrante y renqueando, rompe la cadena que me aprisiona, lanzando el torbellino circular de vientos huracanados contra el ser que me ataca.

Jadeo en busca de aire. Por fin mis pulmones se llenan y el alivio me arranca abruptos sollozos. Me incorporo, apoyo las palmas de las manos en el suelo y tomo profundas bocanadas antes de alzar la vista.

Lo que veo me paraliza.

Junto a Yinn hay una oscura figura femenina que combate a su lado. Su cabello es tan blanco y cegador como la nieve iluminada por el sol. No obstante, percibo la maleficencia de su ser con claridad.

Me vuelvo hacia el lugar de la invocación. Louis permanece dentro del círculo de tiza, pasando precipitadamente las páginas del grimorio, en busca del rito de Convocación que extinguirá por completo la raza de Yinn. Suda copiosamente y se muerde el labio inferior con

exasperación.

Me pongo en pie y sigo luchando. El enfrentamiento es encarnizado, hasta que un ser nuevo aparece en el centro de la estancia, envuelto en una esfera de energía luminosa.

Resulta temible. Su cabello oscuro ondea como mecido por una brisa estival, en sus ojos rasgados burbujea una maldad tan antigua como los tiempos, su rictus es rígido. Fulmina a Yaced con una mirada furiosa y su voz truena colérica. No entiendo lo que dice, pero la batalla cesa momentáneamente.

Yinn echa un rápido vistazo en mi dirección y comprueba aliviado que estoy bien. Yo no puedo decir lo mismo de él. Su lamentable estado me rompe el alma. Desplaza su mirada hacia Louis y hace un sutil gesto que interpreto a la perfección. Tengo que proteger al joven.

Después, sus labios se mueven pronunciando una frase silenciosa, una despedida que se clava en mi pecho y que humedece mis ojos.

—Te amo, pelirroja.

34

Ritos

Malik, en el centro de la sala, brama su furia por la traición de su hija y por la muerte de su primogénita. Según la ley, todo traidor ha de ser ejecutado en el acto, pero el taimado líder sabe que hay un peligro más acuciante que debe afrontar.

Yaced es más poderosa de lo que Wahêd había imaginado. En cuanto ha aparecido, ha tenido muy claro su objetivo: su hermana Kamil. Es la primera a la que ha sometido a su poder y ha segado su alma inmortal con una sola emanación de su energía.

En ese momento, el primer pensamiento de Wahêd ha sido cómo conseguir detenerla cuando se volviera contra él. Ahora, en cambio, su máxima preocupación es que Malik logre lanzar sus legiones contra el hombrecillo tembloroso que busca con ahínco en el *Lemegeton* el rito que pondrá fin a todo.

—¿Te has propuesto acabar con nuestra raza? ¿Eso pretendes, maldita?

Malik mira a su alrededor con agravio y rencor.

—Lucháis contra vosotros mismos, insensatos, cuando el único enemigo mortal está en esa esquina, temblando como una hoja en mitad de la tormenta.

Se hace el silencio justo cuando Louis comienza a entonar un salmo en voz alta y tono firme. Exhorta a los ángeles protectores a que destruyan con su luz a los siervos de Iblis. Uno a uno nombra a los ángeles, Vehuiah, Jeiel, Sitael, Elemiah, Mahasiah... y así hasta completar los setenta y dos ángeles de la Cábala, para exterminar a los setenta y dos genios mágicos y sus congéneres, a los que Salomón encerró en el reino de Uughetsean, cumpliendo lo que un ángel le reveló en un sueño.

Tiene que ganar tiempo como sea.

—No, Malik —interviene Wahêd—. Tu enemiga es aquella que engendraste, la que ha aniquilado a Kamil. La que busca arrebatarte el

trono y someternos. La que diezma tus legiones, la que posee un poder infinitamente superior al tuyo.

Yaced le dirige una sonrisa sombría, en la que se refleja orgullo e impaciencia.

—Cuando todo sea mío, Wahêd —murmura en tono suavemente amenazador—, no pienso matarte. Te convertiré en un ser infecto, en mi esclavo, del que gozaré con mil torturas.

Él le devuelve una sonrisa sardónica.

—Me complace y tranquiliza saber cuál será mi recompensa por ayudarte a destronar a tu padre.

Yaced niega con la cabeza. Su plateada melena refulge sobre sus hombros.

—Tu pago lo recibirá la mujer roja. No la mataré, aun sabiendo que tu ayuda no es desinteresada. En realidad, cuando libere a las legiones sobre la tierra, mi intención es convertirlos en esclavos, no en cadáveres. Los muertos no son útiles.

—¡Yaced!

Malik se acerca a ellos.

—Detén esta locura de inmediato.

La temible ghoula sostiene la afilada mirada de su progenitor.

—Morir o reinar, fácil elección, padre —responde con desprecio.

Y alarga el brazo. Sus dedos se cierran sobre el cuello de Malik. Miríadas de descargas eléctricas, tan finas como un hilo, se entrecruzan enredadas y crepitantes, como un nudo de relámpagos formando una soga de energía vibrante, que eleva a Malik por encima de nuestras cabezas.

Éste se sacude un instante, hasta que deja de debatirse y su aura se apaga.

La fuerza que lo sostiene lo lanza con violencia contra una de las recias columnas. El cuerpo, blando, roto y vacío, cae sobre el pavimento ya sin alma, como una triste envoltura desmadejada.

Yaced clava sus penetrantes ojos oscuros sobre las legiones.

—Vosotros también tenéis dos opciones: morir o servirme.

Al punto, todas las criaturas se postran en señal de absoluta sumisión.

La ghoula sonríe orgullosa y se vuelve hacia Wahêd, que se envara.

—¡Póstrate ante mí, condenado djinn, o la mujer roja sufrirá por tu desobediencia!

Con ademán lento, él asiente, clava la rodilla derecha en el suelo e inclina la cabeza, servil.

Oye un gruñido satisfecho y una carcajada triunfal resuena por toda la sala, como el batir de alas de un centenar de cuervos. Wahêd se estremece. Echa una furtiva mirada hacia donde se encuentran Louis y Cata y ve horrorizado que Yaced se encamina hacia ellos.

Se pone en pie, dispuesto a todo.

Yaced extiende ambos brazos, sus hombros se tensan, su nívea melena se eleva ondeando suavemente. Va a atacar.

Cata, astutamente, se ha colocado dentro del círculo, junto a Louis, que continúa pronunciando nombres de ángeles. Con el dedo índice va siguiendo las líneas del texto para no perderse, es primordial que la invocación sea perfecta. Cata ha proyectado una esfera de energía llameante alrededor de ambos, a modo de escudo protector.

Wahêd ruega que funcione cuando Yaced lanza sobre ellos su ataque. Haces luminosos, como agujas de luz, impactan en el escudo de energía, que retiembla peligrosamente.

Wahêd cierra los ojos con fuerza, apelando a toda su concentración. Acumula hasta el más ínfimo depósito de energía escondido en su interior y lo concentra en una última proyección.

Libera la energía sobre la ghoula.

Logra que cese el ataque contra el escudo, pero ahora Yaced lo vuelca sobre él.

Ambas energías se debaten por imponerse, en un pulso atroz.

Wahêd es consciente de que será derrotado, pero debe resistir todo lo que pueda. Y por los dioses que lo hará. Su debilidad y sus heridas contribuyen a la victoria de Yaced, pero su amor, su amor es poderoso.

Entre el crepitar de las emanaciones enfrentadas, oye la voz de Louis...

—Yelaiah, Sehaliah, Ariel, Asaliah, Mihael, Vehuel...

No sabe cuántos ángeles le faltan por nombrar, pero sí sabe que su energía comienza a replegarse ante el avance de la de Yaced, y que si no esquiva el flujo cuando llegue a él, morirá en el acto.

Retrocede unos pasos, tensa los hombros e inclina la cabeza. Sus brazos trémulos le envían dolorosas descargas. El sobreesfuerzo lo desgasta, arrebatándole cualquier atisbo de esperanza.

Yaced avanza hacia él, segura y paciente, con una sonrisa victoriosa en su maléfico rostro.

Wahêd vislumbra de soslayo una de las gruesas columnas y baraja la posibilidad de esconderse tras ella para escapar de la emanación un instante. Pero cuando detiene su ataque y salta lateralmente, la

energía de la ghoula lo golpea en el hombro. Cae rodando y se convulsiona. La perniciosa energía recorre su cuerpo, envenenando cada una de sus fibras.

Presa del dolor, percibe la proximidad de Yaced e intenta arrastrarse. Gruñe por el esfuerzo, y cuando ella se planta frente a él, un único rostro acude a su mente. Cierra los ojos, todo está a punto de terminar. Evoca unos bellísimos ojos aguamarina y un cabello de fuego, espeso y ondeante.

Sus labios se entreabren y pronuncia su nombre.

—Cata.

—Tu Cata morirá, igual que tú.

Pero en ese preciso instante, algo lo sacude, una incipiente llama rebelde crece en su interior, la fuerza regresa de manera sorprendente.

Abre los ojos y se pone en pie.

—No.

Yaced abre los ojos, sorprendida, y extiende los brazos nuevamente.

—No —repite Wahêd.

Descarga su potente halo de luz sobre él. El halo lo envuelve, pero Wahêd continúa avanzando.

—No.

Cuando está frente a Yaced, la coge por el cuello con todas sus fuerzas. Siente como todo su ser comienza a derrumbarse, sus sentidos mueren, su alma se seca.

Concentra toda su furia y su poder en sus manos. La ghoula chilla como una vil rata retorciéndose en un cepo. Él muere, sí, pero no lo hará solo.

Ambos caen de rodillas, ambos se sacuden trémulos, ambos se apagan. Wahêd enlaza su alma con la de Yaced, la atrapa y la arrastra hacia el abismo.

Justo cuando se siente desfallecer, dos figuras aparecen frente a él y descargan sus halos de poder sobre la ghoula, que se retuerce como una víbora aprisionada. Wahêd redobla sus esfuerzos y la sujeta vigorosamente mientras sus aliados acaban con ella.

La siente languidecer en sus manos, perder consistencia, arrugarse. Se marchita, se reseca hasta convertirse en materia quebradiza que se evapora en una nube de polvo negro.

Wahêd apoya las palmas de las manos en el suelo y jadea exhausto. Él también pierde consistencia.

Logra alzar la cabeza para sonreírle a su amigo Asum y a su

maestro, el gran Zahin.

—Asum me liberó para que muera libre —musita el maestro.

Mira en dirección a los humanos y, en su gesto, Wahêd observa con agrado su aprobación.

—Al menos nos hemos asegurado de que la maldad muera con nosotros —añade Asum—. Sin líder, las legiones no saben actuar.

Asiente conmovido y luego permanecen en silencio, escuchando el nombre de los últimos ángeles cabalísticos, Rahael, Jabamiah, Haihaiel, Mumiah...

Wahêd se desploma.

Unos pasos corren hacia él.

Cata se arrodilla llorosa y lo abraza, apoyando la cabeza en su regazo.

—No podré vivir sin ti —se lamenta entre sollozos.

—Lo... lo has prometido, peli... rroja...

—Pues no lo cumpliré, ¿me oyes? Castígame si quieres.

Wahêd apenas tiene fuerzas para esbozar una tenue sonrisa.

—Aún... te debo unos azotes.

Ella emite un sonido mezcla de carcajada y sollozo.

—Yinn... no podré...

—No. Soy Abdel Wahêd, djinn de aire y esclavo de tus deseos, como lo eres tú de los míos.

Alarga trémulo la mano y acaricia con extremo mimo el contorno de su mandíbula, pasea sus dedos por la seda de su cuello, donde percibe su latido fuerte y vigoroso.

«Es fuerte —piensa—, lo soportará.»

Cata niega testaruda con la cabeza, aferrándose a su decisión.

—Puedes... No he amado en vano a una mujer como tú. Ya no soy sólo tu esclavo, mujer... soy... también soy tu amo... y me obedecerás... ¡maldición!

Desde el fondo, las últimas palabras de Louis llegan flotando sobre ellos.

Su tiempo ha terminado.

Un ejército de ángeles translúcidos, apenas espectros alados, tan luminosos y blancos como un sol de invierno sobre una campiña helada, llenan el recinto. No llevan armas, ni tienen semblantes contrariados, sólo sonríen y tienden su mano.

—No sé adónde me llevarán, mi amor... pero mi corazón se queda contigo.

Alza la mano y un ángel se la coge.

—Nooooooooo...

Su antiguo corazón de atlante, único vestigio de lo que fue en un tiempo, se expande y se llena de una luz vibrante y pacificadora. Un asombroso bienestar lo inunda...

Un último pensamiento lo acompaña. Más bien es un ruego...

«¡Señor, oh, Dios universal, bendícela y hazla feliz!»

35

Intentos

Han pasado seis meses.

Seis largos, insufribles y abominables meses. Ya no soy una híbrida, el rito de Vinculación funcionó. Ni el anillo ni yo tenemos ya ningún poder. De hecho, lo llevo en el dedo anular de la mano derecha, justo donde nunca llevaré ningún otro.

Duele, por mucho que pase el tiempo, el dolor permanece tan vivo y desgarrador que me consume paulatinamente.

Cada vez que me meto en la cama y cierro los ojos, los recuerdos me asaltan, rompiéndome el alma. Revivo con cruda nitidez el momento en que Yinn se evaporó entre mis brazos y esa imagen hace que me sacudan los mismos violentos sollozos que me sacudieron entonces. Y luego sueño.

Sueño con su agudo sentido del humor, su seductora ceja alzada, su chispeante mirada pendenciera, su cautivadora sonrisa oblicua, su vibrante masculinidad, su sensual caminar y nuestros apasionados encuentros.

La añoranza de su contacto se acrecienta alarmantemente, apagándome de forma gradual. Lo necesito con tanta desesperación que todo mi cuerpo se rebela, vengándose de esa privación a través de la inapetencia, el desánimo, la congoja, la desidia, en definitiva, estrangulando mis ganas de vivir.

Ni siquiera la burbujeante chispa de Tessa, que por fortuna regresó a casa, después de llamarme por última vez, logra animarme lo más mínimo.

Camina a mi lado sin parar de hablar animada, como si la que va con ella fuera la amiga que un día tuvo y no un espectro moribundo que se mueve por pura inercia.

—Lloyd sigue ofreciéndote recuperar tu puesto —me recuerda Tessa como cada día—. Te doblaría el sueldo y además jura que no se acercará a ti.

—Ya conoces mi respuesta, ¿por qué insistes?

—Porque necesitas salir de casa, relacionarte, recuperar tu vida. Joder, no eres ni una sombra de la que fuiste.

—Me relaciono contigo —rebato imperturbable.

Tessa bufa exasperada.

—¿A pasear por McDonald Park como una autómata, sin apenas despegar los labios, le llamas relacionarse?

Miro hacia el lago Ontario. Los recuerdos me sacuden de nuevo, me muerdo el labio inferior y aparto rauda la vista. Me arrebujo en mi capa de lana y finjo no sentir las punzadas dolorosas de una remembranza que me fustiga implacable.

—No estás obligada a acompañarme —murmuro apática—. De hecho, me admira que todavía sigas insistiendo.

Dos jóvenes atléticos trotan a nuestro lado en el carril para *footing*, nos miran con interés, desaceleran y nos sonríen.

—A mí lo que me admira es que no salga corriendo tras ellos y te mande al carajo. Bueno, eso y que tengan el culo tan duro.

Sonrío y niego con la cabeza.

—Adelante, será divertido ver en directo a un depredador perseguir a dos indefensas y ágiles cebras.

—Jajajajajajaja... No dudes de que esta noche tendría cena de primera —responde, sin dejar de admirar el trasero de los corredores —. ¿Qué tal si la compartimos?

—Buen intento.

—¡Oh, vamos! —masculla frustrada—. ¿Sabes lo que realmente te pondría las pilas?

Sé lo que va a decir antes de que lo diga.

—¿Cenar cebra?

—Jajajajajaja... Sí, guapa, un buen polvo te traería de nuevo al mundo. ¿Acaso hay mejor manera de liberar emociones?

—¿Llorar, reír, gritar?

Tessa se detiene y me mira, frunciendo reprobadora el cejo.

—Apuesto a que lo segundo se te está olvidando.

Niego con la cabeza y suspiro.

—Tú me haces reír —confieso.

—Deberías darme una paga por lo mucho que me esfuerzo, créeme que es meritorio.

—Jajajajajaja... Mis ingresos son modestos, ya lo sabes, pero te puedo regalar un cuadro.

Tessa se aparta un dorado mechón de la cara y me contempla con

preocupación.

—No, gracias, mejor que los vendas, o ya me veo manteniéndote.

Seguimos caminando, esta vez en silencio. Hace frío, nuestro resuello escapa en vaharadas de vapor blanquecino que ascienden en volutas. La helada de la noche anterior cruje en las puntiagudas ramas de los árboles y bajo nuestros pies. Y a pesar de la capa de hielo que cubre los parajes, la belleza del lugar quita el aliento. Naturaleza pura, viva y salvaje, recordándonos que es ella la que manda en el planeta, por mucho que lo ignoremos. Y que pronto se vengará, como bien dicen las profecías.

—¿Sabes por qué no tiro la toalla?

La pregunta de Tessa me detiene. Observo su rostro, esta vez teñido de una gravedad desacostumbrada.

Me encojo de hombros, genuinamente intrigada.

—Por esas escasas risas que te arranco. ¿Sabes?, me las llevo conmigo a casa y las guardo en el arcón de los buenos recuerdos, de los buenos tiempos, y luego lloro porque no consigo traerlos de vuelta.

Sus ojos brillan, su rostro se contrae en una mueca dolorosa.

Soy incapaz de hablar. La abrazo con fuerza y lucho por no desmoronarme.

Permanecemos abrazadas un largo rato. Sé que Tessa oculta sus lágrimas en mi hombro, las mías se clavan en mi pecho, ya maltrecho y débil.

—Cada día me preocupas más —reconoce con un hilo de voz—. No hablas con nadie excepto conmigo.

—Todas las semanas hablo con Louis. Me llama y charlamos sobre…

—Sobre lo que pasó —me interrumpe furiosa. Se seca las lágrimas y me mira con resentimiento—. Si algo no necesitas es recordar aquello.

Tessa conoce toda la verdad. La escuchó entre sollozos y lamentos de mi boca. Y desde entonces evitó una sola mención al respecto.

—Lo recuerdo constantemente, no puedo evitarlo, Tessa. Louis sólo se preocupa por mí.

—No me engañas. Cuando hablas con él te derrumbas. Sé perfectamente cuándo te llama, porque ese jodido día no me coges el teléfono.

—Nadie tiene la culpa.

Seguimos caminando, esta vez la piedra que suelo llevar en el pecho aumenta su peso.

—Te juro que a veces me dan ganas de echarme a ese Louis a la cara y... Espera, ¿está bueno?

Aguarda con semblante esperanzado.

Niego con la cabeza. Adoro su pícara espontaneidad, bueno, en realidad la adoro por entero.

—Créeme, no es tu tipo.

—En tal caso, sólo lo mataré.

—¡Oh, Dios! Jajajajajaja.

—Otra risa para el arcón. —Su expresión complacida suaviza mi ánimo.

—Te quiero, amiga —musito.

Tessa me coge de la mano y la balancea con diversión. Sus ojos brillan conmovidos y su semblante resplandece satisfecho.

—Tarde o temprano conseguiré resucitarte —dice con confianza.

No la contradigo, aunque en mi fuero interno sé que mi corazón seguirá roto hasta que deje de latir.

Esto no son más intentos fútiles por aparentar una vida normal, intentos que fracasan estrepitosamente cuando entro en casa, y cuando imagino a Yinn en el cuarto de baño, en el salón o en mi dormitorio, cuando lucho infructuosamente contra el abatimiento y cuando la pena y la autocompasión me sepultan. Intentos, nada más que lamentables y fallidos intentos por convencerme de que esto que vivo se llama vida.

36

Última oportunidad

Amanece.

El tenue resplandor del alba apenas consigue disipar las sombras de la habitación, todavía en penumbra. Fijo los ojos en el techo. Otra noche sin dormir, otro día que despierta sin esperanza.

Sobre mí, el desván donde todo empezó.

Al principio pensé tapiar la puerta, pero me encontré subiendo cada tanto, sin saber muy bien para qué, guiada tan sólo por la imperiosa necesidad de estar ahí, quieta, mirando el arcón, sin atreverme a abrirlo de nuevo. Sólo lo hice la primera vez que subí, para guardar el udyat, el amuleto de Horus. Ese día, cometí el gran error de tomar entre mis manos el brazalete de oro y frotarlo con desgarradora desesperación, presa de un paroxismo emocional que me dejó tirada en el suelo, sollozando largo rato, hasta que mis lágrimas se secaron y mi cuerpo se debilitó.

Después de esa crisis, decidí utilizar la estancia y enfrentarme al mundo. Así que monté allí un estudio de pintura, arrinconé el arcón, lo cubrí con una sábana y llené el espacio de lienzos, caballetes, paletas, botes llenos de pinceles diversos, todos de pelo de marta, espátulas, óleos y aceite de linaza.

Reina un caos ordenado, en el que se acumulan cuadros a medio acabar, esbozos a carboncillo y al menos una decena de obras terminadas, unas secas y otras esperando pacientes que el barniz se endurezca lo suficiente como para ponerlas a la venta.

Aunque la verdad es que me cuesta desprenderme de ellas, pues todas y cada una forman parte de quién soy, como los recuerdos que me gritan que soy incapaz de compartir un mundo donde él no está.

Una en particular me acompañaba adondequiera que voy dentro de la casa.

Su imagen, la primera vez que lo vi. Un hermoso genio de piel acanelada, cabello oscuro recogido en estirada coleta, poderosos

brazos cruzados sobre un excelso pecho acerado. Mirada retadora y pícara, sensual sonrisa taimada, mandíbula firme y boca tentadora. Él, mi Yinn.

Y esos ojos verdosos y penetrantes me miran desde las profundidades del lienzo, apostado en una silla junto a la cama.

Suspiro y me siento en el borde. Paseo la punta de los dedos por su rostro pintado, sintiendo la rugosidad del lienzo como si al mismo tiempo un papel de lija frotara mi corazón.

No sé cuánto tiempo seré capaz de continuar esta tortuosa vida. A cada instante soy más consciente de que no quiero estar en ella, no sin él.

De repente, el estridente sonido del teléfono me sobresalta. Miro el vibrante móvil danzar sobre la superficie de la mesilla y vacilo en cogerlo. Hoy no tengo ganas de hablar con el mundo.

Respiro hondo y miro la pantalla.

Es Louis.

La llamada continúa insistente. Caigo en la cuenta de que no suele llamarme tan temprano. Resoplo hastiada y finalmente contesto.

—Hola, Louis, ¿qué tal?

Sueno apática y cansada.

—He esperado a que amaneciera para llamarte, Catalina.

Él, en cambio, suena entusiasmado y agitado.

—¿Sucede algo? —inquiero con inquietud.

—He descubierto una cosa en los archivos de la logia que te concierne.

Me envaro en la cama, mis dedos aprietan con más fuerza el teléfono.

—¿A mí? No puede ser.

El resuello acelerado de Louis comienza a alterarme.

—Hay una manera de revivirlo.

Sus palabras detienen mi pulso, el flujo sanguíneo se congela en mis venas, mi piel se eriza y mi vientre se contrae.

—Louis... ¿hablas en serio?

—Por el amor de Dios, Catalina, sé cuánto sufres —replica ofendido—. ¿De veras crees que me arriesgaría a decirte esto si no creyera realmente que existe una posibilidad real? Te juro que llevo noches releyendo textos hebreos, manuscritos árabes y todo lo referente a la Mesa de Salomón, y todo me conduce a lo mismo.

Mi interior gira como si tuviera un sistema de centrifugado atroz. En este momento sólo soy un revoltijo emocional que tartamudea y

tiembla inconteniblemente.

Intento detener la chispa de esperanza que brota en mi ser como el parpadeante destello de la llama de una vela ante una ventana abierta a la brisa. Me resisto a ella, pues sé que si me aferro y desaparece, sólo habrá un camino para mí. Sin embargo, prende.

—¿Qué has descubierto?

—Que la Mesa del Poder, o Mesa de Salomón, puede concederte el deseo que le pidas. Fue un regalo de Dios al rey hebreo por la construcción del templo de Jerusalén en su nombre. Todas las fuentes coinciden que de ella obtenía Salomón su poder y sus riquezas. En ella grabó su conocimiento del Universo, la Fórmula de la Creación y el verdadero nombre de Dios. Si logras descifrar el jeroglífico grabado sobre sus patas y formular tu deseo, siempre que no sea materialista, se cumplirá.

»Según las Crónicas, judías y visigóticas, cuando destruyeron el templo donde se hallaba, fue llevada a Roma, y cuando la Ciudad Eterna cayó en manos de los godos, fue transportada a Carcassonne, a Rávena y diferentes lugares, hasta acabar en Toledo, España. Se encuentra allí, en una de las galerías subterráneas de la Cueva de Hércules.

Trago saliva, siento que me mareo.

—Mi familia materna proviene de allí. Mi madre se trajo el arcón con las reliquias de una casa vieja de Toledo. Lo encontró mi abuela cuando hicieron las excavaciones para construir la vivienda.

—Ése fue el origen entonces.

«Y quizá el final», pienso.

—Mándame toda la información por mail. Voy a preparar de inmediato mi viaje a Toledo.

—Voy contigo. Circulan toda clase de leyendas negras y maldiciones sobre el lugar. Escucha esto: «Aquel que ose entrar en la cueva, hallará tanto bienes como males...». Esta inscripción está sobre el dintel de entrada.

—Por eso mismo iré sola —contesto.

Oigo resoplar a Louis malhumorado.

—¿Crees que serás capaz de resolver el jeroglífico tú sola?

Claudico ante su evidente cuestión.

—Louis, voy a reservar dos pasajes sin pérdida de tiempo. Te quiero aquí mañana a primera hora.

—Allí estaré. Te mando toda la información pertinente, para que te pongas al día.

—¡Ah, Louis, una cosa!

—Dime.

—Gracias por esta última oportunidad.

—¿Sabes?, te vinculamos al anillo y lo llevas contigo, aunque ya sin poderes. Pero tú te vinculaste a Yinn y a la inversa. Sin él, tengo la certeza de que no aguantarás mucho más.

Cierro los ojos, se me hace un nudo en la garganta y mi mirada se empaña.

—Ésta es mi última oportunidad —admito—. Si no funciona...

Una pausa tensa. Puedo percibir su pesadumbre; sin embargo, exclama con convencimiento:

—¡Funcionará!

37

Símbolos

Dicen que los mejores planes son precisamente los que no se piensan y si tal afirmación es cierta, este plan tiene que ser todo un éxito.

Caminamos por las empedradas callejuelas de Toledo Louis, Tessa y yo.

La nueva incorporación se debe a que tuve la brillante idea de despedirme de mi amiga y ella me impuso su presencia. No porque fuera imprescindible para la misión, sino porque se presentó en casa con la maleta y me esposó a la silla hasta que accedí a que viniera, eso o perdíamos el avión.

Durante el vuelo, y ante mi completo asombro, descubrí que Louis y Tessa conectaban a la perfección, ella con sus sarcasmos ácidos, y él con su humor negro.

Si de algo no careció el viaje fue de entretenimiento. Pullas, pulsos de ingenio y comentarios descarados amenizaron el largo trayecto transoceánico.

Reconozco que estoy disfrutando como hacía tiempo que no lo hacía. Bien era cierto que hacer de árbitro y juez no invita a aburrirse.

—Tenemos que visitar primero la catedral —dice Louis, ajustándose las gafas sobre el puente de la nariz, al tiempo que comprueba con mirada concienzuda su libreta de notas.

—Oye, rubito, no hemos venido como turistas, no lo olvides —contesta Tessa.

Él la mira de soslayo, frunce los labios y pone los ojos en blanco en busca de paciencia.

—Rubita, si alguien sabe los pasos a seguir, soy yo, así que cierra esa bonita boca, que ganas mucho callada.

Ella lo fulmina con la mirada. Yo me sitúo rápidamente entre los dos y me dirijo a Louis.

—¿Por qué la catedral?

—En su fachada, en los bloques de piedra hay marcas de cantería

con jeroglíficos que debo apuntar. Todo indica que la ciudad está llena de pistas.

—Vamos entonces.

La plaza de la Catedral está atestada de turistas, pero Louis no está interesado en entrar en la iglesia, se limita a recorrer con la mirada la fachada lateral. Cuando localiza una incisión en la piedra, intenta reproducirla en su cuaderno.

—Parece un simple compás —murmura Tessa, displicente.

—Lo único simple son tus comentarios.

—Eres un imbécil redomado, encanto.

—¿Imbécil y encanto en la misma frase? Creo que tengo posibilidades —señala Louis, mordaz.

—Sí, de oler mi perfume mientras te masturbas pensando en mí.

Él suelta una abrupta carcajada, se detiene y ríe a mandíbula batiente.

—Detesto tu perfume —replica, secándose las lágrimas, todavía entre risas—. Lo otro no lo descarto.

Esta vez es Tessa quien se ríe.

—Eres raro, pero gracioso.

—Tú eres graciosa, pero rara.

—Si esto tiene que acabar en boda —los interrumpo divertida—, no encontraréis mejor catedral que ésta.

—Antes se me secan los ojos —masculla Louis.

—Sí, de tanto mirarme —responde Tessa, con un guiño.

Él bufa y se centra de nuevo en las curiosas marcas talladas en diferentes bloques.

—Tessa, deja de incordiar, ¿vale? Es un buen tipo.

No paso por alto la extraña mirada que le dedica ella. Una mirada muy alejada del acostumbrado interés sexual que le despiertan los hombres que le gustan, pero muy cercana a otro tipo de interés, puede que más profundo. Sonrío para mis adentros.

Recorremos los aledaños del edificio y las callejuelas colindantes. Cuando Louis parece conforme con sus apuntes, mira un plano y nos conduce hasta la calle de San Ginés número tres, donde está la entrada a la Cueva de Hércules, justo bajo la Casa Encerrojada de Toledo, o Palacio Encantado.

—¿Sabíais que la Mesa de Salomón es uno de los tesoros más buscados de la humanidad?

Ambas lo miramos intrigadas.

—Fue ambicionada por las culturas judías y árabes, por los

templarios, normandos, Hitler, la secta Tuhle y Heinrich Himmler, el Vaticano y hasta la CIA.

Tessa silba impresionada, Louis se ruboriza.

—Pero sólo en dos ocasiones alguien se atrevió a entrar en la cueva —continúa—. La primera fue cuando el rey Rodrigo, en el año 711,quiso poner un nuevo candado a la puerta metálica que cerraba la entrada, como hicieron los anteriores monarcas, pero le pudo la curiosidad.

—¿Y qué le pasó?

Tessa abre interesada los ojos y lo mira con fijeza. Louis parece fascinado por su repentina atención.

—Pues según dice la profecía, vio en el Espejo de Salomón, imagino que en la superficie brillante de la mesa, cómo los árabes asolaban la Península, hecho que se cumplió como castigo a su desobediencia. Setecientos años de invasión musulmana.

—¿Y la segunda?

—La segunda fue un grupo liderado por el cardenal primado de Toledo, Juan Martínez Siliceo, en el año 1546.

—¿Y qué les pasó?

—Murieron todos en condiciones misteriosas.

Tessa lo mira horrorizada y se detiene justo cuando se adentran en un arco de medio punto donde comienza la escalera que desciende al Museo de la Cueva.

—Espera un momento —dice frunciendo el cejo—. Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

—No. —Sonríe malicioso—. Todo lo que he contado lo refieren las Crónicas.

—¿Y ponen un museo en un lugar ultrasecreto y mágico, ambicionado por media humanidad?

Louis asiente, pasándose la mano por el tupido cabello dorado. Tessa sigue la dirección de su mano, con una expresión extraña en su semblante.

—Mejor os lo explico cuando no estemos en un lugar público.

—Bajemos al museo —digo yo con cierta impaciencia.

Traspasamos unas puertas dobles de madera y entramos a un recinto donde comienza la visita.

Tenemos que bajar una escalinata empinada, estrecha y con abruptos recodos; una escuálida barandilla de hierro nos ofrece una escasa sujeción.

Descendemos un nivel hasta un entramado de galerías subterráneas

formadas por bóvedas de piedra paralelas y semicirculares, unidas por arcos prácticamente cerrados, de clara construcción romana, muy parecida a los acueductos de esa cultura. En los extremos de la sala se abren ciertos boquetes o puertas tapiadas, que imagino que dan a otras secciones restringidas.

Recorremos el lugar escudriñando cualquier rincón susceptible de esconder una entrada secreta.

Por fortuna, estamos solos.

—¿Y ahora? El resto de las salidas están tapiadas —señalo frustrada.

—Como os decía antes —comienza Louis en voz baja—, todo esto del museo es sólo un ardid para blindar y proteger la verdadera entrada. Hay muchos intereses, muchos movimientos conspiradores, ya no sólo de ocultismo, sino gubernamentales y eclesiásticos, que no están interesados en que se descubra.

—¿Y por qué no? —inquiere Tessa, confusa.

—Pues porque el verdadero peligro de la Mesa de Salomón es que dice la verdad a quien le pregunta. Y su respuesta se proyecta en forma de imagen, tanto respecto al pasado más remoto, como al presente o futuro. Imaginaos lo que sería preguntar sobre alguna de las muchas incógnitas de la humanidad y que las respuestas empezaran a señalar culpables. El mundo estallaría en una revuelta como nunca antes.

»Si supierais realmente el engaño en el que vivimos, la cantidad de sangre y de mentiras que se han vertido sólo por el poder y las riquezas, y por parte de quien realmente no debería.

—¿La Iglesia? —aventura Tessa.

—Y el gobierno, las altas esferas que nos manejan como a títeres. Nos ocultan el conocimiento, lo blindan para tenernos ciegos y dóciles. Hay tantos enigmas que tendrían solución... Como qué esconde la base militar Área Cincuenta y uno en Nevada, o quién mató a los Kennedy, o qué pasó con Hitler, o quién perpetró el atentado a las Torres Gemelas... Y tantas y tantas cosas que de salir a la luz trastocarían el orden mundial.

—¡Santo Dios! —exclama Tessa, asustada—. Quizá sea mejor no saber nada.

Louis la mira reprobador.

—No, el mundo necesita un cambio ya. Una era de luz que despeje las tinieblas que llevan siglos sepultándonos.

Un escalofrío me recorre. Aspiro aire rancio y húmedo y me abrazo

a mí misma. Mis esperanzas comienzan a tambalearse.

—Si nadie ha conseguido entrar desde el siglo XVI, ¿cómo demonios lo haremos nosotros?

Tessa pasa un brazo sobre mis hombros y me estrecha con calidez.

—Seguro que Cerebrito conoce una entrada secreta —afirma convencida.

—Gracias por la confianza, guapita, empieza a gustarme tu perfume.

Ella le sonríe abiertamente.

—Louis, ¿has pensado algo o toca improvisar? —pregunto, mirando a mi alrededor.

—Ambas cosas —responde él, sacando su bloc de notas—. Inspeccionemos cuidadosamente cada bloque de piedra, buscando alguna marca o ideograma extraño. En un documento secreto en la logia descubrí el modo de entrar, pero tenemos que localizar el acceso correcto.

Nos dividimos para recorrer los distintos pasadizos. Aguzo la vista, buscando con afán por la irregular superficie agrisada de la roca cualquier leve muesca. Me detengo cada tanto y me concentro en cada palmo, en cada recoveco, en cada saliente. Nada.

De pronto, veo un triángulo abierto, con el vértice rodeado por un pequeño círculo. ¡Es un compás, un símbolo masónico!

—¡Louis!

El eco de mi voz se expande y rebota entre los muros de piedra.

Entrecierro los ojos y descubro otro símbolo, una herradura justo encima del primero. Bajo intuitivamente la vista y descubro entusiasmada un triángulo completo, a la derecha, el símbolo de un pez en vertical y a la izquierda una flecha apuntando hacia abajo.

Oigo los pasos acelerados de Louis y Tessa detrás de mí.

—¡Bingo! Mira, Tessa, un simple compás —se burla él, sonriente.

Ella le saca la lengua y arruga la nariz fingiendo disgusto.

—Ésa es la clave: el compás masónico, símbolo del conocimiento oculto. Los otros cuatro son signos lapidarios.

Revisa los apuntes de su libreta y dibuja con trazo rápido los grabados del muro. Parece reflexionar un instante y luego asiente vehemente.

Nos mira a ambas con una sonrisa.

—Empiezo a comprender —anuncia pletórico—. El único signo que se repite aquí y en la fachada de la catedral, además del compás, es éste. —Señala el que tiene forma de pez—. Y es la clave de todo.

Lo miramos sin comprender su razonamiento.

—¿Un pez? —inquiere Tessa.

—No es un pez, es la Vesica Piscis, con su forma almendrada, representa lo femenino y la fertilidad. Este signo ya se usaba en las pinturas rupestres. Es la unión creadora de lo Sagrado Femenino y lo Sagrado Masculino, y una alegoría del Grial.

»Diría, sin temor a equivocarme, que sólo una mujer puede entrar en la cueva. Un mujer sin ambición, con el corazón lleno de amor. Un alma pura femenina enlazada con un alma pura masculina. Tú, Cata.

Louis se fija en la flecha que indica la parte inferior del muro. Comienza a palpar con los dedos la fila de bloques de piedra donde está la Vesica Piscis de arriba abajo. Cuando presiona el último bloque, oímos que salta un resorte, una vibración leve que nos aparta temerosos del muro.

—¡Dios mío, se ha abierto un resquicio! —exclama Tessa.

—Es una puerta —aclara Louis. Mira precavido a su alrededor y la entreabre.

Tras los gruesos bloques de piedra hay otra puerta, gruesa y metálica. Numerosos candados la cierran. Curiosa, veo un pequeño saliente con un sello en el centro. Un sello muy familiar para mí.

Entonces comprendo que el anillo de Salomón es la verdadera llave para entrar. Lo acerco a la pieza y encajo el relieve de la estrella de David en él.

Louis asiente complacido, mientras Tessa traga saliva, nerviosa.

Sorprendentemente, se abre por el lado contrario a donde están los candados. Soltamos una exclamación casi al unísono.

—Sólo puedes entrar tú —me recuerda Louis—, nosotros te esperaremos aquí.

—Pero ¿y el jeroglífico que hay que resolver?

—Ahora veo que no es necesario. Sólo vas a pedir un deseo, no a hacer preguntas, ni a apoderarte del mundo. Evita mirar el espejo de la superficie de la mesa, inclina servil la mirada, formula el deseo y sé muy específica, eso sí. Luego date la vuelta y regresa aquí.

Asiento. Tiemblo, pero sólo por miedo a fracasar.

Tessa me contempla un instante con absoluta preocupación y me abraza vigorosamente. Siento su temor como propio.

Cuando me suelta, Louis hace lo mismo, aunque con una sonrisa despreocupada, que intenta aliviar la tensión.

—Suerte —murmuran casi a la vez.

Sonrío e intento imprimir a mis palabras una seguridad que no

siento.

—Lo traeré de vuelta.

38

La Mesa de Salomón

Cuando la puerta se cierra tras de mí, siento que un escalofrío me recorre toda la espina dorsal, deteniéndose en la nuca con un molesto cosquilleo que me estremece por entero.

Lo primero que me llama la atención no es que la sala sea un cuadrado perfecto, sino que puedo verlo. Flota en el recinto un extraño resplandor, como si el mortecino sol del ocaso bañara de oro el ambiente. Hasta las partículas de polvo suspendidas en el aire parecen brillar como si fueran moléculas de oro levitando a mi alrededor.

Veo frente a mí una mesa baja, suntuosamente tallada, de oro y piedras preciosas, tan hermosa que deja sin respiración. Y a ambos lados dos gigantes de bronce, como dos Golems monstruosos, con una maza en la mano, que parecen mirar a los intrusos de manera amenazante en toda su inanimada rigidez.

Avanzo lentamente, mostrando mi respeto a la solemnidad del lugar. Y antes de arrodillarme, no puedo evitar fijarme en la famosa superficie espejada. Es de un verde brillante y parece una tabla de esmeralda pulida. Bajo la cabeza de inmediato y tomo una profunda bocanada de aire antes de hablar.

—No ambiciono tesoros ni poder alguno —comienzo—. Tan sólo deseo la vida de un genio llamado Abdel Wahêd, djinn de aire y antiguo atlante. Residía en la Ciudad Etérea, en el Palacio Nebuloso —concreto. Los recuerdos me sepultan—. Sólo ansío que se le devuelva la vida y la memoria al momento justo antes de perecer... Yo... sólo lo quiero junto a mí, para amarlo como se merece, para consagrarme a él, para dormir entre sus brazos, y oler su piel, para reír con su ingenio y sentir con sus caricias. Lo... necesito para vivir...

»Si... —Las lágrimas caen por mis mejillas incontenibles—. Si... acaso eso no es posible, te entrego desde ahora mismo mi vida. No la quiero. Pues si no lo encuentro aquí, lo buscaré en los confines de la

muerte hasta dar con él.

Lloro en silencio, liberando un dolor retenido, evocándolo con tanta fuerza que casi lo siento a mi lado. Pero cuando abro los ojos, todo sigue igual.

Permanezco en la misma postura un largo instante. Nada ha pasado, ni un sonido, ni un destello, absolutamente nada. Decido aguardar un poco más. En mi mente se suceden las plegarias y los ruegos a todos los dioses conocidos. Pero nada ocurre.

Finalmente, me pongo en pie, miro derrotada la emblemática Mesa de Salomón y, movida por un impulso, me quito el anillo del dedo y lo deposito encima. Ambas reliquias del mismo rey, juntas después de tantos siglos.

Tras un hondo y pesaroso suspiro, salgo de la sala.

Cada paso que doy es un paso que me acerca a la muerte. No cabe más destino para mí.

Salgo del recinto por donde he entrado.

En la galería me esperan Tessa y Louis, que sueltan el aire contenido al verme aparecer.

Miran esperanzados tras de mí, pero mi rostro al parecer es claro indicativo de mi fracaso, pues ninguno dice nada. Ambos me enlazan por la cintura y me sacan de allí. Me duele tanto que no soy consciente de nada más, excepto de que la negrura me envuelve y mis rodillas flaquean.

39

Despedida

Ni Tessa ni Louis se separan de mí durante la semana siguiente al regreso de Toledo.

De nada valen mis gruñidos, mis quejas, mis enfados, ni mis súplicas. Ambos se turnan para cuidar de mí, y no porque tenga que guardar cama, sino porque temen dejarme sola.

Sin embargo, ellos no saben que su cariño me pesa como una condena. No comprenden la tortura que supone cada nuevo día para mí. No son conscientes del vacío que me llena día tras día, ni de que a pesar de su compañía la soledad me abruma, dejándome desolada por completo.

Sólo he estado esperando que fueran, no sólo incapaces de comprender mi decisión, sino ni siquiera de aceptarla ni de perdonarme.

Me siento terriblemente egoísta. No obstante, el dolor no me deja más opciones. Hasta el hecho de respirar me resulta insoportable. A veces me pregunto cómo en tan poco tiempo ese condenado genio fue capaz de arrebatarme el alma, cómo consiguió arrancarme el corazón de una manera tan completa, y no hallo explicación alguna, pues el amor no las necesita.

Esta mañana ventosa me levanto de la cama con la decisión tomada.

En la habitación frente a la mía duermen Tessa y Louis, ya inmersos en una incipiente e intensa relación. Al menos, mi deseo en ese aspecto sí se ha cumplido.

Me visto y bajo la escalera subrepticiamente, de puntillas, rogando no despertarlos.

Llego al recibidor, alargo la mano hacia el perchero para coger el abrigo, pero me detengo a mitad de camino. No lo necesitaré, me digo.

Salgo de casa sin mirar atrás. El frío se clava en mi piel como

astillas finas. Siento escalofríos, aprieto los dientes y acelero los pasos.

Camino sin pensar en nada, atravieso McDonald Boulevard en dirección al parque. El hielo cruje bajo mis pies, la avenida está poco transitada.

Llego al paseo frente al lago y me siento en uno de los bancos. Una neblina blanquecina flota sobre el agua, rezumando todavía la escarcha de la noche anterior. Por fortuna, aún no se ha formado una capa de hielo sobre la superficie.

Ahí, sentada y aterida, me permito rememorar cada uno de los instantes pasados junto a Yinn, desde el primero hasta el último, y me descubro asombrada sonriendo. No cambiaría ni un segundo pasado junto a él por una vida común.

Los escalofríos me sacuden, es inútil dilatarlo más. Respiro hondo y me pongo en pie, camino hasta el borde del lago y me detengo. Clavo los ojos en su plateada superficie rielante y recuerdo cómo Kamil me arrastró hasta sus profundidades, el terror que me asoló y cada una de las sensaciones que me embargaron entonces, hasta que Yinn me rescató. Esta vez sólo me arrastra una decisión inamovible. Estoy sola en esta vida y sólo espero no estarlo en la otra.

Cierro los ojos y suspiro.

Levanto un pie del suelo cuando de repente oigo un carraspeo forzado detrás de mí.

—Perdona, ¿tienes fuego?

Mi corazón se detiene... Esa voz... grave, como un ronroneo felino, vibrante y sensual, cargada de promesas oscuras, impregnada de un deje de diversión, traviesa y provocadora, caldea con su tono cada fibra de mi ser.

Me vuelvo sobresaltada, topándome con un pecho amplio y duro. Unas manos aferran mis hombros, una peculiar sonrisa pendenciera me acelera el pulso.

—No —musito con un jadeo entrecortado—. Ya no... lo perdí.

La sonrisa se agranda, sus almendrados ojos destellan con un cálido fulgor verdoso. Una de sus cejas en V se alza maliciosa.

—Tal vez —responde sugerente—, si me dejas buscarlo, acabe por encontrarlo.

Mis ojos se llenan de lágrimas, mi corazón de un júbilo inesperado que estalla con fuerza en mi pecho, como un grano de maíz en una sartén al fuego.

Incrédula y temblorosa, dejo escapar un sollozo estrangulado. Alzo la mano con vacilación, temiendo que lo que tengo delante sea tan

sólo un espejismo, pero cuando mis dedos se topan con su rasposa mandíbula, el alivio inunda mis sentidos, derrite mis miedos y solaza mi alma.

—Yinn... —Los sollozos escapan de mi garganta en intervalos irregulares—. ¿Estás... Oh, Dios mío, estás... vivo?

—¿Quieres que te demuestre lo vivo que estoy?

No espera mi respuesta. Me rodea vehemente con sus fuertes brazos, me alza, me pega a su pecho y toma mi boca con una pasión devoradora.

Me aferro a él con desbordante ansiedad. Es real, maravillosamente consistente, tremendamente fuerte y sensualmente perturbador. Su aroma me inunda, me cautiva, su tacto me enloquece, me subyuga. Y su lengua cálida y vibrante me devasta con una intensidad que hace flaquear mis rodillas y que prende hogueras por todo mi cuerpo.

Nos devoramos con igual afán. Nos acariciamos como si estuvieran a punto de cumplirse todas las profecías juntas, como si el fin de los tiempos se cerniera sobre nosotros. Como si respiráramos a través de la boca del otro.

Y en realidad así es... Él es mi vida, una que acabo de recuperar.

Cuando por fin logramos separarnos, Yinn me coge en brazos y camina conmigo sin apartar su mirada de la mía.

—¿Por qué has... tardado tanto?

—¿Ya vas a reñirme, pelirroja? Porque te advierto que si antes ya te debía unos azotes, ahora el castigo será peor. ¿Qué demonios te proponías hacer?

Bajo la mirada, incómoda.

—Si hubieras tardado unos minutos más...

—Me habrías obligado a lanzarme al lago de nuevo. ¿Acaso has olvidado la promesa que me hiciste?

Miro su cejo fruncido y su semblante colérico y trago saliva.

—Lo... he intentado, pero no he podido. No quiero vivir sin ti —confieso con un hilo de voz.

—Estoy enfadado, Cata, y mucho además. Llevo una semana intentando regresar y me encuentro con esto. ¡Joder! Si hubiera llegado tarde... el final de Romeo y Julieta habría sido un folletín en comparación.

—¿Una semana?

Yinn me mira disgustado.

—Siempre te quedas con los matices, ¿eh, preciosa? Te digo que daría mi vida por ti una y mil veces y me reprochas mi tardanza.

Escondo mi rostro en su cuello y le doy un travieso mordisco.

—No es un reproche, es curiosidad —matizo sonriente, rozando la punta de mi nariz en el lateral de su cuello, para seguidamente sembrar su piel de besos provocadores.

—Pelirroja, si sigues besándome así, te juro que van a detenernos por escándalo público —murmura con voz ronca y contenida.

—Sería de las pocas experiencias que me quedarían por vivir.

Yinn amplía su sonrisa y me mira con estremecedora intensidad.

—No, preciosa, te quedan muchas cosas por vivir a mi lado. Juntos, hasta que la muerte nos lleve.

—¿Eres... mortal?

—Un deseo que uní al tuyo. Cuando el espíritu de Salomón me hizo escuchar tu deseo, aún tuve la osadía de ampliarlo. Sólo quería regresar convertido en el hombre que te mereces, en tu igual, envejecer a tu lado, colmarte de dicha y... de niños. —Hace una pausa, me estudia con la mirada, amplía la sonrisa y agrega—: Aunque he de admitir que no le resultó difícil concedérmelo, lo último que querría es plagar la tierra de criaturas mágicas.

—Jajajajajaja. ¡Oh, Señor, cuánto te amo!

—No más que yo, pelirroja —admite con semblante conmovido—. Te amo tanto que no sabría discernir dónde acaba mi vida y empieza la tuya.

Me abrazo con fuerza a su cuello y paladeo cada sensación con el regocijo de un futuro pleno de dicha.

—¿Y la semana? —insisto provocando su risa.

—¿Antes o después de los azotes? Porque no vas a librarte de ellos.

Esta vez soy yo la que ríe.

Acelera el paso, las escasas personas con las que nos cruzamos nos miran con extrañeza. Me lleva en brazos y sonreímos como dos estúpidos, sin dejar de engarzar nuestras miradas.

—¿Adónde me llevas? —susurro. Me muero por besarlo de nuevo.

—A tu casa, a darte unos azotes, a dar rienda suelta, por fin, a todos mis deseos, y a grabar en tu cuerpo, en tu corazón y en tu alma todo lo que me haces sentir.

Me quedo sin habla, el corazón amenaza con escapar de mi pecho y volar a las estrellas. Aún no puedo creer que en un suspiro mi vida pase de estar acabada a tener un futuro brillante y maravilloso que me ciega con fogonazos de imágenes en común que arrancan de nuevo lágrimas de mis ojos.

—Yo también tengo cosas que demostrarte —afirmo rotunda.

Él arquea las cejas y sonríe expectante.

—¿Tengo que preocuparme?

Niego con la cabeza, suspiro sonriente contra su cuello y susurro traviesa:

—Voy a matarte de placer y de amor, gigante.

El amplio y fornido pecho de Yinn se sacude con una risa contenida de auténtica felicidad.

—Ya lo haces. Tu aliento en mi cuello está acabando conmigo.

Dobla el último recodo, recorre impaciente el sendero enlosado de acceso a la casa y nos topamos con Tessa y Louis, que se quedan inmóviles ante nosotros, con los ojos desmesuradamente abiertos, los labios separados e incapaces de proferir palabra.

—Funcionó —anuncio, sin poder evitar que una luminosa sonrisa aparezca en mi rostro.

Ambos nos miran como si fuéramos una aparición mariana.

—Pe... pero... ¿có... cómo...? —tartamudea Louis, demudado.

—¡Madre de Dios! —exclama Tessa atónita—. Jooooder. La dichosa Mesa de Salomón tiene más retrasos que el servicio postal.

Yinn suelta una sonora carcajada y me sacude con él.

—Te aseguro que cumplió el deseo al instante —informa. De repente, su rostro adquiere una expresión malhumorada y clava en mí una mirada reprobadora—. Pensaba que te había enseñado a pedir deseos, pelirroja.

—Y lo hice, concreté todo lo que pude —me defiendo.

—Debiste afinar más. Por el amor de Dios, era un deseo, hasta podrías haber aprovechado y haberme quitado los defectos que te hubiera apetecido.

Sonrío y beso sus labios.

—Tú no tienes de eso, bueno, tal vez algunos sí. Eres un poco gruñón, mandón y vanidoso, pero nada que no pueda soportar.

Yinn me fulmina con la mirada, su sonrisa se alarga en un rictus que exige una compensación inmediata.

—¿Crees que es muy sensato resaltar eso cuando estoy a punto de darte unos azotes?

—Jajajajajajaja... Seguramente no, pero en mi defensa diré que ahora mismo me confieso algo enajenada.

—Bueno —masculla Tessa, impaciente—, ¿vas a contar de una maldita vez por qué diablos has tardado una semana en aparecer?

Yinn aparta su mirada de mí para fijarla en ellos, dubitativo. Su ceño se acentúa cuando me mira de nuevo.

—Voy a recordarte lo que pediste... «Sólo ansío que se le devuelva la vida y la memoria al momento justo antes de perecer.»

—¿Y?

Sus hermosas facciones se tensan.

—Pues que cuando perecí, estaba en el interior de la Cámara de los Tesoros del templo de Salomón, en Jerusalén, y como un mortal más. ¡Y sin linterna! —recalca ofuscado—. Un simple hombre, con una simple camiseta y unos vaqueros, sin dinero en el bolsillo para comer, ni para cobijarme, y mucho menos para comprar pasajes de avión.

Louis y Tessa se miran el uno al otro, se sostienen un instante la mirada y estallan al unísono en una carcajada que los dobla en dos.

Yinn gruñe y yo escondo la cara en su pecho.

—No... jajajaja... no voy a preguntar qué has tenido que hacer para conseguir dinero... jajajajajaja —suelta Louis entre risas.

Tessa lagrimea y se apoya en el hombro de Louis, sacudida por incesantes carcajadas.

—Dios, Cati, jajajajaja —jadea—, te has lucido, jajajajajaja... No pienso mandarte a hacer ningún recado.

—Si me hubieras llamado a cobro revertido, habría corrido a socorrerte y... —Mi voz se apaga cuando caigo en la cuenta de que Yinn no sabe mi número de teléfono.

—Lo pensé, no creas —responde con sorna—, pero en la guía hay más Catalinas de las que imaginas. No sé ni tu apellido, ni tu dirección, he encontrado tu casa exclusivamente por memoria visual y porque la ubiqué en esta zona del lago.

—Oh, Dios, Yinn, jajajajaja... lo siento. Tendremos que ponerle remedio.

Su mirada pícara encierra promesas sugerentes.

—A eso y a otras muchas cosas que me acucian ahora mismo.

Sortea a Tessa y a Louis y avanza con determinación hacia la casa.

Entramos y sube la escalera con ardoroso apremio. Sus ojos me traspasan excitantes.

De una patada, abre la puerta de mi habitación, se acerca en dos zancadas a la cama y me lanza sobre ella.

Cuando ve su retrato, sus ojos se pierden en los detalles y brillan emocionados.

—Ése ya no soy yo.

—No, ahora eres una realidad.

Asiente, la dicha ilumina su rostro.

—Catalina Rivero, encantada.

Le tiendo cortés la mano.

—Jim Murray, el placer es y será todo mío.

—¿Tienes nombre real?

Me guiña un ojo mientras se quita la cazadora de piel marrón.

—Ha sido una semana intensa, créeme.

—¿Cómo de intensa?

Me regala esa maliciosa sonrisa oblicua que me seca la garganta y con movimientos lentos y provocadores, se quita el jersey negro de punto, mostrándome un torso esculpido, fornido e impresionante. Siento una punzada de deseo incontrolable.

—No tan intensa como lo que estoy a punto de hacerte.

Trago saliva, paseo mis ojos por este cuerpo apolíneo, deseando recorrerlo con mis manos.

—Creo que el placer también será mío, Jim.

—Eso ni lo dudes.

Sonríe gatuno y se desabrocha la cremallera de los vaqueros.

Suspiro y me muerdo el labio inferior ansiosa y agitada. Su prominente miembro tensa su ropa interior. Sonrío, es la primera vez que lo veo con bóxers.

Se quita los pantalones con agilidad, los lanza lejos y me observa incitador.

—El resto te lo dejo a ti.

Hinca la rodilla en el colchón y se abalanza sobre mí con una mirada depredadora que corta el aliento. La sangre se alborota en mis venas, crepitando con la virulencia de un incendio devorando un fardo de heno.

Jadeo cuando su boca atrapa la mía, cuando su lengua, exigente y famélica, se impone con urgencia, cuando sus manos me arrancan bruscamente la ropa, desgarrándola con un ímpetu que me eriza la piel.

Desnuda y temblorosa bajo su cuerpo, me estremezco de anhelo. La necesidad de tenerlo dentro de mí me acucia de tal manera que languidezco a cada segundo.

Se apoya en las palmas de las manos y me contempla grave y contenido.

Su melena larga, oscura e indomable, cae sobre su rostro, sus rasgados ojos verdosos con toques de caramelo se entrecierran refulgiendo maliciosos. Su cuadrada y poderosa mandíbula poblada de una barba incipiente se tensa, y sus labios se curvan en una sonrisa peligrosa y lasciva.

Paseo las manos por sus abultados hombros, tersos y acerados, recorro las ondulaciones de sus tensos músculos hasta la base de su nuca, enredo los dedos en su cabello y Yinn deja escapar un gemido hosco. Sonrío y saboreo su expresión feroz y contenida. Mis caricias lo enloquecen, puedo notar que tiembla bajo mis manos.

—Cata... vas a acabar conmigo.

—Eso ni lo dudes —repito sus palabras en voz baja y seductora.

Deslizo los dedos por el contorno de su mentón, repaso su barbilla y asciendo hasta su boca, delineando sus mullidos labios. Los entreabre, apresando la punta de mi dedo. Después, coge mis muñecas, las une por encima de mi cabeza y pega su rostro al mío. Aprisionada bajo su cuerpo, un hormigueo electrizante recorre todas mis terminaciones nerviosas.

—Escúchame bien, pelirroja, hoy no vas a salir de esta cama, hoy no vas a hacer nada más que gemir y suplicar, que retorcerte de placer, que gritar mi nombre y jurarme que seré tu amo por toda la eternidad.

Su aliento dulzón y embriagador acicatea mis labios.

—Sí, gigante, te escucho, pero no son palabras lo que ahora necesito —ronroneo ardiente—. Hazme tuya de una maldita vez.

—Cómo desees, mi ama.

Y el animal que lleva dentro por fin se libera sobre mí, hambriento, voraz e implacable.

Me toma con una urgencia que me enloquece. Me besa con tal desesperación que estremece mi alma, me acaricia con tal pasión que todos mis sentidos se derriten en ríos de lava candente y crepitante. Me ama con tal intensidad que la energía que emana de él podría sacudir el epicentro del planeta y quebrar su núcleo, iluminar la luna y avergonzar al sol y tal vez, sólo tal vez, podría compararse con lo que estalla en mi pecho.

Epílogo

Caminamos por la avenida principal rumbo a la universidad, cogidos de la mano.

No me acostumbro a la atención que despierta Yinn entre las mujeres. Tal vez me sería más fácil de asimilar si fuera simple admiración, pero lo que veo en ellas se asemeja más bien a una expresión depredadoramente lujuriosa, que además es descarada.

Y es que mi marido no es un hombre corriente, no.

Ya no es sólo su belleza física, ni su portentoso cuerpo de pecado, grande y fornido, ni su rostro arrebatadoramente masculino de subyugante mirada ladina y sonrisa traviesa, ni su sempiterna expresión pendenciera. Es que desprende tal aura sensual, tal elegancia natural, tal magnetismo animal, tal cantidad de feromonas, que es como si un halo lo iluminara marcándolo como el macho alfa por excelencia.

Mi suerte es que a él no parece importarle suscitar tanta atención, ni siquiera dedica una sola mirada a las viandantes femeninas que lo devoran con la vista. Sólo tiene ojos para mí.

Curiosamente, tiene un parecido tan desconcertante con el actor Jason Momoa, que incluso le piden autógrafos por la calle. Algo que lo incomoda y que a mí me divierte.

Lleva un traje hecho a medida, que le sienta como un guante, pero uno de esos que quieres quitar con los dientes. Pues aunque pretende darle sobriedad a su aspecto, no lo consigue. En realidad, lo único que logra es resaltar su lado más salvaje. Como un animal enjaulado que ruge más fuerte ante su reclusión. Tampoco le arrebata su fiero atractivo, el corte de pelo actual, ahora lleva su melena oscura y abundante pulcramente peinada, aunque con ese toque rebelde imposible de dominar.

Si tuviera que escoger un adjetivo para él, sería indomable.

Ahora es humano, pecaminosamente humano, y un hombre con muchos recursos, por cierto. Con esa recién adquirida condición, ya

tuvo que aguzar su instinto de supervivencia en Jerusalén, en su intensa semana.

Aún no puedo creer que hiciera tantas cosas para poder salir del país en mi busca. Desde lavaplatos hasta guía turístico y escolta, incluso tuvo que comprar documentación falsa en el mercado negro a unos contrabandistas. Hasta que cayó en la cuenta de un recuerdo que lo catapultó a mis brazos. Recordó dónde había escondido el rey Salomón una de sus tan codiciadas posesiones. Así que se adentró en la Cámara de los Tesoros de nuevo por el mismo sitio por donde habíamos conseguido salir Louis y yo, por el entramado de canales que conformaban el alcantarillado subterráneo de la ciudad. Y allí, en la pared del fondo, junto al arcón, movió un bloque de piedra que se desplazó dejando a la vista un grueso torque de oro trenzado.

Lo donó al Museo Arqueológico Rockefeller sólo a cambio de dos pasajes de avión, uno de Jerusalén a Toronto y otro de Toronto a Kingston, y del dinero justo para el viaje. Nadie sabía mejor que él que todos los objetos pertenecientes a Salomón estaban malditos y hechizados. Así como lo que se ganara con ellos.

Sonreí al recordar su miedo a que el avión cayera en picado antes de llegar, o que la escasa comida que compraba estuviera envenenada. Pero nada de eso había ocurrido. La maldición de Salomón era ya un capítulo cerrado en nuestras vidas.

Nos detenemos en la arcada de entrada a la Queen's University y Yinn se detiene. Se introduce un dedo en el cuello de la camisa y estira incómodo los bordes.

—¿Nervioso, señor Murray?

—Atrapado, señora Murray. Odio llevar traje.

Sonrío, le palmeo la mano y le ajusto de nuevo la corbata.

—Pero necesario en un día como hoy. El autor tiene que estar a la altura de la novela.

Yinn frunce el cejo al tiempo que sonríe sin convencimiento.

—¿Tan formal es mi novela?

—Tu novela se ha convertido en un bestseller aclamado, eres un autor de prestigio y ésta es tu primera presentación. Tienes que dar buena imagen.

Bueno, admito para mí, demasiado buena la suele dar. Hoy derretirá una buena tanda de corazones.

Suspiro y enlazo mis brazos a su cuello. Tengo que ponerme de puntillas para conseguirlo, a pesar de mis altísimos zapatos de tacón rojos.

—¿Qué puedo hacer para relajarte? —susurro tentadora.

Yinn entrecierra los ojos, que brillan hambrientos, y esboza una sonrisa sensual que me desarma.

—Lo que se me ocurre ahora mismo creo que infringe varias leyes.

—Suena peligroso —respondo.

—Lo es.

Yinn me pega a su pecho y toma mi boca con voracidad, mostrándome cómo de peligroso es lo que busca de mí.

—Señora Murray, el rojo sin duda es su color, está impresionante.

Observa con lascivia mi entallado vestido, que remarca mis formas, y pasea sus manos por mis caderas.

—He de aprovechar, antes de que mi pequeño gigante me obligue a llevar ropa más holgada.

Yinn sonríe, esta vez con ternura, posa la mano en mi todavía liso vientre y niega con la cabeza.

—Será una preciosidad roja —replica con convencimiento—. ¿Apostamos?

—¿Qué me llevo si gano?

Su seductora sonrisa se ensancha maliciosa.

—Lo mismo que si pierdes.

—Jajajajajaja... Trato hecho entonces.

Me coge de la cintura y me adentra en el amplio vestíbulo. Llegamos tarde, pero no parecerle preocuparle lo más mínimo.

Éste es ahora su lugar de trabajo. Es profesor de Historia. Nadie como él para contarla.

Entramos en el salón de actos. Está atestado. Me desprendo de su abrazo y dejo que avance por el pasillo central, entre el aplauso de la concurrencia. Yo me dirijo al pasillo lateral con premura y tomo asiento en la primera fila.

Yinn llega a la mesa y se sienta entre el decano y su editor, y charla amigablemente con ellos.

La novela, *Esclavo de tus deseos*, no es sólo la aventura que vivimos juntos, es nuestra epopeya en común, nuestra historia de amor. Una historia que le grita al mundo que nada es imposible, que la vida es una sorpresa continua, una rueda que gira, un milagro inagotable.

Sonrío. La lápida de mi madre ya está llena de apelativos, ya no la cubre la madreselva, ya no está sola: un lápida más pequeña, con el nombre de Hefesto, la acompaña.

Y yo ya no voy sola a visitarla, ya no la lloro. La recuerdo con nostalgia y ternura, no a ella, sino momentos pasados, pues ella va

conmigo, vive a través de mí.

Y es feliz porque yo lo soy.

Miro de nuevo al estrado, a mi Yinn, al regalo que me hizo el destino, un destino del que intenté escapar y que por fortuna me alcanzó.

Suspiro, Yinn me mira. Lo que veo en sus ojos es lo mismo que gritan los míos. Lo que late en su pecho es el eco de lo que late en el mío.

Jamás ha existido un rito de Vinculación más completo: el de nuestras almas.

Lola P. Nieva nació en Albacete, está felizmente casada y tiene dos hijos. Estudió Administración de Empresas y trabajó como funcionaria del ayuntamiento de su ciudad.

Con su novela *Los tres nombres del lobo* ganó el I Certamen Literario Leer y Leer 2013 y consiguió el galardón Tres Plumas a la mejor novela histórico-romántica. Fue nombrada mejor autora revelación nacional por los Premios Rosa Romántica's en 2013 y se le ha otorgado el Premio «Corasón» al éxito con la primera novela en las Jornadas Ándalus Romántica (JAR).

Algunas de sus aficiones son la historia, la lectura, pintar al óleo y escribir. Ya desde muy joven la necesidad de escribir y de liberar la

multitud de historias que surgían de su cabeza era tan acuciante como la de devorar libros de géneros diversos. No obstante, terminó de atraparla la novela romántica.

Sus autoras favoritas son Diana Gabaldon, Monica McCarty y Julie Garwood. Tambien la fascinan las novelas de Matilde Asensi y su gran maestro, Ken Follett.

Encontrarás más información de la autora y su obra en: <entremusas.wordpress.com>.

Esclavo de tus deseos
Lola P. Nieva

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la portada, José del Nido
© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Lola P. Nieva, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2015

ISBN: 978-84-08-14127-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com